

529-529

ms. 1482/2

VIDA Y HECHOS
 DEL INGENIOSO
 CABALLERO
 DON QUIJOTE
 DE LA MANCHA.



TOMO II.

43

LIBRARY
OF THE
DEAN AND CHAPTER
OF THE
CATHEDRAL
OF
MANTUA



VOLUME II

VIDA Y HECHOS 529

DEL INGENIOSO CABALLERO

DON QUIJOTE

DE LA MANCHA.

COMPUESTA

POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA,

NUEVA EDICION:

Repartida en quatro Tomos en octavo para la mayor comodidad: corregida é ilustrada con quarenta y quatro estampas: añadida la vida de su Autor, escrita por Don Gregorio Mayans y Siscar, Bibliotecario del Rey N. S.

TOMO II,

DEDICADO AL MISMO D. QUIJOTE,

MADRID: MDCCLXXVII.

En la IMPRENTA de D. MANUEL MARTIN,
calle de la CRUZ, donde se hallará.

Con las licencias necesarias.

VIDA Y HECHOS
DEL INGENIERO CABALLERO
DON QUIJOTE
DE LA MANCHA.

COMPOSTA

POR MIGUEL DE CERVANTES SAABEDRA.
NUEVA EDICION.

Repartida en quatro Tomos en octavo para
la mayor comodidad: corregida e ilustrada con
quarenta y quatro estampas: añadida la vida
de su Autor, escrita por Don Gregorio Mar-
tinez y Siscar, bibliotecario del
Rey N. S.

TOMO II.

DEDICADO AL MISMO D. QUIJOTE.

MADRID: MDCCCLXXII.

En la Imprenta de D. Manuel Martín,
calle de la Cruz, donde se halla.

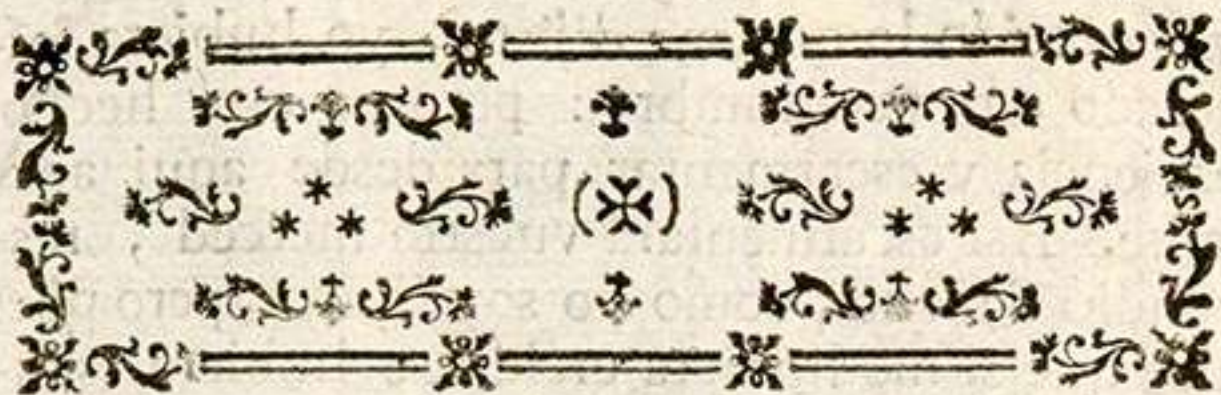
Con las licencias necesarias.

y *Licencia del Consejo.*

DON Joseph Antonio de Yarza, Secretario del Rey nuestro Señor, su Escribano de Cámara mas antiguo y de gobierno del Consejo: certifico que por los Señores de él se ha concedido licencia á Manuel Martin Impresor en esta Corte, para que por una vez pueda reimprimir y vender los dos Tomos de la *Historia de D. Quijote*, con una muy lucida y costosa reimpresion, añadiendole lo costoso de las Laminas, con que la reimpresion se haga en papel fino, buena estampa (añadiendo las Laminas que ofrece) y por el

exemplar que sirve de original y
va rubricado y firmado al fin de
mi firma, y que antes que se ven-
da se trayga al Consejo dichos
dos Tomos reimpresos, junto con
su exemplar y Certificacion del
Corrector de estar conformes, para
que se tase el precio á que se ha de
vender, guardando en la reimpre-
sion lo dispuesto y prevenido por
las Leyes y Pragmaticas de estos
Reynos. Y para que conste lo fir-
mé en Madrid á siete de Diciem-
bre de mil setecientos sesenta y
uno.

D. Joseph Antonio de Tarza.



VIDA Y HECHOS
 DEL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIJOTE
 DE LA MANCHA.

PRIMERA PARTE.

CAPITULO XXII.

De lo que aconteció al famoso Don Quijote en Sierra Morena que fue una de las mas raras aventuras que en esta verdadera Historia se cuentan.

Viendo tan mal parado Don Quijote, dijo á su Escudero: Siempre, Sancho, lo he oido decir que el hacer bien á villanos es echar agua en la mar. Si yo hu-

viera creído lo que me dijiste , yo hubiera escusado esta pesadumbre : pero ya está hecho, paciencia y escarmentar para desde aqui adelante. Asi escarmentará vuestra merced , respondió Sancho , como yo soy Turco, pero pues dice que si me hubiera creído se hubiera escusado este daño , creame ahora , y se escusará otro mayor ; porque le hago saber que con la Santa Hermandad no hay usar de caballerias, que no se le da á ella por quantos Caballeros Andantes hay dos maravedis ; y sepa que ya me parece que sus saetas me zumban por los oídos. Naturalmente eres cobarde , Sancho, dijo Don Quijote ; pero porque no digas que soy contumaz , y que jamás hago lo que me aconsejas , por esta vez quiero tomar tu consejo , y apartarme de la furia que tanto temes ; mas ha de ser con una condicion que jamás en vida, ni en muerte has de decir á nadie que yo me retirè y aparté de este peligro de miedo , sino por complacer á tus ruegos , que si otra cosa dijeres , mentirás en ello ; y desde ahora para entonces , y desde entonces para ahora te desmiento , y digo que mientes , y mentirás todas las veces que lo pensares ó lo dijeres : y no me repliques mas , que en solo pensar que me apartó y retiro de algun peligro , especialmente de este que parece que lleva algun es no es de sombra de miedo , estoy para quedarme , y para aguardar aqui solo , no solamente á la

San-

Santa Hermandad que dices y temes, sino á los Hermanos de los doce Tribus de Israel, y á los siete Machabeos, y á Castor y á Polux, y aun á todos los hermanos y hermandades que hay en el mundo. Señor, respondió Sancho, que el retirar no es huir, ni el esperar cordura quando el peligro sobrepuja á la esperanza, y de sabios es guardarse hoy para mañana, y no aventurarse todo en un dia; y sepa que aunque zafio y villano, todavia se me alcanza algo de esto que llaman buen gobierno; asi que no se arrepienta de haber tomado mi consejo, sino suba en Rocinante, si puede, o sino yo le ayudaré, y sigame, que el caletre me dice que hemos menester ahora mas los pies que las manos. Subió Don Quijote sin replicarle mas palabra, y guiando Sancho sobre su asno, se entraron por una parte de Sierra Morena que allí junto estaba, llevando Sancho intencion de atravesarla toda, é irse á salir al Viso, ó á Almodovar del Campo, y esconderse algunos dias por aquellas asperezas por no ser hallados si la Hermandad los buscasse. Animóle á esto haber visto que de la refriega de los galeotes se habia escapado libre la despensa que sobre su asno venia: cosa que la juzgó á milagro segun fue lo que llevaron, y buscaron los galeotes. Aquella noche llegaron á la mitad de las entrañas de Sierra Morena, adonde le pareció á Sancho pasar aquella noche, y aun otros algunos dias,

á lo menos todos aquellos que durase el mata-
lotage que llevaba, y así hicieron noche entre
dos peñas y muchos alcornoques; pero la suer-
te fatal, que según opinión de los que no tienen
lumbre de la verdadera fe, todo lo guía, guisa
y compone á su modo, ordenó que Ginés de Pa-
samonte el famoso embustero y ladrón que de
la cadena por virtud y locura de Don Quijote,
se había escapado, llevado del miedo de la San-
ta Hermandad, de quien con justa razón temia)
acordó de esconderse en aquellas montañas, y
llevòle su suerte y su miedo á la misma parte
donde había llevado á Don Quijote, y á Sancho
Panza á hora y tiempo que los pudo conocer, y
á puntos que los dejó dormir. Y como siempre
los malos son desagraciados, y la necesidad
sea ocasión de acudir á lo que se debe, y el re-
medio presente venza á lo por venir; Ginés, que
no era ni agradecido ni bien intencionado,
acordó de hurtar el asno á Sancho Panza, no
curandose de Rocinante por ser prenda tan ma-
la para empeñada como para vendida. Dormia
Sancho Panza, hurtòle su jumento, y antes que
amaneciese se halló bien lejos de poder ser ha-
llado. Salió el Aurora alegrando la tierra, y en-
tristeciendo á Sancho Panza porque halló menos
su rucio, el qual viendose sin él comenzó á ha-
cer el mas triste y doloroso llanto del mundo, y
fue de manera que Don Quijote despertó á las
voces, y oyó que en ellas decia: O hijo de mis
en-

entrañas, nacido en mi casa, brinco de mis hijos, regalo de mi muger, envidia de mis vecinos, alivio de mis cargas; y finalmente sustentador de la mitad de mi persona, porque con veinte y seis maravedis que ganaba cada dia mediaba yo mi despensa. Don Quijote que vió el llanto y supo la causa, consoló á Sancho con las mejores razones que pudo, y le rogó que tuviese paciencia, prometiendole de darle una cedula de cambio para que le diesen tres en su casa de cinco que habia dejado en ella. Consolóse Sancho con esto, y limpió sus lagrimas, templo sus sollozos y agradeció á Don Quijote la merced que le hacia; el qual asi como entró por aquellas montañas se le alegró el corazon, pareciendole aquellos lugares acomodados para las aventuras que buscaba. Reduciansese á la memoria los maravillosos acaecimientos que en semejantes soledades y asperezas habian sucedido á Caballeros Andantes. Iba pensando en estas cosas tan embebido y trasportado en ellas que de ninguna otra se acordaba. Ni Sancho llevaba otro cuidado (despues que le pareció que caminaba por parte segura) sino de satisfacer su estomago con los relieves que del despojo Clerical habian quedado, y asi iba tras su amo sentado á la mugeriega sobre su jumento sacando de un costal, y en baulando en su panza; y no se le diera por hallar otra aventura entretanto que iba de aquella manera un ardite. En esto
al-

alzo los ojos y vió que su amo estaba parado procurando con la punta del lanzon alzar no sé que bulto que estaba caído en el suelo, por lo qual se dió priesa á llegar á ayudarle si fuese menester; y quando llegó fue á tiempo que alzaba con la punta del lanzon un coxin, y una maleta asida á él medio podridos, ó podridos del todo y deshechos; mas pesaba tanto, que fue necesario que Sancho se apease á tomarlos, y mandóle su amo que viese lo que en la maleta venia. Hizolo con mucha presteza Sancho; y aunque la maleta venia cerrada con una cadena y su candado, por lo roto y podrido de ella vió lo que en ella habia, que eran quatro camisas de delgada olanda, y otras cosas de lienzo no menos curiosas que limpias, y en un pañizuelo halló un buen montoncillo de escudos de oro, y así como los vió dijo: Bendito sea todo el Cielo que nos ha deparado una aventura que sea de provecho; y buscando mas halló un librillo de memoria ricamente guarnecido: este le pidió D. Quijote, y mandóle que guardase el dinero, y lo tomase para él. Besóle las manos Sancho por la merced y desvalijando á la valija de su lenceria la puso en el costal de su despensa; todo lo qual visto por Don Quijote, dijo: Pareceme, Sancho (y no es posible que sea otra cosa) que algun caminante descaminado debió de pasar por esta sierra, y salteandole malandrines le debieron de matar, y le traxeron á enterrar en esta tan escondida

da parte. No puede ser eso, respondió Sancho, porque si fueran ladrones no se dejaran aquí este dinero. Verdad dices, dijo Don Quijote, y así no adivino ni doy en lo que esto pueda ser mas esperate veremos si en este librito de memoria hay alguna cosa escrita por donde podamos rastrear y venir en conocimiento de lo que deseamos; abrióle y lo primero que halló en él escrito, como en borrador, aunque de muy buena letra, fue un Soneto, que leyendole alto, porque Sancho también le oyese, vió que decía de esta manera:

O Le falta al amor conocimiento,
O le sobra crueldad, ó no es mi pena
Igual á la ocasion que me condena
Al genero mas duro de tormento.
Pero si amor es Dios, es argumento,
Que en nada ignora, y es razon muy buena
Que un Dios no sea cruel; pues quién ordena
El terrible dolor que adoro y siento?
Si digo que sois vois, Fili, no acierto,
Que tanto mal en tanto bien no cabe,
Ni me viene del Cielo esta ruina.
Presto habré de morir que es lo mas cierto,
Que el mal de quien la causa no se sabe
Milagro es acertar la medicina.

Por esa troba, dijo Sancho, no se puede saber nada, si ya no es que por ese hilo que está ahí se saque el ovillo de todo. Qué hilo está aquí?

aquí? dijo Don Quijote. Pareceme, dijo Sancho, que vuestra merced nombró al hilo. No dijo sino Fili, respondió Don Quijote, y este sin duda es el nombre de la dama de quien se queja el Autor de este Soneto, y á fe que debe de ser razonable Poeta, ó yo sé poco del arte. Luego tambien, dijo Sancho, se le entiende á vuestra merced de trobas? Y mas de lo que tu piensas, replicó Don Quijote, y veráslo quando lleves una carta escrita en verso de arriba abajo á mi señora Dulcinéa del Toboso, porque quiero que sepas, Sancho, que todos ó los mas Caballeros Andantes de la edad pasada eran grandes trobadores y grandes musicos; que estas dos habilidades ó gracias (por mejor decir) son añexas á los enamorados andantes; verdad es que las coplas de los pasados Caballeros tienen mas de espíritu que de primor. Lea mas vuestra merced, dijo Sancho, que ya hallará algo que nos satisfaga. Volvió la hoja Don Quijote y dijo: Esta es prosa y parece carta. Carta misiva señor? preguntó Sancho. En el principio no parece sino de amores, respondió Don Quijote. Pues lea vuestra merced alto, dijo Sancho, que gusto mucho de estas cosas de amores. Que me place, dijo Don Quijote, y leyendola alto, como Sancho se lo habia rogado, vió que decia de esta manera.

*Tu falsa promesa y mi cierta desventura me
llevan á parte donde antes volverán á tus oídos*
las

las nuevas de mi muerte que las razones de mis quejas. Desechasteme (ó ingrata!) por quien tiene mas; no por quien vale mas que yo; mas si la virtud fuera riqueza que se estimara, no envidiara yo dichas ajenas, ni llorara desdichas propias: lo que levantó tu hermosura han derribado tus obras; por ella entendí que eras Angel, y por ellas conozco que eres muger. Quedate en paz, causadora de mi guerra, y haga el Cielo que los engaños de tu esposo estén siempre encubiertos, porque tu no quedes arrepentida de lo que hiciste, y yo no tome venganza de lo que no deseo.

Acabando de leer la Carta, dijo D. Quijote: Menos por esta que por los versos se puede sacar mas de que quien la escribió es algun desdeñado amante. Y hojeando casi todo el librito, halló otros versos y cartas que algunos pudo leer y otros no; pero lo que todos contenian eran quejas, lamentos, desconfianzas, sabores y sinsabores, favores y desdenes, solemnizados los unos, y llorados los otros. En tanto que Don Quijote pasaba el libro, pasaba Sancho la maleta, sin dejar rincon en toda ella ni en el coxín, que no buscasse, escudriñase é inquiriese, ni costura que no deshiciese, ni vediya de lana que no escarmenase, porque no se quedase nada por diligencia ni mal recado: tal golosina habian despertado en él los hallados escudos, que pasaban de ciento; y aunque no halló mas de lo ha-

hallado, dió por bien empleados los vuelos de la manta, el vomitar del brevage, las bendiciones de las estacas, las puñadas del Arriero, la falta de las alforjas; el robo del gavan, y toda la hambre, sed y cansancio que habia pasado en servicio de su buen señor, pareciendole que estaba mas que rebien pagado con la merced recibida de la entrega del hallazgo. Con gran deseo quedó el Caballero de la triste figura de saber quien fuese el dueño de la maleta; congeturando por el soneto y carta, por el dinero en oro, y por las tan buenas camisas, que debia de ser algun principal enamorado á quien desdenes y malos tratamientos de su dama debian de haber conducido á algun desasperado termino. Pero como por aquel lugar inhabitable y escabroso no parecia persona alguna de quien poder informarse, no se curó mas que de pasar adelante sin llevar otro camino que aquel que Rolante queria, que era por donde él podia caminar, siempre con imaginacion, que no podia faltar por aquellas malezas alguna estraña aventura. Yendo pues con este pensamiento, vió que por cima de una montañuela que delante de los ojos se le ofrecia, iba saltando un hombre de risco en risco, y de mata en mata con estraña ligereza; figurósele que iba desnudo, la barba negra y espesa, los cabellos muchos y rebultados, los pies descalzos, y las piernas sin cosa alguna; los muslos cubrian unos calzones al pa-

recer de terciopelo leonado, mas tan hechos pedazos que por muchas partes se le descubrian las carnes. Traia la cabeza descubierta, y aunque pasó con la ligereza que se ha dicho, todas estas menudencias miró y notó el Caballero de la Triste Figura; y aunque lo procuró no pudo seguirle, porque no era dado á la debilidad de Rocinante andar por aquellas asperezas, y mas siendo el de suyo pisacorto y flematico. Luego imaginó D. Quijote que aquel era el dueño del coxin y de la maleta, y propuso en si de buscarle, aunque supiese andar un año por aquellas montañas hasta hallarle: y así mandó á Sancho que se apease y atajase por la una parte de la montaña, que él iria por la otra, y podria ser que topasen con esta diligencia con aquel hombre que con tanta priesa se les habia quitado de delante. No podré hacer eso, respondió Sancho, porque en apartandome de vuestra merced luego es conmigo el miedo que me asalta con mil generos de sobresaltos y visiones, y sirvale esto que digo de aviso para que de aquí adelante no me aparte un dedo de su presencia. Así sera, dijo el de la Triste Figura, y yo estoy muy contento de que te quieras valer de mi ánimo, el qual no te ha de faltar, aunque te falte el anima del cuerpo; vente ahora tras mí poco á poco ó como pudieres, y haz de los ojos linternas, rodearémós esta sierruzuela, quizá toparémós aquel hombre que vi-

mos, el qual sin duda alguna no es otro que el dueño de nuestro hallazgo. A lo que Sancho respondió: Harto mejor sería no buscarle, porque si le hallamos, y acaso fuese el dueño del dinero, claro está que lo tengo de restituir; y así fuera mejor sin hacer esta inutil diligencia, poseerlo yo con buena fe, hasta que por otra via menos curiosa y diligente pareciera su verdadero señor, y quizá fuera á tiempo que lo hubiera gastado, y entonces el Rey me hiciera franco. Engañaste en eso, Sancho, respondió D. Quijote, que ya que hemos caído en sospecha de quien es el dueño, y teniendole casi delante, estamos obligados á buscarle y volverselos; y quando no le buscasemos, la vehemente sospecha que tenemos de que él lo sea nos pone ya en tanta culpa como si lo fuese. Así que, Sancho amigo, no te de pena el buscarle por la que á mi se me quitará si le hallo; y así picó á Rocinante, y siguióle Sancho con su acostumbrado Jumento, y habiendo rodeado parte de la montaña, hallaron en un arroyo caída muerta, y medio comida de perros, y picada de grajos una mula ensillada y enfrenada; todo lo qual confirmó en ellos mas la sospecha de que aquel que huía era el dueño de la mula y del coxín. Estandola mirando, oyeron un silvo como de Pastor que guardaba ganado; y á deshora á su siniestra mano parecieron una buena cantidad de cabras, y tras ellas por cima de la montaña, pa-

reció el Cabrero que las guardaba que era un hombre anciano. Dióle voces D. Quijote y rogóle que bajase donde estaban. El respondió á gritos que quien les habia traído por aquel lugar, pocas ó ningunas veces pisado sino de pies de cabras ú de lobos y otras fieras que por alli andaban? respondió Sancho que bajase que de tono le darian buena cuenta. Bajó el Cabrero, y en llegando adonde Don Quijote, estaba, dijo: Apostaré que está mirando la mula de alquiler que está muerta en esta hondonada; pues á buena fé que ha ya seis meses que está en ese lugar. Diganme han topado por ahí su dueño? No hemos topado á nadie, respondió D. Quijote, sino á un coxin y á una maletilla que no lejos de este lugar hallamos. Tambien la hallé yo, respondió el Cabrero, mas nunca la quise alzar ni llegar á ella, temeroso de algun desman y de que no me la pidiesen por de hurto que es el diablo sutil, y debajo de los pies se levanta al hombre cosa donde tropiece y caya sin saber como ni como no. Eso mismo es lo que yo digo, respondió Sancho, que tambien la hallé yo, y no quise llegar á ella con un tiro de piedra: allí la dejé, y allí se queda como se estaba que no quiero perro con cerro. Decidme buen hombre dijo D. Quijote, sabeis vos quien sea el dueño de estas prendas? Lo que sabré yo decir, dijo el Cabrero, es que habrá al pie de seis meses poco mas ó menos que llegó á una majada de Pastores

que estará como tres leguas de este lugar un mancebo de gentil talle y apostura caballero sobre esa misma mula que ahí está muerta, y con el mismo coxin y maleta que dices que hallasteis y tocasteis. Preguntónos que qual parte de esta sierra era la mas aspera y escondida? Dijismole que era esta adonde ahora estamos: y es asi la verdad, porque si entrais media legua mas adentro quizá no acertareis á salir; y estoy maravillado de cómo habeis podido llegar aqui, porque no hay camino ni senda que á este lugar encamine. Digo pues que en oyendo nuestra respuesta el mancebo volvió las riendas y encaminó ácia el lugar donde le señalamos, dejándonos á todos contentos de su buen talle y admirados de su demanda, y de la priesa con que le vimos caminar, y volverse ácia la sierra; y desde entonces nunca mas le vimos, hasta que desde allí á algunos dias salió al camino á uno de nuestros Pastores, y sin decirle nada se llegó á él, y le dió muchas puñadas y coces, y luego se fue á la borrica del hato y le quitó quanto pan y queso en ella traia, y con estraña ligereza, hecho esto se volvió á entrar en la sierra. Como esto supimos algunos Cabreros le anduvimos á buscar casi dos dias por lo mas cerrado de esta sierra; al cabo de los quales le hallamos metido en el hueco de un grueso y valiente alcornoque. Salió á nosotros con mucha mansedumbre ya roto el vestido, y el rostro desfigurado y tos-

ta-

tado del sol de tal suerte, que apenas le conocimos, sino que los vestidos, aunque rotos, con la noticia que de ellos teníamos nos dieron á entender que era el que buscamos. Saludónos cortesmente, y en pocas y muy buenas razones nos dijo que no nos maravillasemos de verle andar de aquella suerte, porque así le convenia para cumplir cierta penitencia que por sus muchos pecados le habia sido impuesta. Rogamosle que nos dijese quien era, mas nunca lo podimos recaber con él. Pedimosle tambien que quando hubiese menester el sustento (sin el qual no podia pasar) nos dijese adonde le hallariamos, porque con mucho amor y cuidado se lo llevariamos; y que si esto tampoco fue de su gusto que á lo menos saliese á pedirlo, y no á quitarlo á los Pastores. Agradeció nuestros ofrecimientos, pidió perdon de los asaltos pasados, y ofreció de pedirlo de allí adelante por amor de Dios sin dar molestia alguna á nadie. En quanto lo que tocaba á la estancia de su habitacion, dijo: Que no tenia otra que aquella que le ofrecia la ocasion donde le tomaba la noche; y acabó su platica con un tan tierno llanto, que bien fuéramos de piedra los que escuchado le habiamos si en él no le acompañáramos, considerandole como le habiamos visto la vez primera, y qual le víamos entonces; porque como tengo dicho era muy gentil y agraciado manzebo, y en sus cortesés y concertadas razones

nes mostraba ser bien nacido y muy cortesana persona; que puesto que eramos rusticos los que les escuchabamos, su gentileza era tanta, que bastaba á darse á conocer á la misma rusticidad; y estando en lo mejor de su platica, paró y enmudecióse, clavó los ojos en el suelo por un buen espacio, en el qual todos estuvimos quedos y suspensos esperando en qué habia de parar aquel embelesamiento con no poca lastima de verlo; porque por lo que hacia de abrir los ojos, estar fijo mirando al suelo sin mover pestaña gran rato, y otras veces cerrarlos apretando los labios, y enarcando las cejas facilmente conocimos que algun accidente de locura le habia sobrevenido; mas él nos dió á entender presto ser verdad lo que pensabamos, porque se levantó con gran furia del suelo donde se habia echado, y arremetió con el primero que halló junto á sí con tal denuedo y rabia, que si no se le quitaramos, le matara á puñadas y á bocados; y todo esto hacia diciendo: Ah fementido Fernando! aqui, aqui me pagarás la sinrazon que me hiciste; estas manos te sacarán el corazon donde alvergas y tienes manidas todas las maldades juntas, principalmente la fraude y el engaño; y á estas añadia otras razones, que todas se encaminaban á decir mal de aquel Fernando, y á tacharle de traidor y fementido. Quitamosele pues con no poca pesadumbre, y él sin decir mas palabra se apartó de nosotros y se

se emboscó corriendo por entre estos jarales y malezas, de modo que nos imposibilitó el seguirle. Por esto congeturamos que la locura le venia á tiempos, y que alguno que se llamaba Fernando le debia de haber hecho alguna mala obra tan pesada quanto lo mostraba el termino á que le habia conducido. Todo lo qual se ha confirmado despues acá con las voces (que han sido muchas) que él ha salido al camino; unas á pedir á los Pastores le den lo que llevan para comer; y otras á quitarselo por fuerza, porque quando está con el accidente de la locura, aunque los Pastores se lo ofrezcan de buen grado, no lo admite, sino que lo toma á puñadas; y quando está en su seso lo pide por amor de Dios cortés y comedidamente, y rinde por ello muchas gracias, y no con falta de lagrimas; y en verdad os digo, señores, prosiguió el Cabrero, que ayer determinamos yo y quatro zagales, los dos criados, y los dos amigos míos de buscarle hasta tanto que le hallemos; y despues de hallado, ya por fuerza, ya por grado le hemos de llevar á la Villa de Almodovar, que está de aqui ocho leguas, y alli le curaremos, si es que su mal tiene cura, ò sabremos quien es quando este en su seso, y si tiene parientes á quien dar noticias de su desgracia. Esto es, señores, lo que sabré deciros de lo que me habeis preguntado, y entended que el dueño de las prendas que hallasteis es el mismo que visteis pasar con

tanta ligereza como desnudez (que ya le habia dicho D. Quijote como habia visto pasar aquel hombre saltando por la sierra.) El qual quedo admirado de lo que al Cabrero habia oido, y quedo con mas deseo de saber quien era el desdichado loco, y propuso en si lo mismo que ya tenia pensado de buscarle por toda la montaña sin dejar rincon ni cueba en ella que no mirase hasta hallarle; pero hizolo mejor la suerte de lo que él pensaba ni esperaba, porque en aquel mismo instante pareció por entre una quiebra de una sierra que salia donde ellos estaban el mancebo que buscaban, el qual venia hablando entre si cosas que no podian ser entendidas de cerca quanto más de lejos. Su trage era qual se ha pintado, solo que llegando cerca vió Don Quijote que un colete hecho pedazos que sobre si traia era de ambar, por donde acabó de entender que persona que tales habitos traia no debia de ser de infima calidad. En llegando el mancebo á ellos, los saludó con una voz desentonada y bronca, pero con mucha cortesia. D. Quijote le volvió las saludes con no menos comedimiento: y apeandose de Rocinante con gentil continente y donayre, le fue á abrazar, y le tuvo un buen espacio estrechamente entre sus brazos, como si de luengos tiempos le hubiera conocido. El otro á quien podemos llamar el Roto de la Mala Figura (como á D. Quijote de la Triste) despues de haberse dejado abrazar, le apartó un

poco de si, y puestas sus manos en los hombros de D. Quijote, le estuvo mirando como que queria ver si le conocia, no menos admirado quizá de ver la figura talle y armas de D. Quijote, que D. Quijote lo estaba de verle á él. En resolucion el primero que habló despues del abrazamiento, fue el Roto, y dijo lo que se dirá adelante.

CAPITULO XXIV.

Donde prosigue la aventura de Sierra Morena.



Dice la Historia que era grandisima la atencion con que D. Quijote escuchaba al astroso Caballero de la Sierra, el qual prosiguiendo

guiendo su plática, dijo: por cierto, señor, quien quiera que seais, que yo no os conozco, yo os agradezco las muestras y la cortesía que conmigo habeis usado; y quisiera yo hallarme en terminos que con mas que la voluntad pudiera servir la que habeis mostrado tenerme en el buen acogimiento que me habeis hecho; mas no quiere mi suerte darme otra cosa con que corresponda á las buenas obras que me hacen, que buenos deseos de satisfacerlas. Los que yo tengo respondió D. Quijote, son de serviros, tanto que tenia determinado de no salir de estas sierras hasta hallaros, y saber de vos si al dolor que en la estrañeza de vuestra vida mostrais tener se podia hallar algun genero de remedio; y si fuera menester buscarle, buscarale con diligencia posible; y quando vuestra desventura fuera de aquellas que tienen cerradas las puertas á todo genero de consuelo, pensaba ayudaros á llorarla y á plañirla como mejor pudiera, que todavia es consuelo en las desgracias hallar quien se duela de ellas; y si es que mi buen intento merece ser agradecido con algun genero de cortesias: yo os suplico, señor, por la mucha que veo que en vos se encierra, y juntamente os conjuro por la cosa que en esta vida mas habeis amado ó amais, que me digais quien sois, y la causa que os ha traído á vivir y á morir entre estas soledades como bruto animal, pues morais entre ellos tan
age-

ageno de vos mismo , qual lo muestra vuestro trage y persona. Y juro (añadió Don Quijote) por la Orden de Caballeria que recibí (aunque indigno, y pecador) y por la profesion de Caballero Andante, que si en esto, señor , me complacéis, de serviros con las veras á que me obliga el ser quien soy, hora remediando vuestra desgracia si tiene remedio, hora ayudandoos á llorarla como os lo he prometido. El Caballero del bosque que tal manera oyó hablar al de la Triste Figura, no hacia sino mirarle y remirarle, y tonarle á mirar de arriba á bajo ; y despues que lo hubo bien mirado, le dijo: Si tienen algo que darmé á comer , por amor de Dios que me lo den, que despues de haber comido, yo haré todo lo que se me manda en agradecimiento de tan buenos deseos como aqui se me han mostrado. Luego sacaron Sancho de su costal, y el Cabrero de su zurrón con que satisfizo el Roto su hambre comiendo lo que le dieron como persona atontada, tan apriesa que no daba espacio de un bocado al otro , pues antes los engullia que tragaba: y en tanto que comia, ni él ni los que le miraban hablaban palabra. Como acabó de comer les hizo señas que le siguiesen , como lo hicieron , y el los llevó á un verde pradecillo que á la vuelta de una peña poco desviada de alli estaba. En llegando á él se tendió en el suelo encima de la yerva, y los demás hicieron lo mismo ; y todo esto sin que
nin

ninguno hablase hasta que el Roto después de haberse acomodado en su asiento, dijo: Si gustais señores que os diga en breves razones la inmensidad de mis desventuras, habeisme de prometer de que con ninguna pregunta ni otra cosa no interrumpireis el hilo de mi triste historia, porque en el punto que lo hagais, en ese se quedará lo que fuere contado. Estas razones del Roto trajeron á la memoria á Don Quijote el cuento que le habia contado Sancho quando no acertó el numero de las cabras que habian pasado el rio, y quedó la historia pendiente. Pero volviendo al Roto, prosiguió diciendo: Esta prevencion que hago es porque querria pasar brevemente por el cuento de mis desgracias que el traerlas á la memoria no me sirve de otra cosa que añadir otras de nuevos; y mientras menos me preguntaredes, mas presto acabaré yo de decirlas, puesto que no dejaré por contar cosa alguna que sea de importancia para no satisfacer del todo á vuestro deseo. D. Quijote se lo prometió en nombre de los demás, y él con este seguro comenzó de esta manera:

— Mi nombre es Cardenio, mi patria una Ciudad de las mejores de esta Andalucía, mi linage noble, mis Padres ricos, mi desventura tanta que la deben de haber llorado mis Padres y sentido mi linage, sin poderla aliviar con su riqueza (que para remediar desdichas del Cielo

po-

poco suelen valer los bienes de fortuna. Vivía en esta misma tierra un cielo, donde puso el amor toda la gloria que yo acertara á descarme: tal es la hermosura de Lusinda, doncella tan noble y tan rica como yo, pero de mas ventura y de menos firmeza de la que á mis honrados pensamientos se debia. A esta Lusinda, amé, quise y adoré desde mis tiernos y primeros años; y ella me quiso á mi con aquella sencillez y buen animo que su poca edad permitia. Sibian nuestros Padres nuestros intentos, y no les pesaba de ello; porque bien veian que quando pasaran adelante, no podian tener otro fin que el de casarnos; cosa que casi la concertaba la igualdad de nuestro linage y riquezas. Creció la edad, y con ella el amor de entrambos, tanto que al padre de Lusinda le pareció que por buenos respetos estaba obligado á negarme la entrada de su casa: (casi imitando en esto á los padres de aquella Tisbe tan decantada de los Poetas.) Y fue esta negacion añadir llama á la llama, y deseo á los deseos; porque aunque pusieron silencio á las lenguas, no le pudieron poner á las plumas; las quales con mas libertad que las lenguas, suelen dar á entender á quien quieren lo que en el alma está encerrado: que muchas veces la presencia de la cosa amada turba y enmudece la intencion mas determinada y la lengua mas atrevida. Ay Cielos y cuántos villetes la escribí! Quán regaladas

das y honestas respuestas tuve! Quàntas canciones compuse, y quàntos enamorados versos donde el alma declaraba y trasladaba sus sentimientos, pintaba sus encendidos deseos, entretenia sus memorias, y recreaba su voluntad! En efecto viendome apurado, y que mi alma se consumia con el deseo de verla, determiné poner por obra, y acabar en un punto lo que me pareció que mas convenia para salir con mi deseado y merecido premio; y fue el pedir-sela á su padre por legitima esposa, como lo hice à lo que el respondió: que me agradecia la voluntad que mostraba de honrarle, y de querer honrarme con prendas suyas; pero que siendo mi padre vivo, á él tocaba de justo derecho de hacer aquella demanda; porque si no fuese con mucha voluntad y gusto suyo, no era Lusinda muger para tomarse, ni darse á hurto. Yo le agradecí su buen intento, pareciendome que llevaba razon en lo que decia, y que mi padre vendria en ello como yo se lo dijese. Y con este intento, luego en aquel mismo instante fui á decirle á mi padre lo que deseaba, y al tiempo que entré en un aposento donde estaba, le hallé con una carta abierta en sa mano, la qual antes que yo le dijese palabra me la dió, y me dijo: Por esa carta verás, Cardenio, la voluntad que el Duque Ricardo tiene de hacerte merced. Este Duque Ricardo como ya vosotros, señores, debeis de saber, es un
Gran-

Grande de España, que tiene su Estado en lo mejor de esta Andalucía. Tomé y leí la carta, la qual venia tan encarecida, que á mí mismo me pareció mal si mi Padre dejaba de cumplir lo que en ella se le pedia, que era que me enviase luego donde él estaba que querria que fuese compañero, no criado, de su hijo el mayor, y que él tomaba cargo el ponerme en estado que correspondiese á la estimacion en que me tenia. Leí la carta, y enmudecí leyendola, y mas quando oí que mi padre me decia: De aqui á dos dias te partirás, Cardenio, á hacer la voluntad del Duque; y da gracias á Dios que te va abriendo camino por donde alcances lo que yo se que mereces; añadió á estas otras razones de Padre consejero. Llegóse el termino de mi partida: hablé una noche á Luscinda, dijela todo lo que pasaba, y lo mismo hice á su Padre, suplicandole se entretuviese algunos dias, y dilatase el darla estado hasta que yo viese lo que Ricardo me queria. El me lo prometió y ella me lo confirmó con mil juramentos y mil desmayos. Vine en fin donde el Duque Ricardo estaba, fui de él tan bien recibido y tratado, que desde luego comenzo la envidia á hacer su oficio, teniendomela los criados antiguos, pareciendoles que las muestras que el Duque daba de hacerme merced habian de ser en perjuicio suyo. Pero el que mas se holgó con mi ida fue un hijo segundo del Duque, llama-

do

do, Fernando, mozo gallardo, gentil hombre, liberal y enamorado: el qual en poco tiempo quiso que fuese tan su amigo que daba que decir á todos; y aunque el mayor me queria bien, y me hacia merced, no llegó al extremo con que Don Fernando me queria y trataba. Es pues el caso que como entre los amigos no hay cosa secreta que no se comuniqué, y la privanza que yo tenia con Don Fernando dejaba de serlo por ser amistad, todos sus pensamientos me declaraba, especialmente uno enamorado, que le traia con un poco de desasosiego. Queria bien á una Labradora vasalla de su padre, y ella los tenia muy ricos, y era tan hermosa, recatada, discreta y honesta que nadie que la conocia se determinaba en qual de estas cosas tuviese mas excelencia, ni mas se aventajase. Estas tan buenas partes de la hermosa Labradora redujeron á tal termino los deseos de Don Fernando, que se determino para poder alcanzarla y conquistar en la entereza de la Labradora, darla palabra de ser su esposo, porque de otra manera era procurar lo imposible. Yo obligado de su amistad, con las mejores razones que supe, y con los mas vivos exemplos que pude, procuré estorvarle y apartarle de tal proposito; pero viendo que no aprovechaba, determiné de decirle el caso al Duque Ricardo su Padre. Mas Don Fernando, como astuto y discreto, se receló y temió de esto, por da-

parecerle que estaba yo obligado en vez de buen criado á no tener encubierta cosa que tan en perjuicio de la honra de mi señor el Duque venia; y así, por divertirme y engañarme, me dijo: Que no hallaba otro mejor remedio para poder apartar de la memoria la hermosura que tan sujeto le tenia, que el ausentarse por algunos meses: y que quería que la ausencia fuese que los dos no viniésemos en casa de mi padre, con ocasion que dirian al Duque que venia á ver y feriar unos muy buenos caballos que en mi Ciudad habia, que es madre de los mejores del mundo. Apenas le oí yo decir esto quando (movido de mi aficion) aunque su determinacion no fuera tan buena, la aprobara yo por una de las mas acertadas que se podian imaginar, por ver quan buena ocasion y coyuntura se me ofrecia de volver á ver á mi Lusinda. Con este pensamiento y deseo, aprobe su parecer y esforcè su proposito, diciendole que lo pusiese por obra con la brevedad posible, porque en efecto la ausencia hacia su officio á pesar de los mas firmes pensamientos. Y quando él me vino á decir esto, segun despues se supo, habia gozado à la labradora con titulo de esposo, y esperaba ocasion de descubrirse à su salvo, temeroso de lo que el Duque su padre haria quando supiese su disparate. Sucedió pues que como el amor en los mozos por la mayor parte no lo es sino appeti-

to, el qual como tiene por ultimo fin el deleyte, en llegando á alcanzarle se acaba, y ha de volver tras aquello que parecia amor; porque no puede pasar adelante del termino que le puso naturaleza, el qual termino no le puso á lo que es verdadero amor. Quiero decir que así como D. Fernando gozó á la labradora, se le aplacaron sus deseos y se le resfriaron sus ahincos; y si primero fingia quererse ausentar por remediarlos, ahora de veras procuraba irse, por no ponerlos en execucion. Dióle el Duque licencia, y mandóme que le acompañase. Venimos á mi Ciudad, recibióle mi padre como quien era, vi yo luego á Luscinda, tornaron á vivir (aunque no habian estado muertos, ni amortiguados) mis deseos, de los quales di cuenta (por mi mal) á D. Fernando, por parecerme que en la ley de la mucha amistad que mostrabano le debia encubrir nada. Alabéle la hermosura, donayre y discrecion de Luscinda, de tal manera que mis alabanzas movieron en él los deseos de querer ver doncella de tan buenas partes adornada. Cumpliselos yo por mi corta suerte, enseñandosela una noche á la luz de una vela, por una ventana por donde los dos soliamos hablarnos. Vióla en sayo tal, que todas las bellezas hasta entonces por él vistas las puso en olvido: Enmudeció, perdió el sentido, quedó absorto; y finalmente tan enamorado qual lo vereis en el discurso del cuento de mi

mi desventura. Y para encenderle mas el deseo que á mi me celaba, y al Cielo á solas descubria, quiso la fortuna que hallase un dia un villete suyo, pidiendome que la pidiese á su padre por esposa; tan discreto, tan honesto y tan enamorado, que en leyendole me dijo: que en sola Luscinda se encerraban todas las gracias de hermosura y de entendimiento que en las demás mugeres del mundo estaban repartidas; bien es verdad que quiero confesar ahora, que puesto que yo veia con quan justas causas D. Fernando á Luscinda alababa, me pesaba de oir aquellas alabanzas de su boca, y comencé á temer y á recelarme de él, porque no se pasaba momento donde no quisiese que tratasemos de Luscinda, y él movia la platica, aunque la trajese por los cabellos, cosa que despertaba en mí un no sé que de zelos, no porque yo temiese revés alguno de bondad y de la fé de Luscinda; pero con todo eso me hacia temer mi suerte lo mismo que ella me aseguraba: procuraba siempre D. Fernando leer los papeles que yo á Luscinda enviaba, y los que ella me respondia, á titulo que de la discrecion de los dos gustaba mucho. Acaeció pues que habiendome pedido Luscinda un libro de Caballerias en que leer, de quien era ella muy aficionada, que era el de Amadís de Gaula. No hubo bien oido D. Quijote nombrar libro de Caballerias, quando dijo: Con que me dijera vuestra merced al

principio de su historia , que su merced , la señora Lusinda era aficionada á libros de Caballerias , no fuera menester otra exageracion para darme á entender la alteza de su entendimiento ; porque no le tuviera tan bueno como vos , señor , le habeis pintado , si careciera del gusto de tan sabrosa leyenda ; así que , para conmigo no es menester gastar mas palabras en declararame su hermosura , valor y entendimiento , que con solo haber entendido su aficion , la confirmo por la mas hermosa y discreta muger del mundo ; y quisiera yo , señor , que vuestra merced la hubiera enviado , junto con Amadís de Gaula , al bueno de D. Rugel de Grecia , que yo sé que gustara la señora Lusinda mucho de Daraida y Garaya , y de las discreciones del pastor Darinel , y de aquellos admirables versos de sus Bucolicas , cantadas y representadas por él con todo donayre , discrecion y desenvoltura ; pero tiempo podrá venir en que se enmiende esa falta ; y no dura mas en hacerse la enmienda de quanto quiera vuestra merced ser servido de venirse conmigo á mi Aldea , que alli le podré dar mas de trecientos libros que son el regalo de mi alma , y el entretenimiento de mi vida ; aunque tengo para mi que ya no tengo ninguna (merced á la malicia de los malos y envidiosos encantadores.) Y perdoneme vuestra merced el haber contravenido á lo que prometimos de no interrumpir su plati-

ti-

tica ; pues en oyendo cosas de Caballerias y de Caballeros Andantes , asi es en mi mano dejar de hablar en ellos , como lo es en la de los rayos del sol dejar de calentar , ni humedecer en los de la luna. Asi que , perdon y proseguir , que es lo que ahora hace mas al caso. En tanto que D. Quijote estaba diciendo lo que queda dicho , se le habia caidó á Cardenio la cabeza sobre el pecho , dando muestras de estar profundamente pensativo. Y puesto que dos veces le dijo D. Quijote que prosiguiese su historia , ni alzaba la cabeza , ni respondia palabra ; pero al cabo de un buen espacio la levantó , y dijo : No se me puede quitar del pensamiento , ni habrá quien me lo quite en el mundo , ni quien me dé á entender otra cosa , y sería un majadero el que lo contrario entendiese ó creyese , sino que aquel bellaconazo del Maestro Elisabat estaba amancebado con la Reyna Madasima. Eso no , voto a tal , respondió con mucha colera D. Quijote (y arrojóle como tenia de costumbre) y esa es una muy gran malicia ó bellaqueria por mejor decir. La Reyna Madasima fue muy principal señora , y no se ha de presumir que tan alta Princesa se habia de amancebar con un saca potras ; y quien lo contrario entendiere , miente como muy gran bellaco ; y yo se lo daré á entender á pie , ó á caballo , armado ó desarmado , de noche , ú de dia , ó como mas gusto le diere. Estabale

mirando Cardenio muy atentamente, al qual ya habia venido el accidente de su locura, y no estaba para proseguir su historia, ni tampoco D. Quijote se la oyera, segun le habia disgustado lo que de Madasima le habia oido. Extraño caso! Que así volvió por ella como si verdaderamente fuera su verdadera y natural señora; tal le tenían sus descomulgados libros. Digo pues que como ya Cardenio estaba loco, y se oyó tratar de mientes y de bellaco, con otros denuestos semejantes, parecióle mal la burla, y alzó un guijarro que halló junto á sí, y dió con él en los pechos tal golpe á D. Quijote, que le hizo caer de espaldas. Sancho Panza que de tal modo vió parar á su señor, arremetió al loco con el puño cerrado; y el Roto le recibió de tal suerte, que con una puñada dió con él á sus pies, y luego se subió sobre él, y le brumó las costillas muy a su sabor. El cabrero que lo quiso defender, corrió el mismo peligro; y despues que los tuvo á todos rendidos y molidos, los dejó y se fue con gentil sosiego á emboscarse en la montaña. Levantóse Sancho, y con la rabia que tenia de verse aporreado tan sin merecerlo, acudió á tomar la venganza del cabrero, diciendole que él tenia la culpa de no haberles avisado que aquel hombre la tomaba á tiempos la locura; que si esto supieran hubieran estado sobre aviso para poderse guardar. Respondió el cabrero que ya lo

lo habia dicho , y que si él no lo habia oido, que no era suya la culpa. Replicò Sancho Panza , y tornó á replicar el cabrero ; y fue el fin de las replicas asirse de las barbas y darse tales puñadas , que si D. Quijote no los pusiera en paz , se hicieran pedazos. Decia Sancho asido con el cabrero : Dejeme vuestra merced, señor Caballero de la triste figura , que en este que es villano como yo y no está armado Caballero, bien puedo á mi salvo satisfacerme del agravio que me ha hecho , peleando con él mano á mano como hombre honrado. Así es , dijo D. Quijote ; pero yo sé que él no tiene ninguna culpa de lo sucedido. Con esto los apaciguó , y D. Quijote volvió á preguntar al cabrero si seria posible hallar á Cardenio, porque quedaba con grandisimo deseo de saber el fin de su historia. Dijole el cabrero lo que primero habia dicho , que era no saber de cierto su morada ; pero que si anduviese mucho por aquellos contornos , no dejaria de hallarle ó cuerdo ó loco.

CAPITULO XXV.

Que trata de las estrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente Caballero de la Mancha; y de la imitacion que hizo á la penitencia de Beltenebros.



DEspidiòse del cabrero D. Quijote, y subiendo otra vez sobre Rocinante, mandó á Sancho que le siguiese, el qual lo hizo de muy mala gana, é ibanse poco á poco entrando en lo mas alto de la montaña y Sancho iba muerto por razonar con su amo, y deseaba que él comenzase la platica, por no contravenir á lo que le

le tenia mandado ; mas no pudiendo sufrir tanto silencio , le dijo : Señor D. Quijote , vuestra merced me eche su bendicion y me de licencia , que desde aqui me quiero volver á mi casa y á mi muger y á mis hijos , con los quales por lo menos hablaré y departiré todo lo que quisiere ; porque querer v. m. que vaya con él por estas soledades á pie , de dia y de noche , y que no le hable quando me diere gusto , es enterrarme en vida. Si ya quisiera la suerte que los animales hablaban como hablaban en tiempo de Guisopete , fuera menos mal , porque departiera yo con mi jumento lo que me viniera en gana y con esto pasara mi mala ventura , que es recia cosa , y que no se puede llevar en paciencia , andar buscando aventuras toda la vida , y no hallar sino cozes y manteamientos , ladrillazos y puñadas , y con todo esto nos hemos de coser la boca sin osar decir lo que el hombre tiene en su corazon , como si fuera mudo. Ya te entiendo , Sancho , respondió D. Quijote , tu mueres porque te alce el entredicho que te tengo puesto en la lengua ; dale por alzado , y di lo que quisieres , con condicion que no ha de durar este alzamiento mas de en quanto anduvieramos por estas sierras. Sea asi , dijo Sancho , hable yo ahora , que despues Dios sabe lo que será ; y comenzando á gozar de ese salvoconducto , digo : Que qué la iba á vuestra merced en volver
tan

tanto por aquella Reyna Magimasa ó como se llama? O qué hacia al caso que aquel Abad fuese su amigo ó no? Que si vuestra merced pasara con ello, pues no era su Juez, bien creo yo que el loco pasara adelante con su historia, y se hubiera ahorrado el golpe del guijarro y las coces, y aun mas de seis torniscones. A fé, Sancho, respondió D. Quijote, que si tu supieras como yo lo sé, quan honrada y quan principal señora era la Reyna Madasima, yo sé que dijeras que tuve mucha paciencia, pues no quebré la boca por donde tales blasfemias salieron, porque es muy gran blasfemia decir ni pensar que una Reyna esté amancebada con un Cirujano. La verdad del cuento es que aquel Maestro Elisabat que el loco dijo fue un hombre muy prudente y de muy sanos consejos, y sirvió de Ayó y de Medico á la Reyna; pero pensar que ella era su amiga es disparate digno de muy gran castigo; y porque veas que Cardenio no supo lo que dijo, has de advertir que quando lo dijo ya estaba sin juicio. Eso digo yo, dijo Sancho, que no habia para qué hacer cuenta de las palabras de un loco; porque si la buena suerte no ayudara á vuestra merced y encaminara el guijarro á la cabeza como le encaminó al pecho, buenos quedaramos por haber vuelto por aquella mi señora, que Dios cohonda. Pues montas que no se librara Cardenio por loco? Contra cuerdos

y contra locos está obligado qualquier Caballero Andante à volver por la honra de las mugeres , qualesquiera que sean , quanto mas por las Reynas de tan alta guisa y pro como fue la Reyna Madasima, á quien yo tengo particular aficion por sus buenas partes; porque fuera de haber sido hermosa, además fue muy prudente y muy sufrida en sus calamidades , que las tuvo muchas. Y los consejos y compañía del Maestro Elisabat le fue y la fueron de mucho provecho y alivio para poder llevar sus trabajos con prudencia y paciencia. Y de aquí tomó ocasion el vulgo ignorante y mal intencionado de decir y pensar que ella era su ~~manceba~~ ; y mienten, digo otra vez , y mentirán otras doscientas todos los que tal pensaren y dijeren. Ni yo lo digo ni lo pienso , respondió Sancho , allá se lo hayan , con su pan se lo coman. Si fueron amancebados ó no á Dios habrán dado la cuenta : de mis viñas vengo, no se nada ; no soy amigo de saber vidas ajenas , que el que compra y miente , en su bolsa lo siente : quanto mas , que desnudo nací, desnudo me hallo , ni pierdo ni gano ; mas aunque lo fuesen que me vá mi ? Y muchos piensan que hay tocinos y no hay estacas. Mas quien puede poner puertas al campo ? Quanto mas que de Dios dijeron. Valame Dios , dijo D. Quijote , y qué de necedades vas , Sancho , ensartando ! Qué vá de lo que tratamos á los re-

fra-

franes que enhilas? Por tu vida, Sancho que calles, y de aqui adelante entremetete en espolpear à tu asno, y deja de hacerlo en lo que no te importa; y entiende con todos tus cinco sentidos, que todo quanto yo he hecho, hago é hiciere va muy puesto en razon, y muy conforme á las reglas de caballeria, que las sé mejor que quantos Caballeros las profesaron en el mundo. Señor, respondió Sancho, y es buena regla de caballeria que andemos perdidos por estas montañas, sin senda ni camino, buscando á un loco, el qual despues de hallado, quizá le vendrá en voluntad de acabar lo que dejó comenzado, no de su cuento, sino de la cabeza de vuestra merced y de mis costillas, acabandonoslas de romper de todo punto? Calla, te digo otra vez, Sancho, dijo D. Quijote; porque te hago saber que no solo me trae por estas partes el deseo de hallar al loco, quanto el que tengo de hacer en ellas una hazaña con que he de ganar perpetuo nombre y fama en todo lo descubierta de la tierra, y será tal, que he de echar con ella el sello á todo aquello que puede hacer perfecto y famoso á un Andante Caballero. Y es de muy gran peligro esta hazaña, preguntó Sancho Panza? No, respondió el de la triste figura, puesto que de tal manera podia correr el dado, que echemos azar en lugar de encuentro; pero todo ha de estar en tu diligencia. En mi diligencia? dijo

Sancho. Si, dijo D. Quijote; porque si vuelves presto de adonde pienso enviarte, presto se acabará mi pena, y presto comenzará mi gloria, y porque no es bien que te tenga mas suspenso esperando en lo que han de parar mis razones, quiero; Sancho, que sepas que el famoso Amadis de Gaula fue uno de los mas perfectos Caballeros Andantes: no he dicho bien fue uno, fue él solo el primero, el unico, el señor de todos quantos hubo en su tiempo en el mundo. Mal año y mal mes para D. Belianis, y para todos aquellos que dijeren que se le igualó en algo, porque se engañan juro cierto. Digo asimismo que quando algun Pintor quiere salir famoso en su arte, procura imitar los originales de los mas unicos Pintores que sabe. Y esta misma regla corre por todos los mas officios y exercicios de cuenta, que sirven para adorno de las Republicas; y así lo ha de hacer y hace el que quisiere alcanzar nombre de prudente y sufrido, imitando á Ulises, en cuya persona y trabajos nos pinta Homero un retrato vivo de prudencia y de sufrimiento; como tambien nos mostró Virgilio en la persona de Eneas, el valor de un hijo piadoso y la sagacidad de un valiente y entendido Capitan, no pintandolo ni descubriendolo como ellos fueron, sino cómo habian de ser para quedar exemplo à los venideros hombres de sus virtudes. De esta misma suerte Amadís fue el norte, el

la

lucero , el sol de los valientes y enámorados Caballeros , á quien debemos de imitar todos aquellos que debajo de la vandera de amor y de la caballeria militamos. Siendo pues esto asi, como lo es, hallo yo, Sancho amigo, que el Caballero Andante que mas le imitare estará mas cerca de alcanzar la perfeccion de la caballeria. Y una de las cosas en que mas este Caballero mostrò su prudencia , valor , valentia, sufrimiento , firmeza y amor , fue quando se retiró desdeñado de la señora Oriana á hacer penitencia en la peña pobre, mudando su nombre en el de Beltenebros , nombre por cierto significativo y propio para la vida que él de su voluntad habia escogido. Asi que , me es á mí mas facil imitarle en esto , que no en hender Gigantes , descabezar serpientes, matar endriagos , desbaratar exercitos , fracasar armadas y deshacer encantamientos; y pues estos lugares son tan acomodados para semejantes efectos, no hay para que se deje pasar la ocasion que ahora con tanta comodidad me ofrece sus gudejas. En efecto , dijo Sancho , qué es lo que vuestra merced quiere hacer en este tan remoto lugar ? Ya no te he dicho, respondió D. Quijote, que quiero imitar á Amadis, haciendo aqui del desesperado , del sandio y del furioso ; y por imitar juntamente al valiente D. Roldán, quando hallò en una fuente las señales de que Angelica la Bella habia cometido vii-

za con Medoro , de cuya pesadumbre se volvió loco y arrancó los arboles , enturbió las aguas de las claras fuentes ; mató pastores , destruyó ganados , abrasó chozas , derribó casas , arrastró yeguas , y hizo otras cien mil insolencias , dignas de eterno nombre y escritura ? Y puesto que yo no pienso imitar á Roldan , ó Orlando , ó Rotolando (que todos estos tres nombres tenia) parte por parte en todas las locuras que hizo , dijo y pensò , haré el bosquejo , como mejor pudiere , en las que me pareciere ser mas esenciales ; y podrá ser que viniese á contentarme con sola la imitacion de Amadis , que sin hacer locuras de daño , sino de lloros y sentimientos , alcanzó tanta fama como el que mas . Pareceme á mi , dijo Sancho , que los Caballeros que lo tal hicieron fueron provocados , y tuvieron causa para hacer esas necedades y penitencias ; pero vuestra merced qué causa tiene para volverse loco ? Qué dama le ha desdeñado ? O qué señales ha hallado que le den á entender que la señora Dulcinea del Toboso ha hecho alguna niñeria con Moro ó Christiano ? Ahí está el punto , respondió D. Quijote , y esa es la fineza de mi negocio : que volverse loco un Caballero Andante con causa , no es merito ni gracia ; el toque está desatinar sin ocasion , y dar á entender á mi dama que si en seco hago esto qué hiciera en mojado ? Quanto mas que harta ocasion tengo en la larga ausencia que he

he-

hecho de la siempre señora mia Dulcinea del Toboso, que como ya oiste decir á aquel pastor de marras Ambrosio, quien está ausente todos los males tiene y teme. Asi que, Sancho amigo, no gastes tiempo en aconsejarme que deje tan rara, tan feliz y tan no vista imitacion. Loco soy, loco he de ser hasta tanto que tu vuelvas con la respuesta de una carta que contigo pienso enviar á mi señora Dulcinea; y si fuere tal qual á mi fé se le debe, acabarse ha mi sandez y penitencia: si fuere al contrario seré loco de veras: y siendolo, no sentiré nada. Asi que, de qualquiera manera que respuesta saldré del conflicto y trabajo en que me dejares, gozando el bien que me trajeres por cuerdo, ó no sintiendo el mal que aportares por loco. Pero dime, Sancho, traes bien guardado el yelmo de Mambrino? que ya ví que le alzaste del suelo quando aquel desagradecido le quiso hacer pedazos, pero no pudo; donde se puede echar de ver la fineza de su temple. A lo qual respondió Sancho: Vive Dios, señor Caballero de la triste figura, que no puedo sufrir ni llevar en paciencia algunas cosas que vuestra merced dice; y que por ellas vengo á imaginar, que todo quanto me dice de Caballerias y de alcanzar Reynos é Imperios, de dar Insulas, y de hacer otras mercedes y grandezas, como es uso de Caballeros Andantes, que todo debe de ser cosa de viento y mentira, y todo pastraña

ó patraña, ó como la llamaremos; porque quien oyere decir á vuestra merced que una vacia de Barbero es el yelmo de Mambrino, y que no salga de este error en mas de quatro dias; qué ha de pensar, sino que quien tal dice y afirma debe de tener guero el juicio? La vacia yo la llevo en el costal toda abollada, y llevo-la para aderezarla en mi casa y hacerme la barba en ella, si Dios me diere tanta gracia que algun dia me vea con mi muger y hijos. Mira, Sancho, por el mismo que denantes jurastes te juro, dijo Don Quijote, que tienes el mas corto entendimiento que tiene, ni tuvo escudero en el mundo; que es posible que en quanto ha que andas conmigo no has echado de ver, que todas las cosas de los Caballeros Andantes parecen quimeras, necedades y desatinos, y que son todas hechas al revés? Y no porque ello sea asi, sino porque andan entre nosotros siempre una caterva de encantadores que todas nuestras cosas mudan y truecan, y las vuelven segun su gusto, y segun tienen la gana de favorecernos ó destruirnos; y asi eso que te parece á ti vacia de Barbero, me parece á mi el yelmo de Mambrino, y á otro le parecerá otra cosa. Y fuera rara providencia del sabio que es de mi parte, hacer que parezca vacia á todos los que real y verdaderamente es yelmo de Mambrino, á causa que siendo él de tanta estima, todo el mundo

me perseguiría por quitarmele; pero como vea que no es mas de una vacia de Barbero, no se curan de procurarle, como se mostró bien en el que quiso romperle y le dejó en el suelo sin llevarle, que á fe que si le conociera, que nunca él le dejara. Guardale, amigo, que por ahora no le he de menester, que antes me tengo de quitar todas estas armas, y quedar desnudo como quando nací, si es que me da en voluntad de seguir en mi penitencia mas á Roldan que á Amadis. Llegaron en estas platicas al pie de una alta montaña, que casi como peñon tajado estaba sola entre otras muchas que la rodeaban. Corria por su falda un manso arroyuelo, y haciase por toda su redondez un prado tan verde y vicioso, que daba contento á los ojos que le miraban. Habia por alli muchos arboles silvestres, y algunas plantas y flores que hacian el lugar mas apacible. Este sitio escogió el Caballero de la Triste Figura para hacer su penitencia; y asi en viendole comenzó á decir en voz alta, como si estuviera sin juicio: Este es el lugar (ó Cielos) que diputo y escojo para llorar la desventura en que vosotros mismos me habeis puesto. Este es el sitio donde el humor de mis ojos acrecentará las aguas de este pequeño arroyo, y mis continuos y profundos suspiros moverán á la continua las hojas de estos montaraces arboles, en testimonio y señal de la pena que mi asenderado co-

Yazon padece. O vosotros, quien quiera que seais, rusticos Dioses, que en este inhabitable lugar teneis vuestra morada! oid las quejas de este desdichado amante, á quien una luenga ausencia y unos imaginados zelos han traído á lamentarse entre estas asperezas, y á quejarse de la dura condicion de aquella ingrata y bella, término y fin de toda humana hermosura. O vosotras Napéas y Driadas, que teneis por costumbre de habitar en las espesuras de los montes! asi los ligeros y lascivos Satyros de quien sois, aunque en vano amadas no perturben jamás vuestro dulce sosiego, que me ayudeis á lamentar mi desventura, ó á lo menos no os canseis de oirla. O Dulcinéa del Toboso, dia de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis caminos, estrella de mi ventura! asi el Cielo te la dé buena en quanto acertares á pedirle, que consideres el lugar y el estado á que tu ausencia me ha conducido, y que con buen termino correspondas al que á mi fe se le debe! O solitarios arboles (que desde hoy en adelante habeis de hacer compañía á mi soledad) dad indicio con el blando movimiento de vuestras ramas; que no os desagrade mi presencia! O tu, escudero mio, agradable compañero en mis prosperos y adversos sucesos, toma bien en la memoria lo que aqui me verás hacer, para que lo cuentes y recites á la causa total de todo ello; y diciendo esto se apeó

de Rocinante, y en un momento le quitó el freno y la silla, y dandole una palmada en las ancas, le dijo: Libertad te da el que sin ella queda, ó caballo tan estremado por tus obras, quan desdichado por tu suerte! Vete por do quisieres, que en la frente llevas escrito que no te igualó en la ligereza el Hypogrifo de Astolfo, ni el nombrado Frontino, que tan caro le costó á Bradamante. Viendo esto Sancho, dijo: Bien haya quien nos quitó ahora el trabajo de desenalbardar al rucio, que á fe que no faltaran palmadicas que darle, ni cosas que decirle en su alabanza; pero si él aqui estuviera no consintiera yo que nadie le desenalbardara, pues no habia para qué, que á él no le tocaban las generales de enamorado, ni de desesperado, pues no lo estaba su amo, que era yo, quando Dios queria. Y en verdad, señor Caballero de la Triste Figura, que si es que mi partida y su locura de vuestra merced va de veras, que será bien tornar á ensillar á Rocinante para que supla la falta del rucio, porque será ahorrar tiempo á mi ida y vuelta, que si la hago á pie, no sé quando llegaré ni quando volveré, porque en resolucion soy mal caminante. Digo, Sancho, respondió Don Quijote, que sea como tu quisieres, que no me parece mal tu designio; y digo que de aquí á tres dias te partirás, porque quiero que en este tiempo veas lo que por ella hago y digo, para que se lo digas. Pues qué

qué mas tengo de ver, dijo Sancho, que lo que he visto? Bien estás en el cuento, respondió Don Quijote, ahora me falta rasgar las vestiduras, esparcir las armas, y darme de calabazadas por estas peñas, con otras cosas de este jaez que te han de admirar. Por amor de Dios, dijo Sancho, que mire vuestra merced como se da esas calabazadas, que á tal peña podrá llegar, y en tal punto, que con la primera se acabase la maquina de esta penitencia: y seria yo de parecer, que ya que á vuestra merced le parece que son aqui necesarias calabazadas, y que no se puede hacer esta obra sin ellas, se contentase, pues todo es fingido y es cosa contrahecha y de burla, se contentase, digo, con darselas en el agua, ó en alguna cosa blanda como algodón, y dejeme á mi el cargo, que yo diré á mi señora que vuestra merced se las daba en una punta de una peña mas dura que la de un diamante. Yo agradezco tu buena intencion, amigo Sancho, respondió Don Quijote; mas quierote hacer sabedor de que todas estas cosas que hago no son de burlas, sino muy de veras, porque de otra manera seria contravenir á las Ordenes de Caballeria, que nos mandan que no digamos mentira alguna, pena de relapsos, y el hacer una cosa por otra, lo mismo es que mentir; asi que, mis calabazadas han de ser verdaderas firmes, y valederas, sin que lleven nada de sofisticico, ni de fantastico.

Y será necesario que me dejes algunas hilas para curarme, pues que la ventura quiso que nos faltase el balsamo que perdimos. Mas fue perder el asno, respondió Sancho, pues se perdieron en él las hilas y todo; y ruegole á vuestra merced que no se acuerde mas de aquel maldito brebaje, que en solo oírle mentar se me revuelve el alma mas que el estomago. Y mas le ruego, que haga cuenta que son ya pasados los tres dias que me ha dado de termino para ver las locuras que hace, que ya las doy por vistas y por pasadas en cosa juzgada, y diré maravillas á mi señora; y escriba la carta, y depacheme luego, porque tengo gran deseo de volver á sacar á vuestra merced de este purgatorio donde le dejo. Purgatorio le llamas, Sancho, dijo D. Quijote. Mejor hicieras de llamarle infierno, y aun peor, si hay otra cosa que lo sea. Quien ha infierno, respondió Sancho, *nulla est retentio*, segun he oido decir. No entiendo qué quiere decir *retentio*, dijo D. Quijote. *Retentio* es, respondió Sancho, que quien está en el infierno nunca sale de él, ni puedes lo qual será al reves en vuestra merced, ó á mí me andarán mal los pies si es que llevo espuelas para avivar á Rocinante: y pongame yo uno por una en el Toboso y delante de mi Señora Dulcinéa, que yo la diré tales cosas de las necedades y locuras (que todo es uno) que vuestra merced ha hecho y queda haciendo, que la

venga á poner mas blanda que un guante, aunque la halle mas dura que un alcornoque ; con cuya respuesta dulce y melificada volveré por los ayres como brujo y sacaré á vuestra merced de este purgatorio, que parece infierno, y no lo es, pues hay esperanza de salir de él : la qual, como tengo dicho, no la tienen de salir los que están en el infierno, ni creo que vuestra merced dirá otra cosa. Asi es la verdad, dijo el de la Triste Figura ; pero qué haremos para escribir la carta? Y la libranza pollinesca tambien, añadió Sancho? Todo irá inserto, dijo Don Quijote, y seria bueno ya que no hay papel, que la escribiesemos como hacian los antiguos en hojas de arboles, ó en unas tablitas de ceras; aunque tan dificultoso será hallarse eso ahora como el papel. Mas ya me ha venido á la memoria donde será bien y aun mas que bien escribirla, que es en el librillo de memoria que fue de Cardenio, y tu tendrás cuidado de hacerla trasladar en papel de buena letra en el primer lugar que hallares, donde haya Maestro de escuela de muchachos, ó si no qualquiera Sacristan te la trasladará ; y no se la des á trasladar á ningun Escribano, que hacen letra procesada que no la entenderá Satanás. Pues qué se ha de hacer de la firma? dijo Sancho. Nunca las cartas de amantes, se firman, respondió D. Quijote. Está bien, respondió Sancho ; pero la libranza forzosamente se hade firmar, y

esa si se traslada dirán que la firma es falsa, y quedarème sin pollinos. La libranza irá en el mismo librillo firmada, que en viendola mi sobrina, no pondrá dificultad en cumplirla; y en lo que toca á la catta de amores, pondrás por firma: Vuestro hasta la muerte: *El Caballero de la Triste Figura*. Y hará poco al caso que vaya de mano agena, porque á lo que yo me sé acordar, Dulcinéa no sabe escribir ni leer, y en toda su vida ha visto letra mia, ni carta mia, porque mis amores y los suyos han sido siempre Platonicos, sin estenderse á mas que á un honesto mirar; y aun esto tan de quando en quando, que osaré jurar con verdad que en doce años que ha que la quiero mas que á la lumbré de estos ojos que han de comer la tierra, no la he visto quatro veces; y aun podrá ser que de estas quatro veces no hubiese ella echado de ver la una que la miraba. Tal es el recato y encerramiento con que sus padres Lorenzo Corchuelo y su madre Aldonza Nogales la han criado. Ta, ta, dijo Sancho, que la hija de Lorenzo Corchuelo es la señora Dulcinéa del Toboso, llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo? Esa es, dijo Don Quijote, y es la que merece ser señora de todo el universo. Bien la conozco, dijo Sancho; y sé decir que tira tambien una barra como el mas forzado zagal de todo el pueblo. Vive el dador que es moza de chapá hecha y derecha, y de pelo en pecho, y
que

que puede sacar la barba del lodo á qualquier Caballero Andante , ò por andar, que la tuviere por señora. O hi de puta , qué rejo que tiene y qué voz ! Sé decir que se puso un dia encima del Campañario del Aldéa á llamar unos zagales suyos que andaban en un barbecho de su padre , y aunque estaban de alli mas de media legua , asi la oyeron como si estuvieran al pie de la torre ; y lo mejor que tiene es que no es nada melindrosa , porque tiene mucho de cortesana: con todos se burla, y de todo hace mueca y donayre. Ahora digo , señor Caballero de la Triste Figura , que no solamente puede y debe vuestra merced hacer locuras por ella , sino que con justo titulo puede desesperarse y ahorcarse , que nadie habrá que lo sepa , que no diga que hizo demasiado de bien , puesto que le lleve el diablo ; y querria ya verme en camino, solo por verla , que ha muchos dias que no la veo , y debe de estar ya trocada , porque gasta mucho la faz de las mugeres andar siempre al campo , al sol y al ayre ; y confieso á vuestra merced una verdad , señor D. Quijote , que hasta aqui he estado en una grande ignorancia, que pensaba bien y fielmente que la señora Dulcinéa debía de ser alguna Princesa , de quien vuestra merced estaba enamorado , ò alguna persona tal que mereciese los ricos presentes que vuestra merced le ha enviado , asi del Vizcayno , como el de los Galeotes y otros muchos,
que

que deben ser segun deben de ser muchas las victorias que vuestra merced ha ganado y ganó en el tiempo que yo aun no era su escudero; pero bien considero, qué se le ha de dar á la señora Aldonza Lorenzo (digo á la señora Dulcinéa del Toboso) de que se le vayan á hincar de rodillas delante de ella los vencidos que vuestra merced envia y ha de enviar? Porque podria ser que al tiempo que ellos llegasen estoviesse ella rastrillando lino ó trillando en las hebras, y ellos se corriesen de verla, y ella se riesse y enfadase del presente. Ya te tengo dicho antes de ahora muchas veces, Sancho, dijo D. Quijote, que eres muy grande hablador, y que aunque de ingenio boto, muchas veces despuntas de agudo; mas para que veas quan necio eres tu, y quan discreto soy yo, quiero que me oygas un breve cuento. Has de saber que una viuda hermosa, moza, libre y rica, y sobre todo desenfadada, se enamoró de un mozo motilon, rollizo y de buen tomo: alcanzólo á saber su mayor, y un dia dijo á la buena viuda por via de fraternal reprehension: Maraviliado estoy, señora, y no sin mucha causa, de que una muger tan principal, tan hermosa y tan rica como vuestra merced se haya enamorado de un hombre tan soez, tan bajo y tan idiota como fulano, habiendo en esta casa tantos Maestros, tantos Presentados y tantos Theologos en quien vuestra merced pudiera escoger como entre

peras, y decir este quiero, aquesto no quiero. Mas ella respondió con mucho donayre y des-
envoltura: Vuestra merced, señor mio, está
muy engañado, y piensa muy á lo antiguo, si
piensa que yo he escogido mal en Fulano, por
idiota que le parece, pues para lo que yo le
quiero tanta Filosofia sabe y mas que Aristo-
teles; asi que, Sancho, por lo que yo quiero á
Dulcinéa del Toboso, tanto vale como la mas
alta Princesa de la tierra. Si, que no todos los
Poetas que alaban damas debajo de un nombre
que ellos á su alvedrio los ponen, es verdad
que las tienen. Piensas tu que las Amariles, las
Filis, las Silvias, las Dianas, las Galatéas, las
Alidas y otras tales, de que los libros, los ro-
mances, las tiendas de los Barberos, los Tea-
tros de las comedias estan llenos, fueron ver-
daderamente damas de carne y hueso, y de aque-
llos que las celebran y celebraron? No por cier-
to, sino que las mas se las fingen por dar su-
geto á sus versos, y porque las tengan por ena-
morados y por hombres que tienen valor para
serlo; y asi bastame á mi pensar y creer, la
buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y hones-
ta, y en lo de linage importa poco, que no han
de ir á hacer la informacion de él para darle al-
gun Abito, y yo me hago cuenta que es la mas
alta Princesa del mundo; porque has de saber,
Sancho, si no lo sabes, que dos cosas solas in-
citan á amar mas que otras, que son la mu-
cha

cha hermosura , y la buena fama ; y estas dos cosas se hallan consumadamente en Dulcinéa, porque en ser hermosa ninguna le iguala , y en la buena fama pocas le llegan ; y para concluir con todo , yo imagino que todo lo que digo es así , sin que sobre ni falte nada ; y pintola en mi imaginacion como la deseo , así en la belleza como en la principalidad , y ni la llega Elena , ni la alcanza Lucrecia ni otra alguna de las famosas mugeres de las edades preteritas , Griega , Barbara , ó Latina , y diga cada uno lo que quisiere , que si por esto fuere reprehendido de los ignorantes , no seré castigado de los rigurosos. Digo que en todo tiene vuestra merced razon, respondió Sancho, y que soy un asno; mas no sé yo para que nombro asno en mi boca pues no se ha de mentar la sogá en casa del ahorcado ; pero venga la carta , y á Dios que me mudo. Sacó el libro de memoria D. Quijote , y apartandose á una parte, con mucho sosiego comenzó á escribir la carta, y en acabandola llamó á Sancho , y le dijo que se la queria leer, porque la tomase de memoria , si acaso se le perdiese por el camino , porque de su desdicha todo se podia temer ; á lo qual respondió Sancho : Escribala vuestra merced dos ó tres veces ahí en el libro y demele , que yo le llevaré bien guardado, porque pensar que yo la he de tomar en la memoria , es disparate , que la tengo tan mala , que muchas veces se me olvida como me

lla-

llamo; pero con todo eso digamela vuestra merced que me holgaré mucho de oirla, que debe de ir como de molde. Escucha que así dice, dijo Don Quijote.

CARTA DE D. QUIJOTE A DULCINEA
del Toboso.

Soberana y alta Señora.

EL ferido de punta de ausencia, y el llagado de las telas del corazon, dulcissima Dulcinea del Toboso, te envia la salud que èl no tiene. Si tu fermosura me desprecia: si tu valor no es en mi pro; y si tus desdenes son en mi afincamiento (maguer que yo sea asaz de sufrid) mal podré sostenerme en esta cuita, que además de ser fuerte es muy duradera. Mi buen escudero Sancho te dará entera relacion, ó bella ingrata, amada enemiga mia, del modo que por tu causa quedo: Si gustares de acorrerme, tuyo soy; y si no haz lo que te viniere en gusto, que con acabar mi vida habré satisfecho á tu crueldad y á mi deseo.

Tuyo hasta la muerte.

El Caballero de la Triste Figura.

Por vida de mi padre, dijo Sancho en oyendo la carta, que es la más alta cosa que jamás

he

he oido ; pesia á mi , y como que le dice vuestra merced ahí todo quanto quiere , y qué bien que encaja en la firma el Caballero de la Triste Figura ! Digo de verdad , que es vuestra merced el mismo diablo , y que no hay cosa que no sepa . Todo es menester , respondió D. Quijote , para el oficio que yo traigo . Ea , pues , dijo Sancho , ponga v. m. en esotra vuelta la cedula de los tres pollinos , y firmela con mucha claridad , porque la conozca en viendola . Que me place , dijo D. Quijote , y habiendola escrito , se la leyó , que decia asi :

Mandaré v. m. , por esta mi primera de pollinos , señora sobrina , dar á Sancho Panza , mi escudero , tres de los cinco que dejé en casa , y estan á cargo de v. m. : los quales tres pollinos se los mando librar y pagar por otros tantos aqui recibidos de contado , que con esta y con carta de pago serán bien dados . Fecha en las entrañas de Sierra Morena á veinte y dos de Agosto de este presente año .

Buena está , dijo Sancho , firmela vuestra merced . No es menester firmarla , dijo D. Quijote , sino solamente poner mi rubrica que es lo mismo que firma , y para tres asnos , y aun para trescientos fuera bastante . Yo me confio de vuestra merced , respondió Sancho : dejeme iré á ensillar á Rocinante , y aparejese vuestra merced á echarme su bendicion , que luego pienso partirme , sin ver las sandeces que vuestra
mer-

merced ha de hacer, que yo diré que le vi hacer tantas, que no quiera mas. Por lo menos quiero, Sancho (y porque es menester así) quiero, digo, que me veas en cueros, y hacer una á dos docenas de locuras, que las haré en menos de media hora, porque habiendolas tu visto por tus ojos, puedas jurar á tu salvo en las demás que quisieres añadir; y asegurote que no dirás tu tantas quantas yo pienso hacer. Por amor de Dios, Señor mio, que no vea yo en cueros á vuestra merced, que me dará mucha lastima, y no podré dejar de llorar; tengo tal la cabeza del llanto que á noche hice por el rucio, que no estoy para meterme en nuevos lloros; y si es que vuestra merced gusta de que yo vea algunas locuras, hagalas vestido, breves, y las que le vinieren mas á cuento; quanto mas, que para mí no era menester nada de eso, y como ya tengo dicho, fuera ahorrar el camino de mi vuelta, que ha de ser con las nuevas que vuestra merced desea y merece; y si no aparejese la señora Dulcinéa, que si no responde como es razon, voto hago solemne á quien puedo, que le tengo de sacar la buena respuesta del estomago á coces y á bofetones; porque donde se ha de sufrir que un Caballero Andante, tan famoso como vuestra merced se vuelva loco sin qué ni para qué por una? No me lo haga decir la señora, porque por Dios que despotriquee y lo eche todo á doce, aunque nunca se venda.

Bonico soy yo para eso : mal me conoce ; pues á fe que si me conociese , que me ayunase. A fe , Sancho , dijo D. Quijote , que á lo que parece que no estas tu mas cuerdo que yo. No estoy tan loco , respondió Sancho , mas estoy mas colerico ; pero dejando esto á parte , qué es lo que ha de comer vuestra merced en tanto que yo vuelvo? ha de de salir al camino como Cardenio á quitarselo á los pastores ? No te dé pena ese cuidado , respondió D. Quijote , porque aunque tuviera no comiera otra cosa que las yervas y frutos que este prado y estos arboles me dieran : que la fineza de mi negocio está en no comer y en hacer otras asperezas. A esto , dijo Sancho , sabe vuestra merced qué temo? que no tengo de acertar á volver á este lugar donde ahora le dejo , segun está escondido. Toma bien las señas que yo procuraré no apartarme de estos contornos , dijo Don Quijote , y aun tendré cuidado de subirme por estos mas altos riscos , por ver si te descubro quando vuelvas ; quanto mas , que lo mas acertado será para que no me yerres y te pierdas , que cortes algunas retamas de las muchas que ahí hay y las vayas poniendo de trecho en trecho hasta salir á lo raso , las quales te servirán de mojones ; y señales para que me halles quando vuelvas , á imitacion del hilo del laberinto de Perséo. Así lo haré , respondió Sancho Panza , y cortando algunas , pidió la bendicion á su señor y no sin mu-

muchas lagrimas de entrambos se despidió de él: y subiendo sobre Rocinante, á quien D. Quijote encomendó mucho, y que mirase por él como por su propia persona, se puso en camino del llano, esparciendo de trecho á trecho los ramos de la retama, como su amo se lo habia aconsejado, y así se fue: aunque todavía le importunaba D. Quijote, que le viese siquiera hacer dos locuras: mas no hubo andado cien pasos quando volvió y dijo: Digo, señor, que vuestra merced ha dicho muy bien, que para que pueda jurar sin cargo de conciencia que le he visto hacer locuras, será bien que vea siquiera una, aunque bien grande la he visto en la quedada de vuestra merced. No te lo decia yo, dijo D. Quijote? esperate Sancho, que en un Credo las haré; y desnudandose con toda priesa los calzones, quedó en carnes y en pañales, y luego sin mas ni mas dió dos zapatetas en el ayre y dos tumbos la cabeza abajo, y los pies en alto, descubriendo cosas que por no verlas otra vez volvió Sancho la rienda á Rocinante, y se dió por contento, y satisfecho de que podia jurar que su amo quedaba loco, y así le dejaremos ir su camino hasta la buelta que fue breve.

CAPITULO XXII.

Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo D. Quijote en Sierra-Morena.

Y Volviendo á contar lo que hizo el de la Triste Figura despues que se vió solo, dice la Historia, que asi como D. Quijote acabó de dar las tumbas ó vueltas, de medio abajo desnudo, y de medio arriba vestido, y de que vió que Sancho se habia ido, sin querer aguardar á ver mas sandeces, se subió por una punta de una alta peña, y alli tornó á pensar lo que otras muchas veces habia pensado, sin haberse jamás resuelto en ello; y era, que qual seria mejor y le estaria mas á cuento, imitar á Roldan en las locuras desafortadas que hizo, ó á Amadis en las melancolias? Y hablando entre si mesmo decia: Si Roldan fue tan buen Caballero; y tan valiente como todos dicen, qué maravilla, pues al fin era encantado y no le podia matar nadie, si no era metiendole un alfiler de á blanca por la punta del pie, y el traia siempre los zapatos con siete suelas de hierro? Aunque no le valieron tretas contra Bernardo del Carpio, que se las entendió, y le ahogó entre los brazos en Roncesvalles. Pero dejando en él lo de la valentia á una parte, vengamos á lo de perder el juicio, que es cierto que le perdió

por las señales que halló en floresta y por las nuevas que le pidió el Pastor de Angelica habia dormido mas de dos siestas con Medoro, un Morillo de cabellos enrizados, y page de Agramante. Y si él entendió que esto era verdad y que su dama le habia cometido desaguizado, no hizo mucho en volverse loco. Pero yo, cómo puedo imitarle en las locuras, sino le imito en la ocasion de ellas? Porque mi Dulcinea del Toboso osaré yo jurar que no ha visto en todos los dias de su vida Moro alguno, asi como él es en su mismo trage, y que se está hoy como la madre que la parió, y hariale agravio manifesto, si imaginando otra cosa de ella me volviese loco de aquel genero de locura de Roldan el furioso. Por otra parte veo, que Amadis de Gaula, sin perder el juicio, y sin hacer locuras, alcanzó tanta fama de enamorado como el que mas; porque lo que hizo, segun su Historia; no fue mas de que (por verse desdeñado de su señora Oriana, que le habia mandado que no pareciese ante su presencia hasta que fuese su voluntad) se retiró á la Peña Pobre en compañía de un Ermitaño; alli se hartó de llorar, hasta que el Cielo le acorrió en medio de su mayor cuita y necesidad. Y si esto es verdad, como lo es, para qué quiero yo tomar trabajo ahora de desnudarme del todo, ni dar pesadumbre á estos arboles que no me han hecho mal alguno? Ni tengo para qué enturbiar al agua clara

de estos arroyos , los quales me han de dar de beber quando tenga gana? Viva la memoria de Amadis , y sea imitado de Don Quijote de la Mancha en todo lo que pudiere ; del qual se dirá lo que de el otro se dijo, que si no acabó grandes cosas , murió por acometerlas , y si yo no soy desechado ni desdeñado de mi Dulcinea, bastame como ya he dicho , estar ausente de ella. Ea , pues, manos á la obra , venid á mi memoria cosas de Amadis , y enseñadme por donde tengo de comenzar á imitaros : mas ya se que lo mas que él hizo fue rezar y asi lo haré yo. Y sirviendole de rosario unas agallas grandes de un alcornoque que ensartó , de que hizo un diez ; y lo que le fatigaba mucho era no hallar por alli otro Ermitaño que le confesase , y con quien consolarse ; y asi se entretenia paseandose por el pradecillo , escribiendo y gravando por las cortezas de los arboles y por la menuda arena muchos versos , todos acomodados á su tristeza , y algunos en alabanzas de Dulcineas ; mas los que se pudieron hallar enteros y que se pudiesen leer despues que á él alli le hallaron , no fueron mas que estos que aqui se siguen.

Arboles , yervas , y plantas

Que en aqueste sitio estais,

Tan altos, verdes y tantas

Si de mi mal no os holgais.

Escuchad mis quejas santas.

Mi dolor no os alborote,
Aunque mas terrible sea,
Pues por pagaros escote,
Aqui llorò Don Quijote
Ausencias de Dulcinea
del Toboso.

Es aqui el lugar adonde
El amador mas leal
De su señora se esconde,
Y ha venido á tanto mal
Sin saber cómo, ò por dònde.

Traele amor al estricote,
Que es de muy mala ralea;
Y asi hasta inchar un pipote,
Aqui llorò D. Quijote
Ausencias de Dulcinea
del Toboso.

Buscando las aventuras
Por entre las duras peñas;
Maldiciendo entrañas duras,
Que entre riscos, y entre breñas
Halla el triste desventuras.

Hiriòle amor con su azote,
No con su blanda correa,
Y en tocandole el cogote,
Aqui llorò Don Quijote
Ausencias de Dulcinea.
del Toboso.

No causò poca risa en los que hallaron los versos referidos el añadidura *del Toboso* al nombre

de Dulcinea, porque imaginaron que debió de entender Don Quijote, que si en nombrando á Dulcinea, no decia tambien *del Toboso*, no se podria entender la copla, y asi fue la verdad, como él despues confesó. Otros muchos escribió, pero como se ha dicho no se pudieron sacar en limpio, ni enteros mas de tres coplas. En esto, y en suspirar, y en llamar á los Faunos y Silvanos de aquellos bosques, á las Ninfas de los rios, á la dolorosa y humida Eco que le respondiesen, consolasen, y escuchasen, se entretenia, y en buscar algunas yervas con que sustentarse en tanto que Sancho volvía, que si como tardó tres días tardara tres semanas, el Caballero de la Triste Figura quedára tan desfigurado, que no le conoceria la Madre que le parió, y será bien dejarle envuelto entre suspiros y versos, por contar lo que le avino á Sancho Panza en su mandadería, y fue que en saliendo al camino real se puso en busca del Toboso, y otro dia llegó á la Venta donde le habia sucedido la desgracia de la manta, y no la hubo bien visto, quando le pareció que otra vez andaba en los ayres, y no quiso entrar dentro, aunque llegó á hora que lo pudiera, y debiera hacer por ser la del comer, y llevar en deseos de gustar algo caliente, que habia grandes dias que todo era hambre. Esta necesidad le forzó á que llegase junto á la Venta, todavia dudoso si entraria, ó no, y estando en esto salieron de la Venta dos per-

sonas que luego le conocieron y dijo el uno al otro: Digame, señor Licenciado, aquel del caballo no es Sancho Panza, el que dijo el ama de nuestro Aventurero, que habia salido con su señor por Escudero? Si es, dijo el Licenciado, y aquel es el caballo de nuestro Don Quijote; y conocieronle tambien, como aquellos que eran el Cura, y el Barbero de su mismo Lugar; y los que hicieron el escrutinio, y auto general de los libros; los quales asi como acabaron de conocer á Sancho Panza y á Rocinante, deseosos de saber de Don Quijote, se fueron á él y el Cura le llamó por su nombre, diciendole: Amigo Sancho Panza, á dónde queda vuestro amo? Conociólos luego Sancho Panza, y determinó en cubrir el lugar, y la suerte, dónde y cómo su amo quedaba; y asi les respondió que su amo quedaba ocupado en cierta parte y en cierta cosa que le era de mucha importancia, la qual él no podía descubrir por los ojos que en la cara tenia. No, no, dijo el Barbero; Sancho Panza, si vos no nos decis donde queda, imaginaremos, como ya imaginamos, que vos le habeis muerto y robado, pues venis encima de su caballo; y en verdad que nos habeis de dar el dueño del rocin, ó sobre eso Morena. No hay para qué conmigo amenazas, que yo no soy hombre que robo, ni mato á nadie, á cada uno mate su ventura, ó Dios que le hizo. Mi amo queda haciendo penitencia en la mitad de esta

montaña muy á su sabor. Y luego de corrida y sin parar les contó de la suerte que quedaba, las aventuras que le habian sucedido, y como llevaba la carta á la señora Dulcinea del Toboso, que era la hija de Lorenzo Corchuelo, de quien estaba enamorado hasta los higados. Quedaron admirados de lo que Sancho Panza les contaba, y aunque ya sabian la locura de D. Quijote y el genero de ella, siempre que la oian se admiraban de nuevo. Pidieronle á Sancho Panza que les enseñase la carta que llevaba á la señora Dulcinea del Toboso. El dijo que iba escrita en un libro de memoria, y que era orden de su señor, que la hiciese trasladar en papel en el primer lugar que llegase; á lo qual dijo el Cura, que se la mostrase, que él la trasladaria de muy buena letra. Metió la mano en el seno Sancho Panza, buscando el librito, pero no le halló, ni le pudiera hallar, si le buscara hasta ahora, porque se habia quedado D. Quijote con él, y no se le habia dado, ni á él se le acordó de pedirsele. Quando Sancho vió que no hallaba el libro: fuele parando mortal el rostro; y tornandose á tentar todo el cuerpo muy apriesa, tornó á echar de ver, que ni le hallaba, y sin mas ni mas se echó entrambos puños á las barbas, y se arrancó la mitad de ellas, y luego apriesa y sin cesar se dió media docena de puñadas en el rostro y en las narices, que se las bañò todas en sangre. Visto lo qual

qual por el Cura y el Barbero , le dijeron que qué le habia sucedido que tan mal se paraba? Qué me ha de suceder , respondió Sancho , sino el haber perdido de una mano á otra en un instante tres pollinos , que cada uno era como un castillo? Cómo es eso , replicò el Barbero. He perdido el libro de memoria , respondió Sancho , donde venia la carta para Dulcinea y una cedula firmada de mi señor , por la qual mandaba que su sobrina me diese tres pollinos de quatro ò cinco que estaban en casa ; y con esto les contò la perdida del rucio. Consolòle el Cura, y dijole que en hallando á su señor, él le haria revalidar la manda, y que tornase á hacer la libranza en papel, como era uso y costumbre, porque las que se hacian en libros de memoria jamás se acertaban, ni cumplian. Con esto se consolò Sancho, y dijo, que como aquello fuese asi, que no le daba mucha pena la perdida de la carta de Dulcinea porque el la sabia casi de memoria, de la qual se podia trasladar donde y quando quisiesen. Decidla, pues, Sancho, dijo el Barbero, que despues la trasladaremos. Paróse Sancho Panza á rascar la cabeza para traer á la memoria la carta , y ya se ponía sobre un pie y ya sobre otro. Unas veces miraba al suelo , otras al Cielo ; y al cabo de haberse roído la mitad de la yema de un dedo, teniendo suspensos á los que esperaban que la dijese dijo al cabo de grandisimo rato : Por Dios,

Dios señor Licenciado, que los diablos lleven la cosa que de la carta se me acuerda, aunque en el principio decia: *Alta y sobajada señora*. No diria, dijo el Barbero, sobajada, sino sobre humana, ó soberana señora. Asi es, dijo Sancho. Luego si mal no me acuerdo proseguia. *El llagado y falto de sueño y el ferido, besa à vuestra merced las manos, ingrata y muy desconocida hermosa; y no sé que decia de salud y de enfermedad que le enviaba, y por aqui iba escurriendo, hasta que acababa en: Vuestro hasta la muerte. El Caballero de la Triste Figura.*

No poco gustaron los dos de ver la buena memoria de Sancho Panza, y alabaronse la mucho, y le pidieron que dijese la carta otras dos veces, para que ellos asimismo la tomasen de memoria para trasladarla á su tiempo. Tornóla á decir Sancho otras dos veces, y otras tantas volvió á decir otros tres mil disparates. Tras esto contó asimismo las cosas de su amo; pero no habló palabra á cerca del manteamiento que le habia sucedido en aquella Venta, en la qual rehusaba entrar. Dijo tambien como su señor, en trayendo que le trajese buen despacho de la señora Dulcinea del Toboso, se habia de poner, en camino á procurar como ser Emperador, ó por lo menos Monarca, que así lo tenían concertados entre los dos, y era cosa muy facil venir á serlo, segun era el valor de su persona y la fuerza de su brazo; y que en siendolo le

ha-

habia de casar á él, porque ya sería viudo, que no podia ser menos; y le habia de dar por mujer á una doncella de la Emperatriz, heredera de un rico y grande Estado de Tierra-Firme, sin Insulos ni Insulas, que ya no las queria. Decia esto Sancho con tanto reposo, limpiandose de quando en quando las narices, y con tan poco juicio, que los dos se admiraron de nuevo, considerando quan vehemente habia sido la locura de Don Quijote, pues habia llevado tras si, el juicio de aquel pobre hombre. No quisieron cansarse en sacarle del error en que estaba, pareciendoles que pues no le dañaba nada la conciencia, mejor era dejarle en él, y á ellos les sería de mas gusto oír sus necedades; y así le dijeron que rogase á Dios por la salud de su señor, que cosa contingente y muy agible era venir con el discurso del tiempo á ser Emperador como él decia, ó por lo menos Arzobispo, ú otra Dignidad equivalente: A lo qual respondió Sancho, Señores, si la fortuna rodease las cosas de manera que á mi amo le viniese en voluntad de no ser Emperador, sino de ser Arzobispo; querria yo saber ahora qué suelen dar los Arzobispos Andantes á sus Escuderos? Suelenles dar, respondió el Cura, algun Beneficio simple, ó curado, ó alguna Sacristania, que les vale mucho de renta rentada, á men del pie de Altar que se suele estimar en otro tanto. Para eso será menester, replicó Sancho;

cho, que el Escudero no sea casado y que sepa ayudar á Misa por lo menos; y si esto es asi, desdichado de yo que soy casado y no sé la primera letra del a b c; qué será de mi, si á mi amo le da antojo de ser Arzobispo y no Emperador, como es uso y costumbre de los Caballeros Andantes? No tengais pena, Sancho amigo, dijo el Barbero, que aqui rogaremos á vuestro amo y se lo aconsejaremos, y aun se lo pondremos en caso de conciencia, que sea Emperador, y no Arzobispo, porque le será mas facil, á causa de que él es mas valiente, que estudiante. Asi me ha parecido á mi, respondió Sancho, aunque sé decir, que para todo tiene habilidad. Lo que yo pienso hacer de mi parte, es rogarle á nuestro Señor que le eche á aquellas partes donde él mas se sirva, y á donde á mi mas mercedes me haga. Vos lo decis como discreto, dijo el Cura, y lo hareis como buen christiano; mas lo que ahora se ha de hacer es dar orden como sacar á vuestro amo de aquella inutil penitencia que decis que queda haciendo; y para pensar el modo que hemos de tener, y para comer, que ya es hora, será bien nos entremos en esta Venta. Sancho dijo que entrasen ellos, que él esperaria alli fuera, y que despues les diria la causa por que no entraba, ni le convenia entrar en ella; mas que les rogaba que le sacasen alli algo de comer que fuese cosa caliente, y asimismo cebada para Rocinante. Ellos se en-
tra

traron y le dejaron; y de alli á poco el Barbero le sacó de comer. Despues, habiendo bien pensado entre los dos el modo que tendrian para conseguir lo que deseaban, vino el Cura en un pensamiento muy acomodado al gusto de Don Quijote, y para lo que ellos querian, y fue, que dijo el Barbero: que lo que habia pensado era que él se vestiria en habito de doncella andante, y que él procurase ponerse lo mejor que pudiese como Escudero; y que asi irian adonde Don Quijote estaba, fingiendo ser ella una doncella affligida y menesterosa, y le pediria un don, el qual él no podria dejarsele de otorgar como valeroso Caballero Andante; y que el don que le pensaba pedir, era que se viniese con ella donde ella le llevase á desfacer un agravio que un mal Caballero le tenia fecho: y que le suplicaba asimismo, que no la mandase quitar su antifaz, ni la demandase cosa de su hacienda fasta que la hubiese fecho derecho de aquel mal Caballero; y que creyese sin duda que Don Quijote vendria en todo quanto le pidiese por este termino, y que de esta manera le sacarian de alli, y llevarian á su Lugar, donde procurarian ver si tenia algun remedio su estraña locura.

CAPITULO XXVII.

De como salieron con su intencion el Cura y el Barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande Historia.

NO le pareció mal al Barbero la invencion del Cura, sino tan bien, que luego la pusieron por obra. Pidieronle á la Ventera una saya, y unas tocas, y dejandole en prendas una sotana nueva del Cura. El Barbero hizo una gran barba de una cola rucia ó roja de buey, donde el Ventero tenia colgado el peyne. Preguntóles la Ventera que para qué le pedian aquellas cosas? El Cura la contó en breves razones la locura de Don Quijote, y como convenia aquel disfraz para sacarle de la montaña donde á la sazón estaba. Cayeron luego el Ventero y la Ventera en que el loco era su huesped, el del balsamo, y el amo del manteado Escudero; y contaron al Cura todo lo que con él les habia pasado, sin callar lo que tanto callaba Sancho. En resolucion, la Ventera vistió al Cura de modo que no habia mas que ver: Pusole una saya de paño, llena de fajas de terciopelo negro de un palmo en ancho, todas acuchilladas, y unos corpiños de terciopelo verde, guarnecidos con unos ribetes de raso blanco, que se debieron de hacer ellos, y la saya en tiempo del Rey Wamba,

ba. No consintió el Cura que le tocasen, sino pusose en la cabeza un birretillo de lienzo colchado que llevaba para dormir de noche y ciñóse por la frente una liga de tafetan negro y con otra liga hizo un antifaz con que cubrió muy bien las barbas y el rostro. Encasquetóse su sombrero, que era tan grande, que le podía servir de quitasol; y cubriendose su herreruelo, subió en su mula á mugeriegas, y el Barbero en la suya, con su barba que llegaba á la cintura, entre roja y blanca, como aquella que (como se ha dicho) era hecha de la cola de un buey barroso. Despidieronse de todos y de la buena de Maritornes, que prometió de rezar un Rosario, aunque pecadora porque Dios les diese buen suceso en tan arduo, y tan christiano negocio como era el que habían emprendido. Mas apenas hubieron salido de la Venta, quando le vino al Cura un pensamiento que hacia mal en haberse puesto de aquella manera, por ser cosa indecente, que un Sacerdote se pusiese así, aunque le fuese mucho en ello: y diciendoselo al Barbero le rogó que trocasen trages, pues era mas justo que él fuese la doncella menesterosa, y que él haria el Escudero y que así se profanaba menos su dignidad; y que si no lo queria hacer, determinaba de no pasar adelante, aunque á D. Quijote se le llevase el diablo. En esto llegó Sancho, y de ver á los dos en aquel trage, no pudo tener la risa. En efecto.

to, el Barbero vino en todo aquello que el Cura quiso, y trocando la invencion, el Cura le fue informando el modo que habia de tener y las palabras que habia de decir á D. Quijote para moverle, y forzarle á que con él se viniese y dejase la querencia del lugar que habia escogido para su vana penitencia. El Barbero respondió que sin que se le diese leccion, él lo pondria bien en su punto. No quiso vestirse por entonces, hasta que estuviese junto de donde Don Quijote estaba, y así dobló sus vestidos y el Cura acomodó su barba y siguieron su camino, guiandolos Sancho Panza, el qual les fue contando lo que les aconteció con el loco que hallaron en la Sierra; encubriendo empero el hallazgo de la maleta y de quanto en ella venia, que maguer que tonto, era un poco codicioso el mancebo. Otro dia llegaron al lugar donde Sancho habia dejado puestas las señales de las ramas para acertar el lugar donde habia dejado á su señor: y en reconociendole, les dijo como aquella era la entrada, y que bien se podian vestir, si era que aquello hacia al caso para la libertad de su señor, porque ellos le habian dicho antes que el ir de aquella suerte y vestirse de aquel modo, era toda la importancia para sacar á su amo de aquella mala vida que habia escogido; y que le encargaban mucho que no dijese á su amo quien ellos eran, ni que los conocia; y que si le preguntase, como se lo habia de pre-
guntar

guntar , si dio la carta á Dulcinèa dijese que sí y que por no saber leer le habia respondido de palabra , diciendole que le mandaba so pena de la de su gracia , que luego al momento se viniese á ver con ella , que era cosa que le importaba mucho , porque con esto y con lo que ellos pensaban decirle , tenian por cosa cierta reducirle á mejor vida , y hacer con él que luego se pusiese en camino para ir a ser Emperador , ó Monarca ; que en lo de ser Arzobispo no habia de qué temer. Todo lo escuchó Sancho y lo tomó muy bien en la memoria , y les agradeció mucho la intencion que tenian de aconsejar á su señor fuese Emperador y no Arzobispo ; porque él tenia para sí que para hacer mercedes á sus escuderos , mas podian los Emperadores que los Arzobispos Andantes. Tambien les dijo que seria bien que él fuese delante á buscarle , y darle la respuesta de su señora , que ya seria ella bastante á sacarle de aquel lugar , sin que ellos se pusiesen en tanto trabajo. Parecióles bien lo que Sancho Panza decia , y así determinaron de aguardarle hasta que volviese con las nuevas del hallazgo de su amo. Entró Sancho por aquellas quiebras de la sierra , dejando á los dos en una , por donde corria un pequeño y manso arroyo , á quien hacian sombra agradable y fresca otras peñas y algunos arboles que por alli estaban. El calor y el dia que alli llegaron era de los del mes de Agosto , que por aque-

Las partes suele ser el ardor muy grande, la hora las tres de la tarde: todo lo qual hacia al sitio mas agradable, y que convidaba á que en él esperasen la vuelta de Sancho, como lo hicieron. Estando pues los dos asi sosegados y á la sombra, llegó á sus oídos una voz que sin acompañarla son de algun otro instrumento, dulce y regaladamente sonaba, de que no poco se admiraron, por parecerles que aquel no era lugar donde pudiese haber quien tambien cantase; porque aunque suele decirse que por las selvas y campos se hallan pastores de voces estremadas, mas son encarecimientos de Poetas, que verdades; y mas quando advirtieron que lo que oían cantar eran versos, no de rusticos ganaderos, sino de discretos cortesanos; y con firmó esta verdad, haber sido los versos que oyeron estos:

Quién menoscaba mis bienes?

Desdenes.

Y quién aumenta mis duelos?

Los zelos.

Y quién prueba mi paciencia?

Ausencia.

De ese modo, en mi dolencia

Ningun remedio se alcanza,

Pues me mata la esperanza

Desdenes, Zelos y Ausencia.

Quién

Quién me causa este dolor?

Amor.

Y quién mi gloria repugna?

Fortuna.

Y quién consiente mi duelo?

El Cielo.

De ese modo yo recelo
Morir de este mal extraño,
Pues se aunan en mi daño
Amor, Fortuna y el Cielo.

Quién mejorará mi suerte?

La muerte.

Y el bien de amor quién le alcanza?

Mudanza.

Y sus males quién los cura?

Locura.

De ese modo no es cordura
Querer curar la pasión,
Quando los remedios son
Muerte, Mudanza y Locura.

La hora, el tiempo, la soledad, la voz y la destreza del que cantaba causó admiración y contento en los dos oyentes, los quales se estuvieron quedos esperando si otra cosa alguna oían: pero viendo que duraba algún tanto el silencio, determinaron de salir á buscar el músico que con tan buena voz cantaba; y que-

riendolo poner en efecto, hizo la misma voz que no se moviesen, la qual llegó de nuevo á sus oídos cantando este Soneto.

S O N E T O.

SAnta amistad, que con ligeras alas
 Tu apariencia quedandose en el suelo,
 Entre benditas almas en el Cielo
 Subiste alegre á las Impyreas salas.
 Desde allá, quando quieres, nos señalas
 La justa paz cubierta con un velo,
 por quien á veces se trasluce el zelo
 De buenas obras, que á la fin son malas.
 Deja el Cielo (ó amistad!) ó no permitas,
 Que el engaño se vista tu librea,
 Con que destruye á la intencion sincera.
 Que si tus apariencias no le quitas,
 Presto ha de verse el mundo en la peléa
 De la discorde confusion primera.

El canto se acabò con un profundísimo suspiro, y los dos con atencion volvieron á esperar si mas se cantaba; pero viendo que la musica se habia vuelto en sollozos y en lastimeros áyes, acordaron de saber quien era el triste tan estremado en la voz, como doloroso en los gemidos; y no anduvieron mucho quando al volver de una punta de una peña vieron á un hombre del mismo talle y figura que Sancho Pan-

za les habia pintado quando les contó el cuento de Cardenio; el qual hombre quando les vió, sin sobresaltarse se estuvo quedo con la cabeza inclinada sobre el pecho á guisa de hombre pensativo, sin alzar los ojos á mirarlos mas de la vez primera quando de improviso llegaron. El Cura, que era hombre bien hablado (como el que ya tenia noticia de su desgracia, pues por las señas le habia conocido) se llegó á él, y con breves, aunque muy discretas razones, le rogó y persuadió que aquella tan miserable vida dejase, porque alli no la perdiese, que era la desdicha mayor de las desdichas. Estaba Cardenio entonces en su entero juicio, libre de aquel furioso accidente que tan á menudo le sacaba de sí mismo: y así, viendo á los dos en trage tan no usado de los que por aquellas soledades andaban, no dejó de admirarse algun tanto, y mas quando oyó que le habian hablado en su negocio como en cosa sabida (porque las razones que el Cura le dijo así lo dieron á entender) y así respondió de esta manera. Bien veo yo, señores, quien quiera que seais, que el Cielo que tiene cuidado de socorrer á los buenos (y aun á los malos muchas veces) sin yo merecerlo, me envia en estos tan remotos y apartados lugares del trato comun de las gentes algunas personas, que poniendome delante de los ojos con vivas y varias razones, quan sin ella ando en hacer la vida que hago, han pro-

curado sacarme de esta á mejor parte; pero como no saben que yo sé que en saliendo de este daño he de caer en otro mayor, quizá me deben de tener por hombre de flacos discursos, y aun, lo que peor seria, por de ningun juicio; y no seria maravilla que así fuese, porque á mí se me trasluce que la fuerza de la imaginacion de mis desgracias es tan intensa, y puede tanto en mi perdicion, que sin que yo pueda ser parte á estorvarlo, vengo á quedar como piedra falto de todo buen sentido y conocimiento; y vengo á caer en la cuenta de esta verdad quando algunos me dicen y muestran señales de las cosas que he hecho en tanto que aquel terrible accidente me señorea, y no sé mas que dolerme en vano, y maldecir sin provecho ni ventura, y dar por disculpa de mis locuras el decir la causa de ellas á quantos oirla quieren; porque viendo los cuerdos qual es la causa no se maravillarán de los efectos, y si no me dieren remedio, á lo menos no me atribuirán culpa, convirtiendoseles el enojo de mi desenvoltura en lastima de mis desgracias; y si es que vosotros, señores, venis con la misma intencion que otros han venido, antes que paseis adelante en vuestras discretas persuasiones, os ruego que escucheis el cuento (que no le tiene) de mis desventuras, porque quizá despues de entendido ahorraréis el trabajo que tomarades en consolar un mal que de todo consuelo es incapáz.

Los dos, que no deseaban otra cosa que saber de su misma boca la causa de su daño, le rogaron se la contase, ofreciendole de no hacer otra cosa de la que él quisiese en su remedio ó consuelo; y con esto el triste Caballero comenzó su lastimera historia casi por las mismas palabras y pasos que la habia contado á Don Quijote y al Cabrero pocos dias atrás, quando por ocasion del Maestro Elisabat y puntualidad de Don Quijote en guardar el decoro á la Caballeria, se quedó el cuento imperfecto como la historia lo deja contado. Pero ahora quiso la buena suerte que se detuvo el accidente de locura, y le dió lugar de contarla hasta el fin; y así llegando al paso del villete que habia hallado Don Fernando entre el libro de Amadis de Gaula, dijo Cardenio que le tenia bien en la memoria, y que decia de esta manera:

Luscinda á Cardenio.

Cada dia descubro en Vos valores que me obligan y fuerzan á que en mas os estime: y así si quisieredes sacarme de esta deuda sin egecutarme en la honra, lo podeis muy bien hacer: Padre tengo que os conoce, y que me quiere bien, el qual sin forzar mi voluntad, cumplirá la que será justo que vos tengais, si es que me estimais como decis, y como yo creo.

Por este villete me movi á pedir á Luscinda

da por esposa, como ya os he contado, y este fue por quien quedó Luscinda en la opinion de Don Fernando por una de las mas discretas y avisadas mugeres de su tiempo: y este villete fue el que le puso en deseo de destruirme antes que el mio se efectuase. Dijele yo á D. Fernando en lo que reparaba el Padre de Luscinda, que era en que mi Padre se la pidiese, lo qual yo no le osaba decir, temeroso que no vendria en ello: no porque no tuviese bien conocida la calidad, bondad, virtud y hermosura de Luscinda, y que tenia partes bastantes para ennoblecer qualquiera otro linage de España; sino porque yo entendia de él que deseaba que no me casase tan presto hasta ver lo que el Duque Ricardo hacia con migo: en resolucion le dije que no me aventuraba á decirselo á mi Padre, asi por aquel inconveniente, como por otros muchos que me acordaban, sin saber quales eran; sino que me parecia que lo que yo desease, jamás habia de tener efecto. A todo esto me respondió Don Fernando que él se encargaba de hablar á mi Padre, y hacer con él que hablase al de Luscinda. O Mario ambicioso! O Cathilina cruel! O Sila facineroso! O Galalon embustero! O Bellido traydor! O Julian vengativo! O Judas codicioso! Traydor, cruel, vengativo y embustero, qué de servicios te habia hecho este triste, que con tanta llaneza te descubrió los secretos y contentos de su corazon? qué ofensa te

hi-

hice? qué palabras te dije, ó qué consejos te di, que no fuesen todos encaminados á acrecentar tu honra y tu provecho? Mas de qué me quejo, desventurado de mi, pues es cosa cierta que quando traen las desgracias la corriente de las estrellas, como vienen de alto á bajo despeñándose con furor y con violencia, no hay fuerza en la tierra que las detenga, ni industria humana que prevenir las pueda. Quien pudiera imaginar que Don Fernando, Caballero ilustre, discreto, obligado de mis servicios, poderoso para alcanzar lo que el deseo amoroso le pidiese donde quiera que le ocupase, se habia de encornar (como suele decirse) en tomarme á mi una sola oveja que aun no poseia? Pero quedense estas consideraciones aparte, como inútiles y sin provecho, y anudemos el roto hilo de mi desdichada historia. Digo pues, que pareciéndole á Don Fernando que mi presencia le era inconveniente para poner en execucion su falso y mal pensamiento, determinó de enviarme á su hermano mayor, con ocasion de pedirle unos dineros para pagar seis caballos, que de industria, y solo para este efecto de que me ausentase (para poder mejor salir con su dañado intento) el mismo dia que se ofreció hablar á mi Padre los compró, y quiso que yo viniese por el dinero. Pude yo prevenir esta traycion? Pude por ventura caer en imaginarla? No por cierto; antes con grandísimo gusto me ofreci á partir lue-

go, contentò de la buena compra hecha. Aquella noche hablé con Luscinda, y la dije lo que con Don Fernando quedaba concertado, y que tuviese firme esperanza de que tendrian efecto nuestros buenos y justos deseos. Ella me dijo (tan segura como yo de la traycion de Don Fernando) que procurase volver presto, porque creia que no tardaria mas la conclusion de nuestras voluntades, que tardase mi Padre de hablar al suyo. No sé qué se fue, que en acabando de decirme esto se la llenaron los ojos de lagrimas, y un nudo se le atravesó en la garganta que no la dejaba hablar palabra de otras muchas que me pareció que procuraba decirme. Quedé admirado de este nuevo accidente, hasta alli jamás en ella visto, porque siempre nos hablabamos las veces que la buena fortuna y mi diligencia lo concedia, con todo regocijo y contento, sin mezclar en nuestras platicas lagrimas, suspiros, zelos, sospechas ó temores. Todo era engrandecer yo mi ventura por habermela dado el Cielo por Señora. Exageraba su belleza, admirabame de su valor y entendimiento; volviame ella el recambio, alabando en mi lo que como enamorada le parecia digno de alabanza. Con esto nos contabamos cien mil niñerías y acaecimientos de nuestros vecinos y conocidos: y á lo que mas se estendia mi desenvoltura era á tomarle casi por fuerza de una de sus bellas y blancas manos, y llevarla á mi boca, se-
gun

gun daba lugar la estrechez de una baja reja que nos dividia. Pero la noche que precedió al triste dia de mi partida, ella lloró, gimió y suspiró, se fue y me dejó llena de confusion y sobresalto, espantado de haber visto tan nuevas y tan tristes muestras de dolor, y sentimiento en Lusinda; pero por no destruir mis esperanzas todo lo atribuia á la fuerza del amor que me tenia, y al dolor que suele causar la ausencia en los que bien se quieren. En fin, yo me partí triste y pensativo, llena el alma de imaginaciones y sospechas, sin saber lo que sospechaba, ni imaginaba: claros indicios que mostraban el triste suceso y desventura que me estaba guardada. Llegue al Lugar donde era enviado: di las cartas al hermano de Don Fernando: fui bien recibido, pero no bien despachado, porque me mandó aguardar (bien á mi disgusto) ocho dias y en parte donde el Duque su padre no me viese, porque su hermano le escribia que le enviase cierto dinero sin su sabiduria; y todo fue invencion del falso Don Fernando, pues no el faltaban á su hermano dineros para despacharme luego. Orden y mandato fue este que me puso en condicion de no obedecerle por parecerme imposible sustentar tantos dias la vida en el ausencia de Lusinda, y mas habiendola dejado con la tristeza que os he contado; pero con todo eso obedeci como buen criado, aunque muy bien veia yo que habia de ser á costa de

de mi salud ; pero á los quatro dias que alli llegué , llegó un hombre en mi busca con una carta que me dió , que en el sobrescrito conoci ser de Lusinda , porque la letra de él era suya. Abrila temeroso y con sobresalto, creyendo que cosa grande debia de ser la que la habia movido á escribirme estando ausente , pues presente pocas veces lo hacia. Preguntéle al hombre antes de leerla , quien se la habia dado , y el tiempo que habia tardado en el camino ? Dijome que acaso , pasando por una calle de la Ciudad á la hora de medio dia , una señora muy hermosa le llamó desde una ventana , los ojos llenos de lagrimas , y que con mucha priesa le dijo : Hermano , si sois Christiano , como pareceis , por amor de Dios os ruego que encamineis luego esta carta al lugar , y á la persona que dice el sobrescrito , que todo es bien conocido , y en ello hareis un gran servicio á nuestro Señor ; y para que no os falte comodidad de poderlo hacer , tomad lo que va en este pañuelo ; y diciendo esto me arrojó por la ventana un pañuelo donde venian atados cien reales y esta sortija de oro que aqui traygo con esa carta que os he dado ; y luego sin aguardar respuesta mia se quitó de la ventana , aunque primero vió como yo tomé la carta y el pañuelo y por señas la dije que haria lo que me mandaba ; y así viendome tan bien pagado del trabajo que podia tomar en traerlosla , y conociendo por el sobrescrito
que

que erades vos á quien le enviaba, porque yo señor os conozco muy bien, y obligado asimismo de las lagrimas de aquella hermosa señora, determiné de no fiarme de otra persona, sino venir yo mismo á darosla; y en diez y seis horas que ha que se me dió, he hecho el camino que sabéis que es de diez y ocho leguas. En tanto que el agradecido y nuevo correo esto me decia, estaba yo colgado de sus palabras, temblando-me las piernas, de manera que apenas podia sostenerme: en efecto abrí la carta, y vi que contenia estas razones:

La palabra que Don Fernando os dió de hablar á vuestro padre para que hablase al mio, la ha cumplido mas en su gusto que en vuestro provecho. Sabed, Señor, que él me ha pedido por esposa, y mi padre llevado de la ventaja que él piensa que Don Fernando os hace, ha venido en lo que quiere con tantas veras, que de aqui á dos dias se ha de hacer el desposorio, tan secreto, y tan á solas, que solo han de ser testigos los Cielos y alguna gente de casa: qual yo quedo, imaginadlo. Si os cumple, venid, vedlo; y si os quiero bien ó no, el suceso de este negocio os lo dará á entender. A Dios plegue que esta llegue á vuestras manos antes que la mia se vea en condicion de juntarse con la de quien tan mal sabe guardar la fe que promete.

Estas en suma fueron las razones que la carta contenia, y las que me hicieron poner luego
en

en camino , sin esperar otra respuesta , ni otros dineros : que bien claro conocí entonces , que no la compra de los caballos, sino la de su gusto habia movido á Don Fernando á enviarme á su hermano. El enojo que contra Don Fernando concebí , junto con el temor de perder la prenda que con tantos años de servicios y deseos tenia grangeada , me pusieron alas , pues casi como en vuelo otro dia me puse en mi Lugar , al punto y hora que convenia para ir á hablar á Luscinda. Entré secreto , y dejé una mula en que venia en casa del buen hombre que me habia llevado la carta ; y quiso la suerte que entonces la tuviese tan buena , que hallé á Luscinda puesta á la reja , testigo de nuestros amores. Conocióme Luscinda luego, y conocila yo, mas no como debia ella conocerme y yo conocerla : pero quién hay en el mundo que se pueda alabar que ha penetrado y sabido el confuso pensamiento y condicion mudable de una muger ? Ninguno por cierto. Digo pues , que así como Luscinda me vió , me dijo : Cardenio, de boda estoy vestida , ya me estan aguardando en la sala Don Fernando el traydor , y mi Padre el codicioso , con otros testigos , que antes lo serán de mi muerte , que de mi desposorio. No te turbes , amigo , sino procura hallarte presente á este sacrificio , el qual si no pudiere ser estorvado de mis razones, una daga llevo escondida, que podrá estorvar mas determinadas fuerzas.

zas , dando fin á mi vida , y principio á que conozcas la voluntad que te he tenido y tengo. Yo la respondi turbado y apriesa , temeroso no me faltase lugar para responderla : Hagan , Señora , tus obras verdaderas tus palabras ; que si tu llevas daga para acreditarte , aqui llevo espada para defenderte con ella , ó para matarme si la suerte nos fuere contraria. No creo que pudo oír todas estas razones , porque senti que la llamaban apriesa , porque el desposado aguardaba. Cerróse con esto la noche de mi tristeza , pusoseme el sol de mi alegría , quedé sin luz en los ojos , y sin discurso en el entendimiento. No acertaba á entrar en su casa , ni podia moverme á parte alguna ; pero considerando quanto importaba mi presencia para lo que suceder pudiese en aquel caso , me animé lo mas que pude , y entré en su casa ; y como ya sabia muy bien todas sus entradas y salidas , y mas con el alboroto que de secreto en ella andaba , nadie me echó de ver ; así que sin ser visto tuve lugar de ponerme en el hueco que hacia una ventana de la misma sala , que con las puntas y remates de dos tapices se cubria , por entre las quales podia yo ver , sin ser visto , todo quanto en la sala se hacia. Quién pudiera decir ahora los sobresaltos que me dió el corazon mientras alli estuve ? Los pensamientos que me ocurrieron ? Las consideraciones que hice ? que fueron tantas y tales , que ni se pueden decir , ni

aun es bien que se digan , basta que sepais que el desposado entró en la sala sin otro adorno que los mismos vestidos ordinarios que solia. Venia por padrino un primohermano de Luscin- da , y en toda la sala no habia persona de fuera, sino los criados de casa. De alli á un poco salió de una recamara Luscinda,acompañada de su madre y de dos doncellas suyas, tambien adereza- da y compuesta como su calidad y hermosura merecian , y como quien era la perfeccion de la gala y bizarría cortesana. No me dió lugar mi suspension y arrobamiento para que mirase y notase en particular lo que traia vestido , solo pude advertir á los colores que eran encarnado y blanco , y en las vislumbres que las piedras y joyas del tocado y de todo el vestido hacian, á todo lo qual se aventajaba la belleza singular de sus hermosos y rubios cabellos , tales que en competencia de las preciosas piedras , y de las luces de quatro hachas que en la sala estaban, la suya con mas resplandor á los ojos ofrecian. O memoria , enemigo mortal de mi descanso ! de qué sirve representarme ahora la incompara- ble belleza de aquella adorada enemiga mia? No será mejor , cruel memoria , que me acuerdes y representes lo que entonces hizo, para que mo- vido de tan manifiesto agravio procure, ya que no la venganza , á lo menos perder la vida? No os canseis , señores , de oir estas digresiones que hago , que no es mi pena de aquellas que pue- dan

dan ni deban contarse sucintamente y de paso, pues cada circunstancia suya me parece á mi que es digna de un largo discurso. A esto le respondió el Cura que no solo no se cansaba en oírle, sino que les daba mucho gusto las menudencias que contaba, por ser tales que merecian no pasarse en silencio, y la mesma atencion que lo principal del cuento. Digo pues (prosiguió Cardenio) que estando todos en la sala entró el Cura de la Parroquia, y tomando á los dos por la mano para hacer lo que en tal acto se requiere, al decir: Quereis, señora Luscinda, al señor Don Fernando que está presente, por vuestro legitimo esposo, como lo manda la Santa Madre Iglesia? Yo saqué toda la cabeza y cuello de entre los tapices, y con atensisimos oídos y el alma turbada me puse á escuchar lo que Luscinda respondia, esperando de su respuesta la sentencia de mi muerte, ó la confirmacion de mi vida. O quien se atreviera á salir entonces diciendo á voces: Ah Luscinda, Luscinda, mira lo que haces; considera lo que me debes, mira que eres mia y que no puedes ser de otro! advierte que el decir tu sí, y el acabarseme la vida ha de ser todo á un punto. Ah traydor Don Fernando, robador de mi gloria, muerte de mi vida! Qué quieres? qué pretendes? Considera que no puedes christianamente llegar al fin de tus deseos, porque Luscinda es mi esposa, y yo soy su ma-

rido. Ah loco de mi! ahora que estoy ausente y lejos de peligro, digo que habia de hacer lo que no hice. Ahora que dejé robar mi cara prenda maldigo al robador, de quien pudiera vengarme, si tuviera corazon para ello, como lo tengo para quejarme. En fin, pues fui entonces cobarde y necio, no es mucho que muera ahora corrido, arrepentido y loco. Estaba esperando el Cura la respuesta de Lusinda, que se detuvo un buen espacio en darla; y quando yo pensé que sacaba la daga para acreditarse, ó desataba la lengua para decir alguna verdad ó desengaño que en mi provecho redundase, oygo que dijo con voz desmayada y flaca: Si quiero; y lo mismo dijo D. Fernando: y dandole el anillo quedaron en indisoluble nudo ligados. Llegó el desposado á abrazar á su esposa, y ella poniendose la mano sobre el corazon, cayó desmayada en los brazos de su amante. Resta ahora decir qual quedé yo viendo el si que habia oido, burladas mis esperanzas, falsas las palabras y promesas de Lusinda, imposibilitado de cobrar en algun tiempo el bien que en aquel instante habia perdido. Quedé falto de consejo, desamparado á mi parecer de todo el Cielo, hecho enemigo de la tierra que me sustentaba, negandome el ayre aliento para mis suspiros, y el agua humor para mis ojos; y solo el fuego se acrecentó de manera que todo ardia de rabia y de

ze-

zelos. Alborotandose todos con el desmayo de Luscinda, y desabrochandola su madre el pecho para que la diese el ayre, descubrió en él un papel cerrado que Don Fernando tomó luego y se le puso á leer á la luz de una de las hachas; y en acabando de leerle se sentó en una silla y se puso la mano en la mejilla, con muestras de hombre muy pensativo, sin acudir á los remedios que á su esposa se hacian para que del desmayo volviese: yo viendo alborotada toda la gente de casa me aventuré á salir, hora fuese visto, hora no, con determinacion que si me viesen de hacer un desatino tal, que todo el mundo viniera á entender la justa indignacion de mi pecho en el castigo del falso Don Fernando, y aun en el mudable de la desmayada traidora. Pero mi suerte que para mayores males (si es posible que los haya) me debe tener guardado, ordenó que en aquel punto me sobrase el entendimiento, que despues acá me ha faltado; y asi sin querer tomar venganza de mis mayores enemigos (que por estar tan sin pensamiento mio fuera fácil tomarla) quise tomarla de mi mano y ejecutar en mi la pena que ellos merecian; y aun quizá con mas rigor del que con ellos se usára si entonces les diera muerte, pues en la que se recibe repentina presto acaba la pena; mas la que se dilata con tormentos, siempre mata sin acabar la vida. En fin yo salí de aquella casa

y vine á la de aquel donde habia dejado la mula ; hice que me la ensillase y sin despedirme de él subí en ella y salí de la Ciudad , sin osar, como otro Lot , volver el rostro á mirarla ; y quando me ví en el campo solo y que la obscuridad de la noche me encubria , y su silencio convidaba á quejarme , sin respeto ó miedo de ser escuchado ni conocido, solté la voz, y desaté la lengua en tantas maldiciones de Lusinda y de Don Fernando , como si con ellas satisficiera el agravio que me habian hecho. Dila titulos de cruel, de ingrata , de falsa y desagradecida ; pero sobre todo , de codiciosa , pues la riqueza de mi enemigo le habia cerrado los ojos de la voluntad , para quitarmela á mi y entregarla á aquel con quien mas liberal y franca la fortuna se habia mostrado ; y en mitad de la fuga de estas maldiciones y vituperios la disculpaba diciendo : Que no era mucho que una doncella recogida en casa de sus Padres , hecha y acostumbrada siempre á obedecerlos , hubiese querido condescender con su gusto , pues la daban por Esposo á un Caballero tan principal , tan rico y tan gentil-hombre , que á no querer recibirle se podia pensar, ó que no tenia juicio, ó que en otra parte tenia la voluntad : cosa que redundaba tan en perjuicio de su buena opinion y fama. Luego volvía diciendo, que puesto que ella dijera que yo era su esposo, vieran ellos que no ha-
bia

bía hecho en cogirme tan mala eleccion que no la disculparan, pues antes de ofrecerseles Don Fernando, no pudieran ellos mismos acertar á desear, si con razon midiesen su deseo, otro mejor que yo para esposo de su hija, y que bien pudiera ella, antes de ponerse en el trance forzoso y ultimo de darle la mano, decir que ya yo le habia dado la mia, que yo viniera y concediera con todo quanto ella acertara á fingir en este caso. En fin me resolví en que poco amor, poco juicio, mucha ambicion y deseos de grandezas, hicieron que se olvidase de las palabras con que me habia engañado, entretenido y sustentado en mis firmes esperanzas y honestos deseos. Con estas voces, y con esta inquietud camine lo que quedaba de la noche, y di al amanecer en una entrada de estas sierras, por las quales caminé otros tres dias sin senda ni camino alguno, hasta que vine á parar á unos prados que no sé á que mano de estas montañas caen; y alli pregunté á unos Ganaderos que habia dónde era lo mas aspero de estas sierras? Dijeronme que ácia esta parte. Luego me encamine á ella con intencion de acabar aqui la vida; y entrado por estas asperezas, del cansancio y de la hambre se cayó mi mula muerta; ó lo que yo mas creo, por desechar de sí tan inutil carga como en mi llevaba. Yo quedé á pie, rendido de la naturaleza, traspasado de hambre, sin tener ni pensat

buscar quien me socorriese. De aquella manera estuve no se qué tiempo tendido en el suelo, al cabo del qual me levanté sin hambre y hallé junto á mi unos Cabreros, que sin duda debieron de ser los que mi necesidad remediaron; porque ellos me dijeron de la manera que me habian hallado, y como estaba diciendo tantos disparates y desatinos que daba indicios claros de haber perdido el juicio; y yo he sentido en mi despues acá que no todas veces le tengo cabal; sino tan desmedrado y flaco, que hago mil locuras, rasgándome los vestidos, dando voces por estas soledades, maldiciendo mi ventura, y repitiendo en vano el nombre amado de mi enemiga, sin tener otro discurso ni intento entonces que procurar acabar la vida voceando; y quando en mi vuelvo, me halló tan cansado y molido que apenas puedo moverme. Mi mas comun habitacion es en el hueco de un alcornoque; capaz de cubrir este miserable cuerpo. Los Baqueros y Cabreros que andan por estas montañas, movidos de caridad me sustentan, poniendome el manjar por los caminos y por las peñas por donde entienden que acaso podré pasar y hallarlo; y así, aunque entonces me falte el juicio, la necesidad natural me da á conocer el mantenimiento y despierta en mi el deseo de apetecerlo y la voluntad de tomarlo. Otras veces me dicen ellos quando me encuentran con
jui-

juicio que yo salgo á los caminos y que se lo quito por fuerza , aunque me lo den de grado, á los Pastores que vienen con ello del lugar á las majadas. De esta manera paso mi miserable y estremada vida, hasta que el Cielo sea servido de conducirla á su ultimo fin , ó de ponerle en mi memoria para que no me acuerde de la hermosura y de la traycion de Lusinda, y del agravio de Don Fernando, que si esto éi hace sin quitarme la vida , yo volveré á mejor discurso mis pensamientos ; donde no , no hay sino rogarle que absolutamente tenga misericordia de mi alma, que yo no siento en mi valor ni fueizas para sacar el cuerpo de esta estrechéz en que por mi gusto he querido ponerle. Esta es, ó señores, la amarga historia de mi desgracia ; decidme si es tal que pueda celebrarse con menos sentimientos que los que en mi habeis visto ; y no os canséis en persuadirme ni aconsejarme lo que la razon os dijere que puede ser bueno para mi remedio , porque ha de aprovechar conmigo lo que aprovecha la medicina recetada de famoso Medico al enfermo que recibir no la quiere. Yo no quiero salud sin Lusinda : y pues ella gusta de ser agena, siendo, ó debiendo ser mia, guste yo de ser de la desventura , pudiendo haber sido de la buena dicha. Ella quiso con su mudanza hacer estable mi perdicion : yo querré con procurar perderme hacer contenta

su voluntad, será exemplo á los por venir, de que á mi solo faltó lo que á todos los desdichados sobra, á los quales suele ser consuelo la imposibilidad de tenerle, y en mi causa de mayores sentimientos y males, porque aun pienso que no se han de acabar con la muerte. Aquí dió fin Cardenio á su larga platica y tan desdichada como amorosa historia; y al tiempo que el Cura se prevenia para decirle algunas razones de su consuelo, le supendió una voz que llegó á sus oídos, que en lastimados acentos oyeron que decia lo que se dirá en el quarto Libro de esta narracion, que en este punto dió fin á el tercero el sabio y atentado Historiador Cide Hamete Benengeli.

LIBRO QUARTO

DEL INGENIOSO IDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

CAPITULO XXVIII.

*Que trata de la nueva y agradable aventura
que al Cura y Barbero sucedió en la mis-
ma Sierra.*



Felicitimos y venturosos fueron los tiempos
donde se echó al mundo el audacísimo

Ca-

Caballero Don Quijote de la Mancha ; pues por haber tenido tan honrosa determinacion, como fue el querer resucitar y volver al mundo la ya perdida y casi muerta orden de la Andante Caballeria , gozamos ahora en esta nuestra edad necesitada de alegres entretenimientos, no solo de la dulzura de su verdadera historia , sino de los cuentos y episodios de ella , que en partes no son menos agradables, artificiosos y verdaderos que la misma historia ; la qual prosiguiendo su rastrillo , torcido y aspado hilo , cuenta que asi como el Cura comenzó á prevenirse para consolar á Cardenio , lo impidió una voz que llegó á sus oídos que con tristes acentos decia de esta manera :

Ay Dios, si será posible que he ya hallado lugar que pueda servir de escondida sepultura á la carga pesada de este cuerpo que tan contra mi voluntad sostengo ! Si será , si la soledad que prometen estas sierras no me mienten. Ay desdichada, y quan mas agradable compañía harán estos riscos y malezas á mi estimacion, pues me darán lugar para que con quejas comunique mi desgracia al Cielo , que no la de ningun hombre humano ; pues no hay ninguno en la tierra de quien se pueda esperar consejo en las dudas, alivio en las quejas , ni remedio en los males ! Todas estas razones oyeron y percibieron el Cura y los que con el estaban , y por-

por parecerles, como ello era, que allí junto les decian, se levantaron á buscar el dueño y no hubieron andado veinte pasos, quando detrás de un peñasco vieron sentado al pie de un fresno á un mozo vestido como Labrador, al qual por tener inclinado el rostro á causa de que se lavaba los pies en el arroyo que por allí corria, no se le pudieron ver por entonces; y ellos llegaron con tanto silencio que de él no fueron sentidos, ni él estaba á otra cosa tanto que á lavarse los pies, que eran tales, que no parecian sino dos pedazos del blanco cristal que entre las otras piedras del arroyo se habian nacido. Suspendióles la blancura y belleza de los pies pareciéndoles que no estaban hechos á pisar terrones, ni andar tras el arado y los bueyes como mostraba el habito de su dueño; y asi viendo que no habian sido sentidos, el Cura que iba delante, hizo señas á los otros dos que se agazapasen ó escondiesen detrás de unos pedazos de peña que allí habia: asi lo hicieron todos, mirando con atencion lo que el mozo hacia, el qual traia puesto un capotillo pardo de dos aldas, muy ceñido al cuerpo con una tohalla blanca; traia asimismo unos calzones y polaynas de paño pardo, y en la cabeza una montera parda; tenia las polaynas levantadas hasta la mitad de la pierna, que sin duda alguna de blanco alabastro parecia. Acabóse de lavar los hermosos pies, y luego

con un paño de tocar que sacó debajo de la montera se los limpió; y al querer quitarsela alzó el rostro y tuvieron lugar los que mirándole estaban de ver una hermosura incomparable, tal, que Cardenio dijo al Cura con voz baja: Esta, ya que no es Luscinda, no es persona humana sino divina. El mozo se quitó la montera, y sacudiendo la cabeza á una y otra parte, se comenzaron á descoger y desparcir unos cabellos que pudieran los del Sol tenerles envidia. Con esto conocieron que el que parecia Labrador era muger y delicada, y aun la mas hermosa que hasta entonces los ojos de los dos habian visto y aun los de Cardenio, si no hubieran mirado y conocido á Luscinda, que despues afirmó que sola la belleza de Luscinda podia contender con aquella. Los luegkos y rubios cabellos no solo le cubrieron las espaldas, mas toda en torno la escondieron debajo de ellos, que si no eran los pies ninguna otra cosa de su cuerpo se parecia: tales y tantos eran. En esto le sirvió de peyne unas manos que si los pies en el agua habian parecido pedazos de cristal, las manos en los cabellos semejaban pedazos de apretada nieve; todo lo qual en mas admiracion y en mas deseo de saber quien era ponía á los tres que la miraban. Por esto determinaron de mostrarse, y al movimiento que hicieron de ponerse en pie, la hermosa moza alzó la cabeza y apartandose los

cabellos de delante de los ojos con entrambas manos, miró los que el ruido hacian, y apenas los hubo visto quando se levantó en pie y sin aguardar á calzarse ni á recoger los cabellos, asió con toda presteza un bulto como de ropa que junto à si tenia y quiso ponerse en huida, llena de turbacion y sobresalto; mas no hubo dado dos pasos, quando no pudiendo sufrir los delicados pies la aspereza de las piedras, dió consigo en el suelo, lo qual visto por los tres salieron á ella, y el Cura fue el primero que la dijo: Deteneos Señora quien quiera que seais, que los que aqui veis solo tienen intencion de serviros; no hay para qué os pongais en tan impertinente huida, porque ni vuestros pies lo podrán sufrir, ni nosotros consentir. A todo esto ella no respondió palabra, atonita y confusa. Llegaron, pues, á ella y asiendola por la mano el Cura prosiguió diciendo: Lo que vuestro trage, señora, nos niega, vuestros cabellos nos descubre: señales claras que no deben de ser de poco momento las causas que han disfrazado vuestra belleza en habito tan indigno, y traidola á tanta soledad como es esta, en la qual ha sido ventura el hallaros, sino para dar remedio á vuestros males, à lo menos para darles consejo; pues ningun mal puede fatigar tanto, ni llegar tan al extremo de serlo (mientras no acaba la vida) que rehuya de no escuchar si quiera el consejo que

que con buena intencion se le da al que lo padece. Asi que, señora mia , ó señor mio , ó lo que vos quisieredes ser , perded el sobresalto que nuestra vista os ha causado y contadnos vuestra buena ó mala suerte que en nosotros juntos, ó en cada uno hallaréis quien os ayude á sentir vuestras desgracias. En tanto que el Cura decia estas razones, estaba la disfrazada moza como embebecida mirandolos á todos, sin mover labio ni decir palabra alguna ; bien así como rustico aldeano que de improviso se le muestran cosas raras y de él jamás vistas. Mas volviendo el Cura á decirle otras razones al mismo efecto encaminadas , dando ella un profundo suspiro rompió el silencio , y dijo: Pues que la soledad de estas sierras no ha sido parte para encubrirme, ni la soltura de mis descompuestos cabellos no ha permitido que sea mentirosa mi lengua, en valde sería fingir yo de nuevo ahora lo que si se me creyese sería mas por cortesía que por otra razon alguna. Presupuesto esto , digo señores que os agradezco el ofrecimiento que me habeis hecho, el qual me ha puesto en obligacion de satisfaceros en todo lo que me habeis pedido, puesto que temo que la relacion que os hiciera de mis desdichas, os ha de causar al par de la compasion la pesadumbre , porque no habeis de hallar remedio para remediarlas , ni consuelo para entretenerlas ; pero con todo esto,

to, porque no ande vacilando mi honra en vuestras intenciones, habiendome ya conocido por muger, y viendome moza, sola, y en este trage (cosas todas juntas, y cada una de po si, que puedan echar por tierra qualquier honesto credito) os habré de decir lo que quisiera callar, si pudiera. Todo esto dijo sin parar la que tan hermosa muger parecia, con tan suelta lengua, y con voz tan suave, que no menos les admiró su discrecion que su hermosura; y tornandole á hacer nuevos ofrecimientos y nuevos ruegos para que lo prometido cumpliese, ella sin hacerse mas de rogar, calzandose con toda honestidad, y recogiendo sus cabellos, se acomodó en el asiento de una piedra, y puestos los tres al rededor de ellas, haciendose fuerza por detener algunas lagrimas que á los ojos se la venian, con voz reposada y clara comenzó la historia de su vida de esta manera.

En esta Andalucía hay un lugar, de quien toma titulo un Duque, que le hace uno de los que llaman Grandes de España. Este tiene dos hijos, el mayor heredero de su Estado, y al parecer de sus buenas costumbres; y el menor no se yo de qué sea heredero, sino de las trayciones de Bellido, y de los embustes de Galalon. De este Señor son vasallos mis Padres, humildes de linage, pero tan ricos, que si los bienes de su naturaleza igualaran á los

los de su fortuna, ni ellos tuvieran más que desear, ni yo temiera verme en la desdicha en que me veo, porque quizá nace mi poca ventura de la que no tuvieron ellos en no haber nacido ilustres; bien es verdad que no son tan bajos que puedan afrentarse de su estado; ni tan altos que á mi me quiten la imaginacion que tengo de que de su humildad nace mi desgracia. Ellos en fin son Labradores, gente llana, sin mezcla de alguna raza mal sonante, y como suele decirse, Christianos viejos ranciosos; pero tan rancios, que su riqueza y magnifico trato les va poco á poco adquiriendo nombre de Hidalgos, y aun de Caballeros, puesto que de la mayor riqueza y nobleza de que ellos se preciaban, era de tenerme á mi por hija; y así por no tener otra, ni otro que los heredase, como por ser Padres, y aficionados, yo era una de las mas regaladas hijas que Padres jamás regalaron. Eran el espejo en que se miraban, el baculo de su vejez, y el sugeto á quien encaminaban, midiendolos con el Cielo, todos sus deseos, de los quales, por ser ellos tan buenos, los míos no salian un punto; y del mismo modo que yo era señora de sus animos, así lo era de su hacienda. Por mi se recibian y despedian los criados: la razon y cuenta de lo que se sembraba, y cogia pasaba por mi mano: los molinos de

de acéyte, los lagares del vino, el numero del ganado mayor y menor, el de las colmenas, y finalmente de todo aquello que un rico labrador, como mi padre, puede tener y tiene, tenia yo la cuenta, y era la Mayordoma, y Señora, con tanta sollicitud mia, y con tanto gusto suyo, que buenamente no acertaré á encarecerlo. Los ratos que del dia me quedaban despues de haber dado lo que convenia á los Mayorales ó Capataces, y á otros jornaleros, los entretenia en ejercicios, que son á las doncellas tan licitos, como necesarios, quales son los que ofrece la aguja, y la almohadilla, y la rueca muchas veces; y si alguna, por recrear el animo, estos ejercicios dejaba, me acogia al entretenimiento de leer algun libro devoto, ó á tocar una arpa; porque la experiencia me mostraba que la musica compone los animos descompuestos, y alivia los trabajos que nacen del espiritu. Esta, pues, era la vida que tenia en casa de mis padres; la qual si tan particularmente he contado, no ha sido por ostentacion, ni por dar á entender que soy rica, sino porque se advierta quan sin culpa me he venido de aquel buen estado que he dicho al infelice en que ahora me hallo. Es, pues, el caso, que pasando mi vida en tantas ocupaciones, y en un encerramiento tal que al de un Monasterio pudiera compa-

rarse, sin ser vista á mi parecer, de otra persona alguna, que de los criados de casa, porque los dias que iba á Misa era tan de mañana y tan acompañada de mi madre y de otras criadas, y yo tan cubierta y recatada, que apenas veian mis ojos mas tierra de aquella donde ponía los pies, y con todo esto, los del amor, ó los de la ociosidad, por mejor decir, á quien los del lince no pueden igualarse me vieron puestos en la solicitud de Don Fernando, que este es el nombre del hijo menor del Duque que os he contado, no hubo bien nombrado á Don Fernando la que el cuento contaba, quando á Cardenio se le mudó el color del rostro, y comenzó á trasudar con tan grande alteracion, que el Cura y el Barbero, que miraron en ello, temieron que le venia aquel accidente de locura que habian oido decir, que de quando en quando le venia. Mas Cardenio no hizo otra cosa que trasudar y estarse quedo, mirando de hito en hito á la labradora, imaginando quien ella era, la qual, sin advertir en los movimientos de Cardenio, prosiguió su historia, diciendo: Y no me hubieron bien visto, quando, segun él dijo despues, quedó tan preso de mis amores, quanto le dieron bien á entender sus demostraciones; mas por acabar presto con el cuento (que no le tiene) de mis desdichas,

. quie-

quiero pasar en silencio las diligencias que Don Fernando hizo para declararme su voluntad. Sobornó toda la gente de mi casa, dió, y ofreció dadivas y mercedes á mis parientes. Los dias eran todos de fiesta y regocijo en mi calle; en las noches no dejaban dormir á nadie las musicas; los villetes, que sin saber cómo, á mis manos venian, eran infinitos, llenos de enamoradas razones y ofrecimientos, con menos letras, que promesas y juramentos. Todo lo qual no solo no me ablandaba, pero me endurecia de manera como si fuera mi mortal enemigo, y que todas las obras que para reducirme á su voluntad hacia, las hiciera para el efecto contrario: no porque á mi me pareciese mal la gentileza de Don Fernando, ni que tuviese á demasias sus solitudes, porque me daba un no sé qué de contento verme tan querida y estimada de un tan principal Caballero, y no me pesaba ver en sus papeles mis alabanzas: que en esto, por feas que seamos las mugeres, me parece á mi, que siempre nos da gusto el oír que nos llaman hermosas; pero á todo esto se oponia mi honestidad, y los consejos continuos que mis padres me daban, que ya muy al descubierto sabian la voluntad de Don Fernando; porque ya á él no se le daba nada de que todo el mundo la supiese. Decianme mis padres que en sola mi virtud

y bondad dejaban y depositaban su honra, y fama, y que considerase la desigualdad que habia entre mí, y Don Fernando, y que por aqui echaria de ver que sus pensamientos (aunque él dijese otra cosa) mas se encaminaban á su gusto que á mi provecho, y qué si yo quisiese poner en alguna manera algun inconveniente para que él se dejase de su injusta pretension, que ellos me casarian luego con quien yo mas gustase, asi de los mas principales de nuestro lugar, como de todos los circunvecinos, pues todo se podia esperar de su mucha hacienda y de mi buena fama. Con estos ciertos prometimientos, y con la verdad que ellos me decian, fortificaba yo mi entereza, y jamás quise responder á Don Fernando palabra que le pudiese mostrar, aunque de muy lejos, esperanza de alcanzar su deseo. Todos estos recatos míos, que él debía de tener por desdeñosos, debieron de ser causa de avivar mas su lascivo apetito (que este nombre quiero dar á la voluntad que me mostraba) la qual si ella fuera como debia, no la supierades vosotros ahora, porque hubiera faltado la ocasion de deciroslo. Finalmente Don Fernando supo que mis padres andaban por darme estado, por quitarle á él la esperanza de poseerme, ó á lo menos porque yo tuviese mas guardas para guardarme. Y esta nueva ó

sospechas ; fue causa para que hiciese lo que ahora oireis , y fue , que una noche , estando yo en mi aposento con solo la compañía de una doncella que me servia , teniendo bien cerradas las puertas (por temor , que por descuido mi honestidad no se viesè en peligro) sin saber , ni imaginar cómo , en medio de estos recatos y prevenciones , y en la soledad de este silencio y encierro , me le hallé delante , cuya vista me turbó de manera , que me quitó la de mis ojos , y me enmudeció la lengua ; y asi no fui poderosa de dar voces , ni aun él creo que me las dejara dar , porque luego se llegó á mi , y tomandome entre sus brazos (porque yo , como digo , no tuve fuerzas para defenderme segun estaba turbada) comenzó á decirme tales razones , que no se como es posible que tenga tanta habilidad la mentira , que las sepa componer de modo que parezcan tan verdaderas. Hacia el traydor que sus lagrimas acreditasen sus palabras , y los suspiros su intencion. Yo pobre-cilla sola entre los mios , mal éjercitada en casos semejantes , comencé no sé en qué modo á tener por verdaderas tantas falsedades ; pero no de suerte , que me moviesen á compasion , menos que buenas sus lagrimas , y suspiros. Y asi , pasandoseme aquel sobresalto primero , torné algun tanto á cobrar mis perdidos espíritus , y con mas animo del que

pensé que pudiera tener, le dije; Si como estoy, señor, entre tus brazos, estuviera entre los de un leon fiero, y el librarme de ellos se me asegurara con que hiciera, ó dijera cosa que fuera en perjuicio de mi honestidad, así fuera posible hacerla ó decir la como es posible dejar de haber sido lo que fui; así que, si tu tienes ceñido mi cuerpo con tus brazos; yo tengo atada mi alma con mis buenos deseos, que son tan diferentes de los tuyos, como lo verás, si con hacerme fuerza quisieres pasar adelante en ellos. Tu vasalla soy, pero no tu esclava, ni tiene ni debe tener imperio la nobleza de tu sangre para deshorrar y tener en poco la humildad de la mia. Y en tanto me estimo yo villana y labradora, como tu Señor y Caballero. Conmigo no han de ser de ningun efecto tus fuerzas, ni han de tener valor tus riquezas, ni tus palabras han de poder engañarme, ni tus suspiros y lagrimas enternecerme. Si alguna de todas estas cosas que he dicho viera yo en el que mis padres me dieran por esposo; á su voluntad se ajustara la mia, y mi voluntad de la suya no saliera; de modo, que como quedara con la honra, aunque quedara sin gusto, de grado te entregara lo que tu, señor, ahora con tanta fuerza procuras. Todo esto he dicho, porque no es pensar que de mi alcance cosa alguna el que
no

no fuere mi legitimo esposo. Si no reparas mas que en eso, bellissima Dorotea, (que este es el nombre de esta desdichada) dijo el desleal Caballero, ves aqui te doy la mano de serlo tuyo, y sean testigos de esta verdad los Cielos, á quien ninguna cosa se esconde, y esta imagen de nuestra señora que aqui tienes. Quando Cardenio la oyó decir que se llamaba Dorotea, tornó de nuevo á sus sobresaltos, y acabó de confirmar por verdadera á su primera opinion, pero no quiso interrumpir el cuento, por ver en qué venia á parar lo que él ya casi sabia, solo dijo: Qué, Dorotea es tu nombre, señora? Otra he oido yo decir del mismo que quizá corre parejas con tus desdichas. Pasa adelante, que tiempo vendrá en que te diga cosas que te espante en el mismo grado que te lastimen. Reparó Dorotea en las razones de Cardenio, y en su extraño y desastrado trage, y rogóle, que si alguna cosa de su desgracia sabia se la dijese luego, porque si algo le habia dejado bueno la fortuna, era el animo que tenia para sufrir qualquiera desastre que le sobreviniese, segura de que á su parecer ninguno podia llegar que el que tenia acrecentase un punto. No le perdiera yo, señora, respondió Cardenio, en decirte lo que pienso, si fuera verdad lo que imagino, y hasta ahora no se pierde coyuntura, ni á ti te importa nada el saberlo. Sea lo que

fuere , respondió Dorotea lo que en mi cuento pasa , fue , que tomando Don Fernando una Imagen que en aquel aposento estaba , la puso por testigo de nuestro desposorio , y con palabras eficacísimas ; y juramentos extraordinarios , me dió la palabra de ser mi marido : puesto que antes que acabase de decirlas le dije que mirase bien lo que hacia , y que considerase el enojo que su padre habia de recibir de verle casado con una villana vasalla suya , que no le cegase mi hermosura tal qual era , pues no era bastante para hallar en ella disculpa de su yerro ; y que si algun bien me queria hacer por el amor que me tenia , fuese dejar correr mi suerte á lo igual de lo que mi calidad pedia ; porque nunca los tan desiguales casamientos se gozan , ni duran mucho en aquel gusto con que se comienzan. Todas estas razones que aqui he dicho le dije y otras muchas de que no me acuerdo ; pero no fueron parte para que él dejase de seguir su intento , bien así , como el que no piensa pagar , que al concertar de la barata no repara en inconveniente. Yo á esta sazón hice un breve discurso conmigo , y me dije á mi misma : Si , que no seré yo la primera que por via de matrimonio haya subido de humilde á grande estado , ni será Don Fernando el primero á quien hermosura , ó ciega afición (que es lo mas cierto) haya hecho tomar com-
pa-

pañia desigual á su grandeza. Pues si no hago ni mundo, ni uso nuevo, bien es acudir á esta honra que la suerte me ofrece, puesto que en este no dure mas la voluntad que me muestra de quanto dure el cumplimiento de su deseo, que en fin para con Dios seré su esposa, y si quiero con desdenes despedirle, en termino le veo, que no usando el que debe usará el de la fuerza, y vendré á quedar deshonorada, y sin disculpa de la culpa que me podrá dar el que no supiere quan sin ella he venido á este punto; porque qué razones serán bastantes para persuadir á mis padres, y á otros, que este Caballero entró en mi aposento sin consentimiento mio? Todas estas demandas y respuestas revolvi en un instante en la imaginacion, y sobre todo, me començaron á hacer fuerza, y é inclinarme á lo que fue (sin yo pensarlo) mi perdicion, los juramentos de Don Fernando, los testigos que ponía, las lagrimas que derramaba, y finalmente su disposicion y gentileza, que acompañaba con tantas muestras de verdadero amor, pudieran rendir á otro tan libre, y recatado corazon como el mio. Llamé á mi criada para que en la tierra acompañase á los testigos del Cielo: tornó Don Fernando á reïterar y confirmar sus juramentos ante ella: añadió á los primeros nuevos Santos por testigos: echóse mil futuras maldiciones si no cum-
-11-
plie-

pliese lo que me prometia ; volvió á humedecer sus ojos , y á acrecentar sus suspiros: apretóme mas entre sus brazos , de los quales jamás me habia dejado. Y con esto y con volverse á salir del aposento mi doncella , yo dejè de serlo , y él acabó de ser traydor y fe- mentido. El dia que sucedió á la noche de mi desgracia , se venia aun no tan aprisa como yo pienso que Don Fernando deseaba, porque despues de cumplir aquello que el apetito pide , el mayor gusto que puede venir, es apartarse de donde le alcanzó. Digo esto, porque Don Fernando dió prisa por partirse de mi , y por industria de mi doncella , que era la misma que alli le habia traído , antes que amaneciese se vió en la calle. Y al despedirse de mi (aunque no con tanto ahinco y vehemencia como quando vino) me dijo que estuviese segura de su fe , y de ser firmes y verdaderos sus juramentos ; y para mas confirmacion de su palabra , sacó un rico anillo del dedo y le puso en el mio. En efecto él se fue y yo quedé , ni sé si triste ó alegre: esto sé bien decir que quedé confusa y pensativa , y casi fuera de mi con el nuevo acaecimiento , y no tuve animo , ó no se me acordó de reñir á mi doncella por traycion cometida de encerrar á Don Fernando en mi mismo aposento , porque aun no determinaba, si era bien ó mal el que me habia sucedido.

Dijele al partir á Don Fernando, que por el mismo camino de aquella podia verme otras noches, pues ya era suya, hasta quando él quisiese que aquel hecho se publicase. Pero no vino otra alguna si no fue la siguiente; ni yo pude verle en la calle ni en la Iglesia en mas de un mes, que en vano me cansé en solicitarlo, puesto que supe que estaba en la Villa, y que los mas dias iba á caza, egercicio de que él era muy aficionado. Estos dias y estas horas bien sé yo que para mi fueron aziagos y menguadas. Y bien sé que comencè á dudar en ellos y aun á descreer de la fe de Don Fernando; y sé tambien que mi doncella oyó entonces las palabras que en reprehension de su atrevimiento antes no habia oido, y sé que me fue forzoso tener cuenta con mis lagrimas y con la compostura de mi rostro, por no dar ocasion á que mis padres me preguntasen que de qué andaba descontenta, y me obligasen á buscar mentiras que decirles, pero todo esto se acabó en un punto, llegandose uno, donde se atropellaron respetos, y se acabaron los honrados discursos, y adonde se perdió la paciencia, y salieron á plaza mis secretos pensamientos; y esto fue porque de alli á pocos dias se dijo en el lugar como en una Ciudad de alli cerca se habia casado Don Fernando con una doncella hermosisima en todo extremo, y de muy principa-
les

les padres, aunque no tan rica, que por la dote pudiera aspirar á tan noble casamiento. Dijole que se llamaba Lusinda, con otras cosas que en sus desposorios sucedieron dignas de admiracion. Oyó Cardenio el nombre de Lusinda, y no hizo otra cosa que encoger los hombros, morderse los labios, enarcar las cejas, y dejar de alli á poco caer por sus ojos dos fuentes de lagrimas; mas no por esto dejó Dorotéa de seguir su cuento, diciendo: Llegó esta triste nueva á mis oidos y en lugar de helarseme el corazon en oirla, fue tanta la colera y rabia que se encendió en él, que faltó poco para no salirme por las calles dando voces, publicando la alevosía y traycion que se me habia hecho; mas templóse esta furia por entonces con pensar de poner aquella misma noche por obra lo que puse, que fue ponerme en este habito, que me dió uno de los que llaman zagales en casa de los labradores, que era criado de mi padre, al qual descubrí toda mi desventura, y le rogué me acompañase hasta la ciudad donde entendí que mi enemigo estaba. El despues que hubo reprehendido mi atrevimiento, y afeado mi determinacion, viendome resuelta en mi parecer, se ofreció á tenerme en compañía, como él dijo, hasta el cabo del mundo. Luego al momento encerré en una almohada de lienzo un vestido de muger, y algunas joyas y dineros, por lo

lo que podía suceder , y en el silencio de aquella noche , sin dar cuenta á mi traidora doncella , sali de mi casa acompañada de mi criado , y de muchas imaginaciones , y me puse en camino de la ciudad , á pie , llevada en vuelo del deseo de llegar , ya que no á estorvar lo que tenia por hecho , a lo menos á decir á Don Fernando me dijese con qué alma lo habia hecho. Llegué en dos dias y medio donde queria , y entrando por la ciudad pregunté por la casa de los padres de Luscinda ; y al primero á quien hice la pregunta , me respondió mas de lo que quisiera oir : dijome la casa , y todo lo que habia sucedido en el desposorio de su hija : cosa tan publica en la ciudad , que se hacen corrillos para contarla por toda ella. Dijome que la noche que Don Fernando se desposó con Luscinda , despues de haber ella dado el sí de ser su esposa , la habia tomado un recio desmayo , y que llegando su esposo á desabrocharla el pecho para que la diese el ayre , la halló un papel escrito de la misma letra de Luscinda , en que decia , y declaraba que ella no podia ser esposa de Don Fernando , porque lo era de Cardenio , que á lo que el hombre me dijo era un Caballero muy principal de la misma ciudad ; y que si habia dado el sí á D. Fernando , fue por no salir de la obediencia de sus padres. En resolucion , tales razones di-

dijo que contenia el papel , que daba á entender , que ella habia tenido intencion de matarse en acabandose de desposar , y daba alli las razones por qué se habia quitado la vida ; todo lo qual dicen que confirmó una daga que la hallaron no se en qué parte de sus vestidos. Todo esto visto por Don Fernando pareciendole que Luscinda le habia burlado y escarnecido y tenido en poco , arremetió á ella antes que de su desmayo volviese , y con la misma daga que la hallaron , la quiso dar de puñaladas ; y lo hiciera , si sus padres y los que se hallaron presentes no se lo estorváran. Dijeron mas , que luego se ausentó Don Fernando ; y que Luscinda no habia vuelto de su parasismo hasta otro día , que contó á sus padres como ella era verdadera esposa de aquel Cardenio que he dicho. Supe mas , que el Cardenio , segun decian , se halló presente á los desposorios , y que en viendola desposada (lo qual él jamás pensó) se salió de la ciudad desesperado , dejandole primero escrita una carta , donde daba á entender el agravio que Luscinda le habia hecho , y de como él se iba á donde gente no le viese. Esto todo era publico y notorio en toda la Ciudad , y todos hablaban de ello ; y mas hablaron quando supieron que Luscinda habia faltado de casa de sus padres y de la ciudad , pues no la hallaron en toda ella , de que perdian el juicio

cio sus padres , y no sabian qué medio se tomar para hallarla. Esto que supe puso en vando mis esperanzas , y tuve por mejor no haber hallado á Don Fernando , que no hallarle casado , pareciendome que aun no estaba del todo cerrada la puerta á mi remedio , dandome yo á entender , que podria ser que el Cielo hubiese puesto aquel impedimento en el segundo matrimonio , por atraerle á conocer lo que al primero debia , y à caer en la cuenta de que era christiano , y que estaba mas obligado á su alma , que á los respetos humanos. Todas estas cosas revolvía en mi fantasia , y me consolaba sin tener consuelo , fingiendo unas esperanzas largas y desmayada para entretener la vida que ya aborrezco. Estando , pues , en la Ciudad sin saber que hacerme , pues á Don Fernando no hallaba , llegó á mis oidos un publico pregon , donde se prometia grande hallazgo á quien me hallase , dando las señas de la edad y del mismo traje que traia , y oi decir que se decia que me habian sacado de casa de mis padres el mozo que conmigo vino , cosa que me llegó al alma , por ver quan de caída andaba mi credito , pues no bastaba perderle con mi venida , sino añadir el con quien , siendo sugeto tan bajo , y tan indigno de mis buenos pensamientos. Al punto que oi el pregon me sali de la ciudad con mi criado , que ya comenzaba á dar muestras

de titubear en la fe, que de fidelidad me tenía prometida; y aquella noche nos entramos por lo espeso de esta montaña, con el miedo de no ser hallados, pero como suele decirse, que un mal llama á otro, y que el fin de una desgracia suele ser principio de otra mayor, así me sucedió á mi, porque mi buen criado, hasta entonces fiel y seguro, así como me vió en esta soledad, incitado de su misma bellaquería, antes que de mi hermosura, quiso aprovecharse de la ocasión que á su parecer estos yerros le ofrecían, y con poca vergüenza y menos temor de Dios, ni respeto mio, me requirió de amores; y viendo que yo con feas, y justas palabras respondía á las desvergüenzas de sus propositos, dejó aparte los ruegos de quien primero pensó aprovecharse, y comenzó á usar de la fuerza; pero el justo Cielo: que pocas, ó ningunas veces deja de mirar y favorecer á las justas intenciones, favoreció las mías de manera, que con mis pocas fuerzas y con poco trabajo di con él por un derrumbadero, donde le dejé, ni sé si muerto, ó vivo, y luego con mas ligereza que mi sobresalto y cansancio pedían, me entré por estas montañas, sin llevar otro pensamiento ni otro designio que esconderme en ellas, y huir de mi padre y de aquellos que de su parte me andaban buscando. Con este deseo ha no se quantos meses que entré

tré en ellas, donde hallé un ganadero, que me llevó por criado á un lugar, que está en las entrañas de esta sierra, al qual he servido de zagal todo este tiempo, procurando estar siempre en el campo, por encubrir estos cabellos, que ahora tan sin pensarlo me han descubierto. Pero toda mi industria, y toda mi solicitud, fue y ha sido de ningun provecho, pues mi Amo vino en conocimiento de que yo no era varon, y nació en él el mismo mal pensamiento que en mi criado; y como no siempre la fortuna con los trabajos da los remedios, no hallé derrumbadero ni barranco de donde despeñar, y despernar al Amo, como le hallé para el criado; y así tuve por menor inconveniente dejarle, y esconderme de nuevo entre estas asperezas, que probar con él mis fuerzas, ó mis disculpas. Digo, pues, que me torné á emboscar, y á buscar donde sin impedimento alguno pudiese con suspiros y lagrimas rogar al Cielo se duela de mi desventura, y me dé industria y favor para salir de ella, ó para dejar la vida entre estas soledades, sin que quede memoria de esta triste, que tan sin culpa suya habrá dado materia para que de ella se hable y murmure en la suya y en las agenas tierras.

CAPITULO XXIX.

Que trata de la discordia de la hermosa Dorothea, con otras cosas de mucho gusto y pasatiempo.

ESta es, señores la verdadera historia de mi tragedia; mirad y juzgad ahora si los suspiros que escuchasteis, las palabras que oisteis, y las lagrimas que de mis ojos salian, tenían ocasion bastante para mostrarse en mayor abundancia; y considerada la calidad de mi desgracia, vereis que será en vano el consuelo, pues es imposible el remedio de ella. Solo os ruego lo que con facilidad podreis y debeis hacer, y es, que me aconsejéis donde podré pasar la vida sin que me acabe el temor, y sobresalto que tengo de ser hallada de los que me buscan: porque aunque sé que el mucho amor que mis padres me tienen me asegura que seré de ellos bien recibida, es tanta la vergüenza que me ocupa solo en imaginar que no como ellos pensaban tengo de parecer á su presencia, que hallo por mejor medio desterrarme para siempre de su vista, que no verles el rostro con el pensamiento que ellos mirarian el mio, ageno de la honestidad que de mi se debian de tener prometida. Calló en diciendo esto, y el rostro se le

cubrió de un color , que mostró bien el claro sentimiento y vergüenza del alma. En las suyas sintieron los que escuchado la habían tanta lastima , como admiracion de su desgracia; y aunque luego quisiera el Cura consolarla y aconsejarla , tomó la mano primero Cardenio, diciendo : En fin , señora , que tu eres la hermosa Dorotéa , la hija unica del rico Clenardo? Admirada quedó Dorotéa quando oyó el nombre de su Padre , y de ver quan de poco era el que le nombraba , porque ya se ha dicho de la manera que Cardenio estaba vestido , y asi le dijo : Y quién sois vos , hermano , que asi sabeis el nombre de mi Padre? porque yo hasta ahora (si mal no me acuerdo) en todo el discurso del cuento de mi desdicha no le he nombrado. Soy , respondió Cardenio , aquel sin ventura que segun vos , señora , habeis dicho, Luscinda dijo que era su esposo ; soy el desdichado Cardenio , á quien el mal termino de aquel que á vos os ha puesto en el que estais, me ha traído á que me veais qual me veis , roto , desnudo , falto de todo humano consuelo, y lo que es peor de todo , falto de juicio , pues no le tengo , sino quando al Cielo se le antoja darmele por algun breve espacio. Yo , Dorotéa , soy el que me hallé presente á las sinrazones de Don Fernando , y el que aguardó á oír el sí que de ser su esposa pronunció Luscinda. Yo soy el que no tuvo animo para ver en qué

paraba su desmayo, ni lo que resultaba del papel que le fue hallado en el pecho; porque no tuvo el alma sufrimiento para ver tantas desventuras juntas, y así dejé la casa y la paciencia, y una carta que dejé á un huesped mio, á quien rogue que en manos de Luscinda la pudiese, y vineme á estas soledades con intencion de acabar con ellas la vida, que desde aquel punto aborreci como mortal enemiga mía; mas no ha querido la suerte quitarmela, contentandose con quitarme el juicio, quizá por guardarme para la buena ventura que he tenido en hallaros, pues siendo verdad, como lo creo que lo es, lo que aqui habeis contado, aun podria ser que á entrambos nos tuviese el Cielo guardado mejor suceso en nuestros desastres que nosotros pensamos. Porque supuesto que Luscinda no puede casarse con Don Fernando por ser mia, ni Don Fernando con ella por ser vuestro y haberlo ella tan manifestamente declarado, bien podemos esperar que el Cielo nos restituya lo que es nuestro, pues está todavía en ser, y no se ha enagenado ni de hecho. Y pues este consuelo tenemos, nacido, no de muy remota esperanza, ni fundado en desvariadas imaginaciones, suplicoos, Señora, que tomeis otra resolucion en vuestros honrados pensamientos, pues yo la pienso tomar en los míos, acomodandoos á esperar mejor fortuna; que yo os juro por la fé de Caballero y
de

de Christiano de no desampararos hasta veros en poder de Don Fernando, y que quando con razones no le pudiere atraer á que conozca lo que os debe, de usar entonces la libertad que me concede el ser Caballero, y poder con justo titulo desafiarme en razon de la sinrazon que os hace, sin acordarme de mis agravios, cuya venganza dejaré al Cielo por acudir en la tierra á los vuestros. Con lo que Cardenio dijo se acabó de admirar Dorotéa, y por no saber que gracias voiver á tan grandes ofrecimientos, quiso tomarle los pies para besarselos, mas no lo consintió Cardenio, y el Licenciado respondió por entrambos, y aprobó el buen discurso de Cardenio, y sobre todo les rogó, aconsejó y persuadió á que se fuesen con él á su Aldea, donde se podrian reparar de las cosas que les faltaban, y que alli se daría orden como buscar á Don Fernando, ó como llevar á Dorotéa á sus padres, ó hacer lo que mas les pareciese conveniente. Cardenio y Dorotéa se lo agradecieron, y aceptaron la merced que se les ofrecia. El Barbero, que á todo habia estado suspenso y callado, hizo tambien su buena platica, y se ofreció con no menos voluntad que el Cura á todo aquello que fuese bueno para servirles. Contó asimismo con brevedad la causa que alli los habia traído, con la estrañeza de la locura de Don Quijote, y como aguardaban á su Escudero que habia ido á bus-

carle. Vinosele á la memoria á Cardenio como por sueños la pendencia que con Don Quijote habia tenido, y contóla á los demás, mas no pudo decir por qué causa fue su question. En esto oyeron voces, y conocieron que el que las daba era Sancho Panza, que por no haberlos hallado en el lugar donde los dejó, los llamaba á voces. Salieronle al encuentro, y preguntandole por Don Quijote, les dijo como le habia hallado desnudo en camisa, flaco, amarillo y muerto de hambre, y suspirando por su señora Dulcinéa; y que puesto que le habia dicho que ella le mandaba que saliese de aquel lugar y se fuese al del Toboso, donde le quedaba esperando, habia respondido que estaba determinado de no parecer ante su fermosura, fasta que oviese fecho fazañas que le ficiesen digno de su gracia; y que si aquello pasaba adelante, corria peligro no venir á ser Emperador, como estaba obligado, ni aun Arzobispo, que era lo menos que podria ser: por eso, que mirasen lo que se habia de hacer para sacarle de alli. El Licenciado le respondió que no tuviese pena, que ellos le sacarian de alli, mal que le pesase. Contó luego á Cardenio y á Dorotéa lo que tenian pensado para remedio de Don Quijote, á lo menos para llevarle á su casa. A lo qual dijo Dorotéa que ella haria la doncella menesterosa mejor que el Barbero, y mas que tenia alli

vestidos con que hacerlo al natural; y que la dejasen el cargo de saber representar todo aquello que fuese menester para llevar adelante su intento, porque ella habia leído muchos libros de Caballerias, y sabia bien el estilo que tenian las doncellas cuitadas quando pedian sus dones á los Andantes Caballeros. Pues no es menester mas, dijo el Cura, sino que luego se ponga por obra, que sin duda la buena suerte se muestra en favor mio, y pues tan sin pensarlo, á vosotros señores se os ha comenzado á abrir puerta para vuestro remedio, y á nosotros se nos ha facilitado la que habiamos menester. Sacó luego Dorotéa de su almohada una saya entera de cierta telilla rica y una mantellina de otra vistosa tela verde, y de una cajilla un collar y otras joyas, con que en un instante se adornó de manera, que una rica y gran señora parecia. Todo aquello y mas dijo que habia sacado de su casa para lo que se ofreciese, y que hasta entonces no se le habia ofrecido ocasion de haberlo menester. A todos contentó en extremo su mucha gracia, donayre y hermosura, y confirmaron á Don Fernando por de poco conocimiento, pues tanta belleza desechaba; pero el que mas se admiró fue Sancho Panza, por parecerle (como era asi verdad) que en todos los dias de su vida no habia visto tan hermosa criatura; y asi preguntó al Cura con grande ahinco le dijese

quién era aquella tan hermosa Señora? y qué era lo que buscaba por aquellos andurriales? Esta hermosa Señora, respondió el Cura, Sancho hermano, es, como quien no dice nada, la heredera por línea recta de varon del gran Reyno de Micomicon, la qual viene en busca de vuestro amo a pedirle un don, el qual es que le desfaga un tuerto ó agravio que un mal Gigante le tiene fecho; y á la fama que de buen Caballero vuestro amo tiene por todo lo descubierta de Guinéa, ha venido á buscarle esta Princesa. Dichosa buscada, y dichoso hallazgo; dijo á esta sazón Sancho Panza: y mas si mi amo es tan venturoso que desfaga ese agravio y enderece ese tuerto, matando á ese hi de puta de ese Gigante que vuestra merced dice, que si matará si él le encuentra, si ya no fuese fantasma, que contra las fantasmas no tiene mi Señor poder alguno: pero una cosa quiero suplicar á vuestra merced entre otras, señor Licenciado, y es, que porque á mi amo no le tome gana de ser Arzobispo (que es lo que yo temo) que vuestra merced le aconseje que se case luego con esta Princesa; y así quedará imposibilitado de recibir Ordenes Arzobispales, y vendrá con facilidad á su Imperio, y yo al fin de mis deseos; que yo me he mirado bien en ello, y hallo por mi cuenta que no me está bien que mi amo sea Arzobispo, porque yo soy inutil para la Igle-

sia

sia, pues soy casado; y andarme ahora á traer dispensaciones para poder tener renta por la Iglesia teniendo como tengo muger y hijos, seria nunca acabar; así que, Señor, todo el toque está en que mi amo se case luego con esta Señora, que hasta ahora no se su gracia, y así no la llamo por su nombre. Llamase, respondió el Cura, la Princesa Micomicona, porque llamandose su Reyno Micomicon, claro está que ella se ha de llamar así. No hay duda en eso respondió Sancho, que yo he visto á muchos tomar el apellido y alcurnia del lugar donde nacieron, llamandose Pedro de Alcalá, Juan de Ubeda, Diego de Valladolid; y esto mismo se debe de usar allá en Guinéa, tomar las Reynas los nombres de sus Reynos. Así debe de ser, dijo el Cura, y en lo de casarse vuestro amo, yo haré en ello todos mis poderios. Con lo que quedó tan contento Sancho, quanto el Cura admirado de su simplicidad, y de ver quan encajados tenia en la fantasía los mismos disparates que su amo, pues sin alguna duda se daba á entender que habia de venir á ser Emperador. Ya en esto se habia puesto Dorotea sobre la mula del Cura, y el Barbero se habia acomodado al rostro la barba de cola de buey, y dijeron á Sancho que los guíase adonde Don Quijote estaba, al qual advirtieron que no dijese que conocia al Licenciado ni al Barbero, porque en conocerlos

los consistia todo el toque de venir á ser Emperador su amo ; puesto que ni el Cura ni Cardenio quisieron ir con ellos , porque no se le acordase á Don Quijote la pendencia que con Cardenio habia tenido , y el Cura , porque no era menester por entonces su presencia ; y asi los dejaron ir delante , y ellos los fueron siguiendo á pie poco á poco. No dejó de avisar el Cura lo que habia de hacer Dorotéa , á lo que ella dijo que descuidasen , que todo se haria sin faltar un punto como lo pedian y pintaban los libros de Caballerias. Tres quarto de legua habrian andado quando descubrieron á Don Quijote entre unas intrincadas peñas ya vestido aunque no armado ; y asi como Dorotéa le vió , y fue informada de Sancho que aquel era Don Quijote , dió del azote á su palafren , siguiendola el bien barbado Barbero , y en llegando junto á el , el escudero se arrojó de la mula , y fue á tomar en los brazos á Dorotéa , la qual apeandose con grande desemboltura , se fue á hincar de rodillas ante las de Don Quijote ; y aunque él pugnaba por levantarla , ella sin levantarse le fabló con esta guisa : De aqui no me levantaré (ó valeroso y esforzado Caballero) fasta que la vuestra bondad y cortesia me otorgue un don , el qual redundará en honra y prez de vuestra persona , y en pro de la mas desconsolada y agraviada doncella que el sol ha visto ; y si es que el va-

lor

lor de vuestro fuerte brazo corresponde á la voz de vuestra inmortal fama , obligado estais á favorecer á la sin ventura que de tan lueñas tierras viene al olor de vuestro famoso nombre buscandoos para remedio de sus desdichas. No os responderé palabra , hermosa señora , respondió Don Quijote , ni oiré mas cosa de vuestra hacienda fasta que os levanteis de la tierra. No me levantaré, Señor , respondió la afligida doncella , si primero por vuestra cortesía no me es otorgado el don que pido. Yo vos le otorgo y concedo , respondió Don Quijote , como no se haya de cumplir en daño ó mengua de mi Rey , de mi Patria y de aquella que de mi corazon y libertad tiene la llave. No será en daño ni en mengua de los que decis , mi buen señor , replicó la dolorosa doncella ; y estando en esto , se llegó Sancho Panza al oido de su señor , y muy pasito le dijo : Bien puede vuestra merced , señor , concederle el don que pide , que no es cosa de nada , solo es matar á un Gigantazo ; y esta que lo pide es la alta Princesa Micomicona , Reyna del gran Reyno Micomicon de Etiopia. Sea quien fuere , respondió Don Quijote , que yo haré lo que soy obligado y lo que me dicta mi conciencia , conforme á lo que profesado tengo ; y volviendose á la doncella , dijola : Vuestra gran fermosura se levante que yo le otorgo el don que pedirme quisiere. Pues el que pi-

pido es, dijo la doncella, que la vuestta magnanima persona se venga luego conmigo donde yo le llevaré, y me prometa que no se ha de entremeter en otra aventura ni demanda alguna, hasta darme venganza de un traydor que contra todo derecho Divino y humano me tiene usurpado mi Reyno. Digo que asi lo otorgo, respondió Don Quijote, y asi podeis, Señora, desde hoy mas desechar la melancolia que os fatiga, y hacer que cobre nuevos bríos y fuerzas vuestra desmayada esperanza, que con el ayuda de Dios y la de mi brazo vos os vereis presto restituida en vuestro Reyno, y sentada en la silla de vuestro antiguo y grande estado, á pesar y á despecho de los follones que contradecirlo quisieren; y manos á la labor, que en la tardanza dicen que suele estar el peligro. La menesterosa doncella pugnó con mucha porfia por besarle las manos; mas Don Quijote, que en todo era comedido y cortés Caballero, jamás lo consintió, antes la hizo levantar, y la abrazó con mucha cortesía y comedimiento, y mandó á Sancho que requiriese las cinchas á Rocinante, y le armase luego al punto. Sancho descolgó las armas que como trofeo, de un arbol estaban pendientes, y requiriendo las cinchas, en un punto armó á su Señor, el qual viendose armado, dijo: Vamos de aqui en el nombre de Dios á favorecer esta gran Señora. Estabase el Barbero aun
de

de rodillas , teniendo gran cuenta de disimular la risa , y de que no se le cayese la barba , con cuya caída quizá quedarán todos sin conseguir su buena intencion : y viendo que ya el don estaba concedido , y con la diligencia que Don Quijote se alistaba para ir á cumplirle , se levantó y tomó de la otra mano á su Señora , y entre los dos la subieron en la mula ; luego subió Don Quijote sobre Rocinante , y el Barbero se acomodó en su cabalgadura , quedandose Sancho á pie , donde de nuevo se le renovó la perdida del rucio con la falta que entonces le hacia : mas todo lo llevaba con gusto por parecerle que ya su Señor estaba puesto en camino , y muy á pique de ser Emperador ; porque sin duda alguna pensaba que se habia de casar con aquella Princesa , y ser lo menos Rey de Micomicon : solo le daba pesadumbre el pensar que aquel Reyno era en tierra de Negros , y que la gente que por sus vasallos le diesen habian de ser todos negros ; á lo qual hizo luego en su imaginacion un buen remedio , y dijose á sí mismo : Qué se me da á mi que mis vasallos sean negros ? habrá mas que cargar con ellos , y traerlos á España , donde los podré vender , y adonde me los pagarán de contado , de cuyo dinero podré comprar algun Titulo ó algun oficio con que vivir descansado todos los dias de mi vida ? No sino dormios , y no tengais ingenio ni ha-

habilidad para disponer de las cosas, y para vender treinta ó diez mil vasallos en dácame esas pajas. Por Dios que los he de volar chico con grande, ó como pudiere, y que por negros que sean los he de volver blancos ó amarillos: ilegao, que me mamo el dedo. Con esto andaba tan solícito y tan contento, que se le olvidaba la pesadumbre de caminar á pie. Todo esto miraban de entre unas breñas Cardenio y el Cura, y no sabían qué hacerse para juntarse con ellos; pero el Cura, que era gran tracista, imaginó luego lo que harían para conseguir lo que deseaban; y fue, que con unas tijeras que traía en un estuche, quitó con mucha presteza la barba á Cardenio, y vistióle un capotillo pardo que él traía, y dióle un herreruelo negro, y él se quedó en calzas y en jubon, y quedó tan otro de lo que antes parecía Cardenio, que él mismo no se conociera aunque á un espejo se mirara. Hecho esto, puesto que ya los otros habían pasado adelante en tanto que ellos se disfrazaron, con facilidad salieron al camino real antes que ellos, porque las malezas y malos pasos de aquellos lugares no concedían que anduviesen tanto los de á caballo como los de á pie: en efecto ellos se pusieron en el llano á la salida de la sierra; y así como salió de ella Don Quijote y sus camaradas, el Cura se le puso á mirar muy de espacio, dando señales de que le iba reconociendo; y al

cabo de haberle una buena pieza estado mirando , se fue á él abiertos los brazos y diciendo á voces : Para bien sea hallado el espejo de la Caballeria , el mi buen compatriota Don Quijote de la Mancha , la flor y la nata de la gentileza , el amparo y remedio de los menesterosos , la quinta esencia de los Caballeros Andantes ; y diciendo esto , tenia abrazado por la rodilla de la pierna izquierda á Don Quijote , el qual espantado de lo que veia y oia decir y hacer á aquel hombre , se le puso á mirar con atencion , y al fin le conoció , y quedó como espantado de verle , y hizo grande fuerza por apearse ; mas el Cura no lo consintió : por lo qual Don Quijote decia : Dejemé vuestra merced , señor Licenciado , que no es razon que yo esté á caballo , y una reverenda persona como vuestra merced esté á pie. Eso no consentiré yo en ningun modo , dijo el Cura ; estese la vuestra grandeza á caballo , pues estando á caballo acaba las mayores fazañas y aventuras que en nuestra edad se han visto , que á mi , aunque indigno Sacerdote , bastaráme subir en las ancas de una de estas mulas de estos señores que con vuestra merced caminan , si no lo han por enojo , y aun haré cuenta que voy caballero sobre el caballo Pegaso , ó sobre la Cebra ó Olfana en que cabalgaba aquel famoso Moro Muzaraque , que aun hasta ahora yace encantado en la gran

Cues-

Cuestas Zulema, que dista poco de la gran Com-
pluto. Aun no caía yo en tanto, mi Señor Li-
cenciado, respondió Don Quijote, y yo sé
que mi Señora la Princesa será servida por mi
amor, de mandar á su escudero dé á vuestra
merced la silla de su mula, que él podrá aco-
modarse en las ancas, si es que ella las sufre.
Si sufre, á lo que yo creo, respondió la Prin-
cesa, y tambien sé que no será menester man-
darselo al Señor mi Escudero, que él es tan
cortés y tan cortesano, que no consentirá
que una persona Eclesiastica vaya á pie, pu-
diendo ir á caballo. Asi es, respondió el Bar-
bero, y apeandose en un punto, convidó al
Cura con la silla, y él la tomó sin hacerse
mucho de rogar; y fue el mal, que al subir á
las ancas el Barbero, la mula, que en efecto
era de alquiler (que para decir que era mala
esto basta) alzó un poco los quartos traseros,
y dió dos coces en el ayre, que á darlas en el
pecho de Maese Nicolás, ó en la cabeza, él
diera al diablo la venida por Don Quijote; con
todo eso le sobresaltaron de manera, que cayó
en el suelo, con tan poco cuidado de las bar-
bas, que se le cayeron en el suelo, y como se
vió sin ellas, no tuvo otro remedio, sino acu-
dir á cubrirse el rostro con ambas manos, y
á quejarse que le habia derribado las muelas.
Don Quijote como vió todo aquel mazo de
barbas sin quijadas y sin sangre, lejos del

Rostro del Escudero caído, dijo: Vive Dios que es gran milagro este, las barbas le ha derribado y arrancado del rostro, como si las quitaran á posta. El Cura, que vió el peligro que corria su invencion de ser descubierta, acudió luego á las barbas, y fuese con ellas adonde yacia Maese Nicolás, dando aun voces todavía, y de un golpe, llegandole la cabeza á su pecho, se las puso, mormurando sobre él unas palabras, que dijo que era cierto ensalmo apropiado para pegar barbas, como lo verian; y quando se las tuvo puestas, se apartó, y quedó el Escudero tan bien barbado y tan sano como antes; de que se admiró Don Quijote sobre manera, y rogó al Cura que quando tuviese lugar le enseñase aquel ensalmo, que él entendia que su virtud, á mas de pegar barbas, se debia de estender; pues estaba claro que de donde las barbas se quitasen habia de quedar la carne llagada y mal trecha, y que pues todo lo sanaba, á mas que barbas aprovechaba. Asi es, dijo el Cura, y prometió de enseñarsele en la primera ocasion. Concertaronse que por entonces subiese el Cura, y á trechos se fuesen los tres mudando hasta que llegasen á la Venta, que estaria hasta dos leguas de allí. Puestos los tres á caballo: es á saber, Don Quijote, la Princesa y el Cura; y los tres á pie, Cardenio, el Barbero Sancho Panza, D. Quijote dijo á la

doncella: Vuestra grandeza; Señora mia, guie por donde mas gusto le diere. Y antes que ella respondiese, dijo el Licenciado: Acia que Reyno quiere guiar la vuestra Señoría? Es por ventura ácia el de Micomicon? que sí debe de ser, ó yo se poco de Reynos. Ella que estaba bien en todo, entendió que habia de responder que sí, y así dijo: Si señor; ácia ese Reyno es mi camino. Si es así, dijo el Cura, por la mitad de mi pueblo hemos de pasar, y de allí tomará vuestra merced la derrota de Cartagena, donde se podrá embarcar con la buena ventura; y si hay viento prospero, mar tranquilo y sin borrasca, en poco menos de nueve años se podrá estar á vista de la gran Laguna Meona, digo Meotides, que está poco mas de cien jornadas mas acá del Reyno de vuestra grandeza. Vuestra merced está engañado, Señor mio, dijo ella, porque no ha dos años que yo partí de él, y en verdad que nunca tuve buen tiempo, y con todo eso he llegado á ver lo que tanto deseaba que es al señor Don Quijote de la Mancha, cuyas nuevas llegaron á mis oidos así como puse los pies en España, y ellas me movieron á buscarle para encomendarme en su cortesía, y fiar mi justicia del valor de su invencible brazo. No mas, cesen mis alabanzas, dijo á esta sazón D. Quijote, porque soy enemigo de todo genero de adulacion; y aunque esta no lo sea, todavia ofen-

ofenden mis castas orejas semejantes platicas. Lo que yo se decir, Señora mia, que ahora tenga valor ó no, el que tuviere ó no tuviere se ha de emplear en vuestro servicio hasta perder la vida, y asi dejando esto para su tiempo, ruego al señor Licenciado me diga que es la causa que le ha traído por estas partes tan solo, tan sin criados, y tan á la ligera, que me pone espanto. A eso responderé con brevedad, respondió el Cura; porque sabrá vuestra merced señor D. Quijote, que yo y Mac-se Nicolás, nuestro amigo y nuestro Barbero, íbamos á Sevilla á cobrar cierto dinero que un pariente mio, que ha muchos años que pasó á Indias, me había enviado, y no tan pocos, que no pasan de sesenta mil pesos ensayados, que es otro que tal; y pasando ayer por estos lugares nos salieron al encuentro quatro salteadores, y nos quitaron hasta las barbas, y de modo nos las quitaron; que le convino al Barbero ponerselas postizas, y aun á este mancebo que aqui va (señalando á Cardenio) le pusieron como de nuevo; y es lo bueno que es publica fama por todos estos contornos que los que nos saltearon son unos galeotes que dicen que libertó casi en este mismo sitió un hombre tan valiente, que á pesar del Comisario y de las Guardas, los soltó á todos; y sin duda alguna él debia de estar fuera de juicio, ó debe de ser tan grande bellaco como ellos,

ó algun hombre sin alma y sin conciencia, pues quiso soltar al lobo entre las ovejas, á la raposa entre las gallinas, y á la mosca entre la miel; quiso defraudar la justicia, ir contra su Rey y Señor natural, pues fue contra sus justos mandamientos. Quiso, dijo, quitar á las galeras sus pies, poner en alboroto á la santa Hermandad, que habia muchos años que reposaba. Quiso, finalmente hacer un hecho por donde se pierda su alma y no se gane su cuerpo. Habiales contado Sancho al Cura y al Barbero la aventura de los galeotes que acabò su amo con tanta gloria suya; y por esto cargaba la mano el Cura, refiriendola por ver lo que hacia ó decia D. Quijote, al qual se le mudaba la color á cada palabra, y no osaba decir que él habia sido el libertador de aquella buena gente. Estos, pues, dijo el Cura, fueron los que nos robaron: que Dios por su misericordia se lo perdone al que no los dejó llevar al debido suplicio.

CAPITULO XXX.

Que trata del gracioso artificio y orden que se tuvo en sacar à nuestro enamorado Caballero de la asperisima penitencia en que se habia puesto.



NO hubo bien acabado el Cura , quando Sancho dijo : Pues mia fé , señor Licenciado, el que hizo esa fazaña fue mi amo ; y no porque yo no le dije antes y le avisé que mirase lo que hacia , y que era pecado darles libertad ; porque todos iban alli por grandisimos bellacos. Majadero , dijo á esta sazón Don

Quijote, á los Caballeros Andantes no les toca ni tañe averiguar si los afligidos, encadenados y opresos que encuentran por los caminos van de aquella manera ó están en aquella angustia por sus culpas ó por sus desgracias; solo les toca ayudarles como menesterosos, poniendo los ojos en sus penas, y no en sus bellaqueñas. Yo topé un rosario y sarta de gente mohina y desdichada, y hice con ellos lo que mi Religion me pide, y lo demás allá se averga; y á quien mal le ha parecido (salvo la santa dignidad del señor Licenciado y su honrada persona) digo que sabe poco de achaque de Caballeria, y que miente como hi de puta y mal nacido; y esto lo haré conocer con mi espada donde mas largamente se contiene. Esto dijo afirmandose en los estrivos, y calandose el morrion, porque la vacia del Barbero, que á su cuenta era el yelmo de Mambrino, llevaba colgado del arzon delantero, hasta adobarla del mal tratamiento que la hicieron los galeotes. Dorotea (que era discreta y de gran donayre) como quien ya sabia el menguado humor de D. Quijote y que todos hacian bufla de el sino Sancho Panza, no quiso ser para menos; y viendole tan enojado, le dijo: Señor Caballero, miembresele á la vuestra merced el Don que me tiene prometido, y que conforme á él no puede entremeterse en otra aventura, por urgente que sea: sosiegue V. md. el pecho, que

que si el señor Licenciado supiera que por este invicto brazo habian sido librados los galeotes, él se diera tres puntos en la boca, y aun se mordieran tres veces la lengua antes que haber dicho palabras que en despecho de vuestra merced redundara. Eso juro yo bien, dijo el Cura, y aun me hubiera quitado un vigote. Yo callaré, Señora mia, dijo Don Quijote, y reprimiré la justa colera que ya en mi pecho se habia levantado, iré quieto y pacifico hasta tanto que os cumpla el don prometido; pero en pago de este buen deseo os suplico me digais, si no se os hace de mal, qual es la vuestra cuita, y quantas, quienes y quales son las personas de quien os tengo de dar debida, satisfecha y entera venganza? Eso haré yo de gana, respondió Dorotea, si es que no os enfada oír lastimas y desgracias. No enfadará, Señora mia, respondió Don Quijote; á lo que respondió Dorotéa: Pues si así es, esténme vuestras mercedes atentos. No hubo ella dicho esto quando Cardenio y el Barbero se le pusieron al lado deseosos de ver como fingia su historia la discreta Dorotéa; y lo mismo hizo Sancho, que tan engañado iba con ella como su amo. Y ella despues de haberse puesto bien en la silla, y prevenidose con toser y hacer otros ademanes, con mucho donayre comenzó á decir de esta manera:

Primeramente quiero que vuestras mercedes

des sepan, señores míos, que á mi me llaman::: y detuvose aquí un poco porque se le olvidó el nombre que el Cura la habia puesto; pero el acudió al remedio, porque entendió en lo que reparaba, y dijo: No es maravilla, Señora mía, que la vuestra grandeza se turbe y empache contando sus desventuras, que ellas suelen ser tales, que muchas veces quitan la memoria á los que maltratan, de tal manera, que aun de sus mismos nombres no se les acuerda, como han hecho con vuestra gran señoría, que se ha olvidado que llama Princesa Micomicona, y legitima heredera del gran Reyno Micomicon; y con este apuntamiento pueda la vuestra grandeza reducir ahora facilmente á su lastimada memoria todo aquello que contar quisiere. Asi es la verdad, respondió la doncella, y desde aquí adelante creo que no será menester apuntarme nada, que yo saldré á buen puerto con mi verdadera historia, la qual es: Que el Rey mi padre que se llamaba Tinacrió el Sabidor, fue muy docto en esto que llaman el Arte Magica, y alcanzó por su ciencia que mi madre, que se llamaba la Reyna Xaramilla, habia de morir primero que él; y que de allí á poco tiempo él tambien habia de pasar de esta vida, y yo habia de quedar huérfana de padre y madre; pero decia él, que no le fatigaba tanto esto, quanto le ponía en confu-
sion

sion saber por cosa muy cierta que un descomunal Gigante, señor de una grande In-sula, que casi alinda con nuestro Reyno, llamado Pandafilando de la fosca Vista; porque es cosa averiguada, que aunque tiene los ojos en su lugar y derechos, siempre mira al revés como si fuese vizco; y esto lo hace él de maligno, y por poner miedo y espanto á los que mira. Digo que supo que este Gigante en sabiendo mi horfanidad habia de pasar con gran poderlo sobre mi Reyno, y me lo habia de quitar todo, sin dejarme una pequeña Aldea donde me recogiese; pero que podia escusar toda esta ruina y desgracia, si yo me quisiese casar con él; mas á lo que él entendia, jamás pensaba que me vendria á mi voluntad de hacer tan desigual casamiento; y dijo en esto la pura verdad, porque jamás me ha pasado por el pensamiento, no solo casarme con aquel Gigante, pero ni con otro alguno, por grande y desaforado que fuese. Dijo tambien mi padre, que despues que él fuese muerto, y viese yo que Pandafilando comenzaba á pasar sobre mi Reyno, que no aguardase á ponerme en defensa, porque sería destruirme, sino que libremente le dejase desembarazado el Reyno, si queria escusar la muerte y total destruccion de mis buenos y leales vasallos, porque no habia de ser posible defenderme de la endiablada fuer-

za del Gigante ; sino que luego con algunos de los míos me pusiese en camino de las Españas , donde hallaría el remedio de mis males , hallando un Caballero Andante , cuya fama en este tiempo se estendería por todo el Reyno , el qual se había de llamar , si mal no me acuerdo , Don Azote , ó Don Gigote. Don Quijote diría , Señora , dijo á esta sazón Sancho Panza , ó por otro nombre Caballero de la Triste Figura. Así es la verdad , dijo Dorotea : Dijo mas , que había de ser alto de cuerpo , seco de rostro , y que en el lado derecho , debajo del hombro izquierdo , ó por allí junto había de tener un lunar pardo , con ciertos cabellos á manera de cerdas. En oyendo esto D. Quijote , dijo á su Escudero ; ten aquí , Sancho hijo , ayudame á desnudar , que quiero ver si soy el Caballero que aquel sabio Rey dejó profetizado. Pues para qué quiere V. md. desnudarse , dijo Dorotea ? Para ver si tengo ese lunar que vuestro Padre , dijo , respondió D. Quijote. No hay para que desnudarse , dijo Sancho , que yo se que tiene vuestra merced un lunar de esas señas en la mitad del espinazo , que es señal de ser hombre fuerte. Eso basta , dijo Dorotea , porque con los amigos no se ha de mirar en pocas cosas ; y que esté en el hombro , ó que este en en el espinazo importa poco basta que haya lunar , y esté donde estubiere ,
pues

pues todo es una misma carne; y sin duda acertó mi buen Padre en todo; y yo he acertado en encomendarme al señor Don Quijote, que él es por quien mi Padre dijo, pues las señales del rostro vienen con las de la buena fama que este Caballero tiene, no solo en España, pero en toda la Mancha; pues apenas me hube desembarcado en Osuna, quando oí decir tantas hazañas suyas, que luego me dijo el alma que era el mismo que venia á buscar. Pues cómo se desembarcó v. md. en Osuna, Señora mia, preguntó Don Quijote, sino es puerto de mar? Mas antes que Dorotea respondiese tomó el Cura la mano, y dijo: Debe de querer decir la señora Princesa, que despues que desembarcó en Malaga, la primera parte donde oyó nuevas de v. md. fue en Osuna. Eso quise decir, dijo Dorotéa. Y esto lleva camino, dijo el Cura, y prosiga vuestra Magestad adelante. No hay que proseguir, respondió Dorotéa, sino que finalmente mi suerte ha sido tan buena en hallar al señor D. Quijote, y que ya me cuento y tengo por Reyna y señora de todo mi Reyno, pues él por su cortesía y magnificencia me ha prometido el Don de irse conmigo donde quiera que yo le llevare, que no será á otra parte que á ponerle delante de Pandafilando de la fosca Vista, para que le mate, y me restituya lo que tan contra razon me tie-

tiene usurpado, que todo esto ha de suceder á pedir de boca, pues así lo dejó profetizado Tinacro el Sabidor, mi buen padre; el qual tambien dejó dicho y escrito en letras Caldeas ó Griegas, que yo no las sé leer, que si este Caballero de la profecía, despues de haber degollado al Gigante, quisiese casarse conmigo, que yo me otorgase luego sin réplica alguna por legitima Esposa, y le diese la posesion de mi Reyno, junto con la de mi persona. Que te parece Sancho amigo? (dijo á este punto Don Quijote) No oyes lo que pasa? No te lo dije yo? Mira si tenemos ya Reyno que mandar, y Reyna con quien casar. Eso juro yo, dijo Sancho; para el puto que no se casare en abriendo el gáznatico al señor Pandafilando: pues monta, que es mala la Reyna, así se vuelvan las pulgas de la cama; y diciendo esto, dió dos zapatetas en el ayre con muestras de grandísimo contento, y luego fue á tomar las riendas de la mula de Dorotéa; y haciendola detener, se hincó de rodillas ante ella, suplicandole le diese las manos para besarselas, en señal que la recibia por su Reyna y Señora. Quién no habia de reir de los circunstantes, viendo la locura del amo, y la simplicidad del criado? En efecto Dorotéa se las dió, y le prometió de hacerle gran Señor en su Reyno quando el Cielo la hiciese tanto bien, que se lo de-

ja-

hase cobrar y gozar. Agradecióselo Sancho con tales palabras, que renovó la risa en todos. Esta, Señores, prosiguió Dorotéa, es mi historia; solo resta por deciros, que de quanta gente de acompañamiento saqué de mi Reyno, no me ha quedado sino solo este buen barba Escudero, porque todos se anegaron en una gran borrasca que tuvimos á vista del puerto, y él, y yo salimos en dos tablas á tierra como por milagro, y asi es todo milagro y mysterio el discurso de mi vida, como lo habeis notado; y si en alguna cosa he andado demasiada, y no tan acertada como debiera, echad la culpa á lo que el señor Licenciado dijo al principio de mi cuento, que los trabajos continuos y extraordinarios quitan la memoria al que los padece. Esa no me quitarán á mi, ó alta y valerosa Señora, dijo Don Quijote quantos yo pasáre en serviros, por grandes, y no vistos que sean; y asi de nuevo confirmo el Don que os he prometido, y juro de ir con vos al cabo del mundo hasta verme con el fiero enemigo vuestro, á quien pienso con el ayuda de Dios y de mi brazo, tajar la cabeza soberbia con los filos de esta (no quiero decir buena) espada: merced á Ginés de Pasamonte, que me llevó la mia. Esto dijo entre dientes, y prosiguió diciendo: Y despues de habersela tajado, y puestoos en pacifica posesion de vuestro estado, quedará

á vuestra voluntad hacer de vuestra persona lo que mas en talante os viniere ; porque mientras que yo tuviere ocupada la memoria , y cautiva la voluntad , perdido el entendimiento en aquella , y no digo mas , no es posible que yo arrostre , ni por pienso , el casarme , aunque fuese con el ave Fenix. Perecióle tan mal á Sancho lo que ultimamente su amo dijo acerca de no querer casarse , que con grande enojo , alzando la voz dijo : Voto á mi , y juro á mi , que no tiene v. md. señor D. Quijote , cabal juicio ; pues cómo es posible , que pone v. md. en duda el casarse con tan alta Princesa como aquesta ? Piensa que le ha de ofrecer la fortuna tras cada cantillo semejante aventura como la que ahora se le ofrece ? Es por dicha mas hermosa mi señora Dulcinéa ? No por cierto , ni aun con la mitad ; y aun estoy por decir que no llega á su zapato de la que está presente. Asi , no romala alcanzaré yo el Condado que espero , si v. md. se anda á pedir cotufas en golfo : case , case luego , encomiendole yo á Satanàs , y tomese ese Reyno que se le viene á las manos de vobis vobis , y en siendo Rey , haga me Marqués ó Adelantado , y luego si quiera se lo lleve el diablo todo. Don Quijote , que tales blasfemias oyó decir contra su señora Dulcinea , no lo pudo sufrir , y alzando el lanzon , sin hablarle palabra á Sancho , y

sin

sin decirle esta boca es mia, le dió tales dos palos que dió con él en tierra, y si no fuera porque Dorotéa le dió voces que no le diera mas, sin duda le quitará allí la vida. Pensais le dijo á cabo de rato, villano ruin, que ha de haber lugar siempre para ponerme la mano en la horcajadura, y que todo ha de ser errar vos, y perdonaros yo? Pues no lo penséis, bellaco, descomulgado, que sin duda lo estás, pues has puesto la lengua en la sin par Dulcinéa; y no sabeis vos, gañan, faquín, belitre, que si no fuese por el valor que ella infunde en mi brazo, que no le tendria yo para matar una pulga? Decid, socarron de lengua viperana, y quien pensais que ha ganado este Reyno, y cortado la cabeza á este Gigante, y hechoos á vos Marqués (que todo esto doy ya por hechó, y por cosa pasada en cosa juzgada) sino es el valor de Dulcinéa, tomando á mi brazo por instrumento de sus hazañas? Ella pelea en mi, vence en mi, yo vivo y respiro en ella, y tengo vida y ser. O hi de puta, vellaco, y como sois desagradecido que os veis levantado del polvo de la tierra á ser señor de Titulo, y correspondéis á tan buena obra con decir mal de quien os la hizo! No estaban tan mal trecho Sancho, que no oyese todo quanto su amo le decia, y levantandose con un poco de presteza, se fue á poner detrás del palafren

frén de Dorotéa ; y desde allí dijo á su amo :
 Dígame , señor : si v. md. tiene determina-
 do de no casarse con esta gran Princesa , cla-
 ro esta que no será el Reyno suyo ; y no sien-
 dolo , qué mercedes me puede hacer ? Esto
 es de lo que yo me quejo : case v. md. una
 por una con esta Reyna , ahora que la tene-
 mos aquí como llovida del Cielo , y despues
 puede volverse con mi señora Dulcinéa , que
 Reyes debe de haber habido en el mundo que
 hayan sido amancebados. En lo de la hermosu-
 ra no me entrometo , que en verdad , si va á de-
 cir la , que entrambas me parecen bien , puesto
 que yo nunca he visto á la señora Dulcinéa.
 Cómo que no la has visto , traydor , blasfe-
 mo , dijo D. Quijote ? Pues no acabas de
 traerme ahora un recado de su parte ? Digo ,
 que no la he visto tan despacio , dijo Sancho ,
 que pueda haber notado particularmente su
 hermosura y sus buenas partes punto por
 punto ; pero así á bulto me parece bien. Aho-
 ra te disculpo , dijo D. Quijote , y perdo-
 name el enojo que te he dado , que los pri-
 meros movimientos no son en manos de los
 hombres. Ya yo lo veo respondió Sancho ; y
 así , en mí la gana del hablar siempre es pri-
 mero movimiento , y no puedo dejar de de-
 cir , por una vez siquiera , lo que me viene
 á la lengua. Con todo eso , dijo D. Quijo-
 te , mira Sancho lo que hablas , porque tan-
 tas

tas veces va el cantaro á la fuente, y no te digo mas. Ahora bien, respondió Sancho, Dios está en el Cielo, que ve las trampas, y será Juez de quien hace mas mal, yo en no hablar bien, ó v. md. en obrarlo. No haya mas, dijo Dorotéa, corred, Sancho, y besad la mano á vuestro señor, y pedidle perdon, y de aqui adelante andad mas atentado en vuestras alabanzas, y vituperios, y no digais mal de aquea señora Tobosa, á quien yo no conozco sino es para servirla; y tened confianza en Dios, que no os ha de faltar un estado donde vivais como un Principe. Fue Sancho cabizbajo, y pidió la mano á su señor, y él se la dió con reposado continente; y despues que se la hubo besado, le echó la bendicion, y dijo á Sancho que se adelantasen un poco, que tenia que preguntarle, y que deparar con él cosas de mucha importancia. Hizolo asi Sancho, y apartaronse los dos algo adelante, dijole Don Quijote: Despues que veniste no he tenido lugar ni espacio para preguntarte muchas cosas de particularidad acerca de la embajada que llevaste, y de la respuesta que trajiste; y ahora, pues la fortuna nos ha concedido tiempo y lugar, no me niegues tu la ventura que puedes darme con tan buenas nuevas. Pregunte vuestra merced lo que quisiere, respondió Sancho, que á todo daré tan buena salida, como tu-

ve la entrada ; pero suplico á vuestra merced , señor mio , que no sea de aqui adelante tan vengativo. Por qué lo dices Sancho , dijo Don Quijote ? Digolo , respondió , porque estos palos de agora , mas fueron por la penitencia que entre los dos trabó el diablo la otra noche , que por lo que dije contra mi señora Dulcinéa , á quien amo , y reverencio como una reliquia , aunque en ella no la haya , solo por ser cosa de vuestra merced. No tornes á esas platicas , Sancho , por tu vida , dijo Don Quijote , que me dan pesadumbre ; ya te perdoné entonces , y bien sabes tu que suele decirse , á pecado nuevo , penitencia nueva.

Mientras esto pasaba vieron venir por el camino donde ellos iban á un hombre caballero sobre un jumento , y quando llegó cerca les parecia que era gitano ; pero Sancho Panza , que do queria que via asno se le iban los ojos y el alma , apenas hubo visto al hombre , quando conoció que era Ginés de Pasamonte , y por el hilo del gitano sacó el ovillo de su asno , como era la verdad , pues era el rucio sobre que Pasamonte venia ; el qual por no ser conocido , y por vender el asno , se habia puesto en trage de gitano , cuya lengua , y otras muchas sabia hablar , como si fueran naturales sayas. Vióle Sancho , y conocióle ; y apenas le hubo visto y conocido , quando á gran-

grandes voces le dijo: Ah ladrón Ginesillo, deja mi prenda, suelta mi vida, no te empaques con mi descanso, deja mi asno, deja mi regalo, huye puto, ausentate ladrón, y desampara lo que no es tuyo. No fueran menester tantas palabras, ni baldones, porque á la primera saltó Ginés, y tomando un trote, que parecia carrera, en un punto se ausentó y alejó de todos. Sancho llegó á su rucio, y abrazándole, le dijo: Cómo has estado, bien mio? Rucio de mis ojos? Compañero mio? Y con esto le besaba y acariciaba, como si fuera persona. El asno callaba, y se dejaba besar, y acariciar de Sancho, sin responderle palabra alguna. Llegaron todos, y dieronle el parabien del hallazgo del rucio, especialmente Don Quijote, el qual le dijo que no por eso anulaba la poliza de los tres pollinos. Sancho se lo agradeció. En tanto que los dos iban en estas platicas, dijo el Cura á Dorotea, que habia andado muy discreta, asi en el cuento como en la brevedad de él, y en la similitud que tuvo con los de los libros de Caballeria. Ella dijo, que muchos ratos se habia entretenido en leerlos, pero que no sabia donde eran las Provincias ni Puertos de mar, y que asi habia dicho á tiento que se habia desembarcado en Osuna. Yo lo entendi asi, dijo el Cura, y por eso acudi luego á decir lo que dije, con que se acomodó todo. Pero no es cosa extra-

ña ver con quanta facilidad cree este desventurado Hidalgo todas estas invenciones y mentiras, solo porque llevan el estilo y modo de las necedades de sus libros? Si es, dijo Cardenio, y tan rara y nunca vista, que yo no sé si queriendo inventarla y fabricarla mentirosamente, hubiera tan agudo ingenio que pudiera dar en ella. Pues otra cosa hay en ello; dijo el Cura, que fuera de las simplicidades que este buen Hidalgo dice tocantes á su locura, si le tratan de otras cosas, discurre con bonisimas razones, y muestra tener un entendimiento claro y apacible en todo; de manera, que como no le toquen en sus caballerias, no habrá nadie que le juzgue sino por de muy buen entendimiento. En tanto que ellos iban en esta conversacion, prosiguió Don Quijote con la suya, y dijo á Sancho: Echemos, Panza amigo, pelillos á la mar en esto de nuestras pependencias, y dime ahora sin tener cuenta con enojo ni rencor alguno, dónde, cómo, y cuándo hallaste á Dulcinéa? Qué hacia: qué la dijiste? qué te respondió? qué rostro hizo quando leía mi carta? quién te la trasladó? y todo aquello que vieres que en este caso es digno de saberse, de preguntarse y satisfacerse, sin que añadas, ó mientas por darme gusto, ni menos te acortes por no quitarme. Señor, respondió Sancho, si va á decir verdad, la carta no me la trasladó nadie, porque

que yo no llevé carta alguna. Asi es comó tu dices, dijo D. Quijote, porque en el librillo de memoria donde yo la escribi, le hallé en mi poder al cabo de los dos dias de tu partida, lo qual me causò grandisima pena, por no saber lo que habias tu de hacer quando te vieses sin carta; y crei siempre que te volvieras desde el lugar donde le echaras menos. Asi fuera, respondió Sancho, si no la hubiera yo tomado en la memoria quando vuestra merced me la leyó; de manera, que se la dije á un Sacristan, que me la trasladó del entendimiento tan punto por punto, que dijo que en todos los dias de su vida, aunque habia leído muchas cartas de descomunión, no habia visto ni leído tan linda carta como aquella. Y teneisla todabia en la memoria, Sancho? dijo Don Quijote. No Señor, respondió Sancho, porque despues que la di, como vi que no habia de ser de mas provecho, di en olvidarla; y asi algo se me acuerda, es aquello del *sobajada*, digo del *soberana Señora*, y lo ultimo: *Vuestro hasta la muerte: El Caballero de la Triste Figura*. Y en medio de estas dos cosas, le puse mas de trescientas almas, vidas y ojos mios.

CAPITULO XXXI.

De los sabrosos razonamientos que pasaron entre Don Quijote y Sancho Panza su escudero, con otros admirables sucesos.

TODO eso no me descontenta; prosigue adelante, dijo Don Quijote. Llegaste, y qué hacía aquella Reyna de la fermosura? A buen seguro que la hallaste ensartando perlas, ó bordando alguna empresa con oro de cañutillo para este su cautivo Caballero. No la hallé, respondió Sancho, sino aechando dos anegas de trigo en un corral de su casa. Pues haz cuenta, dijo Don Quijote, que los granos de aquel trigo eran granos de perlas, tocados de sus manos; y si miraste amigo el trigo, era candeal ó trachel? No era sino rubion, respondió Sancho. Pues yo te aseguro, dijo Don Quijote, que aechado por sus manos, hizo pan candeal sin duda alguna. Pero pasa adelante: quando la diste la carta besóla? pusosela sobre la cabeza? hizo alguna ceremonia digna de tal carta? ó qué hizo? Quando yo se la iba á dar, respondió Sancho, ella estaba en la figura del meneo de una buena parte de trigo que tenia en la criba, y dijome: Poned amigo esa carta sobre aquel costal, que no la pue-

puedo leer hasta que acabe de acribar todo lo que aqui está. Discreta señora! dijo Don Quijote: eso debió de ser por leerla despacio, y recrearse con ella. Adelante, Sancho; y en tanto que estaba en su menester, que coloquios pasó contigo? que te preguntó de mi? y tu qué la respondiste? acaba, cuentamelo todo, no se te quede en el tintero una minima. Ella no me preguntó nada, dijo Sancho; mas yo la dije de la manera que vuestra merced por su servicio quedaba haciendo penitencia, desnudo de la cintura arriba, metido entre estas sierras, como si fuera salvaje, durmiendo en el suelo, sin comer pan á manteles, ni sin peynarse la barba, llorando y maldiciendo su fortuna. En decir que maldecia mi fortuna, dijiste mal, dijo Don Quijote, porque antes la bendigo, y la bendiciré todos los dias de mi vida, por haberme hecho digno de merecer amar tan alta señora como Dulcinéa del Toboso. Tan alta es, respondió Sancho, que á buena fé, que me lleva á mi mas de un coto. Pues cómo Sancho, dijo Don Quijote, haste medido tu con ella? Medime en esta manera, respondió Sancho, que llegando á ayudar á poner un costal de trigo sobre un jumento, llegamos tan juntos, que eché de ver que me llevaba mas de un gran palmo. Pues es verdad, replicó Don Quijote, que no acompaña esa grandeza, y la adorna con mil millones de gra-

cias del alma. Pero no me negarás, Sancho, una cosa: quando llegaste junto á ella, no sentiste un olor sabéo, una fragrancia aromática, y un no sé qué de bueno, que yo no acierto á darle nombre? Digo un tufo, ó tufo, como si estuvieras en la tienda de algun curioso guantero? Lo que sé decit, dijo Sancho, es, que senti un olorcillo algo hombruno, y debia de ser que ella con el mucho exercicio estaba sudada y algo correosa. Nó sería eso, respondió Don Quijote, sino que tu debias de estar remordizado, ó te debiste de oler á tí mismo, porque yo sé lo bien que huele aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo, aquel ambar desleido. Todo puede ser, respondió Sancho, que muchas veces sale de mí aquel olor que entonces me pareció que salia de su merced la Señora Dulcinéa; pero no hay de que maravillarse, que un diablo se parece á otro. Y bien, prosiguió Don Quijote, he aquí que acabó de limpiar su trigo, y de enviarle al molino, qué hizo quando leyó la carta? La carta, dijo Sancho, no la leyó, porque dijo que no sabia leer ni escribir; antes la rasgó, y la hizo menudas piezas, diciendo que no la queria dar á leer á nadie; porque no se supiesen en el lugar sus secretos, y que bastaba lo que yo la habia dicho de palabra acerca del amor que vuestra merced la tiene, y de la penitencia extraordinaria

ria que por su causa quedaba haciendo; y finalmente me dijo que dijese á vuestra merced, que le besaba las manos, y que allí quedaba con mas deseos de verle, que de escribirle; y que así le suplicaba y mandaba, que vista la presente, saliese de aquellos matorrales, y se dejase de hacer disparates, y se pusiese luego luego en camino del Toboso, si otra cosa de mas importancia no le sucediese, porque tenia gran deseo de ver á vuestra merced. Rióse mucho quando la dije como se llama vuestra merced el Caballero de la Triste Figura. Preguntéla si habia ido allá el Vizcaino de marras; dijome que si, y que era un hombre muy de bien. Tambien la pregunté por los galeotes; mas dijome que no habia visto hasta entonces alguno. Todo va bien hasta ahora, dijo Don Quijote; pero dime, qué joya fue la que te dió al despedirse por las nuevas que de mi llevaste? Porque es usada, y antigua costumbre entre los Caballeros, y Damas Andantes el dar á los escuderos, doncellas, ó enanos que les llevan nuevas de sus damas, á ellos ó á ellas, de sus Andantes, alguna rica joya en albricias, y en agradecimiento de su recado. Bien puede eso ser así, y yo la tengo por buena usanza; pero eso debia de ser en los tiempos pasados, que ahora solo se debe de acostumar el dar un pedazo de pan y queso, que esto fue lo que

que me dió mi señora Dulcinéa por las bardas de un corral quando de ella me despedis; y aun por mas señas era el queso ovejuno. Es liberal en extremo, dijo Don Quijote, y si no te dió joya de oro, sin duda debió de ser porque no la tendria alli á mano para dartela; pero buenas son mangas despues de Pasqua: yo la veré, y se satisfará todo. Sabes de qué estoy maravillado, Sancho? De que me parece que fuiste y veniste por los ayres, pues poco mas de tres dias has tardado de ir y venir desde aqui al Toboso, habiendo de aqui allá mas de treinta leguas, por lo qual me doy á entender que aquel sabio Nigromante, que tiene cuenta con mis cosas y es mi amigo, porque por fuerza le hay, y la ha de haber, so pena, que yo no sería buen Caballero Andante: Digo que este tal te debió de ayudar á caminar sin que tu lo sintieses, que hay sabio de estos que coge á un Caballero Andante durmiendo en su cama, y sin saber cómo ó en qué manera, amanece otro dia mas de mil leguas de donde anocheció; y si no fuese por esto, no se podian socorrer en sus peligros los Caballeros Andantes unos á otros, como se socorren á cada paso, que acaece estar uno peleando en las sierras de Armenia con algun Lendriago, ó con algun fiero Vestiglo, ó con otro Caballero, donde lleva lo peor de la batalla, y está ya á punto de muerte,

te, y quando menos se cata, asoma por acullá encima de una nube, ó sobre un carro de fuego otro Caballero amigo suyo que poco antes se hallaba en Inglaterra, que le favorece y libra de la muerte, y á la noche se halla en su posada cenando muy á su sabor, y suele haber de la una á la otra parte dos ó tres mil leguas; y todo esto se hace por industria, y sabiduria de estos sabios encantadores que tienen cuidado de estos valerosos Caballeros. Asi que, amigo Sancho; no se me hace dificultoso creer que en tan breve tiempo hayas ido y venido desde este lugar al del Toboso; pues como tengo dicho, algun sabio amigo te debió de llevar en bolandillas, sin que tu lo sintieses. Asi sería: dijo Sancho, porque á buena fé que andaba Rocinante como si fuera asno de gitano con azogue en los oidos. Y como si que llevaba azogue, dijo Don Quijote, y aun una legion de demonios, que es gente que camina, y hace caminar sin cansarse todo aquello que se les antoja. Pero dejando esto aparte, qué te parece á ti que debo yo de hacer ahora acerca de lo que mi señora me manda que la vaya á ver? Que aunque yo veo que estoy obligado á cumplir su mandamiento, veome tambien imposibilitado del dón que he prometido á la Princesa que con nosotros viene, y fuerzame la ley de Caballeria á cumplir mi palabra antes que mi gusto. Por una parte

me

me acosa y fatiga el desseo de ver á mi señora: por otra me incita y llama la prometida fé y la gloria que he de alcanzar en esta empresa; pero lo que pienso hacer será caminar apriesa, y llegar presto donde está este Gigante, y en llegando, le cortaré la cabeza, y pondré á la Princesa pacíficamente en su Estado, y al punto daré la vuelta á ver á la luz que mis sentidos alumbra, á la qual daré tales disculpas, que ella venga á tener por buena mi tardanza, pues verá que todo redundá en aumento de su gloria y fama; pues quanta yo he alcanzado, alcanzo y alcanzaré por las armas en esta vida, toda me viene del favor que ella me da, y de ser yo suyo. Ay, dijo, Sancho, y como está v. md. lastimado de esos casos! Pues dígame, señor, piensa v. md. caminar este camino en valde, y dejar pisar y perder un tan rico y tan principal casamiento como este, donde le dan en dote un Reyno? que á buena verdad que he oido decir que tiene mas de veinte mil leguas de contorno, y que es abundantísimo de todas las cosas que son necesarias para el sustento de la vida humana, y que es mayor que Portugal y que Castilla juntos. Calle por amor de Dios, y tenga verguenza de lo que ha dicho, y tome mi consejo, y perdoneme, y casese luego en el primer lugar que haya Cura; y si no, ahí está nuestro Licenciado, que lo hará de perlas.

las. Y advierta que ya tengo edad para dar consejos, y que este que le doy le viene de molde, que mas vale pajarero en mano, que buytre volando; porque quien bien tiene, y mal escoge, por bien que se enoja no se venga. Mira, Sancho, respondió Don Quijote, si el consejo que me das de que me case es porque sea luego Rey en matando al Gigante, y tenga comodo para hacerte mercedes, y darte lo prometido, hagote saber, que sin casarme podre cumplir tu deseo muy facilmente, porque yo sacare de adhejala antes de entrar en la batalla: que saliendo vencedor de ella, ya que no me case, me han de dar una parte del Reyno, para que la pueda dar á quien yo quisiere; y en dándomela, á quien quieres tu que la dé, sino á ti? Esto está claro, respondió Sancho, pero mire v. md. que la escoja ácia la marina, porque si no me contentare la vivienda, pueda embarcar mis negros vasallos, y hacer de ellos lo que ya he dicho. Y vuestra merced no se cure de ir por ahora á ver mi señora Dulcinéa, sino vayase á matar al Gigante, y concluyamos este negocio, que por Dios que se me asienta que ha de ser de mucha honra, y de mucho provecho. Digote, Sancho, dijo Don Quijote, que estás en lo cierto, y que habré de tomar tu consejo en quanto el ir antes con la Princesa, que á ver á Dulcinéa. Y avisote que no digas nada á

na-

nadie, ni á los que con nosotros vienen, de lo que aqui hemos departido y tratado; que pues Dulcinéa es tan recatada, que no quiere que sepan sus pensamientos, no será bien que yo ni otro por mi los descubra. Pues si eso es así, dijo Sancho, cómo hace vuestra merced que todos los que vence por su brazo se vayan á presentar ante mi señora Dulcinéa, siendo esto como confirma de su nombre que la quiere bien, y que es su enamorado? Y siendo forzoso que los que fueren se han de ir á hincar de finojos ante su presencia, y decir que van de parte de vuestra merced á darla la obediencia, cómo se pueden encubrir los pensamientos de entrambos? O qué necio? y qué simple que eres, dijo Don Quijote: Tu no ves, Sancho, que eso todo redundá en su mayor ensalzamiento? porque has de saber, que en este nuestro estilo de Caballerías es gran honra tener una Dama muchos Caballeros Andantes que la sirvan, sin que se estienda á mas sus pensamientos, que á servirla por solo ser ella quien es, sin esperar otro premio de sus muchos y buenos deseos, sino que ella se contente de acetarlos por sus Caballeros. Con esa manera de amor, dijo Sancho, he oido yo predicar que se ha de amar á nuestro Señor por si solo, sin que nos mueva esperanza de gloria, ó temor de pena; aunque yo le queria amar y servir por lo que pu-

pudiese. Valate el diablo por villano, dijo Don Quijote, y que de discreciones dices á las veces; no parece sino que has estudiado. Pues á fé mia, que no sé leer, respondió Sancho. En esto les dió voces Maese Nicolás, que esperasen un poco, que querian detenerse á beber en una fuentecilla que alli estaba. Detuvose Don Quijote, con no poco gusto de Sancho, que ya estaba cansado de mentir tanto, y temia no le cogiese su amo á palabras; porque puesto que él sabia que Dulcinéa era una labradora del Toboso, no la habia visto en toda su vida. Habiasen en este tiempo vestido Cardenio los vestidos que Dorotéa traia quando la hallaron (que aunque no eran muy buenos, hacian mucha ventaja á los que dejaba) apearonse junto á la fuente, y con lo que el Cura se acomodó en la venta satisficieron, aunque poco, la mucha hambre que todos traian. Estando en esto, acertó á pasar por alli un muchacho que iba de camino, el qual poniendose á mirar con mucha atencion á los que en la fuente estaban, de alli á poco arremetió á Don Quijote, y abrazandole por las piernas, comenzó á llorar muy de proposito, diciendo: Ay señor mio, no me conoce vuestra merced? Pues mireme bien, que yo soy aquel mozo Andrés que quitó vuestra merced de la encina donde estaba atado. Reconociole Don Quijote, y asiendole por la

ma-

mano se volvió á los que allí estaban, y dijo: Porque vean vuestras mercedes quan de importancia es haber Caballeros Andantes en el mundo que desfagan los tuertos y agravios que en él se hacen por los insolentes y malos hombres que en él viven: sepan vuestras mercedes que los días pasados, pasando yo por un bosque oí unos gritos y unas voces muy lastimosas, como de persona afligida y menesterosa, acudí luego llevado de mi obligacion ácia la parte donde me pareció que las lamentables voces sonaban, y hallé atado á una encina á este muchacho que ahora está delante: (de lo que me huelgo en el alma, porque será testigo que no me dejará mentir en nada) Digo que estaba atado á la encina, desnudo del medio cuerpo arriba, y estabale abriendo á azotes con las riendas de una yegua un villano, que despues supe que era amo suyo; y así como yo le vi le pregunté la causa de tan atroz vapulamiento; respondió el zafio, que le azotaba porque era su criado, y que ciertos descuidos que tenia nacian mas de ladron que de simple. A lo qual este niño dijo: Señor, no me azota sino porque le pido mi salario. El amo replicó no sé que arengas y disculpas, las quales aunque de mi fueron oidas, no fueron admitidas. En resolucion, yo lo hice desatar, y tomé juramento al villano de que le llevaria consigo, y le pagaria un real sobre otro, y
aun

aun sahumados. No es la verdad todo esto, hijo Andrés? No notaste con quanto imperio se lo mandé, y con quanta humildad prometió de hacer todo quanto yo le impuse y notifiqué y quise? Responde, no te turbes ni dudes en nada, di lo que pasó á estos Señores, porque se vea y considere ser del provecho que digo haber Caballeros Andantes por los caminos. Todo lo que vuestra merced ha dicho es mucha verdad, respondió el muchacho; pero el fin del negocio sucedió muy al revés de lo que vuestra merced se imagina. Cómo al revés? replicó D. Quijote: luego no te pagó el villano? No solo no me pagó, respondió el muchacho, pero asi como vuestra merced traspuso el bosque, y quedamos solos, me volvió á atar á la misma encina, y me dió de nuevo tantos azotes, que quedé hecho un S. Bartholomé desollado, y á cada azote que me daba me decia un donayre y cuchufleta acerca de hacer burla de vuestra merced, que à no sentir yo tanto dolor, me riera de lo que decia. En efecto, él me paró tal, que hasta ahora he estado curandome en un Hospital del mal que el mal villano entonces me hizo. De todo lo qual tiene vuestra merced la culpa, porque si se fuera su camino adelante, y no viniera donde no le llamaban, ni se entremetiera en negocios agenos, mi amo se contentara con darme una ó dos docenas de azotes y luego me soltara y

pagara quanto me debia ; mas como vuestra merced le deshonoró tan sin proposito , y le dijo tantas villanias , encendiósele la colera, y como no la pudo vengar en vuestra merced, quando se vió solo descargó sobre mi el nublado , de modo que me parece que no seré mas hombre en toda mi vida. El daño estuvo , dijo D. Quijote , en irme yo de alli , que no me habia de ir hasta dejarte pagado , porque bien debia yo saber por luenguas experiencias que no hay villano que guarde palabra que diere , si él vea que no le está bien guardarla. Pero ya te acuerdas Andrés que yo juré que si no te pagaba que habia de ir á buscarle , y que le habia de hallar aunque se escondiese en el vientre de la Ballena. Asi es la verdad , dijo Andrés , pero no aprovechó nada. Ahora verás si aprovecha , dijo D. Quijote ; y diciendo esto , se levantó muy apriesa, y mandó á Sancho que enfrenase á Rocinante que estaba paciendo (en tanto que ellos comian.) Preguntóle Dorotea què era lo que hacer queria ? El respondió que queria ir á buscar al villano y castigarle de tan mal termino, y hacer pagar á Andrés hasta el ultimo maravedí, à despecho y pesar de quantos villanos hubiese en el mundo. A lo que ella respondió, que advirtiese que no podia conforme al don prometido entremeterse en ninguna empresa hasta acabar la suya ; y que pues esto sabia el me-

mejor que otro alguno , que sesegase el pe-
cho hasta la vuelta de su Reyno. Asi es ver-
dad , respondió D. Quijote , y es forzoso que
Andrés tenga paciencia hasta la vuelta como
vos señora decis , y que yo le torno á jurar y á
prometer de nuevo de no parar hasta hacerle
vengado y pagado. No me creo de esos jura-
mentos , dijo Andrés ; mas quisiera tener ahora
con que llegar á Sevilla , que todas las vengan-
zas del mundo ; déme si tiene ahí algo que co-
mer y lleve , y quedese con Dios su merced y
todos los Caballeros Andantes , que tan bien
andantes sean ellos para consigo como lo han
sido para conmigo. Sacó de su repuesto San-
cho un pedazo de pan y otro de queso , y dan-
doselo al mozo , le dijo : Toma , hermano An-
drés , que á todos nos alcanza parte de vues-
tra desgracia. Pues qué parte os alcanza á vos ,
preguntó Andrés ? Esta parte de queso y pan
que os doy , respondió Sancho , que Dios sabe si
me ha de hacer falta ó no ; porque os hago sa-
ber , amigo , que los escuderos de los Caballeros
Andantes estamos sujetos á mucha hambre y á
mala ventura , y aun á otras cosas que se sien-
ten mejor que se dicen. Andrés asió de su
pan y queso ; y viendo que nadie le daba otra
cosa , bajó su cabeza y tomó el camino en las
manos como suele decirse ; bien es verdad que
al partirse dijo á D. Quijote : Por amor de
Dios , señor Caballero Andante , que si otra

vez me encontrare , aunque vea que me hacen pedazos , no me socorra ni ayude , sino dejeme con mi desgracia que no será tanta que no sea mayor la que me vendrá de su ayuda de vuestra merced , á quien Dios maldiga y á todos quantos Caballeros Andantes han nacido en el mundo. Ibase á levantar D. Quijote para castigarle ; mas él se puso á correr de modo que ninguno se atrevió á seguirlo. Quedó corridísimo D. Quijote del cuento de Andrés , y fue menester que los demás tuviesen mucha cuenta con no reirse por no acabarle de correr del todo.

C A P I T U L O X X X I I .

Que trata de lo que sucedió en la Venta á toda la quadrilla de D. Quijote de la Mancha.

A Cabòse la buena comida, ensillaron luego; y sin que les sucediese cosa digna de contar, llegaron otro dia á la Venta (espanto y asombro de Sancho Panza) y aunque él quisiera no entrar en ella, no lo pudo huir. La Ventera, Ventero, su hija, y Maritornes, que vieron venir á D. Quijote y á Sancho, les salieron á recibir con muestras de mucha alegría, y él las recibió con grave continente y aplauso, y dijoles que le aderezasen otro me-
jor

por lecho que la vez pasada ; á lo qual le respondió la huespeda que como la pagase mejor que la otra vez que ella se la daría de Principes. D. Quijote dijo que si haría , y así le aderezaron una cama razonable en el mismo caramanchon de marras , y él se acostó luego porque venia muy quebrantado y falto de sueño. No se hubo bien encerrado quando la huespeda arremetió al Barbero , y asiendole de la barba , dijo : Para mi santiguada , que no se han de aprovechar mas de mi rabo para su barba , y que me ha de volver mi cola , que anda lo de mi marido por esos suelos que es verguenza , digo el peyne que solia yo colgar de mi buena cola. No se la queria dar el Barbero aunque ella mas tiraba , hasta que el Licenciado le dijo que se la diese que ya no era menester mas usar de aquella industria , sino que se descubriese y mostrase en su mesma forma , y dijese á D. Quijote que quando le despojaron los ladrones galeotes se habia venido á aquella Venta huyendo : y que si preguntase por el escudero de la Princesa , le dirian que ella le habia enviado adelante á dar aviso á los de su Reyno como ella iba y llevaba consigo el libertador de todos. Con esto dió de buena gana la cola á la Ventera el Barbero , y asimismo la volvieron todos los aderentes que habia prestado para la libertad de D. Quijote. Espantaronse todos los de la Venta de

la hermosura de Dorotea y aun del buen talle del zagal Cardenio. Hizo el Cura que les aderezasen de comer de lo que en la Venta hubiese ; y el huesped con esperanza de mejor paga, con diligencia les aderezó una razonable comida ; y á todo esto dormia D. Quijote , y fueron de parecer de no despertarle , porque mas provecho le haria por entonces el dormir que el comer. Trataron sobre comida , estando delante el Ventero , su muger , su hija, Maritornes y todos los pasajeros, de la estraña locura de D. Quijote , y del modo que le habian hallado. La huespeda les contó lo que con él y con el arriero les habia acontecido, mirando si acaso estaba alli Sancho y como no le viese contó todo lo de su manteamiento , de que no poco gusto recibieron. Y como el Cura dijese que los libros de Caballerias que D. Quijote habia leído le habian vuelto el juicio, dijo el Ventero: No sé yo como puede ser eso, que en verdad que á lo que yo entiendo no hay mejor letura en el mundo, y que tengo ahí dos ó tres de ellos con otros papeles , que verdaderamente me han dado la vida , no solo á mi , sino á otros muchos ; porque quando es tiempo de la siega se recogen aqui la siesta muchos segadores , y siempre hay alguno que sabe leer , el qual coge uno de estos libros en las manos y rodeamonos de él mas de treinta y estamos escuchando con tanto gusto que nos

nos quita mil canas. A lo menos de mi se decir que quando oygo aquellos furibundos y terribles golpes que los Caballeros pegan , que me toma gana de hacer otro tanto, y que querria estar oyendolos noches y dias. Y yo ni mas ni menos , dijo la Ventera, porque nunca tengo buen rato en mi casa sino aquel que vos estais escuchando leer , que estais tan embobado que no os acordais de reñir por entonces. Asi es la verdad , dijo Maritornes , y á buena fe que yo tambien gusto mucho de oir aquellas cosas que son muy lindas; y mas quando cuentan que se está la otra señora debajo de unos naranjos abrazada con su Caballero, y que les está una dueña haciendoles la guarda , muerta de envidia y con mucho sobresalto. Digo que todo esto es cosa de mieles. Y á vos qué os parece señora doncella ? dijo el Cura , hablando con la hija del Ventero. No sé , señor , en mi anima , respondió ella ; tambien yo lo escucho, y en verdad que aunque no lo entiendo , que recibo gusto en oirlo ; pero no gusto yo de los golpes de que mi padre gusta , sino de las lamentaciones que los Caballeros hacen quando están ausentes de sus señoras , que en verdad que algunas veces me hacen llorar de compasion que les tengo. Luego bien la remediaredes vos , señora doncella, dijo Dorotea , si por vos lloraran ? No sé lo que me hiciera , respondió la moza ; solo sé

que hay algunas Señoras de aquellas tan crueles que las llaman sus Caballeros tygres y leones y otras mil inmundicias. Y Jesus yo no sé qué gente es aquella tan desalmada y tan sin conciencia, que por no mirar á un hombre honrado le dejan que se muera ó que se vuelva loco. Yo no sé para qué es tanto melindre ; si lo hacen de honradas casense con ellos , que ellos no desean otra cosa. Calla niña , dijo la Ventera , que parece que sabes mucho de estas cosas , y no está bien á las doncellas saber ni hablar tanto. Como me lo pregunta ese señor respondió ella , no puedo dejar de responderle. Ahora bien , dijo el Cura , traedme Señor huesped aqueles libros que los quiero ver. Que me place , respondió él ; y entrando en su aposento sacó de él una maletilla vieja , cerrada con una cadenilla , y abriendola hallò en ella tres libros grandes y unos papeles de muy buena letra , escritos de mano. El primer libro que abrió vió que era de D. Cirongilio de Tracia , el otro de Felix Marte de Hircania , y el otro la Historia del Gran Capitan Gonzalo Hernandez de Cordova , con la vida de Diego Garcia de Paredes. Asi como el Cura leyó los dos titulos primeros , volvió el rostro al Barbero y dijo : Falta nos hace aqui ahora el ama de mi amigo y su sobrina. No hacen , respondió el Barbero , que tambien yo sé llevarlos al corral ó à la chimenea , que en verdad que hay
muy

muy buen fuego en ella. Luego quiere vuestra merced quemar mis libros, dijo el Ventero? No mas, dijo el Cura, que estos dos, el de D. Cirongilio y el de Felix Marte. Pues por ventura, dijo el Ventero, mis libros son hereges ó flematicos que los quiere quemar? Cismaticos quereis decir, amigo, dijo el Barbero, que no flematicos. Asi es, replicó el Ventero; mas si alguno quisiere quemar sea ese del Gran Capitan y ese de Diego Garcia, que antes dejaré quemar un hijo que dejar quemar ninguno de esotros. Hermano mio, dijo el Cura, estos dos libros son mentirosos y están llenos de disparates y devaneos; y este del Gran Capitan es historia verdadera y tiene los hechos de Gonzalo Hernandez de Cordova, el qual por sus muchas y grandes hazañas mereció ser llamado de todo el mundo Gran Capitan, renombre famoso y claro y de él solo merecido. Y este Diego Garcia de Paredes fue un principal Caballero, natural de la Ciudad de Truxillo en Estremadura, valentisimo soldado y de tantas fuerzas naturales, que detenia con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia; y puesto con un montante en la entrada de un puente, detuvo á todo un innumerable Exercito que no pasase por ella, é hizo otras tales cosas, que si como él las cuenta y las escribe él asimismo con la modestia de Caballero y de Coronista propio, las escribiera otro libre y desapasionado,

pu-

pusieron en su olvido la de los Hectores, Aquiles y Roldanes. Tomaos con mi padre, dijo el dicho Ventero; mirad de qué se espanta; de detener una rueda de molino; por Dios ahora habia vuesta merced de leer lo que yo leí de Felix Marte de Hircania, que de un revés solo partió cinco Gigantes por la cintura como si fueran hechos habas, como los fraylecitos que hacen los niños. Y otra vez arremetió con un grandisimo y poderosissimo Exército, donde llevó mas de un millon y seiscientos mil soldados, todos armados desde el pie hasta la cabeza y los desbarató á todos como si fueran manadas de ovejas. Pues qué me dirán del bueno de D. Cirongilio de Tracia, que fue tan valiente y animoso como se verá en el libro donde cuenta que navegando por un rio le salió de la mitad del agua una serpiente de fuego, y él así como la vió se arrojó sobre ella y se puso ahorcajadas encima de sus escamosas espaldas, y la apretó con ambas manos la garganta con tanta fuerza, que viendo la serpiente que la iba ahogando, no tuvo otro remedio sino dejarse ir á lo hondo del rio, llevandose tras sí al Caballero que nunca la quiso soltar; y quando llegaron allá abajo se halló en unos Palacios y en unos Jardines tan lindos que era maravilla; y luego la sierpe se volvió en un viejo anciano que le dijo tantas de cosas que no hay mas que oír.

Calle, señor, que si oyese esto se volviera loco de placer. Dos higas para el Gran Capitán y para ese Diego Garcia de Paredes que dice. Oyendo esto Dorotea, dijo en voz baja á Cardenio: Poco le falta á nuestro huesped para hacer la segunda parte de D. Quijote. Asi me parece á mi, respondió Cardenio, porque segun da indicio él tiene por cierto que todo lo que estos libros cuentan pasó ni mas ni menos que lo escriben, y no le harán creer otra cosa Frayles Descalzos. Mirad, hermano, tornó á decir el Cura, que no hubo en el mundo Felix Marte de Hircania, ni D. Cirongilio de Tracia, ni otros Caballeros semejantes que los libros de Caballerias cuentan, porque todo es compostura y ficcion de ingenios ociosos que los compusieron para el efecto que vos decis de entretener el tiempo, como lo entretienen leyendolos vuestros segadores; porque realmente os afirmo y juro que nunca tales Caballeros fueron en el mundo, ni tales hazañas ni disparates acontecieron en él. A otro perro con ese hueso, respondió el Ventero, como si yo no supiese quantas son cinco y adonde me aprieta el zapato; no piense vuestra merced darme papilla, porque por Dios que no soy nada blanco. Bueno es que quiera darme vuestra merced á entender que todo aquello que estos buenos libros dicen sean disparates y mentiras, estando impresos con
li-

licencia de los Señores del Consejo Real , como si ellos fueran gente que habian de dejar imprimir tanta mentira junta , tantas batallas y tantos encantamientos que quitan el juicio. Ya os he dicho , amigo , replicó el Cura , que esto se hace para entretener nuestros ociosos pensamientos ; y así como se consiente en las Republicas bien concertadas que haya juegos de Agedrez , de Pelota y de Trucos para entretener á algunos que ni tienen ni deben ni pueden trabajar ; así se consiente imprimir y que haya tales libros , creyendo como es verdad que no ha de haber alguno tan ignorante que tenga por historia verdadera ninguno de estos libros ; y si me fuera licito agora , y el Auditorio lo requiriera , yo dijera cosas acerca de lo que han de tener los libros de Caballerias para ser buenos , que quizá fueran de provecho y aun de gusto para algunos ; pero yo espero que vendrá tiempo en que lo pueda comunicar con quien lo remedie : y este entretanto creed , señor Ventero , lo que os he dicho , y tomad vuestros libros y allá os avend con sus verdades ò mentiras , y buen provecho os hagan , y quiera Dios que no cojeeis del pie que cojea vuestro huesped D. Quijote. Eso no , respondió el Ventero , que no serè yo tan loco que me haga Caballero Andante , que bien veo que ahora no se usa lo que se usaba en aquel tiempo , quando se dice que

andaban por el mundo estos famosos Caballeros. A la mitad de esta platica se halló Sancho Panza presente y quedó confuso y pensativo de lo que habia oido decir que ahora no se usaban Caballeros Andantes, y que todos los libros de Caballerias eran necesidades y mentiras, y propuso en su corazon de esperar en lo que paraba aquel viage de su amo, y que si no salia con la felicidad que él pensaba, determinaba de dejarle y volverse con su muger y sus hijos á su acostumbrado trabajo. Llevabase la maleta y los libros el Ventero, mas el Cura le dijo: Esperad que quiero ver qué papeles son esos que de tan buena letra están escritos: sacòlos el huesped y dandoselos á leer, vió hasta obra de ocho pliegos escritos de mano, y al principio tenian un titulo grande que decia: *Novela del Curioso Impertinente*; leyó el Cura para sí tres ó quatro renglones, y dijo: Cierto que no me parece mal el titulo de esta Novela y que me viene voluntad de leerla toda. A lo que respondió el Ventero: Pues bien puede leerla su reverencia, porque le hago saber, que algunos huespedes que aquí la han leído, les ha contentado mucho, y me la han pedido con muchas veras, mas yo no se la he querido dar, pensando volversela á quien aquí dejó esta maleta olvidada con estos libros y estos papeles, que bien puede ser que vuelva su dueño por aquí algun tiempo; y aun-

aunque se que me han de hacer falta los libros, á fé que se los he de volver, que aunque Ventero, todavia soy Christiano. Vos teneis mucha razon, amigo, dijo el Cura; mas con todo eso, si la Novela me contenta, me la habeis de dejar trasladar. De muy buena gana, respondió el Ventero. Mientras los dos esto hacian habia tomado Cardenio la Novela, y comenzado á leer en ella; y pareciendole lo mismo que al Cura, le rogó que la leyese de modo que todos la oyesen. Si leyera dijo el Cura, sino fuera mejor gastar este tiempo en dormir que en leer. Harto reposo será para mi, dijo Dorotea, entretener el tiempo oyendo algun cuento, pues aun no tengo el espiritu tan sossegado, que me conceda dormir quando fuera razon. Pues de esa manera, dijo el Cura, quiero leerla por curiosidad siquiera, quizá tendrá alguna cosa de gusto. Acudió Maese Nicolás á rogarle lo mismo, y Sancho tambien; lo qual visto del Cura, y entendido que á todos daria gusto, y él le recibiria, dijo: Pues si asi es, estenme todos atentos, que la Novela comienza de esta manera.

C A P I T U L O X X X I I I .

*Donde se cuenta la Novela del Curioso Imper-
tiente.*

EN Florencia , Ciudad rica y famosa de Italia , en la Provincia que llaman Toscana , vivian Anselmo y Lotario , dos Caballeros ricos y principales , y tan amigos , que por excelencia y antonomasia de todos los que los conocian , los dos amigos eran llamados: eran solteros, mozos de una misma edad, y de unas mismas costumbres , todo lo qual era bastante causa á que los dos con reciproca amistad se correspondiesen ; bien es verdad, que el Anselmo era algo mas inclinado á los pasatiempos amorosos que el Lotario , al qual llevaban tras si los de la caza ; pero quando se ofrecia , dejaba Anselmo de acudir á sus gustos , por seguir los de Lotario ; y Lotario dejaba los suyos por acudir á los de Anselmo , y de esta manera andaban tan á unas sus voluntades , que no habia concertado relox que ansi lo anduviese. Andaba Anselmo perdido de amores de una doncella principal , y hermosa de la misma Ciudad , hija de tan buenos padres , y tan buena ella por si , que se determinó (con el parecer de su amigo Lotario , sin el qual ninguna cosa hacia) de pedir-
la

la por esposa á sus padres ; y así lo puso en ejecución , y el que llevó la embajada fue Lotario , y el que concluyó el negocio tan á gusto de su amigo , que en breve tiempo se vió puesto en la posesion que deseaba , y Camila tan contenta de haber alcanzado á Anselmo por esposo , que no cesaba de dar gracias al Cielo y á Lotario , por cuyo medio tanto bien la habia venido. Los primeros dias , como todos los de la boda suelen ser alegres , continuó Lotario , como solia , á la casa de su amigo Anselmo , procurando honrarle , festejarle y regocijarle con todo aquello que á él le fue posible ; pero acabadas las bodas , y sosegada ya la frecuencia de las visitas y parabienes , comenzó Lotario á descuidarse con cuidado de las idas en casa de Anselmo , por parecerle á él (como es razon que parezca á todos los que fueren discretos) que no se han de visitar ni continuar las casas de los amigos casados de la misma manera que quando eran solteros ; porque aunque la buena y verdadera amistad no puede ni debe ser sospechosa en nada , con todo eso es tan delicada la honra del casado , que parece que se puede ofender aun de los mismos hermanos , quanto mas de los amigos. Notó Anselmo la remision de Lotario , y formó de él quejas grandes , diciendole que si él supiera que el casarse habia de ser parte para no comuni-

car.

carle , como solia , que jamás lo hubiera hecho , y que si por la buena correspondencia que los dos tenían mientras él fue soltero , habían alcanzado tan dulce nombre como el ser llamados los dos amigos , que no permitiese por querer hacer del circunspecto , sin otra ocasión alguna , que tan famoso y tan agradable nombre se perdiese ; y que así le suplicaba , si era licito que tal termino de hablar se usase entre ellos , que volviese á ser Señor de su casa , y á entrar y salir en ella como de antes ; asegurandole que su esposa Camila no tenia otro gusto ni otra voluntad , que la que él queria que tuviese ; y que por haber sabido ella con quantas veras los dos se amaban , estaba confusa de ver en él tanta esquivéz. A todas estas y otras muchas razones que Anselmo dijo á Lotario para persuadirle volviese como solia á su casa , respondió Lotario con tanta prudencia , discrecion y aviso , que Anselmo quedó satisfecho de la buena intención de su amigo , y quedaron de concierto que dos dias en la semana , y las Fiestas fuese Lotario á comer con él , y aunque esto quedó así concertado entre los dos , propuso Lotario de no hacer mas que aquello que viese que mas convenia á la honra de su amigo , cuyo credito estimaba en mas que el suyo propio. Decia él , y decia bien , que el casado , á quien el Cielo habia concedido muger her-

mosa tanto cuidado habia de tener qué amigos llevaba á su casa , como en mirar con qué amigas su muger conversaba ; porque lo que no se hace ni concierto en las plazas ni en los Templos , ni en las fiestas publicas ni estaciones , (cosas , que no todas veces las han de negar los maridos á sus mugeres) se concierto y facilita en casa de la amiga ó la parienta de quien mas satisfaccion se tiene. Tambien decia Lotario , que tenian necesidad los casados de tener cada uno algun amigo que le advirtiese de los descuidos que en su proceder hiciese ; porque suele acontecer que con el mucho amor que el marido á la muger tiene , ó no le advierte , ó no le dice , por no enojarla que haga ó deje de hacer algunas cosas , que el hacerlas ó no , le serian de honra , ú de vituperio , de lo qual , siendo del amigo advertido , facilmente pondria remedio en todo , pero dónde se hallará amigo tan discreto , tan leal y verdadero como aqui Lotario le pide ? No lo sé yo por cierto ; solo Lotario era este , que con toda solitud , y advertimiento miraba por la honra de su amigo , y procuraba dezmar , frisar , y acortar los dias del concierto del ir á su casa , porque no pareciese mal al vulgo ocioso y á los ojos vagabundos y maliciosos la entrada de un mozo rico , gentilhombre y bien nacido , y de las buenas partes que él pensaba que tenia , en la

la casa de una muger tan hermosa como Camila ; que puesto que su bondad y valor podia poner freno á toda maldiciente lengua , todavia no queria poner en duda su credito ni el de su amigo , y por esto los mas de los dias del concierto los ocupaba y entretenia en otras cosas que él daba á entender ser inescusables ; asi que , en quejas del uno , y disculpas del otro se pasaban muchos ratos , y partes del dia. Sucedió pues , que uno que los dos se andaban paseando por un prado fuera de la ciudad Anselmo dijo á Lotario las siguientes razones.

Pensabas , amigo Lotario , que las mercedes que Dios me ha hecho en hacerme hijo de tales padres como fueron los míos , y el darme con mano franca los bienes , asi los que llaman de naturaleza , como los de fortuna , no puedo yo corresponder con agradecimiento que llegue al bien recibido , y sobre al que me hizo en darme á ti por amigo , y á Camila por muger propia , dos prendas que las estimo si no en el grado que debo , en el que puedo. Pues con todas estas partes que suelen ser el todo con que los hombres suelen y pueden vivir contentos , vivo yo el mas despechado , y el mas desabrido hombre de todo el universo mundo ; porque no sé de qué dias á esta parte me fatiga y aprieta un deseo tan extraño , y tan fuera del uso comun de otros,

N 2

que

que yo me maravillo de mi mismo, y me culpo y me riño á solas, y procuro callarlo y encubrirlo de mis propios pensamientos, y asi me ha sido posible salir con este secreto, como si de industria procurara decirlo á todo el mundo, y pues que en efecto él ha de salir á plaza, quiero que sea en la del archivo de tu secreto confiado que con él, y con la diligencia que pondrás, como mi amigo verdadero en remediarme, yo me veré presto libre de la angustia que me causa, y llegará mi alegría por tu solicitud al grado que ha llegado mi descontento por mi locura. Suspenso tenian á Lotario las razones de Anselmo, y no sabia en qué habia de parar tan larga prevencion ó preambulo: y aunque iba revolviendo en su imaginacion qué deseo podria ser aquel que á su amigo tanto fatigaba, dió siempre muy lejos del blanco de la verdad; y por salir presto de la agonía que le causaba aquella suspension, le dijo que hacia notorio agravio á su mucha amistad, en andar buscando rodeos para decirle sus mas encubiertos pensamientos, pues tenia cierto que se podia prometer de él, ó ya consejos para entretenerlos, ó ya remedios para cumplirlos. Asi es la verdad, respondió Anselmo, y con esa confianza te hago saber, amigo Lotario, que el deseo que me fatiga, es pensar si Camila mi Esposa es tan buena y tan perfecta como yo pien-

pienso, y no puedo enterarme en esta verdad, sino es probandola, de manera, que la prueba manifieste los quilates de su bondad, como el fuego muestra las del oro; porque yo tengo para mi (ó amigo!) que no es una muger mas buena de quanto es, ó no solicitada; y que aquella sola es fuerte que no se dobla á las promesas, á las dadivas, á las lagrimas y á las continuas importunidades de los sollicitos amantes; porque que hay que agradecer (decia él) que una muger sea buena, si nadie la dice que sea mala? Qué mucho que esté recogida y temerosa la que no la dan ocasion para que se suelte? Y la que sabe que tiene mafido, que en cogiendola en la primera des-
envoltura la ha de quitar la vida? Asi que, la que es buena por temor ó por falta de lugar yo no la quiero tener en aquella estima en que tendré á la solicitada, y perseguida que salió con la corona del vencimiento. De modo, que por estas razones y por otras muchas que te pudiera decir para acreditar y fortalecer la opinion que tengo, deseo que Camila mi esposa pase por estas dificultades, y se acrisole y quilate en el fuego de verse requerida y solicitada de quien tenga valor para poner en ella sus deseos; y si ella sale como creo que saldrá con la palma de esta batalla, tendré yo por sin igual mi ventura, podré yo decir que está colmado el vacio de mis deseos.

Diré que me cupo en suerte la muger fuerte, de quien el Sabio dice, que quién la hallará? Y quando esto suceda al revés de lo que pienso, con el gusto de ver que acerté en mi opinion, llevaré sin pena la que de razon podrá causarse mi tan costosa experiencia. Y presupuesto que ninguna cosa de quantas me dijeres en contra de mi deseo, ha de ser de algun provecho para dejar de ponerla por la obra, quiero, ó amigo Lotario, que te dispongas á ser el instrumento que labre aquesta obra de mi gusto, que yo te daré lugar para que lo hagas, sin faltarte todo aquello que yo viere necesario para solicitar á una muger honesta, honrada, recogida, y desinteresada. Y mueveme entre otras cosas, á fiar de ti esta tan ardua empresa, el ver que si de ti es vencida Camila, no ha de llegar el vencimiento á todo trance y rigor, sino á solo tener por hecho lo que se ha de hacer por buen respeto; y así no quedaré yo ofendido mas de con el deseo, y mi injuria quedará escondida en la virtud de tu silencio, que bien se, que en lo que me tocare ha de ser eterno, como el de la muerte; así que, si quieres que yo tenga vida que pueda decir que lo es, desde luego has de entrar en esta hermosa batalla, no tibia, ni perezosamente, sino con el ahinco y diligencia que mi deseo pide, y con la confianza que nuestra amistad me asegura. Estas fue-

fueron las razones que Anselmo dijo á Lotario, á todas las quales estuvo tan atento, que si no fueron las que quedan escritas que le dijo, no desplegó sus labios hasta que hubo acabado; y viendo que no decia mas, despues que le estuvo mirando un buen espacio como si mirara otra cosa que jamás hubiera visto, y que le causara admiracion y espanto le dijo: No me puedo persuadir, ó amigo Anselmo, á que no sean burlas las cosas que me has dicho, que á pensar que de veras las decias no consintiera que tan adelante pasaras, porque con no escucharte previniera tu larga arenga: sin duda imagino, ó que no me conoces, ó que yo no te conozco; pero no, que bien se que eres Anselmo, y tu sabes que yo soy Lotario: el daño está en que yo pienso que no eres el Anselmo que solias; y tu debes de haber pensado que tampoco yo soy el Lotario que debia ser; porque las cosas que me has dicho, ni son de aquel Anselmo mi amigo, ni las que me pides se han de pedir á aquel Lotario que tu conoces; porque los buenos amigos han de probar á sus amigos y valerse de ellos, como dijo un Poeta, *usque ad aras*, que quiso decir, que no se habian de valer de su amistad en cosas que fuesen contra Dios. Pues si esto sintió un Gentil de la amistad, quanto mejor es que lo sienta el christiano, que sabe que por ninguna huma-

na ha de perder la amistad diviná? Y quando el amigo tirase tanto la barra, que pusiese á parte los respetos del Cielo por acudir á los de su amigo, no ha de ser por cosas ligeras y de poco momento, sino por aquellas en que vaya la honra y la vida de su amigo. Pues dime tu ahora, Anselmo, qual de estas dos cosas tienes en peligro para que yo me aventure á complacer, y á hacer una cosa tan detestable como me pides? Ninguna por cierto, antes me pides, segun yo entiendo, que procure y solicite quitarte la honra y la vida, y quitarmela á mi juntamente; porque si yo he de procurar quitarle la honra, claro está que te quito la vida, pues el hombre sin honra peor es que un muerto; y siendo yo el instrumento, como tu quieres que lo sea, de tanto mal tuyo, no vengo á quedar deshonorado, y por el mismo consiguiente sin vida? Escucha, amigo Anselmo, y ten paciencia de no responderme hasta que acabe de decirte lo que se me ofreciere acerca de lo que te ha pedido tu deseo, que tiempo te quedará para que tu me repliques y yo te escuche. Que me place dijo Anselmo, di lo que quisieres. Y Lotario prosiguió diciendo: Parecemo (ó Anselmo!) que tienes tu ahora el ingenio como el que siempre tienen los Moros, á los quales no se les puede dar á entender el error de su secta con las acotaciones de la Santa Escritura, ni con

razones, que consistan en especulacion del entendimiento, ni que vayan fundadas en Articulos de Fé: sino que les han de traer exemplos palpables, faciles, inteligibles, demostrativos, indubitables, con demostraciones mathematicas, que no se pueden negar, como quando dicen: Si de dos partes iguales quitamos partes iguales, las que quedan tambien son iguales. Y quando esto no entiendan de palabra, como en efecto no lo entienden, haseles de mostrar con las manos, y ponerse lo delante de los ojos, y aun con todo esto no basta nadie con ellos á persuadirles las verdades de mi Sacra Religion. Y este mismo termino y modo me convendrá usar contigo, porque el deseo que en ti ha nacido va tan des-caminado y tan fuera de todo aquello que tenga sombra de razonable, que me parece que ha de ser tiempo gastado el que ocupare en darte á entender tu simplicidad, que por ahora no le quiero dar otro nombre, y aun estoy por dejarte en tu desatino en pena de tu mal deseo: mas no me deja usar de este rigor la amistad que te tengo, la qual no consiente que te deje puesto en tan manifesto peligro de perderte. Y porque claro lo veas, dime, Anselmo, tu no me has dicho, que tengo de solicitar á una retirada á persuadir á una honesta? ofrecer á una desinteresada? servir á una prudente? Si, que me lo has dicho. Pues

si

si tu sabes que tienes muger retirada, honesta, desinteresada y prudente, qué buscas? Y si piensas que de todos mis asaltos ha de salir vencedora, como saldrá sin duda, qué mejores títulos piensas darla despues que los que ahora tiene? O qué será mas despues de lo que ahora? O es que tu no la tienes por lo que dices, ó tu no sabes lo que pides. Si no la tienes por la que dices, para qué quieres probarla? sino como á mala, hacer de ella lo que mas te viniere en gusto; mas si es tan buena como crees, impertinente cosa será hacer experiencia de la misma verdad, pues despues de hecha se ha de quedar con la estimacion que primero tenia; asi que, es razon concluyente, que el intentar las cosas, de las quales antes nos puede suceder daño, que provecho, es de juicios sin discurso y temerarios, y mas quando se quieren intentar aquellas á que no son forzados ni compelidos, y que de muy lejos traen descubierta que el intentarlas es manifiesta locura. Las cosas dificultosas se intentan por Dios ó por el mundo, ó por entrambos á dos; las que se acometen por Dios, son las que acometieron los Santos, acometiendo á vivir vida de Angeles en cuerpos humanos; las que se acometen por respecto del mundo, son las de aquellos que pasan tanta infinidad de agua, tanta diversidad de climas, tanta estrañeza de gente, por ad-

adquirir estos que llaman bienes de fortuna: y las que se intentan por Dios y por el mundo juntamente; son aquellas de los valerosos soldados, que apenas ven en el contrario muro abierto tanto espacio, quanto es el que pudo hacer una redonda bala de artilleria, quando puesto aparte todo temor, sin hacer discurso ni advertir el manifiesto peligro que les amenaza, llevados en vuelo de las alas del deseo de volver por su fe, por su Nacion; y por su Rey, se arrojan intrepidamente por la mitad de mil contrapuestas muertes que los esperan. Estas cosas son las que suelen intentarse, y es honra, gloria, y provecho intentarlas, aunque tan llenas de inconvenientes y peligros. Pero la que tu dices que quieres intentar y poner por obra, ni te ha de alcanzar gloria de Dios, bienes de fortuna, ni fama con los hombres; porque puesto que salgas con ella, como quieres y deseas, no has de quedar, ni mas ufano, ni mas rico, ni mas honrado que estás ahora, y sino sales te has de ver en la mayor miseria que imaginar se pueda, porque no sabe nadie la desgracia que te ha sucedido, porque bastará para affligirte y deshacerte que la sepas tu mismo. Y para confirmacion de esta verdad, te quiero decir una estancia que hizo el famoso Poeta Luis transilo en el fin de su primera parte de las lagrimas de San Pedro, que dice así.

Crece el dolor, y crece la verguenza
 En Pedro, quando el dia se ha mostrado:
 Y aunque alli no ve á nadie, se averguenza
 De si mismo, por ver que habia pecado:
 Que á un magnanimo pecho la verguenza
 No solo ha de moverle el ser mirado,
 Que de si se averguenza quando yerra,
 Si bien otro no ve, que Cielo y tierra.

Asi que, no escusarás con el secreto tu dolor, antes tendrás que llorar continuo, si no lagrimas de los ojos, lagrimas de sangre del corazon, como las lloraba aquel simple Doctor que nuestro Poeta nos cuenta, que hizo la prueba del vaso, que con mejor discurso se escusó de hacerla el prudente Reynaldos; que puesto que aquella sea ficción poetica, tiene en si encerrados secretos morales, dignos de ser advertidos, entendidos, é imitados; quanto mas, que con lo que ahora pienso decirte, acabarás de venir en conocimiento del grande error que quieres cometer. Dime, Anselmo, si el Cielo ó la buena suerte te hubiera hecho señor, y legitimo poseedor de un finisimo diamante, de cuya bondad y quilates estuviesen satisfechos quantos lapidarios le vieses, y que todos á una voz y de comun parecer dijese que llegaba en quilates, bondad y fineza á quanto se podia estender la naturaleza de

de tal piedra , y tu mismo lo creyesses asi , sin saber otra cosa en contrario , seria justo que te viniese en deseo de tomar aquel diamante , y ponerle entre un yunque y un martillo , y alli á una pura fuerza de golpes y brazos probar si es tan duro y tan fino como dicen ? Y mas si lo pusieses en obra , que puesto caso que la piedra hiciese resistencia á tan necia prueba , no por eso se le añadirá mas valor ; ni mas fama , y si se rompiese , cosa que podria ser , no se perdia todo ? Si por cierto , dejando á su dueño en estimacion de que todos le tengan por simple. Pues haz cuenta , Anselmo , amigo , que Camila es finisimo diamante , asi en tu estimacion , como en la agena , y que no es razon ponerla en contingencia de que se quiebre ; pues aunque se quede con su entereza , no puede subir á mas valor del que ahora tiene ; y si faltase , y no resistiese , considera desde ahora , qual quedarias sin ella , y con quanta razon te podrias quejar de ti mismo , por haber sido causa de su perdicion y la tuya. Mira que no hay joya en el mundo que tanto valga como la muger casta y honrada , y que todo el honor de las mugeres consiste en la opinion buena que de ellas se tiene ; y pues la de tu esposa es tal , que llega al extremo de bondad que sabes , para qué quieres poner esta verdad en duda ? Mira amigo , que la muger es animal imperfecto , y que no
se

se le han de poner embarazos donde tropiece y cayga , sino quitarselos , y despejarle al camino de qualquier inconveniente , para que sin pesadumbre corra ligera á alcanzar la perfeccion que la falta , que consiste en ser virtuosa. Cuentan los naturales , que el Arminio es un animalejo que tiene una piel blanquísima , y que quando quieren cazarle los cazadores usan de este artificio , que sabiendo las partes por donde suele pasar y acudir , las atajan con lodo , y despues ojeandole , le encaminan ácia aquel lugar ; y asi como el Arminio llega al lodo , se está quedo , y se deja prender , y cautivar por no pasar por el cieno , y perder y ensuciar su blancura , que la estima en mas que la libertad y la vida. La honesta y casta muger es Arminio , y es mas que nieve blanca y limpia la virtud de la honestidad ; y el que quisiere que no la pierda , antes la guarde y conserve , ha de usar de otro estilo diferente que con el Arminio se tiene , porque no le han de poner delante del cieno de los regalos y servicios de los importunos amantes ; porque quizá , y aun si quizá no tiene tanta virtud , y fuerza natural , que pueda por si misma atropellar y pasar por aquellos embarazos , y es necesario quitarselos , y ponerle delante la limpieza de la virtud , y la belleza que encierra en si la buena fama. Es asimismo la buena muger como espejo de cristal luciente

y claro, pero estaba sujeto á empañarse y obscurerse con qualquiera aliento que le toque. Hase de usar con la honesta muger el estilo que con las reliquias, adorarlas, no tocarlas. Hase de guardar y estimar la muger buena, como se guarda y estima un hermoso jardin, que está lleno de flores y rosas, cuyo dueño no consiente que nadie le pasee ni manosee, basta que desde lejos y por entre las verjas de hierro gocen de su fragancia y hermosura. Finalmente, quiero decirte unos versos, que se me han venido á la memoria, que los oi en un Comedia moderna, que me parece hacen al proposito de que vamos tratando. Aconsejaba un prudente viejo á otro, padre de una doncella, que la recogiese, guardase y encerrase; y entre otras razones le dijo estas.

Es de vidrio la muger,
Pero no se ha de probar
Si se puede ó no quebar,
Porque todo podria ser.

Y es mas facil el quebrarse,
Y no es cordura ponerse
A peligro de romperse
Lo que no puede soldarse.

Y en esta opinion estén
Todos, y en razon la fundo,
Que si hay damas en el mundo,
Hay pluvias de oro tambien.

Quan-

Quanto hasta aqui te he dicho , ó Anselmo, ha sido por lo que á ti te toca , y hora es bien que se oyga algo de lo que á mi me conviene , y si fuere largo perdoname , que todo lo requiere el laberinto en donde te has entrado , y de donde quieres que yo te saque. Tu me tienes por amigo , y quieres quitarme la honra , (cosa , que es contra toda amistad) y aun no solo pretendes esto , sino que procuras que yo te la quite á ti. Que me la quieras quitar á mi está claro , pues quando Camila vea que yo la solicito , como me pides, cierto está que me ha de tener por hombre sin honra , y mal amigo , pues intento y hago una cosa tan fuera de aquello , que el ser quien soy y tu amistad me obliga. De que quieres que te la quite á ti no hay duda ; porque viendo Camila que yo la solicito , ha de pensar que yo he visto en ella alguna liviandad que me dió atrevimiento á descubrirla mi mal deseo, y teniendose por deshonrada , te toca á ti como á cosa suya su misma deshonra , y de aqui nace lo que comunmente se platica , que el marido de la muger adultera , puesto que él no lo sepa , ni haya dado ocasion para que su muger no sea la que debe , ni haya sido en su mano , ni en su descuido y poco recato estorvar su desgracia , con todo lo llaman y le nombran con nombre de vituperio y bajo ; y en cierta manera lo miran los que la maldad
de

de su muger saben , con ojos de menosprecio, en cambio de mirarle con los de lastima, viendo que no por su culpa , sino por el gusto de su mala compañera está en aquella desventura. Pero quierote decir la causa por qué con justa razón es deshonorado el marido de la muger mala, aunque él no sepa que lo es, ni tenga culpa, ni haya sido parte, ni dado ocasion para que ella lo sea, y no te canses de oirme, que todo ha de redundar en tu provecho. Quando Dios crió á nuestro primer Padre en el Paraiso Terrenal, dice la Divina Escritura, que infundió Dios sueño en Adán, y que estando durmiendo, le sacó una costilla del lado siniestro, de la qual formó á nuestra Madre Eva, y asi como Adán despertó, y la miró, dijo: Esta es carne de mi carne, y hueso de mis huesos. Y Dios dijo: Por esta dejará el hombre á su padre y madre, y serán dos en una carne misma, y entonces fue instituido el divino Sacramento del Matrimonio, con tales lazos, que sola la muerte puede desatarlos; y tiene tanta fuerza y virtud este milagroso Sacramento, que hace que dos diferentes personas sean una misma carne, y aun hace mas en los buenos casados, que aunque tienen dos almas, no tienen mas de una voluntad, y de aqui viene, que como la carne de la esposa sea una misma con la del esposo, las manchas que en ella caen, ó los defectos

que se procura, redundan en la carne del marido, aunque él no haya dado ocasion para aquel daño: porque asi como el dolor del pie, ó de qualquiera miembro del cuerpo humano le siente todo el cuerpo, por ser todo de una carne misma, y la cabeza siente el daño del tobillo, sin que ella se le haya causado; asi el marido es participante de la deshonra de la muger, por ser una misma cosa en ella; y como las honras y deshonras del mundo sean todas, y nazcan de carne y sangre, y las de la muger mala sean de este genero, es forzoso que al marido le quepa parte de ellas, y sea tenido por deshonorado, sin que él lo sepa. Mira pues (ò Anselmo!) al peligro que te pones en querer turbar el sosiego en que tu buena esposa vive. Mira por quan vana é impertinente curiosidad quieres revolver los humores que ahora están sosegados en el pecho de tu casta Esposa. Advierte que lo que aventuras á ganar es poco, y que lo que perderás será tanto, que lo dejaré en su punto, porque me faltan palabras para encarecerlo; pero si todo quanto he dicho no basta á moverte de tu mal proposito, bien puedes buscar otro instrumento de tu deshonra y desventura, que yo no pienso serlo, aunque por ello pierda tu amistad, que es la mayor pérdida que imaginar puedo. Callò en diciendo esto el virtuoso y prudente Lotario, y Anselmo quedó tan

confuso y pensativo que por un buen espacio no le pudo responder palabra; pero en fin le dijo: Con la atencion que has visto he escuchado, Lotario amigo, quanto has querido decirme, y en tus razones, exemplos y comparaciones he visto la mucha discrecion que tienes, y el extremo de la verdadera amistad que alcanzas; y asimismo veo y confieso que si no sigo tu parecer, y me voy tras el mio, voy huyendo del bien, y corriendo tras el mal. Presupuesto esto, has de considerar que yo padezco ahora la enfermedad que suelen tener algunas mugeres, que se les antoja comer tierra, yeso, carbon y otras cosas peores, aun asquerosas para mirarse, quanto mas para comerse; asi que, es menester usar de algun artificio para que yo sane, y esto se podia hacer con facilidad, solo con que comiences, aunque tibiamente y fingidamente, á solicitar á Camila, la qual no ha de ser tan tierna que á los primeros encuentros de con su honestidad por tierra; y con solo este principio quedaré contento, y tu habrás cumplido con lo que debes á nuestra amistad, no solamente dandome la vida, sino persuadiendome de no verme sin honra: y estás obligado á hacer esto por una razon sola, y es, que estando yo como estoy, determinado de ponerme en practica esta prueba, no has tu de consentir que yo dé cuenta de mi desatino á otra persona, con que podrian aven-

turar el honor que tu procurar que no pierda; y quando el tuyo no esté en el punto que debe en la intencion de Camila en tanto que la sollicitares, importa poco ó nada, pues con brevedad, viendo en ella la entereza que esperamos, le podrás decir la pura verdad de nuestro artificio, con que volverá tu credito al ser primero. Y pues tan poco aventuras, y tanto contento me puedes dar aventurandote, no lo dejes de hacer aunque mas inconvenientes se te pongan delante; pues como ya he dicho, con solo que comiences daré por concluida la causa. Viendo Lotario la resoluta voluntad de Anselmo, y no sabiendo que mas egemplos traerle, ni que mas razones mostrarle para que no la siguiese; y viendo que le amenazaba que daría á otro cuenta de su mal deseo, por evitar mayor mal determinó de contentarle y hacer lo que le pedia, con proposito é intencion de guiar aquel negocio de modo, que sin alterar los pensamientos de Camila, quedase Anselmo satisfecho, y así le respondió que no comunicase su pensamiento con otro alguno, que él tomaba á su cargo aquella empresa, la qual comenzaría quando á él le diese mas gusto. Abrazóle Anselmo tierna y amorosamente, y agradecióle su ofrecimiento como si alguna grande merced le hubiera hecho, y quedaron de acuerdo entre los dos que desde otro dia siguiente se comenzase la obra, que él le da-
ria

ria lugar y tiempo como á sus solas pudiese hablar á Camila ; asimismo le daría dineros y joyas que darla y que ofrecerla. Aconsejóle que la diese musicas, que escribiese versos en su alabanza, y que quando él no quisiese tomar trabajo de hacerlos, él mismo los haria. A todo se ofreció Lotario, bien que con diferente intencion que Anselmo pensaba, y con este acuerdo se volvieron en casa de Anselmo, donde hallaron á Camila con ansia y cuidado esperando á su Esposo, porque aquel dia tardaba en venir mas de lo acostumbrado. Fuese Lotario á su casa, y Anselmo quedó en la suya tan contento como Lotario fue pensativo, no sabiendo qué traza dar para salir bien de aquel impertinente negocio ; pero aquella noche pensó el modo que tendria para engañar á Anselmo sin ofender á Camila, y otro dia vino á comer con su amigo, y fue bien recibido de Camila, la qual le recibia y regalaba con mucha voluntad, por entender la buena que su Esposo le tenia. Acabaron de comer, levantaron los manteles, y Anselmo dijo á Lotario que se quedase allí con Camila en tanto que él iba á un negocio forzoso, que dentro de hora y media volveria. Rogóle Camila que no se fuese, y Lotario se ofreció á hacerle compañía, mas nada aprovechó con Anselmo, antes importunó á Lotario que se quedase y le aguardase, porque tenia que tratar con el una

cosa de mucha importancia. Dijo tambien á Camila que no dejase solo á Lotario en tanto que el volviese: en efecto, el supo tan bien fingir la necesidad ó necedad de su ausencia, que nadie pudiera entender que era fingida. Fuese Anselmo, y quedaron solos á la mesa Camila y Lotario, porque la demás gente de casa toda se habia ido á comer. Vióse Lotario puesto en la estacada que su amigo deseaba, y con el enemigo delante, que pudiera vencer con sola su hermosura á un esquadron de Caballeros armados; mirad si era razon que le temiera Lotario. Pero lo que hizo fue poner el codo sobre el brazo de la silla, y la mano abierta en la mejilla, y pidiendo perdon á Camila del mal comedimiento, dijo que queria reposar un poco en tanto que Anselmo volvia. Camila le respondió, que mejor reposaria en el estrado que en la silla, y asi le rogó se entrase á dormir en él. No quiso Lotario; alli se quedó dormido hasta que volvió Anselmo, el qual como halló á Camila en su aposento, y á Lotario durmiendo, creyó que como se habia tardado tanto ya habrian tenido los dos lugar para hablar y aun para dormir, y no vió la hora en que Lotario despertase para volverse con él fuera, y preguntarle de su ventura: todo sucedió como él quiso. Lotario despertó, y luego salieron los dos de casa, y asi le preguntó lo que deseaba, y le respondió Lotario

rio que no le habia parecido ser bien que la primera vez se descubriese del todo, y asi no habia hecho otra cosa que alabar á Camila de hermosa, diciendola que en toda la ciudad no se trataba de otra cosa que de su hermosura y discrecion, y que este le habia parecido buen principio para entrar ganando la voluntad, y disponiendola á que otra vez le escuchase con gusto, usando en esto del artificio que el demonio usa quando quiere engañar á alguno que está puesto en atalaya de mirar por sí, que se transforma en Angel de luz, siendolo él de tinieblas, y poniendole delante apariencias buenas, al cabo descubre quien es, y sale con su intencion, si á los principios no es descubierta su engaño. Todo esto le contentò mucho á Anselmo, y dijo que cada dia daria el mismo lugar aunque no saliese de casa, porque en ella se ocuparia en cosas que Camila no pudiese venir en conocimiento de su artificio. Sucedió pues que se pasaron muchos dias que sin decir Lotario palabra á Camila respondió á Anselmo que la hablaba, y jamás podia sacar de ella una pequeña muestra de venir en ninguna cosa que mala fuese, ni aun dar una señal de sombra de esperanza, antes decia que le amenazaba, que si de aquel mal pensamiento no se quitaba que lo habia de decir á su Esposo. Bien está, dijo Anselmo, hasta aqui ha resistido Camila á las palabras,

es menester ver como resiste á las obras; yo os daré mañana dos mil escudos de oro para que se los ofrezcais, y aun se los deis, y otros tantos para que compreis joyas con que cebarla, que las mugeres suelen ser aficionadas, y mas si son hermosas, por mas castas que sean, á esto de traerse bien y andar galanas; y si ella resiste á esta tentacion yo quedaré satisfecho, y no os dare mas pesadumbre. Lotario respondió, que ya que habia comenzado que él llevaria hasta el fin aquella empresa, puesto que entendia salir de ella cansado y vencido. Otro dia recibió los quatro mil escudos, y con ellos quatro mil confusiones, porque no sabia que decirse para mentir de nuevo; pero en efecto determinó de decirle que Camila estaba tan entera á las dadivas y promesas, como á las palabras, y que no habia para qué cansarse mas, porque todo el tiempo se gastaba en valde. Pero la suerte que las cosas guiaba de otra manera, ordenó que habiendo dejado Anselmo solos á Lotario y á Camila como otras veces solia, él se encerró en un aposento, y por los agujeros de la cerradura estuvo mirando y escuchando lo que los dos trataban, y vió que en mas de media hora Lotario no habló palabra á Camila, ni la hablara si alli estuviera un siglo; y cayó en la cuenta, de que quanto su amigo le habia dicho de las respuestas de Camila todo era ficcion y mentiras;

y para ver si esto era asi salió del aposento, y llamando á Lotario á parte, le preguntó que nuevas habia, y de qué temple estaba Camila? Lotario respondió, que no pensaba mas darle puntada en aquel negocio, porque respondia tan aspera y desabridamente que no tendria animo para volver á decirle cosa alguna. Ah dijo! Anselmo, Lotario, Lotario, y quan mal correspondes á lo que me debes y á lo mucho que de tí confio! Ahora te he estado mirando por el lugar que concede la entrada de esta llave, y he visto que nos has dicho palabra á Camila, por donde me doy á entender que aun las primeras le tienes por decir; y si esto es asi como sin duda lo es, para qué me engañas? O por qué quieres quitarme con tu industria los medios que yo podia hallar para conseguir mi deseo? No dijo mas Anselmo; pero bastó lo que habia dicho para dejar corrido y confuso á Lotario: el qual casi tomando por punto de honra el haber sido hallado en mentira, juró á Anselmo que desde aquel momento tomaba tan á su cargo el contentarle y lo mentirle, qual no veria, si con curiosidad lo espiaba: quanto mas que no sería menester usar de ninguna diligencia, porque la que él pensaba poner en satisfacerle le quitaria de toda sospecha. Creyóle Anselmo, y para darle comodidad mas segura y menos sobresaltada, determinó de hacer ausencia de su ca-

sa por ocho días, yendose á la de un amigo suyo que estaba en una Aldea, no lejos de la ciudad; con el qual amigo concertó que le enviase á llamar con muchas veras para tener ocasion con Camila de su partida. Desdichado y mal advertido de ti, Anselmo! Qué es lo que haces? que es lo que trazas? qué es lo que ordenas? Mira que haces contra ti mismo, trazando tu deshonor, y ordenando tu perdicion. Buena es tu esposa Camila; quieta y sosegadamente la posees; nadie sobresalta tu gusto: sus pensamientos no salen de las paredes de su casa; tu eres su cielo en tierra, el blanco de sus deseos, el cumplimiento de sus gustos, y la medida por donde mide su voluntad, ajustandola en todo con la tuya y con la del Cielo. Pues si la mina de su honor, hermosura, honestidad y recogimiento te da sin ningun trabajo toda la riqueza que tiene, y tu puedes desear, para qué quieres ahondar la tierra, y buscar nuevas vetas de nuevo y nunca visto tesoro, poniendote á peligro que toda venga abajo, pues en fin se sustenta sobre los debiles arrimos de su flaca naturaleza? Mira que el que busca lo imposible, es justo que lo imposible se le niegue: como lo dijo mejor un Poeta quando dijo:

Busco en la muerte la vida,
Salud en la enfermedad,
En la prision libertad,
En lo encerrado salida,
Y en el traydor lealtad;
Pero mi suerte, de quien
Jamás espero algun bien,
Con el Cielo ha estatuido,
Que pues lo imposible pido,
Lo posible aun no me den.

Fuese otro dia Anselmo á la Aldea dejando dicho á Camila que el tiempo que él estuviese ausente, vendria Lotario á mirar por su casa, y á comer con ella, que tuviese cuidado de tratarle como á su misma persona. Aflijóse Camila, como muger discreta y honrada, de la orden que su marido la dejaba, y dijo-le, que advirtiese que no estaba bien que nadie, él ausente, ocupase la silla de su mesa; y que si lo hacia por no tener confianza, que ella sabria gobernar su casa, que probase por aquella vez, y veria por experiencia como para mayores cuidados era bastante. Anselmo la replicó que aquel era su gusto, y que no tenia mas que hacer que bajar la cabeza, y obedecerle. Camila dijo, que asi lo haria, aunque contra su voluntad. Partióse Anselmo, y otro dia vino á su casa Lotario, donde fue recibido

do de Camila con amoroso y honesto acogimiento, la qual jamás se puso en parte donde Lotario la viese á solas, porque siempre andaba rodeada de sus criados y criadas, especialmente de una doncella suya, llamada Leonela, á quien ella mucho quería por haberse criado desde niñas las dos juntas en casa de los Padres de Camila, y quando se casó con Anselmo la trajo consigo. En los tres dias primeros, nunca Lotario la dijo nada aunque pudiera quando se levantaban los manteles y la gente se iba á comer con mucha priesa, porque así lo tenía mandado Camila; y aunque tenía orden Leonela que comiese primero que Camila, y que de su lado jamás se quitase: mas ella que entre otras cosas de su gusto tenía puesto el pensamiento, y habia menester aquellas horas y aquel lugar para ocuparle en sus contentos, no cumplia todas veces el mandamiento de su Señora, antes los dejaba solos como si aquello la hubiera mandado: mas la honesta presencia de Camila, la gravedad de su rostro, la compostura de su persona era tanta, que ponía freno á la lengua de Lotario. Pero el provecho que las muchas virtudes de Camila hicieron poniendo silencio en la lengua de Lotario, redundó mas en daño de los dos, porque si la lengua callaba, el pensamiento discurría, y tenia lugar de contemplar parte por parte todos los extremos de bondad

y de hermosura que Camila tenia , bastantes á enamorar una estatua de marmol, quanto mas á un corazon de carne. Mirabala Lotario en el lugar y espacio que habia de hablarla , y consideraba quan digna era de ser amada , y esta consideracion comenzò poco á poco á dar asaltos á los respetos que á Anselmo tenia , y mil veces quiso ausentarse de la ciudad y irse donde jamás Anselmo le viese á él , ni él viese á Camila : mas ya le hacia impedimento, y detenia el gusto que hallaba en mirarla. Hacia fuerza , y peleaba consigo mismo por desechar y no sentir el contento que llevaba á mirar á Camila. Culpabase á solas de su desatino : llamabase mal amigo y mal Cristiano : hacia discursos y comparaciones entre él y Anselmo, y todos paraban en decir que mas habia sido locura y confianza de Anselmo , que su poca fidelidad, y que si asi tuviera disculpa para con Dios, como para con los hombres de lo que pensaba hacer , que no temiera pena por su culpa. En efecto, la hermosura y la bondad de Camila , juntamente con la ocasion que el ignorante marido le habia puesto en las manos , dieron con la lealtad de Lotario en tierra ; y sin mirar á otra cosa, que aquella á que su gusto le inclinaba, al cabo de tres dias de la ausencia de Anselmo , en los quales estuvo en continua batalla, por resistir á sus deseos comenzó á requebrar á

Camila con tanta turbacion y con tan amorosas razones, que Camila quedó suspensa, y no hizo otra cosa que levantarse de donde estaba y entrarse en su aposento sin responderle palabra alguna; mas no por esta sequedad se desmayó en Lotario la esperanza, que siempre nace juntamente con el amor, antes tuvo en mas á Camila; la qual habiendo visto en Lotario lo que jamás pensara, no sabia qué hacerse: y pareciendole no ser cosa segura ni bien hecha darle ocasion ni lugar á que otra vez hablase, determinó de enviar aquella misma noche, como en efecto lo hizo, á un criado suyo con un billete á Anselmo, donde le escribió estas razones,

CAPITULO XXXIV.

Donde se prosigue la Novela del Curioso impertinente.

ASI como suele decirse, que parece mal el exercicio sin su General, y el Castillo sin Castellano; digo yo que me parece muy peor la muger casada y moza sin su marido, quando justisimas ocasiones no lo impiden. Yo me hallo tan mal sin vos, y tan imposibilitada de no poder sufrir esta ausencia, que si presto no venis, me habré de ir á entretener en casa de mis padres, aunque deje sin guarda la vuestra;

tra; porque la que me dejastes, si es que quedó con tal titulo, creo que mira mas por su gusto, que por lo que á vos os toca; y pues sois discreto, no tengo mas que deciros, ni aun es bien que mas os diga.

Esta carta recibió Anselmo, y entendió por ella que Lotario habia ya comenzado la empresa, y que Camila debia de haber respondido como él deseaba; y alegre sobre manera de tales nuevas, respondióle á Camila de palabra que no hiciese mudamiento de su casa en modo ninguno, porque él volveria con mucha brevedad. Admirada quedó Camila de la respuesta de Anselmo, que la puso en mas confusion que primero, porque ni se atrevia á estar en su casa, ni menos irse á la de sus padres; porque en la quedada corria peligros su honestidad, y en la ida iba contra el mandamiento de su esposo; en fin, se resolvió en lo que estuvo peor, que fue en el quedarse, con determinacion de no huir la presencia de Lotario por no dar que decir á sus criados, y ya la pesaba de haber escrito lo que escribió á su Esposo, temerosa de que no pensase que Lotario habia visto en ella alguna desenvoltura, que le hubiese movido á no guardarle el decoro que debia; pero fiada de su bondad, se fió en Dios y en su buen pensamiento con que pensaba resistir, callando, á todo aquello que Lotario decirla quisiese, sin dar mas cuenta á

su marido , por no ponerle en alguna penden-
cia y trabajo ; y aun andaba buscando manera
como disculpar á Lotario con Anselmo quan-
do le preguntase la ocasion que le habia mo-
vido á escribirle aquel papel. Con estos pen-
samientos , mas honrados que acertados ni
provechosos , estuvo otro dia escuchando á
Lotario, el qual cargó la mano de manera
que comenzó á titubear la firmeza de Camila,
y su honestidad tuvo harto que hacer en acudir
á los ojos para que no diesen muestras de algu-
na amorosa compasion que las lagrimas y
las razones de Lotario en su pecho habian
despertado. Todo esto notaba Lotario y todo
le encendia. Finalmente , á él le pareció que
era menester en el espacio y lugar que daba
la ausencia de Anselmo , apretar el cerco á
aquella fortaleza , y asi acometió á su presun-
cion con las alabanzas de su hermosura ; por-
que no hay cosa que mas presto rinda y allane
las encastilladas torres de la vanidad de las
hermosas , que la misma vanidad puesta en
las lenguas de adulacion. En efecto , él con
toda la diligencia minó la roca de su entereza
con tales pertrechos, que aunque Camila fue-
ra toda de bronce , viniera al suelo. Lloró,
rogó, ofreció, aduló, porfió y fingió Lotario,
con tantos sentimientos , con muestras de tan-
tas veras, que dió al través con el recato de
Camila, y vino á triunfar de lo que menos se-
pen-

pensaba y mas deseaba. Rindióse Camila, Camila se rindió; pero qué mucho, si la amistad de Lotario no quedó en pie? Exemplo claro, que nos muestra que solo se vence la pasión amorosa con huirla, y que nadie se ha de poner à brazos con tan poderoso enemigo, porque es menester fuerzas divinas para vencer las humanas. Solo supo Leonela la flaqueza de su Señora, porque no se la pudieron encubrir los dos malos amigos y nuevos amantes. No quiso Lotario decir à Camila la pretension de Anselmo, ni que él le habia dado lugar para llegar à aquel punto, porque no tuviese en menos su amor, y pensase que así acaso y sin pensar y no de proposito la habia solicitado. Volvió de allí à pocos dias Anselmo à su casa, y no echó de ver lo que faltaba en ella, que era lo que en menos tenia y mas estimaba. Fuese luego à ver à Lotario, y hallóle en su casa, abrazaronse los dos, y el uno preguntó por las nuevas de su vida ó de su muerte. Las nuevas que te podré dar, ó amigo Anselmo, dijo Lotario, son de que tienes una muger que dignamente puede ser ejemplo y corona de todas las mugeres buenas. Las palabras que la he dicho se las ha llevado el ayre, los ofrecimientos se han tenido en poco; las dadiyas no se han admitido; de algunas lagrimas fingidas mias se ha hecho burla notable; en resolucion, así como Ca-

mila es cifra de toda la belleza, es archivo donde asiste la honestidad y vive el comedimiento, el recato y todas las virtudes que pueden hacer loable y bien afortunada a una honrada muger. Vuelve á tomar tus dineros, amigo, que aqui los tengo sin haber tenido necesidad de tocar á ellos, que la entereza de Camila no se rinde á cosas tan bajas, como son dadas ni promesas. Contentate, Anselmo, y no quieras hacer mas pruebas de las hechas; y pues á pie enjuto has pasado el mar de las dificultades y sospechas que de las mugeres suelen y pueden tomarse, no quieras entrar de nuevo en el profundo pielago de nuevos inconvenientes, ni quieras hacer experiencia con otro piloto de la bondad y fortaleza de navio que el Cielo te dió en suerte para que en él pasase la mar de este mundo, sino haz cuenta que estás ya en seguro puerto, y aferate con las anclas de la buena consideracion y dejate estar hasta que te vengan á pedir la deuda, que no hay hidalguia humana que de pagarla se escuse. Contentisimo quedó Anselmo de las razones de Lotario, y asi se las creyó como si fueran dichas por algun Oraculo; pero con todo eso le rogó que no dejase la empresa aunque no fuese mas de por curiosidad y entretenimiento, y aunque no se aprovechase de alli adelante de tan ahincadas diligencias como hasta entonces; y que solo queria que la

la escribiese algunos versos en su alabanza, debajo del nombre de Clori, porque él la daría á entender á Camila que andaba enamorado de una dama á quien le habia puesto aquel nombre para poder celebrarla con el decoro que á su honestidad se le debia; y que quando Lotario no quisiera tomar trabajo de escribir los versos, que él los haria. No será menester eso, dijo Lotario, pues no me son tan enemigas las musas, que algunos ratos del año no me visiten. Dile tu á Camila lo que has dicho del fingimiento de mis amores, que los versos yo los haré, si no tan buenos como el sugeto merece, serán por lo menos los mejores que yo pudiere. Quedaron de este acuerdo el impertinente y el traydor amigo; y vuelto Anselmo á su casa, preguntó á Camila lo que ella ya se maravillaba que no se lo hubiese preguntado, que fue que le dijese la ocasion por qué le habia escrito el papel que le envió? Camila le respondió que la habia parecido la miraba Lotario un poco mas desenvueltamente que quando él estaba en casa; pero que ya estaba desengañada, y creia que habia sido imaginacion suya, porque ya Lotario huia de verla y estar con ella á solas. Dijola Anselmo que bien podia estar segura de aquella sospecha, porque él sabia que Lotario andaba enamorado de una doncella principal de la ciudad, á quien él celebra-

ba debajo del nombre de Cloris; y que aunque no lo estuviera, no habia que temer de la verdad de Lotario, de la mucha amistad de entrambos. Y á no estar avisada Camila de Lotario, de que eran fingidos aquellos amores de Clori, y que él se lo habia dicho á Anselmo, por poder ocuparse algunos ratos en las mismas alabanzas de Camila, ella sin duda cayera en la desesperada red de los zelos; mas por estar ya advertida pasó aquel sobresalto sin pesadumbre. Otro dia, estando los tres sobre mesa, rogó Anselmo á Lotario dijese alguna cosa de las que habia compuesto á su amada Clori, que pues Camila no la conocia seguramente podia decir lo que quisiese. Aunque la conociera, respondió Lotario, no encubriera yo nada, porque quando algun amante loa á su dama de hermosa, y la nota de cruel, ningun oprobio hace á su credito; pero sea lo que fuese, lo que sé decir que ayer hice un soneto á la ingratitud de esta Clori, que dice asi:

SONETO.

EN el silencio de la noche, quando
 Ocupa el dulce sueño á los mortales,
 La pobre cuenta de mis ricos males
 Estoy al Cielo y á mi Clori dando:
 Y al tiempo, quando el sol se va mostrando
 Por las rosadas puertas orientales,

Con

Con suspiros y acentos desiguales
Voy la antigua querella renovando:
Y quando el sol de su estrellado asiento
Derechos rayos á la tierra envía,
El llanto crece, y doblo los gemidos:
Vuelve la noche y vuelvo al triste cuento.
Y siempre hallo en mi mortal porfia
Al Cielo sordo, á Clori sin oídos.

Bien le pareció el soneto á Camila, pero mejor á Anselmo, y dijo que era demasíadamente cruel la dama que á tan claras verdades no correspondia. A lo que dijo Camila: Luego todo aquello que los Poetas enamorados dicen es verdad? En quanto Poetas no la dicen, respondió Lotario; mas en quanto enamorados, siempre quedan tan cortos como verdaderos. No hay duda en eso, replicó Anselmo, todo por apoyar y acreditar los pensamientos de Lotario con Camila, tan descuidada del artificio de Anselmo, como ya enamorada de Lotario; y así con el gusto que de sus cosas tenia, y mas teniendo por entendido que sus deseos y escritos á ella se encaminaban, y que ella era verdadera Clori, le rogó que si otro soneto ó otros versos sabia los dijese. Si sé, respondió Lotario; pero no creo que es tan bueno como el primero, ó por mejor decir menos malo; y podreislo bien juzgar, pues es este que se sigue.

SONETO.

YO sé que muero , y si no soy creído,
 Es mas cierto el morir, como es mas cierto
 Verme á tus pies (ó bella ingrata !) muerto,
 Antes que de adorarte arrepentido.
 Podré yo verme en la region de olvido,
 De vida y gloria , y de favor desierto,
 Y alli verse podrá en mi pecho abierto,
 Como tu rostro hermoso está esculpido:
 Que esta reliquia guardo para el duro
 Trance que me amenaza mi porfia,
 Que en tu mismo rigor se fortaleze.
 Ay de aquel que navega el Cielo obscuro,
 Por mar no usado y peligrosa via,
 Adonde norte ó puerto no se ofrece!

Tambien alabó este segundo soneto Anselmo, como habia hecho con el primero ; y de esta manera iba añadiendo eslabon á eslabon à la cadena con que se enlazaba y trataba su deshonra , pues quando mas Lotario le deshonoraba, entonces le decia que estaba mas honrado ; y con esto todo los escalones que Camila bajaba àcia el centro de su menosprecio, los subia en la opinion de su marido àcia la cumbre de la virtud y de su buena fama. Sucedió en esto que hallandose una vez , entre otras , sola Camila con su doncella , la dijo:

Cor-

Corrida estoy , amiga Leonela , de ver en quanto poco he sabido estimarme , pues siquiera no hice que con el tiempo comprara Lotario la entera posesion que le di tan presto de mi voluntad. Temo que ha de estimar mi presteza ó ligereza , sin que eche de ver la fuerza que él me hizo para no poder resistirle. No te dé pena eso , Señora mia , respondió Leonela , que no está la monta , ni es causa para mengua en la estimacion darse lo que se da presto, si en efecto lo que se da es bueno , y ello por sí digno de estimarse ; y aun suele decirse que el que luego da , da dos veces. Tambien se suele decir , dijo Camila , que lo que cuesta poco , se estima en menos. No corre por ti esa razon , respondió Leonela , porque el amor segun he oido decir unas veces vuela, y otras anda ; con este corre , y con aquel va despacio ; á unos entibia y á otros abrasa ; á unos hiere , y á otros mata ; en un mismo punto comienza la carrera de sus deseos , y en aquel mismo punto la acaba y concluye ; por la mañana suele poner el cerco á una fortaleza , y á la noche la tiene rendida , porque no hay fuerza que la resista. Y siendo asi , de qué te espantas ó de qué temes , si lo mismo debe de haber acontecido á Lotario , habiendo tomado el amor por instrumento de rendiros la ausencia de mi Señor ? Y era forzoso que en ella se concluyese lo que el amor tenia determinado, sin dar

tiempo al tiempo , para que Anselmo le tuviese de volver , y con su presencia quedase imperfecta la obra? Porque el amor no tiene otro mejor ministro para executar lo que desea que es la ocasion ; de la ocasion se sirve en todos sus hechos , principalmente en los principios. Todo esto sé yo muy bien mas de experiencia que de oidas ; y algun dia te lo diré , Señora, que yo tambien soy de carne y de sangre moza: quanto mas , Señora Camila , que no te entregaste ni diste tan luego , que primero no hubiese visto en los ojos , en los suspiros , en las razones y en las promesas y dadivas de Lotario toda su alma, viendo en ella y en sus virtudes quan digno era Lotario de ser amado. Pues si esto es asi , no te asalten la imaginacion esos escrupulosos y melindrosos pensamientos , sino asegurate que Lotario te estima como tu le estimas á él , y vive con contento y satisfaccion de que ya caiste en el lazo amoroso , es el que te aprieta de valor y de estima ; y que no solo tiene las quatro SSSS. que dicen que han de tener los buenos enamorados , sino todo un A. B. C. entero. Si no escuchame y verás como te lo digo de coro. El es , segun yo veo y á mi me parece , agradecido , bueno , Caballero , dadivoso , enamorado , firme , gallardo , honrado , ilustre , leal , mozo noble , honesto , principal , quantioso , rico y las SS. que dicen ; y luego tacito verdadero.

La

La X. no le quadra porque es letra aspera. La Y ya se está dicha. La Z zelador de tu honra. Rióse Camila del A. B. C. de su doncella, tuvola por mas practica en las cosas de amor que ella decia ; y asi lo confesó ella, descubriendo á Camila como trataba amores con un mancebo bien nacido de la misma Ciudad. De lo qual se turbó Camila , temiendo que era aquel camino por donde su honra podia correr riesgo. Apuróla si pasaban sus platicas á mas que serlo? Ella con poca verguenza y mucha desenvoltura la respondió que sí pasaban ; porque es cosa ya cierta que los descuidos de las señoras quitan la verguenza á las criadas ; las quales quando ven á las amas echar traspieses, no se les da nada á ellas de cogear , ni de que lo sepan. No pudo hacer otra cosa Camila sino rogar á Leonela no dijese nada de su hecho al que decia ser su amante, y que tratase sus cosas con secreto porque no viniesen á noticia de Anselmo ni de Lotario. Leonela respondió que así lo haria ; mas cumpliólo de manera , que hizo cierto el temor de Camila , de que por ella habia de perder su credito ; porque la deshonesto y atrevida Leonela ; despues que vió que el proceder de su ama no era el que solia , atrevióse á entrar y poner dentro de casa á su amante, confiada que aunque su señora le viese no habia de osar descubrirla. Que este daño acarrean , entre otros

otros, los pecados de las Señoras que se hacen esclavas de sus mismas criadas, y se obligan á encubrir las sus deshonestidades y vilezas, como aconteció con Camila, que aunque vió una y muchas veces que su Leonela estaba con su galán en un aposento de su casa, no solo no la osaba reñir, mas dabala lugar á que lo encerrase y quitabale todos los estorvos para que no fuese visto de su marido. Pero no pudo quitar que Lotario no lo viese una vez salir al romper el Alva: el qual sin conocer quien era pensó primero que debia de ser alguna fantasma: mas quando le vió caminar, embozarse y encubrirse con cuidado y recato, cayó de su simple pensamiento, y dió en otro que fuera la perdicion de todos si Camila no lo remediara. Pensó Lotario que aquel hombre que habia visto salir tan á deshora de casa de Anselmo no habia entrado en ella por Leonela, (ni aun se acordó si Leonela era en el mundo) solo creyó que Camila, de la misma manera que habia sido facil y ligera con él, lo era para otro; que estas añadiduras trae consigo la maldad de la muger mala, que pierde el credito de su honra con el mismo á quien se entregó rogada y persuadida; y cree que con mayor facilidad se entrega á otros, y da infalible credito á qualquiera sospecha que de esto le vengan; y no parece sino que le faltó á Lotario en este punto todo su buen entendimiento.

miento, y se le fueron de la memoria todos sus advertidos discursos, pues sin hacer alguno que bueno fuese, ni aun razonable, sin mas ni mas, antes que Anselmo se levantase, impaciente y ciego de la zelosa rabia que las entrañas le roia, muriendo por vengarse de Camila, que ninguna cosa le habia ofendido, se fue á Anselmo y le dijo: Sabete, Anselmo, que ha muchos días que he andado peleando conmigo mismo, haciendome fuerza á no decirte lo que ya no es posible ni justo que mas te encubra. Sabete que la fortaleza de Camila está ya rendida y sujeta á todo aquello que yo quisiere hacer de ella; y si he tardado en descubrirte esta verdad ha sido por ver si era algun liviano antojo suyo, ó si lo hacia por probarme y ver si eran con proposito firme tratados los amores que con tu licencia con ella he comenzado. Creí asimismo que ella si fuera la que debia y la que entrambos pensabamos, ya te hubiera dado cuenta de mi solicitud; pero habiendo visto que te tarda, conozco que son verdaderas las promesas que me ha dado de quando otra vez hagas ausencia de tu casa, me hablará en la recamara donde está el repuesto de tus alhajas (y era la verdad que alli le solia hablar Camila) y no quiero que precipitosamente corras á hacer alguna venganza, pues no está aun cometido el pecado sino con pensamiento; y podria ser que desde este hasta el

em-

tiempo de ponerle por obra , se mudase el de Camila , y naciese en su lugar el arrepentimiento. Asi , ya que en todo ó en parte has seguido siempre mis consejos , sigue y guarda uno que ahora te daré , para que sin engaño y con medroso advertimiento te satisfagas de aquello que mas vieres que te convenga. Finge que te ausentas por dos ó tres dias , como otras veces sueles , y haz de manera que te quedes escondido en tu recamara , pues los tapices que alli hay y otras cosas con que te puedes encubrir , te ofrecen mucha comodidad: y entonces verás por tus mismos ojos , y yo por los míos lo que Camila quiere : y si fuere la maldad que se puede temer antes que esperar , con silencio , sagacidad y discrecion podrá ser el verdugo de tu agravio. Absorto , suspenso y admirado quedó Anselmo con las razones de Lotario , porque le cogieron en tiempo donde menos las esperaba oír , porque ya tenia á Camila por vencedora de los fingidos asaltos de Lotario , y comenzaba á gozar la gloria del vencimiento. Callando estuvo por un buen espacio , mirando al suelo sin mover pestaña: y al cabo dijo : Tu lo has hecho , Lotario , como yo esperaba de tu amistad ; en todo he de seguir tu consejo , haz tu lo que quisieres , y guarda aquel secreto que ves que conviene en caso tan no pensado. Prometióselo Lotario , y en apartandose de él

él se arrepintió totalmente de quanto le habia dicho, viendo quan neciamente habia andado, pues pudiera él vengarse de Camila y no por camino tan cruel y tan deshonorado. Maldicia su entendimiento, afeaba su ligera determinacion, y no sabia qué medio tomarse para deshacer lo hecho ó para darle alguna razonable salida. Al fin, acordó de dar cuenta de todo á Camila; y como no faltaba lugar para poderlo hacer, aquel mismo dia la halló sola, y ella asi como vió que le podia hablar, le dijo: Sabed, amigo Lotario, que tengo una pena en el corazon que me la aprieta de suerte, que parece que quiere reventar el pecho, y ha de ser maravilla si no lo hace; pues ha llegado la desvergüenza de Leonela á tanto, que cada noche encierra á no galan suyo en esta casa; y se está con él hasta el dia, tan á costa de mi credito, quanto le quedará campo abierto de juzgarlo al que le viere salir á horas tan inusitadas de mi casa; y lo que me fatiga es que no la puedo castigar ni reñir: que el ser ella secretario de nuestros tratos, me ha puesto un freno en la boca para acallar los suyos, y temo que de aquí ha de nacer algun mal suceso. Al principio que Camila esto decia, creyó Lotario que era artificio para desmentirle que el hombre que habia visto salir era de Leonela y no suyo; pero viendola llotar y affigirse y pedirle

le

le remedio, vino á creer la verdad; y en creyendola, acabó de estar confuso y arrepentido del todo; pero con todo esto respondió á Camila que no tuviese pena, que el ordenaria remedio para atajar la insolencia de Leonela. Dijola asimismo lo que instigado de la furiosa rabia de los zelos habia dicho á Anselmo, y como estaba concertado de esconderse en la recamara para ver desde alli á la clara la poca lealtad que ella le guardaba. Pidióla perdon de esta locura y consejo para poder remediarla y salir bien de tan revuelto laberinto como su mal discurso la habia puesto. Espantada quedó Camila de oír lo que Lotario la decia, y con mucho enojo y muchas discretas razones le riñó y afeó su mal pensamiento, y la simple y mala determinacion que habia tenido. Pero como naturalmente tiene la muger ingenio presto para el bien y para el mal mas que el varon (puesto que le va faltando, quando de proposito se pone á hacer discursos) luego al instante halló Camila el modo de remediar tan al parecer irremediable negocio, y dijo á Lotario que procurase que otro dia se escondiese Anselmo donde decia, porque ella pensaba sacar de su escondimiento comodidad para que desde alli en adelante los dos se gozasen sin sobresalto alguno; y sin declararle del todo su pensamiento, le advirtió que tuviese cuidado que en estando

Anselmo escondido, él viniese quando Leonela le llamase; y que á quanto ella le dijese, le respondiese, como respondiera, aunque no supiera que Anselmo le escuchaba. Porfió Lotario, que le acabase de declarar su intencion, porque con mas seguridad y aviso guardase todo lo que viese ser necesario. Digo, dijo Camila, que no hay mas que guardar, si no fuere responderme como yo os preguntaré; no queriendo Camila darle antes cuenta de lo que pensaba hacer, temerosa que no quisiese seguir el parecer que á ella tan bueno le parecia, y siguiese ó buscase otros que no podian ser tan buenos. Con esto se fue Lotario; y Anselmo á otro dia, con la excusa de ir á aquella Aldea de su amigo, se partió, y volvió á esconderse, que lo pudo hacer con comodidad, porque de industria se la dieron Camila y Leonela. Escondido pues Anselmo con aquel sobresalto que se puede imaginar que tendria el que esperaba ver por sus ojos hacer anatomia de las entrañas de su honra, ibase á pique de perder el sumo bien, que él pensaba que tenia en su querida Camila. Seguras ya, y ciertas Camila y Leonela que Anselmo estaba escondido, entraron en la recamara, y apenas hubo puesto los pies en ella Camila, quando dando un grande suspiro, dijo: Ay Leonela amiga! no sería mejor que antes que llegase á poner en execucion lo que no quie-

ro que sepas, porque no procures estorvarlo, que tomases la daga de Anselmo que te he pedido, y pases con ella este infame pecho mio? Pero no hagas tal, que no será razon que yo lleve la pena de la agena culpa. Primero quiero saber qué es lo que vieron en mi los atrevidos y deshonestos ojos de Lotario, que fuese causa de darle atrevimiento á descubrirme un tan mal deseo, como es el que me ha descubierto, en desprecio de su amigo, y en deshonra mia? Ponte, Leonela, á esa ventana y llámale, que sin duda alguna él debe de estar en la calle esperando poner en efecto su mala intencion, pero primero se pondrá la cruel, quanto honrada mia. Ay señora mia! respondió la sagáz y advertida Leonela; y qué es lo que quieres hacer con esa daga? Quieres, por ventura, quitarte la vida ó quitarsela á Lotario? Qualquiera de estas cosas que quieras, ha de redundar en perdida de tu credito y fama. Mejor es que disimules tu agravio, y no des lugar á que este mal hombre entre ahora en esta casa y nos halle solas. Mira, Señora, que somos flacas las mugeres, y él es hombre y determinado; y como viene con aquel mal proposito, ciego y apasionado, quizá antes que tu pongas en ejecucion el tuyo, hará él lo que te estaria mas mal que quitarte la vida. Mal haya mi Señor Anselmo, que tanta mano ha querido dar á este desuella ca-
ras

ras en su casa. Y ya, Señora, que le mates como yo pienso que quieres hacer que hemos de hacer de él despues de muerto? Qué, amiga? respondió Camila, dejáremosle para que Anselmo le entierre pues será justo que tenga por descargo del trabajo que tomáre en poner debajo de la tierra su misma infamia. Llamarle, acaba, que todo el tiempo que tarda en tomar la debida venganza de mi agravio, parece que ofendo á la lealtad que á mi Esposo debo. Todo esto escuchaba Anselmo, y á cada palabra que Camila decia, se le mudaban los pensamientos; mas quando entendió que estaba resuelta en matar á Lotario, quiso salir y descubrirse, porque tal cosa no se hiciese; pero detuvole el deseo de ver en qué paraba tanta gallardia y honesta resolution, con proposito de salir á tiempo que la estorvase. Tomóle en esto á Camila un fuerte desmayo, y arrojandose encima de una cama, que alli estaba, comenzó Leonela á llorar muy amargamente, y á decir: Ay desdichada y miserable de mi, si fuese tan sin ventura, que se me muriese aqui entre mis brazos la flor de la honestidad del mundo, la corona de las buenas mugeres, el ejemplo de la castidad! con otras cosas á estas semejantes, que ninguno la escuchára, que no la tuviera por la mas lastimada y leal doncella del mundo, y á su Señora por otra otra nueva, y perse-

guida Penelope. Poco tardó en volver de su desmayo Camila, y al volver en si, dijo: Por qué no vas, Leonela, á llamar al mas leal amigo de amigos, que vió el sol, ó cubrió la noche? Acaba, corre, aguija, camina, no se desfogue con la tardanza el fuego de la colera que tengo, y se pase en amenazas y maldiciones la justa venganza que espero. Yo voy á llamarle, Señora mia, dijo Leonela, mas hasme de dar primero esa daga, porque no hagas cosa, en tanto que falto, que dejes con ella que llorar toda la vida á todos los que bien te quieren. Ve segura, Leonela amiga, que no haré, respondió Camila, porque ya que sea arrevida y simple, á tu parecer, en volver por mi honra, no lo he de ser tanto como aquella Lucrecia, de quien dicen que se mató sin haber cometido error alguno, y sin haber muerto primero á quien tuvo la culpa de su desgracia; yo moriré, si muero, pero ha de ser vengada y satisfecha del que me ha dado ocasion de venir á este lugar á llorar sus atrevimientos, nacidos tan sin culpa mia. Mucho se hizo de rogar Leonela antes que saliese á llamar á Lotario; pero en fin salió, y entretanto que volvía, quedó Camila diciendo, como que hablaba consigo misma: Valgame Dios! no fuera mas acertado haber despedido á Lotario, como otras muchas veces lo he hecho, que no ponerle en con-

di-

dicion, como ya le he puesto, que me tenga por deshonesto y mala siquiera este tiempo que he de tardar en desengañarle? Mejor fuera sin duda, pero no quedara yo vengada, ni la honra de mi marido satisfecha, si tan á manos lavadas y tan á paso llano se volviera á salir de donde sus malos pensamientos le entraron. Pague el traydor con la vida lo que intentó con tal lascivo deseo. Sepa el mundo (si acaso llegare á saberlo) de que Camila, no solo guardó la lealtad á su esposo, sino que le dio venganza del que se atrevió á ofenderle; mas con todo creo que fuera mejor dar cuenta de esto á Anselmo; pero ya se la apunté á dar en la carta que la escribí á la Aldea; y creo, el no acudir él al remedio del daño que allí le señalé, debió de ser que de puro bueno y confiado no quiso ni pudo creer que en el pecho de su tan firme amigo pudiese haber genero de pensamiento que contra su honra fuese; ni aun yo lo creí despues de muchos dias, ni lo creyera jamás, si su insolencia no llegara á tanto, que las manifiestas dadivas, las largas promesas, y las continuas lagrimas no me lo manifestáran. Mas para qué hago yo ahora estos discursos? Tiene por ventura una resolucion gallarda necesidad de consejo alguno? No por cierto. Afuera, pues, temor, aqui de mi venganza; entre el falso, llegue, muera, acabe, y suceda lo que sucediere. Limpia en-

tre en poder del que el Cielo me dió por mió, y limpia he de salir de él, y quando mucho saldre bañada de mi casta sangre, y en la impura del mas falso amigo que vió la amistad en el mundo; diciendo esto, se paseaba por la sala con la daga desembaynada, dando tan desconcertados y desafortados pasos, y haciendo tales ademanes, que no parecia si no que la faltaba el juicio, y que no era muger delicada, sino un rufian desesperado. Todo lo miraba Anselmo cubierto detrás de unos tapices donde se habia escondido, y de todos se admiraba, y ya le parecia que lo que habia visto y oido era bastante satisfaccion para mayores sospechas, y ya quisiera que la prueba de venir Lotario faltára, temeroso de algun mal repentino suceso; y estando ya para manifestarse, y salir para abrazar y desengañar á su esposa, se detuvo, porque vió que Leonela volvía con Lotario de la mano; y asi como Camila le vió, haciendo con la daga en el suelo una gran raya delante de ella, le dijo: Lotario, advierte lo que te digo; si á dicha te atrevieres á pasar de esta raya que ves, ni aun llegar en ella, en el punto que viere que lo intentas, en ese mismo me pasaré el pecho con esta daga que en las manos tengo; y antes que á esto me respondas palabra, quiero que otras algunas me escuches, que despues responderás lo que mas te agradáre. Lo primero quiero, Lotario,
que

que me digas si conoces á Anselmo mi marido, y en qué opinion le tienes? Y lo segundo, quiero saber tambien si me conoces á mi. Respondeme á esto, y no te turbes, ni pienses mucho lo que has de responder, pues no son dificultades las que te pregunto. No era tan ignorante Lotario, que desde el primer punto que Camila le dijo que hiciese esconder á Anselmo, no hubiese dado en la cuenta de lo que ella pensaba hacer; y así correspondió con su intencion tan discretamente y tan á tiempo, que hicieran los dos pasar aquella mentira por mas que cierta verdad; y así respondió á Camila de esta manera: No pensé yo (hermosa Camila) que me llamabas para preguntarme cosas tan fuera de la intencion con que yo aquí vengo: si lo haces por dilatarme la prometi- da, desde mas lejos pudieras entretenerla, porque tanto mas fatiga el bien deseado, quanto la esperanza está mas cerca de poseerlo; pero porque no digas que no respondo á tus preguntas, digo: Que conozco á tu esposo Anselmo, y nos conocemos los dos desde nuestros mas tiernos años, y no quiero decir lo que tu tan bien sabes de nuestra amistad, por hacerme testigo del agravio que el amor hace que le haga: poderosa disculpa de mayores yerros. A ti te conozco y tengo en la misma posesion que él te tiene; que á no ser así, por menos prendas que las tuyas, no

habia yo de ir contra lo que debo á ser quien soy, y contra las santas leyes de la verdadera amistad, ahora, por tan poderoso enemigo como el amor, por mi rompidas y violadas. Si eso confiesas, respondió Camila, enemigo mortal de todo aquello que justamente merece ser amado; con qué rostro osas parecer ante quien sabes que es el espejo donde se mira aquel en quien tu te debieras mirar, para que vieras con quan poca ocasion le agravias? Pero ya caygo (ay desdichada de mi!) en la cuenta de quien te ha hecho tener tan poca con lo que á ti mismo debes, que debe de haber sido alguna desenvoltura mia, que no quiero llamarla deshonestidad; pues no habrá procedido de deliberada determinacion, sino de algun descuido de los que las mugeres que piensan que no tienen de quien recatarse, suelen hacer inadvertidamente. Si no, dime, cuándo (ó traydor) respondi á tus ruegos con alguna palabra ó señal que pudiese despertar en ti alguna sombra de esperanza de cumplir tus infames deseos? Cuando tus amorosas palabras no fueron deshechas y reprehendidas de las mias con rigor y con aspereza? Cuando tus muchas promesas y mayores dadas fueron de mi creidas ni admitidas? Pero por parecerme que alguno no puede perseverar en el intento amoroso luengo tiempo, si no es sustentado de alguna esperanza, quiero atribuir-

me

me á mi la culpa de tu impertinencia ; pues sin duda alguna descuido mio ha sustentado tanto tiempo tu cuidado , y asi quiero castigarme y darme la pena que tu culpa mereces ; y porque vieses que siendo conmigo tan inhumana no era posible dejar de serlo contigo, quise traerte á ser testigo del sacrificio que pienso hacer á la ofendida honra de mi tan honrado marido , agraviado de ti con el mayor cuidado que te ha sido posible , y de mi tambien con el poco recato que he tenido del huir la ocasion , si alguna te di , para favorecer y canonizar tus malas intenciones. Torno á decir que la sospecha que tengo que algun descuido mio engendró de ti tan desvariados pensamientos , es la que mas me fatiga , y la que yo mas deseo castigar con mis propias manos , porque castigandome otro verdugo , quizá sería mas publica mi culpa ; pero antes que esto haga , quiero matar muriendo , y llevar conmigo quien me acabe de satisfacer el deseo de la venganza que espero y tengo , viendo allá , donde quiera que fuere , la pena que da la Justicia desinteresada , y que no se dobla , al que en terminos tan desesperados me ha puesto. Y diciendo estas razones , con una increíble fuerza y ligereza arremetió á Lotario con la daga desembaynada , con tales muestras de querer enclavarsela en el pecho , que casi él estuvo en duda si aque-

llas demostraciones eran falsas ó verdaderas, porque le fue forzoso valerse de su industria y de su fuerza para estorvar que Camila no le diese, la qual tan vivamente fingia aquel extraño embuste y falsedad, que por darle color de verdad la quiso matizar con su misma sangre; porque viendo que no podia herir á Lotario, ó fingiendo que no podia, dijo: Pues la suerte no quiere satisfacer del todo mi tan justo deseo, a lo menos no será tan poderosa que en parte me quite que no le satisfagas y haciendo fuerza para soltar la mano de la daga que Lotario la tenia asida, la sacó, y guiando su punta por parte que pudiese herir no profundamente, se la entró y escondió por mas arriba de la islilla del lado izquierdo, junto al hombro, y luego se dejó caer en el suelo como desmayada. Estaban Leone-la y Lotario suspensos y atonitos de tal suceso, y todavia dudaban de la verdad de aquel hecho, viendo á Camila tendida en tierra, y bañada da su sangre. Acudiò Lotario con mucha presteza despavorido y sin aliento á sacar la daga, y en ver la pequeña herida, salió del temor que hasta entonces tenia, y de nuevo se admiró de la sagacidad, prudencia y mucha discrecion de la hermosa Camila; y por acudir con lo que á él le tocaba, comenzó á hacer una larga y triste lamentacion sobre el cuerpo de Camila,

como si estuviera difunta , echandose muchas maldiciones no solo à él sino al que habia sido causa de haberle puesto en aquel termino; y como sabia que le escuchaba su amigo Anselmo , decia cosas , que el que le oyera , le tuviera mucha mas lastima que á Camila, aunque por muerta la juzgára. Leonela la tomó en brazos , y la puso en el lecho , suplicando á Lotario fuese á buscar quien secretamente á Camila curase. Pediale asimismo consejo y parecer de lo que dirian á Anselmo de aquella herida de su Señora , si acaso viviese antes que estuviese sana. El respondió que dijese lo que quisiese , que él no estaba para dar consejo que de provecho fuese ; solo le dijo, que procurase tomarla la sangre , porque él se iba adonde gentes no le viesen , y con muestras de mucho dolor y sentimiento se salió de casa , y quando se vió solo y en parte donde nadie le veia , no cesaba de hacerse cruces , maravillandose de la industria de Camila , y de los ademanes tan propios de Leonela. Consideraba quan enterado habia de quedar Anselmo de que tenia por muger á una segunda Porcia , y deseaba verse con él para celebrar los dos la mentira y la verdad mas disimulada que jamás pudiera imaginarse. Leonela tomó , como se ha dicho , la sangre á su Señora , que no era mas de aquello que bastó para acreditar su embuste , y la-

van-

vando con un poco de vino la herida , se la ató lo mejor que supo , diciendo tales razones en tanto que la curaba , que aunque no hubieran procedido otras , bastáran à hacer creer à Anselmo que tenia en Camila un simulacro de la honestidad. Juntaronse à las palabras de Leonela otras de Camila , llamandose cobarde y de poco animo , pues le habia faltado al tiempo que fuera mas necesario tenerle para quitarse la vida que tan aborrecida tenia. Pedia consejo à su doncella , si diria ò no todo aquel suceso à su querido Esposo , la qual la dijo que no se lo dijese , porque le pondria en obligacion de vengarse de Lotario , lo qual no podria ser sin mucho riesgo suyo ; y que la buena muger estaba obligada à no dar ocasion à su marido à que riñese , sino à quitarle todas aquellas que le fuese posible. Respondiò Camila que la parecia muy bien su parecer , y que ella le seguiria , pero que en todo caso convenia buscar què decir à Anselmo de la causa de aquella herida que él no podia dejar de ver. A lo que Leonela respondia que ella ni aun burlando no sabia mentir. Pues yo , hermana replicó Camila , qué tengo de saber ? que no me atreveré à forjar , ni sustentar una mentira , si me fuese en ello la vida ; y si es que no hemos de saber dar salida à esto , mejor será decirle la verdad desnuda , que no que nos alcance en mentirosa
cuen-

cuenta. No tengas pena, Señora, de aquí á mañana, respondió Leoneta: yo pensaré que le digamos, y quizá, que por ser la herida donde es, la podrás encubrir sin que él la vea, y el Cielo será servido de favorecer á nuestros tan justos y tan honrados pensamientos. Sosiegate, Señora mia, procura sosegar tu alteracion, porque mi Señor no te halle sobresaltada, y lo demás dejalo á mi cargo y al de Dios, que siempre acude á los buenos deseos. Atentísimo habia estado Anselmo á escuchar y á ver representar la tragedia de la muerte de su honra, la qual con tan estranos y eficaces afectos la representaron los personages de ella, que pareció que se habian transformado en la misma verdad de lo que fingian. Deseaba mucho la noche y el tener lugar para salir de su casa, y ir á verse con su buen amigo Lotario, congratulandose con él de la margarita preciosa que habia hallado en el desengaño de la bondad de su esposa. Tuvieron cuidado las dos de darle lugar y comedidad á que saliese, y él, sin perderla, salió, y luego fue á buscar á Lotario, el qual hallado, no se puede buenamente contar los abrazos que le dió, las cosas que su contento le dijo, y las alabanzas que dió á Camila. Todo lo qual escuchó Lotario, sin poder dar muestras de alguna alegría, porque se le representaba á la memoria quan engañado estaba su amigo y quan injusta-

tamente él le agraviaba. Y aunque Anselmo veía que Lotario no se alegraba, creía ya ser el motivo por haber dejado á Camila herida, y haber él sido la causa; y así, entre otras razones, le dijo, que no tuviese pena del sucesó de Camila, porque sin duda la herida era ligera, pues quedaban de concierto de encubrirsela á él, y que segun esto no habia de qué temer, sino que de alli adelante se gozase y alegrase con él, pues por su industria y medio él se veía levantado á la mas alta felicidad que acertára á desearse, y queria que no fuesen otros sus entretenimientos que en hacer versos en alabanza de Camila, que la hiciesen eterna en la memoria de los siglos venideros. Lotario alabó su buena determinacion, y dijo que él por su parte ayudaria á levantar tan ilustre edificio. Con esto quedó Anselmo el hombre mas sabrosamente engañado que pudo haber en el mundo: él mismo llevaba por la mano á su casa, creyendo que llevaba por la mano á su gloria, toda la perdicion de su fama. Recibiale Camila con rostro, al parecer, torcido, aunque con alma risueña. Duró este engaño algunos dias, hasta que al cabo de pocos meses volvió fortuna su rueda, y salió á plaza la maldad con tanto artificio hasta alli encubierta, y á Anselmo le costò la vida su impertinente curiosidad.

C A P I T U L O XXXV.

*Donde se da fin á la Novela del Curioso
Impertinente.*

POco mas quedaba por leer de la Novela, quando del caramanchon donde reposaba D. Quijote saliò Sancho Panza todo alborotado, diciendo á voces: Acudid, señores, presto y socorrer á mi Señor que anda envuelto en la mas reñida y trabada batalla que mis ojos han visto. Vive Dios que ha dado una cuchillada al Gigante enemigo de la Señora Princesa Micomicona, que le ha rajado la cabeza cercén á cercén como si fuera un nabo. Qué dices, hermano, dijo el Cura (dejando de leer lo que de la Novela quedaba) estais en vos, Sancho? Cómo diablos puede ser eso que dices, estando el Gigante dos mil leguas de aqui? En esto oyeron un gran ruido en el aposento, y que D. Quijote decia á voces: Tente ladron, malandrin, follon, de aqui te tengo, y no te ha de valer tu cimatarra; y parecia que daba grandes cuchilladas por las paredes, y dijo Sancho: No tienen que pararse á escuchar, sino entren á despartir la pelea, ó á ayudar á mi amo, aunque ya no será menester, porque sin duda alguna el Gigante está muerto ya dando cuenta á Dios de su pasada y ma-

mala vida , que yo vi correr la sangre por el suelo , y la cabeza cortada y caída á un lado , que es tamaña como un gran cuero de vino. Que me maten , dijo á esta razon el Ventero , si D. Quijote ó Don diablo no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto que á su cabezera estaban llenos , y el vino derramado debe de ser lo que le parece sangre á este buen hombre ; y con esto entró en el aposento y todos tras él , y hallaron á D. Quijote en el mas extraño trage del mundo: Estaba en camisa , la qual no era tan cumplida , que por delante le acabase de cubrir los muslos , y por detrás tenia seis dedos menos: las piernas eran muy largas y flacas , llenas de vello y no nada limpias. Tenia en la cabeza un bonetillo colorado grasiento , que era del Ventero. En el brazo izquierdo tenia revuelta la manta de la cama , con quien tenia ojeriza Sancho , y él se sabia bien el por qué , y en la derecha desembaynada la espada , con la qual daba cuchilladas á todas partes diciendo palabras como si verdaderamente estuviera peleando con algun Gigante. Y es lo bueno , que no tenia los ojos abiertos , porque estaba durmiendo y soñando que estaba en batalla con el Gigante , que fue tan intensa la imaginacion de la aventura que iba á fenecer , que le hizo soñar que ya habia llegado al Reyno de Micomicon , y que ya estaba en la peleá con su

enc-

enemigo, y habia dado tantas cuchilladas en los cueros, creyendo que las daba en el Gigante, que todo el aposento estaba lleno de vino, lo qual visto por el Ventero, tomó tanto enojo que arremetió con D. Quijote, y á puño cerrado le comenzó á dar tantos golpes, que si Cardenio y el Cura no se le quitáran, él acabára la guerra del Gigante, y con todo aquello no despertaba el pobre Caballero, hasta que el Barbero trajo un gran caldero de agua fria del pozo y se le echò por todo el cuerpo de golpe, con lo qual despertò D. Quijote, mas no con tanto acuerdo que echase de ver de la manera que estaba. Dorotéa que viò quan corto y sutilmente estaba vestido, no quiso entrar à ver la batalla de su ayudador y de su contrario. Andaba Sancho buscando la cabeza del Gigante por todo el suelo, y como no la hallaba, dijo: Ya yo sé que todo lo de esta casa es encantamiento, que la otra vez en este mismo lugar donde ahora me hallo me dieron muchos mojicones y porrazos, sin saber quien me los daba, y nunca pude ver á nadie, y ahora no parece por aqui esta cabeza que vi cortar por mis mismos ojos, y la sangre corria del cuerpo como de una fuente. Qué sangre ni qué fuente dices, enemigo de Dios y de sus Santos? dijo el Ventero: No ves, ladrón, que la sangre y la fuente no es otra cosa que estos cueros que aqui están horadados,

y el vino tinto que nada en este aposento, que nadando vea yo el alma en los Infiernos de quien los horadó? No sé nada, respondió Sancho solo se que vendré á ser tan desdichado, que por no hallar esta cabeza, se me ha de deshacer, mi Condado como la sal en el agua. Y estaba peor Sancho despierto que su amo durmiendo: tal le tenian las promesas que su amo le habia hecho. El Ventero se desesperaba de ver la fiema del escudero y el maleficio del Señor, y juraba que no habia de ser como la vez pasada, que se le fueron sin pagar, y que ahora no le habian de valer los privilegios de su Caballeria para dejar de pagar lo uno y lo otro aun hasta lo que pudiesen costar las botanas que se habian de echar á los rotos cueros. Tenia el Cura de las manos á D. Quijote; el qual creyendo que habia acabado la aventura, y que se hallaba delante de la Princesa Micomicona, se hincó de rodillas delante del Cura, diciendo: Bien puede la vuestra grandeza, alta y famosa Señora, vivir de hoy mas segura que le pueda hacer mal esta mal nacida criatura; y yo tambien de hoy mas soy quito de la palabra que os di, pues con el ayuda del alto Dios, y con el favor de aquello por quien yo vivo y respiro, tambien la he cumplido. No lo dije yo? dijo, oyendo esto Sancho; si, que no estaba yo borracho: mirad si tiene puesto ya en sal mi amo

al

al Gigante. Ciertos son los toros, mi Conda-
do está de molde. Quien no habia de reir
con los disparates de los dos, amo y mozo? To-
dos reian, sino el Ventero que se daba á Sa-
tanás. Pero en fin, tanto hicieron el Barbero,
Cardenio y el Cura, que con no poco trabajo
dieron con D. Quijote en la cama, el qual
se quedó dormido con muestras de grandísimo
cansancio. Dejaronle dormir, y salieronse al
portal de la Venta á consolar á Sancho Pan-
za de no haber hallado la cabeza del Gigan-
te; aunque mas tuvieron que hacer en aplacar
al Ventero, que estaba desesperado por la re-
pentina muerte de sus cueros, y la Ventera,
decia en voz y en gritos: En mal punto y en
hora menguada entró en mi casa este Caba-
llero Andante, que nunca mis ojos le hubie-
ran visto, que tan caro me cuesta. La vez pa-
sada se fue con el costo de una noche de ce-
na, cama, paja y cebada para él y para su Es-
cudero, y un Rocin y un Jumento, diciendo que
era Caballero Aventurero, que mala aventura
le dé Dios á él y á quantos Aventureros hay
en el mundo; y que por esto no estaba obliga-
do á pagar nada, que así estaba escrito en los
aranceles de la Caballeria Andantesca; y aho-
ra por su respeto vino estotro Señor, y me lle-
vó mi cola, y hamela vuelto con mas de dos
quartillos de daño, toda pelada, que no puede
servir para lo que la quiere mi marido: y por

fin y remate de todo, romper mis cueros, y derramar mi vino, que derramada le vea yo su sangre. Pues no se piense, que por los huesos de mi padre, y por el siglo de mi madre, si no me lo han de pagar un quarto sobre otro, ó no me llamaria yo como me llamo, ni seria hija de quien soy. Estas y otras razones tales decía la Ventera con grande enojo, y ayudabale su buena criada Maritornes. La hija callaba, y de quando en quando se sonreía. El Cura lo sosegó todo, prometiendo de satisfacerles su pérdida lo mejor que pudiese, así de los cueros como del vino, y principalmente del menoscabo de la cola de quien tanta cuenta hacian. Dorotea consoló á Sancho Panza, diciendole que cada y quando que pareciese haber sido verdad que su amo hubiese descabezado al Gigante le prometia en viendose pacifica en su Reyno de darle el mejor Condado que en él hubiese. Consolóse con esto Sancho, y aseguró á la Princesa que tuviese por cierto que él habia visto la cabeza del Gigante, y que por mas señas tenia una barba que le llegaba á la cintura, y que si no parecia era porque todo quanto en aquella casa pasaba era por via de encantamiento, como él lo habia probado otra vez que habia posado en ella. Dorotea dijo que así lo creia, y que no tuviese pena, que todo se haria bien, y sucederia á pedir de boca. Sosegados todos, el Cura quiso

aca-

acabar de leer la Novela porque vió que faltaba poco ; Cardenio , Dorotéa y todos los demás le rogaron la acabase : él , que á todos quiso dar gusto , y por el que él tenia de leerla , prosiguió el cuento , que así decia :

Sucedió pues , que por la satisfaccion que Anselmo tenia de la bondad de Camila vivia una vida contenta y descuidada ; y Camila de industria hacia mal rostro á Lotario , porque Anselmo entendiese al revés de la voluntad que le tenia ; y para mas confirmacion de su hecho , pidió licencia Lotario para no venir á su casa , pues claramente se mostraba la pesadumbre que con su vista Camila recibia ; mas el engañado Anselmo le dijo que en ninguna manera tal hiciese ; y de esta manera , por mil maneras era Anselmo el fabricante de su deshonra , creyendo que lo era de su gusto. En esto , el que tenia Leonela de verse qualificada para con sus amores , llegó á tanto , que sin mirar á otra cosa se iba tras él á rienda suelta , fiada en que su Señora la encubria , y aun la advertia del modo que con poco recelo pudiese ponerle en egecucion. En fin , una noche sintió Anselmo pasos en el aposento de Leonela , y queriendo entrar á ver quien los daba , sintió que le detenian la puerta : cosa que le puso mas voluntad de abrirla , y tanta fuerza hizo , que la abrió y entró dentro , á tiempo que vió que un hombre saltaba por la ventana á la calle ;

lle; y acudiendo con presteza á alcanzarle ó conocerle, no pudo conseguir lo uno ni lo otro: porque Leonela se abrazó con él diciendole, Sosiegate, Señor mio, y no te alborotes ni sigas al que de aqui saltó; es cosa mia, y tanto, que es mi Esposo. No lo quiso creer Anselmo, antes ciego de enojo sacó la daga, y quiso herir á Leonela, diciendola que la dijese la verdad, sino que la mataria. Ella con el miedo sin saber lo que se decia, le dijo: No me mates, Señor, que yo te diré cosas de mas importancia de las que puedes imaginar. Dilas luego, dijo Anselmo, si no muerta eres. Por ahora será imposible, dijo Leonela, segun estoy de turbada, dejame hasta mañana, que entonces sabrás de mi lo que te ha de admirar; y está seguró que el que saltó por esta ventana es un mancebo de esta Ciudad que me ha dado la mano de ser mi Esposo. Sosegóse con esto Anselmo, y quiso aguardar el termino que le pedia, porque no pensaba oír cosa que contra Camila fuese, por estar de su bondad tan satisfecho y seguro; y asi se salió del aposento, y dejó encerrada en él á Leonela, diciendola que de alli no saldria hasta que le dijese lo que tenia que decirle. Fue luego á ver á Camila y á decirla, como la dijo, todo aquello que con su doncella le habia pasado, y la palabra que le habia dado de decirle grandes cosas, y de mucha importancia. Si se turbò Ca-
mi-

mila ó no, no hay para qué decirlo, porque fue tanto el temor y espanto que cobró, creyendo verdaderamente (y era de creer) que Leonela habia de decir á Anselmo todo lo que sabia de su poca fé, que no tuvo animo para esperar si su sospecha salia falsa o no; y aquella misma noche quando le pareció que Anselmo dormia, junto las mejores joyas que tenia y algunos dineros, y sin ser de nadie sentida salió de casa, y se fue á la de Lotario, á quien contó lo que pasaba, y le pidió que la pusiese en cobro, ó que se ausentasen los dos donde de Anselmo pudiesen estar seguros. La confusion en que Camila puso á Lotario fue tal, que no la sabia responder palabra, ni menos sabia resolverse en lo que haria. En fin, acordò de llevar á Camila á un Monasterio en quien era Priora una su hermana. Consintió Camila en ello, y con la presteza que el caso pedia, la llevó Lotario, y la dejó en el Monasterio; y él asimismo se ausentó luego de la Ciudad sin dar parte á nadie de su ausencia. Quando amaneció, sin echar de ver Anselmo que Camila faltaba de su lado, con el deseo que tenia de saber lo que Leonela quería decirle, se levantó y fue adonde la habia dejado encerrada. Abrió y entró en el aposento, pero no hallò en él á Leonela, solo halló puestas unas sabanas anudadas á la ventana: indicio y señal que por allí se habia descolgado é ido. Volvió luego muy triste

te á decirselo á Camila, y no hallandola en la cama ni en toda la casa, quedo asombrado. Preguntò á los criados de casa por ella, pero nadie le supo dar razon de lo que pedia. Acertó acaso andando buscando á Camila á ver sus cofres abiertos, y que de ellos faltaban las mas de sus joyas, y con esto acabò de caer en la cuenta de su desgracia, y en que no era Leonela la causa de su desventura; y así como estaba, sin acabarse de vestir, triste y pensativo, fue á dar cuenta de su desdicha á su amigo Lotario; mas quando no le halló, y sus criados le dijeron que aquella noche habia faltado de casa, y habia llevado consigo todos los dineros que tenia, pensò perder el juicio: y para acabar de concluir con todo, volviendose á su casa no hallò en ella ninguno de quantos criados ni criadas tenia, sino la casa desierta y sola. No sabia qué pensar ni decir, ni que hacer, y poco á poco se le iba volviendo el juicio. Contemplabase y mirabase en un instante sin muger, sin amigo y sin criados, desamparado, á su parecer del Cielo que le cubria, y sobre todo sin honra, porque en la falta de Camila vió su perdicion. Resolvióse en fin á cabo de una gran pieza, de irse á la Aldea de su amigo donde habia estado quando dió lugar á que se maquinase toda aquella desventura. Cerrò las puertas de su casa, subió á caballo, y con demasiado aliento se puso en camino; y apenas hubo andado
la

la mitad, quando acosado de sus pensamientos le fue forzoso apearse y atar su caballo á un árbol, á cuyo tronco se dejó caer, dando tiernos y dolorosos suspiros, y allí se estuvo hasta que casi anochece, y á aquella hora vió que venia un hombre á caballo de la ciudad; y despues de haberle saludado le preguntó qué nuevas habia en Florencia? El Ciudadano respondió: Las mas estrañas que muchos dias ha se han oido en ella, porque se dice publicamente que Lotario, aquel grande amigo de Anselmo el rico, que vivia á San Juan, se llevó esta noche á Camila, muger de Anselmo, el qual tampoco parece. Todo esto ha dicho una criada de Camila, que á noche la halló el Gobernador descolgandose con una sabana por las ventanas de la casa de Anselmo. En efecto, no sé puntualmente como pasó el negocio; solo sé que toda la Ciudad está admirada de este suceso, porque no se podia esperar tal hecho de la mucha y familiar amistad de los dos, que dicen que era tanta, que los llamaban los dos amigos. Sabese por ventura, dijo Anselmo, el camino que lleva Lotario y Camila? Ni por pienso, dijo el Ciudadano, puesto que el Gobernador ha usado de mucha diligencia en buscarlos. A Dios vais, Señor, dijo Anselmo. Con él quedeis vos, respondió el Ciudadano, y fuese.

Con tan desdichadas nuevas casi llegó á terminos Anselmo, no solo de perder el juicio, sino de acabar la vida. Levantóse como pudo, y llegó á casa de un su amigo, que aun no sabia su desgracia, mas como le vió llegar amarillo, consumido y seco, entendió, que de algun grave mal venia fatigado. Pidió luego Anselmo, que le acostasen, y que le diesen aderezo de escribir. Hizose asi, y dejaronle acostado solo, porque él asi lo quiso, y aun que le cerrasen la puerta. Viendose pues, solo, comenzó á cargar tanto la imaginacion de su desventura, que claramente conoció, que se le iba acabando la vida, y asi ordenó de dejar noticia de la causa de su extraña muerte; y comenzando á escribir, antes que acabase de poner todo lo que queria, le faltó el aliento, y dejó la vida en las manos del dolor, que le causó su curiosidad impertinente. Viendo el señor de casa que era ya tarde, y que Anselmo no llamaba, acordó de entrar á saber si pasaba adelante su indisposicion, y hallóle tendido boca abajo, la mitad del cuerpo en la cama, y la otra mitad sobre el bufete, sobre el qual estaba con el papel escrito y abierto, y él tenia aun la pluma en la mano. Llegóse el huesped á él, habiendole llamado primero, y trabandole por la mano, viendo que no le respondia, y hallandole frio,

vió que estaba muerto. Admiróse, y congojóse en gran manera, y llamó á la gente de casa para que viesen la desgracia á Anselmo sucedida; y finalmente leyó el papel, que conoció que de su misma mano estaba escrito, el qual contenia estas razones.

Un necio é impertinente deseo me quitó la vida. Si las nuevas de mi muerte llegaren á los oídos de Camila, sepa que yo la perdono, porque no estaba ella obligada á hacer milagros, ni yo tenia necesidad de querer que ella los hiciese; y pues yo fui el fabricante de su deshonra, no hay para qué:::

Hasta aqui escribió Anselmo, por donde se echó de ver que en aquel punto, sin poder acabar la razon, se acabó la vida. Otro dia dió aviso su amigo á los parientes de Anselmo de su muerte, los quales ya sabian su desgracia, y el Monesterio donde Camila estaba, casi en el termino de acompañar á su Esposo en aquel forzoso viage, no por las nuevas que tuvo de su muerte, mas por las que supo del ausente amigo. Dicese, que aunque se vió viuda no quiso salir del Monasterio, ni menos hacer profesion de Monja, hasta que, no de alli á muchos dias, la vinieron nuevas que Lotario habia muerto en una batalla que en aquel tiempo dió Monsieur de Lautrech al gran Capitan Gonzalo Fer-

Fernandez de Cordova, en el Reyno de Napoles, donde habia ido á parar el tarde arrepentido amigo: lo qual, sabido por Camila, hizo profesion, y acabò en breves dias la vida á las rigurosas manos de tristezas y melancolias. Este fue el fin que tuvieron todos, nacido de un tan desatinado principio.

Bien dijo el Cura, me parece esta Novela, pero no me puedo persuadir que esto sea verdad; y si es fingido, fingiò mal el Autor, porque no se puede imaginar que haya marido tan necio que quiera hacer tan costosa experiencia como Anselmo. Si este caso se pudiese entre un galan y una dama, pudierase llevar, pero entre marido y muger, algo tiene de imposible; y en lo que toca al modo de contarle, no me descontenta.

CAPITULO XXXVI.

Del encuentro de Cardenio y Dorotéa con Don Fernando y Luscinda en la Venta y de los razonamientos que en ella pasaron.



EStando en esto, el Ventero que estaba á la puerta de la Venta, dijo: Esta que viene es una hermosa tropa de huespedes; si ellos paran aqui, gaudeamus tenemos. Qué gente es? dijo Cardenio. Quatro hombres, respondió el Ventero, vienen á caballo á la gineteta, con lanzas y adargas, y todos con an-
ti-

antifaces negros, y junto con ellos viene una muger vestida de blanco en un sillón, asimismo cubierto el rostro, y otros dos mozos de á pie. Vienen muy cerca? preguntó el Cura. Tan cerca, respondió el Ventero, que ya llegan. Oyendo esto Dorotea, se cubrió el rostro, y Cardenio se entró en el aposento de D. Quijote; y casi no habían tenido lugar para esto, quando entraron en la Venta todos los que el Ventero habia dicho, y apeandose los quatro de á caballo, qué de muy gentil talle y disposicion eran, fueron á apearse á la muger que en el sillón venia; y tomándole uno de ellos en sus brazos, la sentó en una silla que estaba á la entrada del aposento donde Cardenio se habia escondido: En todo este tiempo, ni ella, ni ellos se habian quitado los antifaces, ni hablado palabra alguna, solo que al sentarse la muger en la silla dió un profundo suspiro, y dejó caer los brazos como persona enferma y desmayada. Los mozos de á pie llevaron los caballos á la caballeriza. Viendo esto el Cura, deseoso de saber qué gente era aquella, que con tal trage y tal silencio estaba, se fue donde estaban los mozos, y á uno de ellos le preguntó lo que ya deseaba; el qual respondió: Par diez, señor, yo no sabré deciros qué gente sea esta, solo sé que muestra ser muy principal, especialmente aquel que llegó á tomar en sus

brazos á aquella Señora que habeis visto; y esto digolo, porque todos los demás le tienen respeto, y no se hace otra cosa mas de la que el ordena y manda. Y la Señora quién es? preguntó el Cura. Tampoco sabré decir eso, respondió el mozo, porque en todo el camino no la he visto el rostro; suspirar si la he oido muchas veces, y dar unos gemidos, que parece que con cada uno de ellos quiere dar el alma; y no es de maravillar que no sepamos mas de lo que habemos dicho, porque mi compañero y yo no ha mas de dos dias que los acompañamos, porque habiendolos encontrado en el camino, nos rogaron y persuadieron que viniesemos con ellos hasta el Andalucía, ofreciendose á pagarnoslo muy bien. Y habeis oido nombrar á alguno de ellos, preguntó el Cura? No por cierto, respondió el mozo, porque todos caminan con tanto silencio, que es maravilla, porque no se oye entre ellos otra cosa, que los suspiros y sollozos de la pobre Señora, que nos mueven á lastima; y sin duda tenemos creído que ella va forzada donde quiera que va: y segun se puede colegir por su habito, ella es Monja, ó va á serlo, que es lo mas cierto; y quizá porque no le debe de nacer de voluntad el mongio va triste, como parece. Todo podria ser, dijo el Cura, y dejandolos se volvió adonde estaba Dorotea, la qual, como habio

oído suspirar á la embozada, movida de natural compasion, se llegó á ella, y la dijo: Qué mal sentis Señora mia? Mirad si es alguno de quien las mugeres suelen tener uso y experiéncia de curarle, que de mi parte os ofrezca una buena voluntad de serviros. A todo esto callaba la lastimada Señora; y aunque Dorotéa tornò con mayores ofrecimientos, todavia se estaba en su silencio, hasta que llegó el Caballero embozado (que dijo el mozo que los demás obedecian) y dijo á Dorotéa: No os canseis, Señora, en ofrecer nada á esta muger, porque tiene por costumbre de no agradecer cosa que por ella se hace, ni procureis que os responda, si no quereis oír alguna mentira de su boca. Jamás la dije (dijo á esta sazón la que hasta allí habia estado callando) antes por ser tan verdadera y tan sin trazas mentirosas, me veo ahora en tanta desventura; y de esto vos mesmo quiero que seais el testigo, pues mi pura verdad os hace á vos ser falso y mentiroso. Oyó estas razones Cardenio bien clara y distintamente, como quien estaba tan junto de quien las decia, que sola la puerta del aposento de Don Quijote estaba en medio, y así como las oyó, dando una gran voz, dijo: Valgame Dios! Qué es esto que oygo? qué voz es esta que ha llegado á mis oídos? Volvió la cabeza á estos gritos aquella Señora, toda sobresaltada,

y,

y no viendo quien los daba, se levantò en pie, y fuese á entrar en el aposento; lo qual visto por el Caballero, la detuvo, sin dejarla mover un paso. A ella, con la turbacion y desasosiego se la cayò el tafetan con que traia cubierto el rostro, y descubrió una hermosura incomparable, y un rostro milagroso, aunque descolorido y asombrado; porque con los ojos andaba rodeando todos los lugares donde alcanzaba con la vista, con tanto ahinco, que parecia persona fuera de juicio; cuyas señales, sin saber por qué las hacia, pusieron gran lastima en Dorotéa y en quantos la miraban. Tenia el Caballero fuertemente asida por las espaldas, y por estar tan ocupado en tenerla, no pudo acudir á alzarse el embozo, que se le caía como en efecto se le cayò del todo; y alzando los ojos Dorotéa (que abrazada con la señora estaba) vió que el que abrazada asimismo la tenia, era su esposo, Don Fernando; y apenas le hubo conocido, quando arrojando de lo intimo de sus entrañas un luengo y tristisimos ay, se dejó caer de espaldas desmayada; y á no hallarse alli junto el Barbero, que la recogió en los brazos, ella diera consigo en el suelo. Acudió luego el Cura á quitarla el embozo para echarla agua en el rostro; y así como la descubrió, la conoció Don Fernando, que era el que estaba abrazado con la otra, y quedó como muerto,

en verla pero no porque dejase con todo esto de tener á Luscinda, que era la que procuraba soltarse de sus brazos, la qual habia conocido en el suspiro á Cardenio, y él la habia conocido á ella. Oyò asimismo Cardenio el ay que diò Dorotéa quando se cayò desmayada, y creyendo que era Luscinda, saliò del aposento despavorido; y lo primero que vió fue á Don Fernando que tenia abrazada á Luscinda. Tambien Don Fernando conociò luego á Cardenio; y todos tres, Luscinda, Cardenio y Dorotéa, quedaron mudos y suspensos, casi sin saber lo que les habia acontecido. Callaban todos, y mirabanse todos; Dorotéa á Don Fernando; Don Fernando á Cardenio; Cardenio á Luscinda; y Luscinda á Cardenio; mas quien primero rompiò el silencio fue Luscinda, hablando á Don Fernando de esta manera: Dejadme, Señor Don Fernando, por lo que debeis á ser quien sois, ya que por otro respeto no lo hagais: dejadme llegar al muro de quien yo soy yedra, al arrimo de quien no me han podido apartar vuestras importunaciones, vuestras amenazas, vuestras promesas ni vuestras dardivas. Notad como el Cielo, por desusados; y á nosotros por encubiertos caminos me ha puesto á mi verdadero Esposo delante; y bien sabeis, por mil costosas experiencias que solo la muerte fuera bastante para borrarle de mi

mi memoria ; sean pues parte tan claros desengaños para que volvais (ya que no podais hacer otra cosa) el amor en rabia , la voluntad en despecho , y acabadme con él la vida , que como yo la rinda delante de mi buen Esposo , la dare por bien empleada , y quizá con mi muerte quedará satisfecho de la fe que le mantuve hasta el ultimo trance de la vida. Habia en este entretanto vuelto Dorotea en si, y habia estado escuchando todas las razones que Luscinda dijo , por las quales vino en conocimiento de quien ella era , que viendo que D. Fernando aun no la dejaba de sus brazos, ni respondia á sus razones, esforzandose lo mas que pudo , se levantò y fue á hincarse de rodillas á sus pies, y derramando mucha cantidad de hermosas y lastimeras lagrimas , asi le comenzó á decir.

Si ya no es, Señor mio , que los rayos de este Sol que en tus brazos eclipsado tienes, te quitan y ofuscan los de tus ojos , ya habrás echado de ver que la que á tus pies está arrodillada es la sin ventura (hasta que tu quieras) y desdichada Dorotea. Yo soy aquella labradora humilde , á quien tu por tu bondad , ó por tu gusto , quisiste levantar á la alteza de perder llamarse tuya. Soy la que encerrada en los limites de la honestidad , vivió vida tan contenta , hasta que á las voces de tus importunidades, y al parecer justos y amo-

rosos sentimientos ; abrió las puertas de su recato : y te entregó las llaves de su libertad dadiva de ti tan mal agradecida , qual lo muestra bien claro haber sido forzoso hallarme en el lugar donde me hallas , y verte yo á ti de la manera que te veo ; pero con todo eso no queria que cayese en tu imaginacion pensar que he venido aqui con pasos de mi deshonra , habiendome traído solos los del dolor y sentimiento de verme de ti olvidada. Tu quisiste , que yo fuese tuya , y quisistelo de manera , que aunque ahora quieras que no lo sea , no será posible que tu dejes de ser mio. Mira , señor mio , que puede ser recompensa á la hermosura y nobleza por quien me dejas la incomparable voluntad que te tengo. Tu no puedes ser de la hermosa Luscinda , porque eres mio ; ni ella puede ser tuya , porque es de Cardenio ; y mas facil será , si en ello miras , reducir tu voluntad á querer á quien te adora , que no encaminar la que te aborrece á quien bien te quiera. Tu solicitaste mi descuido , tu rogaste á mi entereza , tu no ignoraste mi calidad , tu sabes bien de la manera que me entregué á toda tu voluntad , no te queda lugar ni acogida de llamarte á engaño ; y si esto es así , como lo es , y tu eres tan christiano como Caballero , por qué por tantos rodeos dilatas en nacerme venturosa en los fines , como me hiciste en los principios ? Y si no me quic-

quieres por lo que soy , que soy tu verdadera y legitima Esposa , quiereme á lo menos , y admitime por tu esclava , que como yo esté en tu poder , me tendré por dichosa y bien afortunada. No permitas con dejarme , y desampararme , que se hagan y junten corrillos en mi deshonra. No des tan mala vejez á mis padres , pues no lo merecen los leales servicios , que como buenos vasallos á los tuyos siempre han hecho ; y si te parece que has de aniquilar tu sangre , por mezclarla con la mia, considera que pocas , ó ninguna nobleza hay en el mundo , que no haya corrido por este camino , y que la que se toma de las mugeres no es la que hace al caso en las ilustres descendencias ; quanto mas , que la verdadera nobleza consiste en la virtud , y si esta á ti te falta , negandome lo que tan justamente me debes , yo quedaré con mas ventajas de noble que las que tu tienes. En fin , Señor , lo que ultimamente te digo es , que quieras ó no quieras yo soy su Esposa , testigos son tus palabras , que no han ni deben ser mentirosas , si ya es que te precias de aquello por que me desprecias. Testigo será la firma que hiciste , y testigo el Cielo á quien te llamas- te por testigo de lo que me prometias ; y quando todo esto falte , tu misma conciencia no ha de faltar de dar voces , callando en mitad de tus alegrías , volviendo por esta verdad que

te he dicho , y turbando tus mejores gustos y contentos. Estas y otras razones dijo la lastimada Dorotea con tanto sentimiento y lagrimas , que los mismos que acompañaban á D. Fernando y quantos presentes estaban , la acompañaron en ellas. Escuchòla D. Fernando sin replicarla palabra hasta que ella dió fin á las suyas , y principio á tantos sollozos y suspiros , que bien habia de ser corazon de bronce el que con muestra de tanto dolor no se enterneciera. Mirandola estaba Luscinde no menos lastimada de su sentimiento que admirada de su mucha discrecion y hermosura , aunque quisiera llegarse á ella y decirle algunas palabras de consuelo no la dejaban los brazos de Don Fernando que apretada la tenían , el qual lleno de confusion y espanto, al cabo de un buen espacio que atentamente estuvo mirando á Dorotea , abrió los brazos, y dejando libre á Luscinde , dijo: Venciste, hermosa Dorotea , venciste , porque no es posible tener animo para negar tantas verdades juntas. Con el desmayo que Luscinde habia tenido , así como la dejó Don Fernando iba á caer en el suelo mas hallandose Cardenio alli junto , que á las espaldas de Don Fernando se habia puesto , porque no le conociese pospuesto todo temor , y aventurado à todo riesgo , acuciò á sostener á Luscinde , y cogiendola entre sus brazos , la dijo: Si el pia-

do

dosos Cielo gusta y quiere que ya tengais algun descanso, leal, firme, y hermosa Señora mia, en ninguna parte creo yo que le tendrás mas seguro que en estos brazos que ahora te reciben, y otro tiempo te recibieron, quando la fortuna quiso que pudiese llamarte mia. A estas razones puso Lusinda en Cardenio los ojos, y habiendo empezado á conocerle primero por la voz, y asegurandose que él era con la vista, casi fuera de sentido, y sin tener cuenta á ningun honesto respeto, le echó los brazos al cuello, y juntando su rostro con el de Cardenio le dijo: Vos si, Señor mio, sois el verdadero dueño de esta vuestra cautiva, aunque mas lo impida la contraria suerte, y aunque mas amenazas la hagan á esta vida que en la vuestra se sustenta. Estraño espectáculo fue este para Don Fernando, y para todos los circunstantes, admirandose de tan no visto suceso. Parecióle á Dorotea, que D. Fernando habia perdido la color del rostro, y que hacia ademan de querer vengarse de Cardenio, porque le vió encaminar la mano á ponerla en la espada; y asi como lo pensò con no vista presteza se abrazó con él por las rodillas, besandolas, y teniendole apretado que no le dejaba mover, y sin cesar un punto de sus lagrimas, le decia: Qué es lo que piensas hacer, unico refugio mio, en este tan impensado trance? Tu tienes á tus pies

à tu esposa , y la que quieres que lo sea està en los brazos de su marido ; mira si te estarà bien , ó te serà posible deshacer lo que el Cielo ha hecho , ó si te convendrà querer levantar à igualar à ti mismo à la que , pospuesto todo inconveniente , confirmada en su verdad y firmeza , delante de tus ojos tiene , los suyos bañados de licor amoroso , el rostro y pecho de su verdadero Esposo. Por quien Dios es te ruego y por quien tu eres te suplico que este tan notorio desengaño , no solo no acreciente su ira , sino que la mengue en tal manera , que con quietud y sosiego permitas que estos dos amantes le tengan sin impedimento tuyo todo el tiempo que el Cielo quisiere concedersele , y en esto mostraràs la generosidad de tu ilustre y noble pecho , y verà el mundo que tiene contigo mas fuerza la razon que el apetito. En tanto que esto decia Dorotea , aunque Cardenio tenia abrazada à Luscinda , no quitaba los ojos de D. Fernando , con determinacion de que si le viese hacer algun movimiento en su perjuicio , procurar defenderse y ofender , como mejor pudiese , à todos aquellos que en su daño se mostrasen , aunque le costase la vida ; pero à esta sazón acudieron los amigos de D. Fernando y el Cura y el Barbero , que à todo habian estado presentes , sin que faltase el bueno de Sancho Panza , y todos rodeaban à D. Fer-

nan-

nando , suplicandole tuviese por bien de mirar las lagrimas de Dorotea ; y que siendo verdad como sin duda ellos creian que lo era , lo que en sus razones habia dicho , que no permitiese quedase defraudada en sus tan justas esperanzas : Que considerase que no acaso , como parecia , sino con particular providencia del Cielo , se habian todos juntado en el lugar donde menos ninguno pensaba ; y que advirtiese dijo el Cura , que sola le muerte podia apartar á Lusinda de Cardenio , y aunque los dividiesen filos de su espada , ellos tendrian por felicissima su muerte , y que en los casos irremediabiles era suma cordura , forzandose y venciendo á si mismo , mostrar un generoso pecho , permitiendo que por sola la voluntad los dos gozasen el bien que el Cielo ya los habia concedido : que pusiese los ojos asimismo en la beldad de Dorotea , y veria que pocas ó ninguna la podian igualar , quanto mas hacerla ventaja , y que juntase á su hermosura , su humildad y el extremo del amor que le tenia ; y sobre todo advirtiese que si se preciaba de Caballero y de christiano , que no podia hacer otra cosa , que cumplirla la palabra dada ; y que cumplendosela , cumpliria con Dios , satisfaria á las gentes discretas , las quales saben y conocen que es prerrogativa de la hermosura , aunque esté en sugeto humilde , como se acompañe

con la honestidad , poder levantarse é igualarse á qualquiera alteza , sin nota de menoscabo del que levanta é iguala à si mismo; y quando se cumplen las fuertes leyes del gusto como en ello no intervenga pecado no debe de ser culpado el que las sigue. En efecto á estas razones añadieron todas otras tales y tantas , que el valeroso pecho de D. Fernando , en fin como alimentado con la ilustre sangre se ablandó y se dejó vencer de la verdad , que él no pudiera negar aunque quisiera y la señal que dió de haberse rendido y entregado al buen parecer que se le habia pospuesto fue abajarse y abrazar á Dorotea, diciendola : Levantaos , Señora mia , que no es justo , que esté arrodillada à mis pies la que yo tengo en mi alma , y si hasta aqui no he dado muestras de lo que digo , quizá ha sido por orden del Cielo , para que viendo yo en vos la fe con que me amais , os sepa estimar en lo que mereceis ; lo que os ruego es , que no me respondais mi mal termino y mi mucho descuydo , pues la misma ocasion y fuerza que me movió para acetaros por mia, esa misma me impeló para procurar no ser vuestro , y que esto sea verdad , volved y mirad los ojos de la ya contenta Luscinda , y en ellos hallareis disculpa de todos mis yerros ; y pues ella halló y alcanzó lo que deseaba y yo he hallado en vos lo que me cumple

ple , viva ella segura y contenta luengos y felices años con su Cardenio , que yo rogaré al Cielo que me los deje vivir con mi Dorotea y diciendo esto la tornó á abrazar y á juntar su rostro con el suyo con tan tierno sentimiento , que le fue necesario tener gran cuenta con que las lagrimas no acabasen de dar indubitables señales de su amor y arrepentimiento. No lo hicieron así las de Lusinda y Cardenio , que aun las de casi todos los que allí presentes estaban , porque comenzaron á derramar tantas , los unos de contento propio, los otros del ageno , que no parecia sino que algun grave y mal caso á todos habia sucedido. Hasta Sancho Panza lloraba , aunque despues dijo que no lloraba él sino por ver que Dorotea no era , como él pensaba , Reyna Micomicona de quien él tantas mercedes esperaba. Duró algun espacio junto con el llanto la admiracion en todos , y luego Cardenio y Lusinda se fueron á poner de rodillas ante D. Fernando , dandole gracias de la merced que les habia hecho con tan corteses razones, que D. Fernando no sabia que responderles, y así los levantó y abrazó con muestras de mucho amor y mucha cortesia. Preguntó luego á Dorotea le dijese cómo habia venido á aquel lugar tan lejos del suyo? Ella con breves y discretas razones contó todo lo que antes habia contado á Cardenio , de lo qual gustó tanto D. Fernando y los que con él venian,

nian , que quisieran que durara el cuento mas tiempo : tanta era la gracia con que Dorotea contaba sus desventuras ; y asi como hubo acabado , dijo D. Fernando lo que en la Ciudad le habia acontecido despues que halló el papel en el seno de Lusinda , donde declaraba ser esposa de Cardenio , y no poderlo ser suya ; dijo que la quiso matar , y lo hiciera , si de sus padres no fuera impedido ; y que asi se salió de su casa despechado y corrido , con determinacion de vengarse con mas comodidad , y que otro dia supo como Lusinda habia faltado de casa de sus padres , sin que nadie supiese decir donde se habia ido ; y que en resolucion al cabo de algunos meses vino á saber como estaba en un Monasterio , con voluntad de quedarse en el toda la vida , si no la pudiese pasar con Cardenio ; y que asi como lo supo , escogiendo para su compañía aquellos tres Caballeros , vino al lugar donde estaba , á la qual no habia querido hablar , temeroso que en sabiendo que él estaba alli , habia de haber mas guarda en el Monasterio ; y asi , aguardando un dia á que la porteria estuviese abierta , dejó á los dos á la guarda de la puerta , y él con otro habian entrado en el Monasterio buscando á Lusinda , la qual la hallaron en el claustro hablando con una Monja , y arrebatandola , sin darla lugar á otra cosa , se habian venido con ella á un lugar , donde

de se acomodaron de aquello que hubieron menester para traerla ; todo lo qual habian podido hacer bien á su salvo , por estar el Monasterio en el campo , buen trecho fuera del Pueblo. Dijo que asi como Luscinda se vió en su poder , perdió todos los sentidos , y que despues de vuelta en si , no habia hecho otra cosa sino llorar y suspirar , sin hablar palabra alguna , y que asi , acompañados de silencio y de lagrimas , habian llegado á aquella Venta , que para él era haber llegado al Cielo , donde se rematan y tienen fin todas las desventuras de la tierra.

CAPITULO XXXVII.

Donde se prosigue la historia de la famosa Infanta Micomicona , con otras graciosas aventuras.

Todo esto escuchaba Sancho con no poco dolor de su anima viendo que se le desaparecian , é iban en humo las esperanzas de su Dictado , y que la linda Princesa Micomicona se le habia vuelto en Dorotea , y el Gigante en D. Fernando , y su amo se estaba durmiendo á sueño suelto , bien descuidado de todo lo sucedido. No se podia asegurar Dorotea , si era soñado el bien que poseia. Cardenio estaba
ba

ba en el mismo pensamiento , y el de Lusinda corria por la misma cuenta. D. Fernando daba gracias al Cielo por la merced recibida , y haberle sacado de aquel intrincado laberinto , donde se hallaba tan á pique de perder el credito y el alma ; y finalmente , quantos en la Venta estaban , estaban contentos y gozosos del buen suceso que habian tenido tan trabados y desesperados negocios. Todo lo ponía en su punto el Cura , como discreto , y á cada uno daba el parabien del alcanzado , pero quien mas jubilaba y se contentaba era la Ventera , por la promesa que Cardenio y el Cura la habian hecho de pagarla todos los daños é intereses que por cuenta de Don Quijote la hubiesen venido , solo Sancho como ya se ha dicho , era el affigido , el desventurado y el triste ; y así con melancolico semblante entró á su Amo el qual acababa de despertar , á quien dijo : Bien puede vuestra merced , señor Triste Figura , dormir todo lo que quisiere sin cuidado de matar á ningun Gigante , ni de volver á la Princesa su Reyno , que ya todo está hecho y concluido. Eso creo yo muy bien , respondió Don Quijote , porque he tenido con el Gigante la mas descomunal y desafortada batalla que pienso tener en todos los dias de mi vida , y de un rebés zas le derribé la cabeza en el suelo , y fue tanta la sangre que le salió , que los

at-

arroyos corrian por la tierra como si fueran de agua. Como si fueran de vino tinto, pudierá vuestra merced decir mejor respondió Sancho, porque quiero que sepa vuestra merced, si es que no lo sabe, que el Gigante muerto es un cuero horadado, y la sangre seis arrobas de vino tinto que encerraba en su vientre, y la cabeza cortada es la puta que me parió, y llevólo todo Satanás. Y que es lo que dices, loco, respondió D. Quijote, estás en tu seso? Levantese vuestra merced, Señor, dijo Sancho, y verá el buen recado que ha hecho, y lo que tenemos que pagar, y verá á la Reyna convertida en una dama particular, llamada Dorotea, con otros sucesos que si cae en ellos, le han de admirar. No me maravillaria de nada de eso, replicó Don Quijote, porque si bien te acuerdas, la otra vez que aqui estuvimos te dije yo que todo quanto aqui sucedia eran cosas de encantamiento, y no seria mucho que ahora fuese lo mismo. Todo lo creyera yo, respondió Sancho, si tambien mi manteamiento fuera cosa de ese jaez, mas no fue, sino real y verdaderamente, y vi yo que el Ventero que aqui está hoy dia tenia del un cabo de la manta, y me empujaba ácia el Cielo con mucho donayre y brio, y con tanta risa como fuerza; y donde interviene conocerse las personas, tengo para mi, aunque simple y pecador, que no hay encan-

tamiento alguno , sino mucho molimiento y mucha mala aventura. Ahora bien, Dios lo remediará, dijo D. Quijote, dame de vestir, y dejame salir allá fuera, que quiero ver los sucesos y transformaciones que dices. Dióle de vestir Sancho, y en el entretanto que se vestia contó el Cura á D. Fernando y á los demás las locuras de D. Quijote, y del artificio que habian usado para sacarle de la Peña Pobre , donde él se imaginaba estar por desdenes de su Señora. Contóles asimismo casi todas las aventuras que Sancho habia contado , de que no poco se admiraron y rieron , por parecerles lo que á todos parecia, ser el mas extraño genero de locura que podía caber en pensamiento disparatado. Dijo mas el Cura , que pues ya el buen suceso de la señora Dorotea , impedia pasar con su designio adelante , que era menester inventar y hallar otro para poderle llevar á su tierra. Ofrecióse Cardenio de proseguir lo comenzado , y que Luscinda haria y responderia la persona de Dorotea. No , dijo D. Fernando ; no ha de ser así , que yo quiero que Dorotea prosiga su invencion , que como no sea muy lejos de aquí el lugar de este buen Caballero , yo holgaré de que se procure su remedio. No está mas de dos jornadas de aquí ; pues aunque estuviera mas , gustara yo de caminarlas , á trueco de hacer tan buena obra. Salió en esto D. Quijote armado de

todos sus pertrechos , con el yelmo , aunque abollado de Mambrino en la cabeza , abrazado de su rodela , y arrimado á su tronco ó lanzon. Suspendió á D. Fernando , y á los demás la estraña presencia de D. Quijote, viendo su rostro de media legua de andadura, seco y amarillo , la desigualdad de sus armas, y su mesurado continente , y estuvieron callando hasta ver lo que él decia , el qual con mucha gravedad y reposo , puestos los ojos en la hermosa Dorotea dijo:

Estoy informado (hermosa Señora) de este mi Escudero que la vuestra grandeza se ha aniquilado , y vuestro ser se ha desecho ; porque de Reyna y gran Señora que solíades ser , os habeis vuelto en una particular doncella. Si esto ha sido por orden del Rey Nigromante vuestro padre , temeroso que yo no os diese la necesaria y debida ayuda , digo que no supo ni sabe de la Misa la media , y que fue poco versado en las Historias Caballerescas ; porque si él las hubiera leído y pasado tan atentamente , y con tanto espacio como yo las pasé y lei, hallara à cada paso como otros Caballeros de menor fama que la mia habian acabado cosas mas dificultosas , no siendolo mucho matar á un Gigantillo , por arrogante que sea , porque no ha muchas horas que yo me vi con él , y quiero callar , porque no me digan que miento ; pero el tiempo descubridor de todas las cosas ;

sas , lo dirá quando menos lo pensemos. Visteos vos con dos cueros, que no con un Gigante , dijo á esta sazón el Ventero , al qual mandó D. Fernando que callase y no interrumpiese la plática de D. Quijote en ninguna manera. Y D. Quijote prosiguió diciendo : Digo en fin , alta y desheredada Señora , que si por la causa que he dicho , vuestro padre ha hecho este metamorphoseos en vuestra persona, que no le deis credito alguno, porque no hay ningun peligro en la tierra por quien no abra camino mi espada , con la qual poniendo la cabeza de vuestro enemigo en tierra, os pondré á vos la corona de la vuestra en la cabeza en breves dias. No dijo mas D. Quijote, y esperó á que la Princesa le respondiese , la qual como ya sabia la determinacion de D. Fernando de que se prosiguiese adelante en el engaño hasta llevar á su tierra á D. Quijote, con mucho donayre y gravedad le respondió: Quien quiera que os dijo , valeroso Caballero de la Triste Figura , que yo me habia mudado y trocado de mi ser , no os dijo lo cierto, porque la misma que ayer fui me soy hoy; verdad es, que alguna mudanza han hecho en mí ciertos acaecimientos de buena aventura , que me la han dado la mejor que yo pudiera desearme ; pero no por eso he dejado de ser la que antes , y de tener los mismos pensamientos de valerme del valor de vuestro valeroso é

in-

Invencible brazo que siempre he tenido ; así que Señor mio , vuestra bondad vuelva la honra al padre que me engendró , y tengale por hombre advertido y prudente , pues con su ciencia halló camino tan facil y tan verdadero para remediar mi desgracia , que yo creo que si por vos , Señor , no fuera , jamás acertara á tener la ventura que tengo ; y en esto digo tanta verdad , como son buenos testigos de ella los mas de estos Señores que estan presentes: lo que resta es , que mañana nos pongamos en camino, porque ya hoy se podrá hacer poca jornada ; y en lo demás del buen suceso que espero , lo dejaré á Dios y al valor de vuestro pecho. Esto dijo la discreta Dorotéa , y en oyendolo Don Quijote , se volvió á Sancho , y con muestras de mucho enojo le dijo : Ahora te digo , Sanchuelo , que eres el mayor bellacuelo que hay en España. Dime , ladron , vagamundo , no me acabaste de decir ahora que esta Princesa se habia vuelto en una doncella que se llamaba Dorotéa ? y que la cabeza que entiendo que corté á un Gigante era la puta que te parió ? con otros disparates que me pusieron en la mayor confusion que jamás he estado en todos los dias de mi vida. Voto (y miró al Cielo y apretó los dientes) que estoy para hacer un estrago en ti , que ponga sal en la mollera á todos quantos mentirosos Escuderos hubiere de Caballeros Andantes de aqui adelante en el

mundo. Vuestra merced se sosiegue, señor mio, respondió Sancho, que bien podria ser que yo me hubiese engañado en lo que toca à la mutacion de la Señora Princesa Micomicona; pero en lo que toca à la cabeza del Gigante, ó à lo menos à la horadacion de los cueros, y à lo de ser vino tinto la sangre, no me engaño, vive Dios, porque los cueros alli estan heridos à la cabezera del lecho de vuestra merced; y el vino tinto tiene hecho un lago el aposento, y sino al freir de los huevos lo verá; quiero decir que lo verá quando aqui su merced del señor Ventero le pida el menoscabo de todo. De lo demás, que la Señora Reyna se esté como se estaba me regocijo en el alma, porque me va à mi parte como à cada hijo de vecino. Ahora yo te digo, Sancho, dijo Don Quijote, que eres un mentecato, y perdoname, y basta. Basta, dijo Don Fernando, y no se hable mas en esto; y pues la Señora Princesa dice que se encamine mañana, porque ya hoy es tarde, hagase asi, y esta noche la podremos pasar en buena conversacion hasta el venidero dia, donde todos acompañaremos al Señor Don Quijote, porque queremos ser testigos de las valerosas é inauditas hazañas que ha de hacer en el discurso de esta grande empresa que à su cargo lleva. Yo soy el que tengo de servirlos y acompañaros, respondió Don Quijote, y agradezco mucho la merced que

se me hace , y la buena opinion que de mi se tiene , la qual procurarè que salga verdadera , ó me costará la vida , y aun mas , si mas costarme puede. Muchas palabras de comedimiento y muchos ofrecimientos pasaron entre Don Quijote y Don Fernando ; pero á todo puso silencio un pasagero que en aquella sazón entró en la Venta , el qual en su trage mostraba ser Christiano recién venido de tierra de Moros ; porque venia vestido con una casaca de paño azul , corta de faldas , con medias mangas y sin cuello , los calzones eran asimismo de lienzo azul , con bonete de la misma color : traia unos borceguies datilados , y un alfange morisco puesto en un tahali , que le atravesaba el pecho. Entró luego tras él encima de un jumento una muger á la morisca vestida , cubierto el rostro con una toca en la cabeza : traia un bonetillo de brocado y vestida una almalafa que desde los hombros á los pies la cubria. Era el hombre de robusto y agraciado talle , de edad poco mas de quarenta años , algo moreno de rostro , largo de vigotes y la barba muy bien puesta : en resolticion , él mostraba en su postura , que si estuviera bien vestido le juzgaran por persona de calidad y bien nacida. Pidió en entretanto un aposento ; y como le dijeron que en la Venta no le habia mostró recibir pesadumbre ; y llegandose á la que en el trage parecia Mora , la apeó en sus

brazos. Luscinda, Dorotéa, la Ventera, su hija y Maritornes, llevadas del nuevo y para ellas nunca visto trage, rodearon á la Mora; y Dorotéa que siempre fue agradecida, comedida y discreta, pareciendole que así ella como el que la traía se congojaba por la falta del aposento, la dijo: No os dé mucha pena, Señora mia la incomodidad de regalo, que aquí falta, pues es propio de Ventas no hallarse en ellas: pero con todo esto, si gustaredes de pasar con nosotras (señalando á Luscinda) quizá en el discurso de este camino habreis hallado otros no tan buenos acogimientos. No respondió nada á esto la embozada, ni hizo otra cosa que levantarse de donde sentado se habia, y puestas entrambas manos cruzadas sobre el pecho, inclinada la cabeza, dobló el cuerpo en señal de que lo agradecia. Por su silencio imaginaron que sin duda alguna debia de ser Mora, y que no sabia hablar christiano. Llegó en esto el Cautivo que entendiendo en otra cosa hasta entonces habia estado, y viendo que todas tenían cercada á la que con él venia, y que ella á quanto le decian callaba, dijo: Señoras mias esta doncella apenas entiende mi lengua ni sabe hablar otra ninguna sino conforme á su tierra, y por esto no debe haber respondido ni responde á lo que se la ha preguntado. No se la pregunta otra cosa ninguna, respondió Luscinda, sino ofrecerla por

es-

esta noche nuestra compañía y parte del lugar donde nos acomodaremos, donde se le hará el regalo que la comodidad ofreciere, con la voluntad que obliga á servir á todos los extranjeros que de ello tuviesen necesidad, especialmente siendo muger á quien se sirve. Por ella y por mí, respondió el Cautivo, os beso, Señora mia, las manos y estimo mucho y en lo que es de razon la merced ofrecida, que en tal ocasion y de tales personas como vuestro parecer muestra, bien se echa de ver que ha de ser muy grande. Decidme, Señor, dijo Dorotea, esta Señora es Christiana ó Mora? porque el trage y el silencio nos hace pensar que es lo que no querriamos que fuese. Mora es en el trage y en el cuerpo, pero en el alma es muy grande Christiana; porque tiene grandisimo deseo de serlo. Luego no es bautizada? replicó Luscinda. No ha habido lugar para ello, respondió el Cautivo, y despues que salió de Argel su patria y tierra, y hasta ahora no se ha visto en peligro de muerte tan cercana que obligase á bautizarla sin que supiese primero todas las ceremonias que nuestra Madre la Santa Iglesia manda; pero Dios será servido que presto se bautice con la decencia que la calidad de su persona merece, que es mas de lo que muestra su habito y el mio. Estas razones puso gana en todos los que escuchandole estaban de saber quien fuese la Mora

y el Cautivo; pero nadie se lo quiso preguntar por entonces, por ver que aquella sazón era mas para procurarles descanso, que para preguntarles sus vidas. Dorotéa la tomó por la mano y la llevó á sentar junto á si, y la rogó que se quitase el embozo. Ella miró al Cautivo como si le preguntara que le dijese lo que decian y lo que ella haria. El en lengua Arabiga la dijo que la pedian se quitase el embozo, y que lo hiciese; y asi se lo quitó y descubrió un rostro tan hermoso que Dorotéa la tuvo por mas hermosa que á Luscinda, y Luscinda por mas hermosa que Dorotéa; y todos los circunstantes conocieron que si alguna se podria igualar al de las dos, era el de la Mora: y aun hubo algunos que la aventajaron en alguna cosa. Y como la hermosura tenga prerrogativa y gracia de reconciliar los animos, y atraer, las voluntades luego se rindieron todos al deseo de servir y acariciar á la hermosa Mora. Preguntó Don Fernando al Cautivo como se llamaba la Mora? El qual respondió que Lela Zorayda; y asi como esto oyó ella, entendió lo que le habian preguntado al Christiano; y dijo con mucha priesa llena de congoja y donayre: No, no Zorayda, Maria, Maria; dando á entender que se llamaba Maria, y no Zorayda. Estas palabras y el grande afecto con que la Mora las dijo, hicieron derramar mas de una lagrima á algunos de los que la

la escucharon, especialmente à las mugeres que de su naturaleza son tiernas y compasivas. Abrazóla Luscinnda con mucho amor, diciendola: Si, si, Maria, Maria. A lo qual respondió la Mora: Si, si, Maria, Zarayda macange, que quiere decir no. Ya en esto llegaba la noche, y por orden de los que venian con Don Fernando, habia el Ventero puesto diligencia y cuidado en aderezarles de cenar lo mejor que á el le fue posible. Llegada, pues la hora sentaronse todos á una larga mesa, como de tinelo, porque no la habia redonda ni quadrada en la Venta, y dieron la cabece-
ra y principal asiento, puesto que él lo rehusaba, á Don Quijote, el qual quiso que tuviese á su lado la Señora Micomicona, pues él era su guardador. Luego se sentaron Luscinnda y Zorayda, y frontero de ellas Don Fernando y Cardenio, y luego el Cautivo y los demás Caballeros; y al lado de las Señoras el Cura y el Barbero. Y así cenaron con mucho contento, y acrecentóseles mas viendo que dejando de comer Don Quijote, movido de otro semejante espíritu que el que le movió á hablar tanto como habló quando cenó con los Cabreros, comenzó á decir: verdaderamente, si bien se considera, señores míos, grandes é inauditas cosas ven los que profesan la Orden de la Andante Caballeria; si no, qual de los vivientes habrá en el mundo, que ahora por

la puerta de este castillo entrara, y de la suerte que estamos nos viera, que juzgara y creyera que nosotros somos quien somos? Quién podrá decir que esta Señora que está á mi lado es la gran Reyna que todos sabemos, y que yo soy aquel Caballero de la Triste Figura que anda por ahí en boca de la fama? Ahora no hay que dudar; sino que esta arte y ejercicio excede á todas aquellas y aquellos, que los hombres inventaron, y tanto mas se ha de tener en estima, quanto á mas peligros está sujeto. Quitenseme de delante los que dijeren que las letras hacen ventaja á las armas, que les diré y sean quien se fueren, que no saben lo que dicen; porque la razon que los tales suelen decir, y á las que ellos mas se atienen es, que los trabajos del espíritu exceden á los del cuerpo, y que las armas solo con el cuerpo se ejercitan, como si fuese su exercicio officio de ganapanes, para el qual no es menester mas de buenas fuerzas: ó como si en esto que llamamos armas los que las profesamos, no se encerrasen los actos de la fortaleza, los quales piden para executarlos mucho entendimiento: ó como si no trabajase el animo del guerrero que tiene á su cargo un Ejercito, ó á la defensa de una Ciudad sitiada, así con el espíritu como con el cuerpo; si no, véase si se alcanza con las fuerzas corporales á saber, y congeturar el intento del enemigo,

los

los designios, las estratagemas, las dificultades, el prevenir los daños que se temen, que todas estas cosas son acciones del entendimiento, en quien no tienen parte alguna el cuerpo. Siendo, pues, ansi que las armas requieren espíritu como las letras, veamos ahora qual de los dos espíritus, el del Letrado, ó el del Guerrero trabaja mas? Y esto se vendrá á conocer por el fin, y paradero á que cada uno se encamina; porque aquella intención se ha de estimar en mas, que tiene por objeto mas noble fin. Es el fin, y paradero de las letras (y no hablo ahora de las divinas que tienen por blanco llevar, y encaminar las almas al Cielo, que á un fin tan sin fin como este ninguno otro se le puede igualar: hablo de las letras humanas, que es su fin poner en su punto la justicia distributiva, y dar á cada uno lo que es suyo) entender y hacer que las buenas leyes se guarden: fin por cierto generoso, alto y digno de grande alabanza; pero no de tanta como merecè aquel á que las armas atienden, las quales tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden deseär en esta vida: y así, las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo, y tubieron los hombres fueron las que dieron los Angeles la noche que fue nuestro día, quando cantaron en los ayres: *Gloria sea en las alturas, y paz en la*
nup
tier-

tierra á los hombres de buena voluntad; y la salutacion que el mejor Maestro de la tierra y del Cielo enseñó á sus allegados y favorecidos, fue decirles que quando entrasen en alguna casa dijessen: *Paz sea en esta casa.* Y otras muchas veces les dijo: *Mi paz os doy, mi paz os dejo, y paz sea con vosotros.* Bien como joya y prenda dada y dejada de tal mano; joya, que sin ella en la tierra ni en el Cielo puede haber bien alguno. Esta paz es el verdadero fin de la guerra, que lo mismo es decir armas que guerra. Presupuesta, pues, esta verdad, que el fin de la guerra es la paz, y que en esto hace ventaja al fin de las letras, vengamos ahora á los trabajos del cuerpo del letrado, y al del profesor de las armas y vease quales son mayores. De tal manera y por tan buenos terminos iba prosiguiendo en su platica Don Quijote, que obligó á que por entonces ninguno de los que escuchandole estaban le tuviesen por loco; antes, como todos los mas eran Caballeros, á quien son anexas las armas, le escuchaban de muy buena gana, Y él prosigió, diciendo: Digo, pues, que los trabajos del estudiante son estos: Principalmente pobreza (no porque todos sean pobres, sino por poner este caso en todo el extremo que pueda ser) y en haber dicho que padece pobreza, me parece que no habia mas que decir de su mala ventura; porque
 quien

quien es pobre, no tiene cosa buena. Esta pobreza la padece por sus partes, ya en hambre, ya en frio, ya en desnudez, ya en todo junto, pero con todo eso no es tanta, que no coma, aunque sea un poco mas tarde de lo que se usa, y aunque sea de las sobras de los ricos: que es la mayor miseria del estudiante, esto que entre ellos llaman andar á la sopa. Tampoco les falta algun ageno brasero ó chimenea, que sino calienta, á lo menos entibia su frio; y en fin, la noche duermen debajo de cubierta. No quiero llegar á otras menudencias; conviene á saber, de la falta de camisas, y no sobra de zapatos, la raridad y poco pelo del vestido, ni aquel ahitarse con tanto gusto quando la buena suerte les depara algun banquete. Por este camino que he pintado, aspero y dificultoso, tropezando aqui, cayendo alli, levantandose acullá, tornando á caer acá, llegan al grado que desean; el qual alcanzado, á muchos hemos visto (que habiendo pasado por estas Sirtes, Scilas y Caribdis, como llevados en vuelo de la favorable fortuna) digo que los hemos visto mandar y gobernar el mundo desde una silla, trocada su hambre en hartura, su frio en refrigerio, su desnudez en galas, y su dormir en una estera, el reposar en olandas y damascos: precio justamente merecido de su virtud. Pero contrapuestos y comparados sus trabajos con los del milite guer-

guerrera, se quedan muy atrás en todo, como ahora diré.

CAPITULO XXXVIII.

Del curioso Discurso que hizo Don Quijote de las armas y las letras.



PROsiguiendo Don Quijote, dijo: Pues comenzamos en el Estudiante por la pobreza y sus partes, veamos si es mas rico el soldado, y veremos que no hay ninguno mas pobre en la misma pobreza, porque está atenido á la miseria de su paga, que viene ó tarde ó nunca, ó á lo que garbeare por sus manos, con notable peligro de su vida y de su conciencia; y á veces suele ser su desnudéz tan-

tanta , que un colete acuchillado le sirve de gala y de camisa , y en la mitad del Invierno le suele reparar de las inclemencias del Cielo , estando en la campaña rasa con solo el aliento de su boca , que como sale del lugar vacío , tengo por averiguado que debe de salir frío contra toda naturaleza. Pues esperad que espere que llegue la noche para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama que le aguarda ; la qual , sino es por su culpa , jamás pecará de estrecha , que bien puede medir en la tierra los pies que quisiere , y revolverse en ella á su sabor , sin temor que se le encojan las sabanas. Lleguese , pues , á todo esto el día y la hora de recibir el grado de su ejercicio. Lleguese un día de batalla , que allí le pondrán la borla en la cabeza hecha de hilas para curarle algun balazo que quizá le habrá pasado las sienas , ó le dejará estropeado de brazo ó pierna. Y quando esto no suceda , sino que el Cielo piadoso le guarde y conserve sano y vivo , podrá ser que se quede en la misma pobreza que antes se estaba , y que sea menester que suceda uno y otro reencuentro , una y otra batalla , y que de todas salga vencedor , para medrar en algo : mas estos milagros vense raras veces. Pero decidme , Señores , si habeis mirado en ello , quán menos son los premiados por la guerra que los que han perecido en ella ? Sin du-

duda habeis de responder que no tienen comparacion, ni se pueden reducir á cuenta los muertos, y que se podrán contar los premiados vivos con tres letras de guarismo. Todo esto es al revés en los letrados, porque de faldas, que no quiero decir de mangas, todos tienen en que entretenerse; así que aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio. Pero á esto se puede responder, que es mas facil premiar á dos mil letrados que á treinta mil soldados; porque aquellos se premian con darles officios, que por fuerza se han de dar á los de su profesion; y á estos no se pueden premiar sino con la misma hacienda del Señor á quien sirven; y esta imposibilidad fortifica mas la razon que tengo. Pero dejemos esto aparte, que es laberinto de muy dificultosa salida, sino volvamos á la preeminencia de las armas con las letras, materia que hasta ahora está por averiguar, segun son las razones que cada uno de su parte alega: y entre las que he dicho, dicen las letras que sin ellas no se podrían sustentar las armas, porque la guerra tambien tiene sus leyes y está sujeta á ellas; y que las leyes caen debajo de lo que son letras y letrados. A esto responden las armas, que las leyes no se podrán sustentar sin ellas; porque con las armas se defienden las Republicas, se conservan los Reynos, se guardan las

ciu-

Ciudadés, se aseguran los caminos, se despojan los mares de corsarios; y finalmente, si por ellas no fuesen las Republicas, los Reynos las Monarquias, las Ciudades, los caminos de mar y tierra estarian sujetos al rigor y á la confusion que trae consigo la guerra el tiempo que dura, y tiene licencia de usar de sus privilegios y da sus fuerzas. Y es razon averiguada, que aquello que mas cuesta, se estima y debe de estimar en mas. Alcanzar alguno á ser eminente en letras, le cuesta tiempo, vigiliass, hambre, desnudez, vahidos de cabeza, indigestiones de estomago, y otras cosas á estas adherentes que en parte ya las tengo referidas. Mas llegar uno por sus terminos á ser buen soldado, le cuesta todo lo que al estudiante en tanto mayor grado, que no tiene comparacion, porque á cada paso está á pique de perder la vida. Y qué temor de necesidad y pobreza puede llegar ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene un soldado que hallandose cercado en alguna fuerza, y estando de posta ó guarda en algun rebelin, ó caballero, siente que los enemigos estan mirando ácia la parte donde él está, y no puede apartarse de allí por ningun caso, ni huir el peligro que de tan cerca le amenaza? Solo lo que puede hacer, es dar noticia á su Capitan de lo que pasa, para que lo remedie con alguna contingencia, y él estarse quedo,

te-

temiendo y esperando quando improvisamente ha de subir á las nubes sin alas , y bajar al profundo sin su voluntad ? Y si este parece pequeño peligro , veamos si le iguala ó hace ventaja el de investirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso , las quales enclavijadas y trabadas , no le queda al soldado mas espacio del que concede dos pies de tabla del espolon ? Y con todo esto viendo que tiene delante de si tantos ministros de la muerte que le amenazan , quantos cañones de artilleria se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza , y viendo que al primer descuido de los pies iria á visitar los profundos senos de Neptuno ? Y con todo esto , con intrepido corazon llevado de la honra que le incita , se pone á ser blanco de tanta arcabuceria , y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario. Y lo que mas es de admirar , que apenas uno ha caido donde no se podrá levantar hasta el fin del mundo , quando otro ocupa su mismo lugar : y si este tambien cae en el mar , que como á enemigo le aguarda , otro y otro le succede , sin dar tiempo al tiempo de sus muertes ; valentia y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra! Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artilleria , á
cu-

cuyo inventor tengo para mi, que en el infierno se le está dando el premio de su diabolica invencion, con la qual diò causa á que un infame y cobarde brazo quite la vida á un valeroso Caballero; y que sin saber como ó por donde, en la mitad del corage y brio que enciende y anima á los valientes pechos, llega una desmayada bala (disparada de quien quizá huyó y se espantò del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita maquina) y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecia gozar luengos siglos. Y asi, considerando esto, estoy por decir que en el alma me pesa de haber tomado este exercicio de Caballero Andante en edad tan detestable como es esta en que ahora vivimos; porque aunque á mí ningun peligro me pone miedo, todavia me pone recelo pensar si la polvora y el estaño me han de quitar la ocasion de hacerme famoso y conocido por el valor de mi brazo y filos de mi espada por todo el descubierto de la tierra. Pero haga el Cielo lo que fuere servido, que tanto seré mas estimado, si salgo con lo que pretendo, quando á mayores peligros me he puesto que se pusieron los Caballeros Andantes de los pasados siglos. Todo este largo preambulo dijo Don Quijote, en tanto que los demás cenaban, olvidandose de llevar bocado á la boca, puesto que algunas

veces le habia dicho Sancho Panza que cesase, que despues habria lugar para decir todo lo que quisiese. En los que escuchado le habian sobrevino nueva lastima de ver que un hombre que al parecer tenia buen entendimiento y buen discurso en todas las cosas que trataba, le hubiese perdido tan rematadamente en tratandole de su negra y pizmienta Caballeria. El Cura le dijo que tenia mucha razon en todo quanto habia dicho en favor de las armas, y que él, aunque letrado y graduado, estaba de su mismo parecer. Acabaron de cenar, levantaron los manteles, y entretanto que la Ventera, su hija, y Maritornes aderezaban el camaranchon de Don Quijote de la Mancha, donde habian determinado que aquella noche las mugeres solas en él se recogiesen, Don Fernando rogò al cautivo les contase el discurso de su vida, porque no podia ser sino que fuese peregrino y gustoso, segun las muestras que habia comenzado á dar, viniendo en compañía de Zorayda. A lo qual respondió el cautivo que de muy buena gana haria lo que se le mandaba, y que solo temia que el cuento no habia de ser tal que les diese el gusto que él deseaba; pero que con todo eso, por no faltar en obedecerle, lo contaria. El Cura y todos los demás se lo agradecieron, y de nuevo se lo rogaron; y él viendose rogar de tantos,

tos dijo: Que no eran menester ruegos adonde el mandar tenia tanta fuerza: y así estén vuestras mercedes atentos, y oirán un discurso verdadero, á quien podrá ser que no llegasen los mentirosos, que con curiosos y pensado artificio suelen componerse. Con esto que dijo, hizo que todos se acomodasen y le prestasen un grande silencio; y él viendo que ya callaban, y esperaban lo que decir quisiese, con voz agradable y reposada comenzó á decir de esta manera.

CAPITULO XXXIX.

Donde el cautivo cuenta su vida y sucesos.

EN un lugar de las montañas de León tuvo principio mi linage, con quien fue mas agradecida y liberal la naturaleza que la fortuna, aunque en la estrañeza de aquellos pueblos todavia alcanzaba mi padre fama de rico: y verdaderamente lo fuera, si así se diera maña á conservar su hacienda, como no la daba en gastarla; y la condicion que tenia de ser liberal y gastador le procedió de haber sido soldado los años de su juventud; que es escuela la soldadesca, donde el mezquino se hace franco, y el franco prodigo, y si algunos soldados se hallan miserables, son como monstruos que se ven raras veces. Pa-

saba mi padre los terminos de la liberalidad, y rayaba en los de ser prodigo: cosa que no le es de ningun provecho al hombre casado y que tiene hijos que le han de suceder en el nombre y en el ser. Los que mi padre tenia eran tres, todos varones y todos de edad de poder elegir estado. Viendo pues mi padre que segun él decia, no podia irse á la mano contra su condicion, quiso privarse de el instrumento y causa que le hacia gastador y dadivoso, que fue privarse de la hacienda, sin la qual el mismo Alejandro parecia estrecho. Y asi llamandonos un dia á todos tres á solas en un aposento, nos dijo unas razones semejantes á las que ahora diré: Hijos, para deciros que os quiero bien basta saber y decir que sois mis hijos; y para entender que os quiero mal, basta saber que no me voy á la mano en lo que toca á conservar vuestra hacienda. Pues para que entendais desde aqui adelante que os quiero como padre, y que no os quiero destruir como padrastro, quiero hacer una cosa con vosotros, que ha muchos dias que la tengo pensada, y con madura consideracion dispuesta. Vosotros estais ya en edad de tomar estado, ó á lo menos de elegir exercicio tal, que quando mayores os honre y aproveche, y lo que he pensado es hacer de mi hacienda quatro partes, las tres os dare á vosotros, á cada uno lo que

le

le tocare , sin exceder en cosa alguna ; y con la otra me quedaré yo para vivir y sustentarme los dias que el Cielo fuese servido de darme de vida ; pero querria que despues que cada uno tuviese en su poder la parte que le toca de su hacienda , siguiese uno de los caminos que le diré. Hay un refran en nuestra España, á mi parecer muy verdadero , como todos lo son, por ser sentencias breves , sacadas de la lengua y discreta experiencia ; y el que yo digo dice : Iglesia, ó Mar, ó Casa Real ; como si mas claramente dijera : Quien quisiere valer y ser rico , siga ó la Iglesia , ó navegue ejercitando el arte de la mercancia , ó entre á servir á los Reyes en sus casas ; porque dicen: Mas vale migaja de Rey , que merced de Señor. Digo esto porque querria , y es mi voluntad que uno de vosotros siguiese las letras , el otro la mercancia , y el otro sirvisiese al Rey en la guerra , pues es dificultoso entrar á servirle en su casa , que ya que la guerra no dé muchas riquezas , suele dar mucho valor y mucha fama. Dentro de ocho dias os daré toda vuestra parte en dineros , sin defraudaros en un ardite , como lo vereis por la obra. Decidme ahora si quereis seguir mi parecer y consejo en lo que os he propuesto ; y mandandome á mi , por ser el mayor que respondiese despues de haberle dicho que no se deshiciese de la hacienda , sino que gastase todo lo

que fuese su voluntad, que nosotros eramos mozos para saber ganarla, vine á concluir en que cumpliria su gusto, y que el mio era seguir el exercito de las armas sirviendo en él á Dios y á mi Rey. El segundo hermano hizo los mismos ofrecimientos, y escogió el irse á las Indias, llevando empleada la hacienda que le cupiese. El menor, y á lo que yo creo, el mas discreto, dijo que queria seguir la Iglesia, ò irse á acabar sus comenzados estudios á Salamanca. Asi como acabamos de concordarnos y escoger nuestros exercicios, mi padre nos abrazó á todos, y con la brevedad que dijo puso por obra todo quando nos habia prometido, y dando á cada uno su parte, que á lo que se me acuerda fueron á cada uno tres mil ducados en dinero, porque un nuestro tio comprò toda la hacienda, y la pagó de contado, á fin de que no saliese del tronco de la casa. En un mismo dia nos despedimos todos tres de nuestro buen padre, y en aquel mismo, pareciendome á mi ser inhumanidad que mi padre quedase viejo y con tan poca hacienda, hice con él que de mis tres mil tomase los dos mil ducados, porque á mi me bastaba el resto para acomodarme de lo que habia menester un soldado. Mis dos hermanos, movidos de mi exemplo, cada uno le diò mil ducados, de modo que á mi padre le quedaron quatro mil en dinero, y
mas

mas de tres mil que á lo que parece valia la hacienda que le cupo, que no quiso vender, sino quedarse con ella en raices. Digo en fin que nos despedimos de el y de aquel nuestro tío que he dicho, no sin mucho sentimiento y lagrimas de todos, encargandonos que le hiciesemos saber todas las veces que hubiese comodidad para ello de nuestros sucesos, prosperos, ó adversos. Prometimoselo, y abrazandonos, y echandonos su bendicion, el uno tomó el viage de Salamanca, el otro de Sevilla, y yo el de Alicante, adonde tuve nuevas que habia una nave Genovesa que cargaba alli lana para Genova. Este hará veinte y dos años que salí de casa de mi padre, y en todos ellos, puesto que he escrito algunas cartas; no he sabido de él, ni de mis hermanos nueva alguna; y lo que en este discurso de tiempo he pasado, lo diré brevemente. Embarquéme en Alicante, llegué con prospero viage á Genova, fui desde alli á Milán, donde me acomodé de armas y de algunas galas de soldado, de donde quise ir á sentar mi plaza al Piamonte; y estando ya de camino para Alejandria de la Palla, tuve nuevas que el gran Duque de Alva pasaba á Flandes. Mudé proposito, fuime con él, servirle en las jornadas que hizo, hallème en la muerte de los Condes de Eguemon y de Hornos, alcancé á ser Alferéz de un famoso Capitan de

Guadalajara llamado Diego de Urbina; y al cabo de algun tiempo que llegué á Flandes, se tuvo nueva de la liga que en la Santidad del Papa Pio V. (de felice recordacion) habia hecho con Venecia y con España contra el enemigo comun, que es el Turco, el qual en aquel mismo tiempo habia ganado con su armada la famosa Isla de Chipre, que estaban debajo del dominio de Venecianos: pérdida lamentable y desdichada! Supose cierto que venia por Generales de esta liga el Serenissimo Don Juan de Austria, hermano natural de nuestro buen Rey Don Felipe. Divulgòse el grandisimo aparato de guerra que se hacia; todo lo qual me incitó y conmovió el animo y el deseo de verme en la jornada que se esperaba; y aunque tenia barruntos y casi premisas ciertas de que en la ocasion primera que se ofreciese sería promovido á Capitan, lo quise dejar todo y venirme como me vine á Italia; y quiso mi buena suerte que el Señor Don Juan de Austria acababa de llegar á Genova, que pasaba á Napoles á juntarse con la armada de Venecia, como despues lo hizo en Mecina. Digo en fin que yo me hallé en aquella felicissima jornada ya hecho Capitan de Infanteria, á cuyo honroso cargo me subió mi buena suerte, mas que mis merecimientos; y aquel dia que fue para la Christianidad tan dichoso, porque en él se desengañó el

el mundo, y todas las naciones del error en que estaban, creyendo que los Turcos eran invencibles por la mar; en aquel dia, digo, donde quedò el orgullo y soberbia Otomana quebrantada, entre tantos venturosos como alli hubo, porque mas ventura tuvieron los Christianos que alli murieron, que los que vivos y vencedores quedaron, yo solo fui el desdichado, pues en cambio de que pudiera esperar, si fuera en los Romanos siglos, alguna naval corona, me vi aquella noche que siguiò á tan famoso dia con cadenas á los pies, y esposas á las manos; y fue de esta suerte: Que habiendo el Uchali, Rey de Argel, atrevido y venturoso Corsario, investido y rendido la Capitana de Malta, que solos tres Caballeros quedaron vivos en ella, y estos mal heridos, acudió la Capitana de Juan Andrea á socorrerla, en la qual yo iba con mi compañía, y haciendo lo que debia en ocasion semejante, salté en la galera contraria, la qual desviandose de la que le habia investido, estorvó que mis soldados me siguiesen, y así me hallé solo entre mis enemigos, á quien no pude resistir por ser tantos; en fin me rindieron lleno de heridas; y como ya habreis, Señores, oido decir, que el Uchali se salvó con toda su esquadra, y vine yo á quedar cautivo en su poder, y solo fui el triste entre tantos alegres, y el cautivo entre tantos libres,
por-

porque fueron quince mil Christianos los que aquel dia alcanzaron la deseada libertad, que todos venian al remo en la Turquesca armada. Llevaronme á Constantinopla, donde el gran Turco Selin hizo General de la mar á mi amo, porque habia hecho su deber en la batalla, habiendo llevado por muestra de su valor el Estandarte de la Religion de Malta. Halléme el segundo año, que fue el de setenta y dos, en Navarino bogando en la Capitana de los tres fanales. Vi y noté la ocasion que alli se perdió de no coger en el puerto toda la armada Turquesca, porque todos los Levantes y Genizaros que en ella venian, tuvieron por cierto que les habian de investir dentro del mismo puerto, y tenian á punto su ropa y pasamaques, que son sus zapatos, para huirse luego por tierra, sin esperar ser combatidos: tanto era el miedo que habian cobrado á nuestra armada. Pero el Cielo lo ordenò de otra manera, no por culpa ni descuido del General que á los nuestros regia, sino por los pecados de la Christiandad, y porque quiere y permite Dios que tengamos siempre verdugos que nos castiguen. En efecto, el Uchali se recogió á Mondon, que es una Isla que está junto á Navarino, y echando la gente en tierra, fortificó la boca del puerto, y estuvo quedo hasta que el Señor Don Juan se volvió. En este viage se tomó la Galera,
que

que se llamaba la Presa, de quien era Capitan un hijo de aquel famoso Corsario Barbarroja: tomola la Capitana de Napoles, llamada la Loba, regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los soldados, por aquel venturoso y jamás vencido Capitan Don Alvaro de Bazan, Marqués de Santa Cruz; y no quiero dejar de decir lo que sucedió en la presa de la Presa. Era tan cruel el hijo de Barbarroja, y trataba tan mal á sus cautivos, que asi como los que venian al remo vieron que la Galera Loba les iba entrando, y que los alcanzaba, soltaron todos á un tiempo los remos, y asieron de su Capitan que estaba sobre el estanterol gritando que bogasen apriesa; y pasandole de banco en banco, de popa á proa, le dieron tales bocados, que á poco mas que pasó del arbol, ya habia pasado su anima al infierno: tal era como he dicho la crueldad con que los trataba, y el odio que ellos le tenian. Volvimos á Constantinopla, y el año siguiente, que fue el de setenta y tres, se supo en ella como el Señor Don Juan habia ganado á Tunez, y quitado aquel Reyno á los Turcos, y puesto en posesion de él á Muley Hamet, cortando las esperanzas que de volver á reynar en él tenia Muley Hamida, el Moro mas cruel y mas valiente que tuvo el mundo. Sintió mucho esta pérdida el Gran Turco, y usando de la saga-
ci-

cidad que todos los de su casa tienen, hizo paz con los Venecianos, que mucho mas que él la deseaban; y el año siguiente de setenta y quatro acometió á la Goleta, y al Fuerte que junto á Tunez habia dejado medio levantado el Señor Don Juan. En todos estos trances andaba yo al remo, sin esperanzas de libertad alguna; á lo menos no esperaba tenerla por rescate, porque tenia determinado de no escribir las nuevas de mi desgracia á mi padre. Perdióse en fin la Goleta, perdióse el Fuerte, sobre las quales plazas hubo de soldados Turcos pagados setenta y cinco mil, y de Moros y Alarabes de toda la Africa mas de quatrocientos mil, acompañado este gran numero de gente con tantas municiones y pertrechos de guerra, y con tantos gastadores, que con las manos, y á puñados de tierra pudieran cubrir la Goleta y el Fuerte. Perdióse primero la Goleta, tenida hasta entonces por inexpugnable, y no se perdió por culpa de sus defensores, los quales hicieron en su defensa todo aquello que debian y podian, sino porque la experiencia mostró la facilidad con que se podian levantar trincheras en aquella desierta arena, porque á dos palmos se hallaba agua, y los Turcos no la hallaron á dos varas; y así con muchos sacos de arena levantaron las trincheras tan altas, que sobrepajaban las murallas de la fuerza, y tirándole

le á Caballero , ninguno podia parar ni asistir á la defensa. Fue comun opinion que no se habian de encerrar los nuestros en la Goleta, sino esperar en campaña al desembarcadero, y los que esto dicen hablan de lejos y con poca experiencia de casos semejantes , porque si en la Goleta y en el Fuerte apenas habia siete mil soldados , cómo podia tan poco numero (aunque mas esforzados fuesen) salir á la campaña , y quedar en las fuerzas contra tanto como era el de los enemigos ? Y cómo es posible dejar de perderse fuerza que no es socorrida , y mas quando la cercan enemigos muchos y porfiados , y en su misma tierra ? Pero á muchos les pareció , y asi me pareció á mi que fue particular gracia y merced que el Cielo hizo á España , en permitir que se asolase aquella oficina y capa de maldades, y aquella gomia ó esponja y polilla de la infinidad de dineros que alli sin provecho se gastaban , sin servir de otra cosa , que de conservar la memoria de haberla ganado la felicissima del invictisimo Carlos Quinto , como si fuera menester para hacerla eterna (como lo es y será) que aquellas piedras las sustentaran. Perdióse tambien el Fuerte , pero fueronle ganando los Turcos palmo á palmo, porque los soldados que lo defendian pelearon tan valerosa y fuertemente , que pasaron de veinte y cinco mil ennmgigos los que mata-

ron

ron en veinte y dos asaltos generales que les dieron. Ninguno cautivaron sano de trescientos que quedaron vivos: señal cierta y clara de su esfuerzo y valor, y de lo bien que habian defendido y guardado sus plazas. Rindióse á partido un pequeño fuerte ó torre que estaba en mitad del estaño á cargo de Don Juan Zanoguera, Caballero Valenciano y famoso soldado. Cautivaron á Don Pedro Portocarrero, General de la Goleta, el qual hizo quanto fue posible por defender su fuerza, y sintió tanto el haberla perdido, que de pesar murió en el camino de Constantinopla, donde le llevaban cautivo. Cautivaron asimismo al General del Fuerte que se llamaba Gabrio Cervellon, Caballero Milanés, grande ingeniero y valentísimo soldado. Murieron en estas dos fuerzas muchas personas de cuenta, de las quales fue una Pagan de Oria, Caballero del Avito de San Juan, de condicion generoso, como lo mostró la suma liberalidad que usó con su hermano el famoso Juan Andrea de Oria; y lo que mas hizo lastimosa su muerte, fue haber muerto á manos de unos Alarabes de quien se fió, viendo ya perdido el Fuerte, que se ofrecieron de llevarle en habito de Moro á Tabarca, que es un puertezuelo ó casa que en aquellas riberas tienen los Genoveses, que se exercitan en la pesqueria del coral, los quales Alarabes

bes, le cortaron la cabeza, y se la trajeron al General de la armada Turquesca, el qual cumplió con ellos nuestro refran castellano: Que aunque la traycion aplace, el traydor se aborrece; y así se dice que mandó el General ahorcar á los que le trajeron el presente, porque no se le habian traído vivo. Entre los Christianos que en el Fuerte se perdieron fue uno llamado Don Pedro de Aguilar, natural de no sé que lugar del Andalucía, el qual habia sido Alfez en el Fuerte, soldado de mucha cuenta y de raro entendimiento; especialmente tenia particular gracia en lo que llaman poesia. Digo porque su suerte le trajo á mi galera y á mi barco, y á ser esclavo de mi mismo Patron; y antes que nos partiesemos de aquel puerto hizo este Caballero dos sonetos á manera de epitafios, el uno á la Goleta, y el otro al Fuerte; y en verdad que los tengo de decir, porque los sé de memoria, y creo que antes causará gusto que pesadumbre. En el punto que el cautivo nombró á Don Pedro de Aguilar, D. Fernando miró á sus camaradas, y todos tres se sonrieron, y quando llegó á decir de los soneto dijo el uno: Antes que v. md. pase adelante, le suplico me diga qué se hizo ese Don Pedro de Aguilar que ha dicho? Lo qué sé es, respondió el cautivo, que al cabo de dos años que estuvo en Constantinopla, se huyó en traje de arnaute con un Griego espia, y no sé si

vino en libertad , puesto que creo que sí , porque de allí á un año vi yo al Griego en Constantinopla , y no le pude preguntar el suceso de aquel viage. Pues no fue , respondió el Caballero , porque ese Don Pedro es mi hermano , y está ahora en nuestro lugar bueno , rico , casado y con tres hijos. Gracias sean dadas á Dios , dijo el cautivo , por tantas mercedes como le hizo , porque no hay en la tierra conforme á mi parecer , contento que se iguale á alcanzar la libettad perdida ; y mas , replicó el Caballero , que yo sé los sonetos que mi hermano hizo. Digalos pues vuestra merced , dijo el cautivo , que lo sabrá decir mejor que yo. Que me place , respondió el Caballero ; y el de la Goleta decia asi :

CAPITULO XL.

Donde es prosigue la historia del Cautivo.

SONETO.

Almas dichosas que del mortal velo
Libres y esentas, por el bien que obrasteis,
Desde la vaja tierra os levantasteis
A lo mas alto y lo mejor del Cielo;
Y ardiendo en ira y en honroso zelo,
De los cuerpos la fuerza excitasteis,
Que en propia y sangre agena colorasteis
El mar vecino y arenoso suelo.
Primero que el valor faltó la vida
En los cansados brazos, que muriendo,
Con ser vencidos llevan la victoria.
Y esta vuestra mortal triste caida,
Entre el muro y el hierro os va adquiriendo
Fama que el Mundo os da, y el Cielo gloria.

De esa misma manera le se yo, dijo el Cautivo. Pues el del Fuerte, si mal no me acuerdo, dijo el Caballero, dice así:

SONETO.

DE entre esta tierra esteril derribada,
 De estos terrones por el suelo echados,
 Las almas santas de tres mil soldados
 Subieron vivas á mejor morada,
 Siendo primero en vano ejercitada
 La fuerza de sus brazos esforzados,
 Hasta que al fin de pocos, y cansados,
 Dieron la vida al filo de la espada;
 Y este es el suelo que continuo ha sido
 De mil memorias lamentables lleno,
 En los pasados siglos y presentes;
 Mas no mas justas de su duro seno
 Habrán al claro Cielo almas subido,
 Ni aun él sostuvo cuerpos tan valientes.

No parecieron mal los Sonetos, y el Cau-
 tivo se alegró con las nuevas que de su ca-
 marada le dieron y prosiguiendo su cuento,
 dijo: Rendidos, pues, la Goleta y el Fuerte,
 los Turcos dieron orden en desmantelar la Go-
 leta, porque el Fuerte quedó tal, que no hubo
 que poner por tierra; y para hacerlo con mas
 brevedad y menos trabajo, la minaron por tres
 partes, pero en ninguna se pudo volar lo que
 parecia menos fuerte, que eran las murallas
 viejas, y todo aquello que habia quedado en
 pie de la fortificacion nueva que habia hecho

el Fratin, con mucha facilidad vino á tierra: en resolucion, la Armada volvió á Constanti-
noplá triunfante y vencedora, y de allí á po-
cos meses murió mi amo el Uchali, al qual
llamaban Uchali Fartax, que quiere decir en
lengua Turquesa el Renegado tiñoso, porque
lo era, y es costumbre entre los Turcos, po-
nerse nombres de alguna falta que tengan, ó de
alguna virtud que en ellos haya; y esto es por-
que no hay entre ellos sino quatro apellidos
de linages que descenden de la Casa Otoma-
na, y los demás, como tengo dicho, toman
nombre y apellido ya de las tachas del cuer-
po, y ya de las virtudes del animo, y este ti-
ñoso bajó al remo, siendo esclavo del gran Se-
ñor catorce años, y á mas de los treinta y qua-
tro de su edad renegó de despecho de que un
Turco estando al remo le dió un bofeton, y
por poderse vengar dejó su Fé; y fue tanto su
valor, que sin subir por los torpes medios y
caminos que los Privados del Gran Turco su-
ben, vino á ser Rey de Argél, y despues á ser
General de la mar, que es el tercero cargo que
hay en aquel Señorío. Era Calabrés de Nacion, y
moralmente fue hombre de bien y trataba con mu-
cha humildad á sus Cautivos, que llegó á tener
tres mil, los quales despues de su muerte se repar-
tieron como él lo dejó en su testamento, entre el
Gran Señor, (que tambien es hijo heredero de
quantos mueren, y entra á la parte con los mas

hijos que deja el difunto) y entre sus Renegados. Yo cupe á un Renegado Veneciano, que siendo grumete de una nave le cautivó el Uchali, y le quiso tanto que fue uno de los mas regalados garzones suyos, y él vino á ser el mas cruel Renegado que jamás se ha visto. Llamabase Azanaga, y llegó á ser muy rico y á ser Rey de Argel, con el qual yo vine de Constantinopla algo contento, por estar tan cerca de España, no porque pensase escribir á nadie el desdichado suceso mio, sino por ver si me era mas favorable la suerte en Argel que en Constantinopla, donde ya habia probado mil maneras de huirme, y ninguna tuvo sazón ni ventura, y pensaba en Argel buscar otros medios de alcanzar lo que tanto deseaba, porque jamás me desamparó la esperanza de tener libertad; y quando en lo que fabricaba, pensaba y ponía por obra, no correspondia el suceso á la intencion, luego sin abandonarme fingia y buscaba otra esperanza que me sustentase, aunque fuese debil y flaca. Con esto entretenia la vida encerrado en una prision ó casa que los Turcos llaman Baño, donde encierran los cautivos Christianos, así los que son del Rey, como de algunos particulares, y los que llaman del Almacén, que es como decir cautivos del Consejo, que sirven á la Ciudad en las obras publicas que hace, y en otros officios; y estos tales cautivos tienen muy di-

ficultosa su libertad , que como son del comun , y no tienen amo particular , no hay con quien tratar su rescate aunque le tengan. En estos Baños , como tengo dicho , suelen llevar á sus cautivos algunos particulares del pueblo , principalmente quando son de rescate , porque allí los tienen holgados y seguros hasta que venga su rescate. Tambien los cautivos del Rey que son de rescate no salen al trabajo con la demás chusma , si no es quando se tarda su rescate , que entonces por hacerles que escriban por él con mas ahinco les hacen trabajar é ir por leña con los demás , que es un no pequeño trabajo. Yo , pues , era uno de los del rescate , que como se supo que era Capitan , puesto que les dije mi poca posibilidad y falta de hacienda , no aprovechó nada para que no me pusiesen en el numero de los Caballeros y gente de rescate. Pusieronme una cadena , mas por la señal de rescate que por guardarme con ella , y asi pasaba la vida en aquel Baño con otros muchos Caballeros y gente principal , señalados y tenidos por de rescate ; y aunque la hambre y desnudez pudiera fatigarnos á veces y aun casi siempre , ninguna cosa nos fatigaba tanto como oír y ver á cada paso las jamás vistas ni oidas crueldades que mi amo usaba con los Christianos. Cada dia ahorcaba el suyo , empalaba este , desorejaba aquel , y esto por tan poca ocasion y tan sin ella , que

los Turcos conoçian que lo hacian no mas de por hacerlo y por ser natural condicion suya ser homicida de todo el genero humano. Solo libró bien con él un soldado Español, llamado tal de Saavedra, el qual con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamás le dió palo, ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra: y por la menor cosa de muchas que hizo temiamos todos que habia de ser empalado, y así lo temió él mas de una vez; y si no fuera porque el tiempo no da lugar, yo dijera ahora algo de lo que este soldado hizo, que fuera parte para entreteneros y admiraros harto mejor que con el cuento de mi historia. Digo, pues, que encima del patio de nuestra prision caian las ventanas de la casa de un Moro rico y principal, las quales como de ordinario son las de los Moros, mas eran agujeros que ventanas, y aun estas se cubrian con zelosias muy espesas y apretadas. Acaeciò, pues que un dia estando en un terrado de nuestra prision con otros tres compañeros haciendo pruebas de saltar con las cadenas, por entretener el tiempo estando solos, porque todos los demás Christianos habian salido á trabajar, alcé acaso los ojos, y vi que por aquellas cerradas ventanillas que he dicho, parecia una caña y al remate de ella puesto un lienzo atado, y la caña se estaba blandiendo y moviendo-

dose, casi como si hiciera señas que llegásemos á tomarla. Miramos en ello, y uno de los que conmigo estaban fue á ponerse debajo de la caña por ver si la soltaban ó lo que hacian; pero asi como llegó alzaron la caña, y la movieron á los dos lados como si dijeran no con la cabeza. Volvióse el Christiano y tornaronla á bajar y hacer los propios movimientos que primero. Fue otro de mis compañeros, y sucedióle lo mismo que al primero. Finalmente, fue el tercero, y avinole lo que al primero y al segundo. Viendo yo esto, no quise dejar de probar la suerte, y asi como llegué á ponerme, debajo de la caña la dejaron caer y dió á mis pies dentro del Baño, acudi luego á desatar el lienzo en el qual vi un nudo y dentro de él venian diez zianiyys, que son unas monedas de oro bajo que usan los Moros, que cada una vale diez reales de los nuestros. Si me holgué con el hallazgo no hay para qué decirlo, pues fue tanto el contento como la admiracion de pensar de donde podia venirnos aquel bien, especialmente á mi, pues las muestras de no haber querido soltar la caña sino á mi claro decian que á mi se hacia la merced. Tomé mi buen dinero, quebré la caña volvíme al terradillo, miré la ventana, y vi que por ella salia una muy blanca mano, que la abrian y cerraban muy apriesa. Con esto entendimos ó imaginamos que alguna muger que en aquella ca-

sa vivía nos debía de haber hecho aquel beneficio ; y en señal de que lo agradeciamos hicimos zalemas á uso de Moros, inclinando la cabeza , doblando el cuerpo, y poniendo los brazos sobre el pecho. De allí á poco sacaron por la misma ventana una pequeña cruz hecha de cañas y luego la volvieron á entrar. Esta señal nos confirmó en que alguna Christiana debía de estar cautiva en aquella casa , y era la que el bien nos hacia ; pero la blancura de la mano y las ajorcas que en ellas vimos , nos deshizo este pensamiento , puesto que imaginamos que debía de ser Christiana renegada , á quien de ordinario suelen tomar por legitimas mugeres sus mismos amos : y aun lo tienen á ventura , porque las estiman en mas que las de su nacion. En todos nuestros discursos dimos muy lejos de la verdad del caso , y asi todo nuestro entretenimiento desde allí adelante era mirar y tener por norte á la ventana donde nos habia aparecido la estrella de la caña ; pero bien se pasaron quince dias en que no la vimos , ni la mano tampoco , ni otra señal alguna ; y aunque en este tiempo procuramos con toda solicitud saber quien en aquella casa vivia , y si habia en ella alguna Christiana renegada, jamás hubo quien nos dijese otra cosa, sino que allí vivia un Moro principal y rico llamado Aguimorato, Alcayde que habia sido de la Pata , que es oficio ente ellos de mucha calidad ;

mas

mas quando mas descuidados estabamos de que por alli habian de llover mas zianys , vimos á deshora parecer la caña y otro lienzo en ella con otro nudo mas crecido : y esto fue à tiempo que estaba el Baño como la vez pasada solo y sin gente. Hicimos la acostumbrada prueba yendo cada uno primero que yo de los mismos tres que estabamos ; pero á ninguno se rindió la caña sino á mi , porque en llegando yo la dejaron caer. Desaté el nudo y hallé quarenta escudos de oro Españoles y un papel escrito en Arabigo , y al cabo de lo escrito hecha una grande cruz. Besé la cruz , tomé los escudos , volvime al terrado , hicimos todos nuestras zalemas, tornó á parecer la mano, hice señas que leeria el papel , y cerraron la ventana. Quedamos todos confusos y alegres con lo sucedido , y como ninguno de nosotros no entendia el Arabigo , era grande el desco que teniamos de entender lo que el papel contenia , y mayor la dificultad de buscar quien lo leyese. En fin , yo me determiné de fiarme de un Renegado natural de Murcia que se habia dado por grande amigo mio , y puestoprendas entre los dos que le obligaban á guardar el secreto que le encargase : porque suelen algunos Renegados quando tienen intencion de volverse á tierra de Christianos traer consigo algunas firmas de cautivos principales en que dan fé en la forma que pueden , como el
tal

tal Renegado es hombre de bien, y que siempre ha hecho bien á Christianos, y que lleva deseo de huirse en la primera ocasion que se le ofrezca. Algunos hay que procuran estas fés con buena intencion: otros se sirven de ellas acaso y de industria, que viniendo á robar à tierra de Christianos, si á dicha se pierden ó los cautivan, sacan sus firmas y dicen que por aquellos papeles se verá el proposito con que venian, el qual era de quedarse en tierra de Christianos, y que por eso venian en corso con los demás Turcos. Con esto se escapan de aquel primer impetu, y se reconcilian con la Iglesia, sin que se les haga daño, y quando ven la suya se vuelven á Berberia á ser lo que antes eran. Otros hay que usan de estos papeles, y los procuran con buen intento, y se quedan en tierra de Christianos. Pues uno de los Renegados que he dicho era este amigo, el qual tenia firmas de todos nuestros camaradas, donde le acreditamos quanto era posible, y si los Moros le hallaran estos papeles le quemaran vivo. Supe que sabia muy bien Arabigo, y no solamente hablarlo sino escribirlo; pero antes que del todo me declarase con él, le dije que me leyese aquel papel que acaso me habia hallado en un agujero de mi rancho. Abrióle, y estuvo un buen espacio mirandole y construyendole mormurando entre los dientes. Preguntèle si lo entendia? Dijome que muy bien,

y que si queria que me lo declarase palabra por palabra, que le diese tinta y pluma, porque mejor lo hiciese. Dimosle luego lo que pedía, y él poco á poco le fue traduciendo, y en acabando dijo: todo lo que va aqui en romance, sin faltar letra es lo que contiene este papel Morisco; y hase de advertir que adonde dice Lela Marien quiere decir Nuestra Señora la Virgen Maria. Leimos el papel y decía así:

Quando yo era niña tenia mi padre una esclava la qual en mi lengua me mostró la Zalà Christianesca, y me dijo muchas cosas de Lela Marien. La Christiana murió, y yo sé que no fue al fuego, sino con Alà, porque despues la vi dos veces y me dijo, que me fuese à tierra de Christianos à ver à Lela Marien, que me queria mucho: No sé yo como vaya; muchos Christianos he visto por esta ventana, y ninguno me ha parecido Caballero sino tu. Yo soy muy hermosa y muchacha, y tengo muchos dineros que llevar conmigo: Mira tu si puedes hacer como nos vamos, y serás allá mi marido si quieres; y si no quieres no se me dará nada, que Lela Marien me dará con quien me case. Yo escribi esto, mira à quien lo das à leer, no te fies de ningun Moro, porque son todos marfuces. De esto tengo mucha pena, que quisiera que no te descubrieras à nadie; porque si mi padre lo sabe me echará luego en un pozo y me cubrirá
de

Vida y hechos
den piedras. En la caña pondré un hilo ata
alli la respuesta, y si no tienes quien te escri-
va Arabigo dimelo por señas, que Lela Ma-
rien bará que te entienda. Ella y Alá te guar-
de y esa cruz que yo beso muchas veces, que
asi me lo mandò la cautiva.

Mirad, Señores, si es razon que las razones
de este papel nos admirasen y alegrasen, y así
lo uno y lo otro fue de manera, que el Rene-
gado entendió que no acaso se habia hallado
aquel papel, sino que realmente á alguno de
nosotros se habia escrito; y así nos rogó que
si era verdad lo que sospechaba, que nos fia-
semos de él, y se lo dijeseamos, que él aventu-
raria su vida por nuestra libertad; y diciendo
esto sacó del pecho un Crucifijo de metal y
con muchas lagrimas juró por el Dios que aque-
lla Imagen representaba, en quien él, aunque
pecador y malo, bien y fielmente creía, de
guardarnos lealtad y secreto en todo quanto
quisiesemos descubrirle; porque le parecia y
casi adivinaba que por medio de aquella que
aquel papel habia escrito, habia él y todos no-
sotros de tener libertad, y verse él en lo que tan-
to deseaba que era reducirse al Gremio de la
Santa Iglesia su Madre, de quien como miem-
bro podrido estaba dividido y apartado por su
ignorancia y pecado. Con tantas lagrimas y
con muestras de tanto arrepentimiento dijo es-
to el Renegado que todos de un mismo pare-
cer

cer consentimos y venimos en declararle la verdad del caso, y así le dimos cuenta de todo sin encubrirle nada. Mostramosle la ventanilla por donde parecía la caña y el marcó desde allí la casa, y quedó de tener especial y gran cuidado de informarse quien en ella vivía. Acordamos asimismo que sería bien responder al villete de la Mora; y como teníamos quien lo supiese hacer, luego al momento el Renegado escribió las razones que yo le fui notando que puntualmente fueron las que diré, porque de todos los puntos substanciales que en este suceso me acontecieron ninguno se me ha ido de la memoria, ni aun se me irá en tanto que tuviere vida. En efecto lo que á la Mora se le respondió fue esto:

El verdadero Alá te guarde, Señora mia, y aquella verdadera Marien, que es la bendita Madre de Dios, y es la que te há puesto en el corazon que te vayas á tierra de Christianos, porque te quiere bien. Ruegala tu que se sirva de darte á entender como podrás poner por obra lo que te manda que ella es tan buena que si hará. De mi parte y de la de todos estos Christianos que están conmigo te ofrezco de hacer por ti todo lo que pudieremos hasta morir. No dejes de escribirme y avisarme lo que pensares hacer, que yo te responderé siempre, que el grande Alá nos ha dado un Christiano cautivo que sabe hablar y escribir tu
len-

lengua tan bien como lo verás por este papel. Asi que, sin tener miedo nos puedes avisar de todo lo que quisieres. A lo que dices que si fueres á tierra de Christianos que has de ser mi muger, yo te lo prometo como buen Christiano; y sabe que los Christianos cumpren lo que prometen mejor que los Moros. Alá y Marien su Madre sean en tu guarda, Señora mia.

Escrito y cerrado este papel, aguardè dos dias á que estuviese el Baño solo como solia, y luego salí al paso acostumbrado del terradillo, por ver si la caña parecia, que no tardó mucho en asomar. Asi como la vi, aunque no podia ver quien la ponía, mostré el papel como dando á entender que pusiesen el hilo; pero ya venia puesto en la caña, al qual até el papel y de alli á poco tornó á parecer nuestra estrella con la blanca vanderá de paz del atadillo, dejaronla caer y alcéla yo; hallé en el paño en toda suerte de moneda de plata y de oro mas de cinquenta escudos, los quales cinquenta veces mas doblaron nuestro contento, y confirmaron la esperanza de tener libertad. Aquella misma noche volvió nuestro Renegado y nos dijo, que habia sabido que en aquella casa vivia el mismo Moro que á nosotros nos habian dicho que se llamaba Aguímorato, riquísimo por todo extremo, el qual tenia una sola hija heredera de toda su hacienda y que era comun opinion en toda la ciudad ser la mas her-

hermosa muger de la Berberia, y que muchos de los Virreyes que alli venian la habian pedido, por muger y que ella nunca se habia querido casar; y que tambien supo que tuvo una Christiana cautiva que ya se habia muerto: todo lo qual concertaba con lo que venia en el papel. Entramos luego en consejo con el Renegado en qué orden se tendria para sacar la Mora, y venirnos todos á tierra de Christianos; y en fin, se acordó por entonces que esperasemos al aviso segundo de Zorayda, que asi se llamaba la que ahora quiere llamarse Maria; porque bien vimos que ella y no otra alguna era la que habia de dar medio á todas aquellas dificultades. Despues que quedamos en esto, dijo el Renegado que no tuviesemos pena, que él perderia la vida ó nos pondria en libertad. Quatro dias estuvo el Baño con gente, que fue ocasion que quatro dias tardase en parecer la caña, al cabo de los quales en la acostumbrada soledad del Baño pareció con el lienzo tan preñado que un felicisimo parto prometia. Inclínose á mi la caña y el lienzo, hallè en el otro papel y cien escudos de oro, sin otra moneda alguna. Estaba alli el Renegado, dimosle á leer el papel dentro de nuestro rancho, el qual dijo que asi decia:

Yo no sè, mi Señor, como dar orden que nos vamos á España, ni Lela Marien me lo ha dicho, aunque yo se lo he preguntado: lo que se-

podrá hacer es, que yo os daré por esta ventana muchísimos dineros de oro; rescataos vos con ellos y vuestros amigos: y vaya uno á tierra de Christianos y compre allá una barca y vuelva por los demás, y á mi me hallará en el jardin de mi padre que está á la puerta de Babazon, junto á la marina, donde tengo de estar todo este verano con mi padre y con mis criados, de alli de noche me podreis sacar sin miedo, y llevarme á la barca; y mira, que has de ser mi marido, porque si no, yo pediré á Marien que te castigue. Si no te fias de nadie que vaya por la barca, rescátate tu, y ve, que yo sé que volverás mejor que otro, pues eres Caballero y Christiano; procura saber el jardin, y quando te pasees por ahí, sabré que está el Baño solo, y te daré mucho dinero. Alá te guarde, Señor mio.

Esto decia y contenia el segundo papel, lo qual visto por todos, cada uno se ofreció á querer ser el rescatado, y prometió de ir y volver con toda puntualidad, y tambien yo me ofrecia á lo mismo. A todo lo qual se opuso el Renegado, diciendo: Que en ninguna manera consentiria que ninguno saliese de libertad hasta que fuesen todos juntos, porque la experiencia le habia mostrado quan mal cumplian los libres las palabras que daban en el cautiverio; porque muchas veces habian usado de aquel remedio algunos prin-
ci-

principales cautivos, rescatando á uno que fuese á Valencia ó Mallorca con dineros para poder armar una Barca, y volver por los que le habian rescatado y nunca habian vuelto, porque la libertad alcanzada, y el temor de no volver á perderla les borraba de la memoria todas las obligaciones del mundo: y en confirmacion de la verdad que nos decia, nos contó brevemente un caso que casi en aquella misma sazón habia acaecido á unos caballeros Christianos, el mas extraño que jamás sucedió en aquellas partes, donde á cada paso suceden cosas de grande espanto y de admiracion. En efecto, él vino á decir que lo que se podia y debia hacer, era, que el dinero que se habia de dar para rescatar al Christiano, que se le diese á él para comprar alli en Argél una Barca, y con achaque de hacerse mercader y tratante en Tetuan y en aquella costa; y que siendo él Señor de la Barca, facilmente se daria traza para sacarlos del Baño y embarcarlos á todos; quanto mas, que si la Mora, como ella decia, daba dineros para rescatarlos á todos, que estando libres, era facilisima cosa aun embarcarse en la mitad del dia; y que la dificultad que se ofrecia mayor, era, que los Moros no consienten que Renegado alguno compre ni tenga Barca, sino es Bajel grande para ir en corso, porque se temen que el que compra Barca,

principalmente si es Español, no lo quiere, sino para irse á tierra de Christianos: pero que él facilitaria este inconveniente con hacer que un Moro tagarino fuese á la parte con él en la compañía de la barca, y en la ganancia de las mercancías; y con esta sombra él vendria á ser Señor de la barca, con que daba por acabado todo lo demás. Y puesto que á mi y á mis camaradas nos habia parecido mejor lo de enviar por la barca á Mallorca, como la Mora decia, no osamos contradecirle, temerosos que si no haciamos lo que decia, nos habia de descubrir y poner á peligro de perder las vidas, si descubriese el trato de Zorayda, por cuya vida diéramos todas las nuestras, y así determinamos de ponernos en las manos de Dios, y en las del Renegado. Y en aquel mismo punto se le respondió á Zorayda, diciendola, que haríamos todo quanto nos aconsejaba, porque lo habia advertido tan bien, como si Lelá Marien se lo hubiera dicho, y que en ella sola estaba dilatar aquel negocio, ó ponerlo luego por obra. Ofrecimela de nuevo de ser su esposo, y con esto otro dia que acaeció estar solo el baño, en diversas veces, con la caña y el paño, nos dió dos mil escudos de oro, y un papel, donde decia: Que el primer yuma, que es el viernes, se iba al Jardin de su padre, y que an-

tes que se fuese nos daría mas dinero, y que si aquello no bastase, que se lo avisásemos, que nos daría quanto la pidiesemos, que su padre tenía tantos, que no lo echaría menos; quanto mas, que ella tenía las llaves de todo. Dimos luego quinientos escudos al Renegado para comprar la barca: con ochocientos me rescaté yo, dando el dinero á un mercader Valenciano que á la sazón se hallaba en Argel, el qual me rescató del Rey, tomándome sobre su palabra, dandola, de que con el primer bajel que viniese de Valencia pagaría mi rescate; porque si luego diera el dinero, fuera dar sospecha al Rey que había muchos dias que mi rescate estaba en Argel, y que el mercader por sus grangerias lo había callado. Finalmente, mi amo era tan cabiloso, que en ninguna manera me atrevi á que luego se desembolsase el dinero. El jueves antes del viernes, que la hermosa Zorayda se había de ir al Jardin, nos dió otros mil escudos, y nos avisó de su partida, rogandome, que si me rescatare, supiese luego el Jardin de su padre, y que en todo caso buscase ocasion de ir allá y verla. Respondila en breves palabras, que así lo haría, y que tuviese cuidado de encomendarnos á Lela Marien con todas aquellas oraciones que la cautiva la había enseñado. Hecho esto, dieron orden en que los tres compañeros nues-

tros se rescatasen , por facilitar la salida del baño , y porque viendome á mi rescatado , y á ellos no , pues habia dinero , no se alborotasen , y les persuadiese el diablo que hiciesen alguna cosa en perjuicio de Zorayda; que puesto que el ser ellos quien eran me podia asegurar de este temor , con todo eso no quise poner el negocio en aventura , y así los hice rescatar por la misma orden que yo me rescaté , entregando todo el dinero al mercader , para que con certeza y seguridad pudiese hacer la fianza , al qual nunca descubrimos nuestro trato y secreto , por el peligro que habia.

CAPITULO XLI.

Donde todavía prosigue el Cautivo su suceso.

NO se pasaron quince dias , quando ya nuestro Renegado tenia comprada una muy buena barca , capaz de mas de treinta personas ; y para asegurar su hecho , y darle color , quiso hacer , como hizo , un viage á un lugar que se llamaba Sargél , que está treinta leguas de Argel , ácia la parte de Oran , en el qual hay mucha contratacion de higos y pasas. Dos ó tres veces hizo el viage en compañía del Tagarino que habia dicho,

cho. Tagarinos llaman en Berberia á los moros de Aragón y á los de Granada Mudajares; y en el Reyno de Fez llaman á los Mudajares Elches, los quales son la gente de quien aquel Rey mas se sirve en la guerra. Digo, pues, que cada vez que pasaba con su Barca, daba fondo en una caleta que estaba no dos tiros de ballesta del Jardin donde Zorayda esperaba, y alli muy de proposito se ponía el Renegado con los morillos que bogaban el remo, ó ya á hacer la zala, ó ya como por ensayarse de burlas á lo que pensaba hacer de veras; y asi se iba al Jardin de Zorayda, y pedia fruta, y su padre se la daba sin conocerle; y aunque él quisiera hablar á Zorayda, como él despues me dijo, y decirla que él era el que por orden mia la habia de llevar á tierra de Christianos, que estuviese contenta y segura, nunca le fue posible, porque las Moras no se dejan ver de ningun Moro, ni Turco, sino es que su marido ó padre se lo manden. De Christianos cautivos se dejan tratar y comunicar aun mas de aquello que seria razonable, y á mi me hubiera pesado que él la hubiera hablado, que quizá la alborotara, viendo que su negocio andaba en boca de renegados; pero Dios, que lo ordenaba de otra manera, no dió lugar el buen deseo que nuestro Renegado tenia, el qual, viendo quan seguramente iba y venia

á Sargél , y que daba fondo quando y como y adonde queria , y que el Tagarino , su compañero , no tenia mas voluntad de la que la suya ordenaba , y que yo estaba ya rescata- do , y que solo faltaba buscar algunos Chris- tianos que bogasen el remo , me dijo que mirase yo quales queria traer conmigo , fue- ra de los rescatados y que los tuviese habla- dos para el primer viernes , donde tenia de- terminado que fuese nuestra partida. Viendo esto , hablé á doce Españoles , todos valien- tes hombres de remo , y de aquellos que mas libremente podian salir de la Ciudad , y no fue poco hallar tantos en aquella coyuntura , porque estaban veinte bajeles en corso , y se habían llevado toda la gente de remo : y es- tos no se hallaran , si no fuera que su amo se quedó aquel verano sin ir en el corso á aca- bar una Galeota , que tenia en astillero ; á los quales no les dije otra cosa , sino que el pri- mer viernes en la tarde se saliesen uno á uno disimuladamente , y se fuesen la vuelta del Jardin de Aguimorato , y que alli me aguar- dasen hasta que yo fuese. A cada uno di este aviso de por si , con orden que aunque alli viesen otros Christianos , no les dijessen , sino que yo les habia mandado esperar en aquel lugar. Hecha esta diligencia , me faltaba ha- cer otra , que era la que mas me convenia , y era la de avisar á Zorayda en el punto que es-

estaban los negocios, para que estuviese aper-
cibida y sobre aviso, que no se sobresalta-
se, si de improviso la asaltásemos antes del
tiempo que ella podia imaginar, que la bar-
ca de Christianos podia volver: y así deter-
miné de ir al Jardin, y ver si podria hablarla;
y con ocasion de coger algunas yervas, un
dia antes de mi partida fui allá, y la prime-
ra persona con quien encontré, fue con su
Padre, el qual me dijo en lengua, que en
toda la Berberia, y aun en Constantinopla se
habla entre cautivos y moros, que ni es Mo-
risca, ni Castellana, ni otra nacion alguna,
sino una mezcla de todas lenguas, con la
qual todos nos entendemos. Digo, pues, que
en esta manera de language me preguntó,
qué buscaba en aquel su Jardin, y de quién
era? Respondile, que esclavo de Arnaute
Mami (y esto porque sabia yo por muy cier-
to, que era un grandisimo amigo suyo) y
que buscaba de todas yervas para hacer en-
salada. Preguntóme por el consiguiente, si
era hombre de rescate ó no, y quanto pedia
mi amo por mi? Estando en todas estas pre-
guntas y respuestas, salió de la casa del jar-
din la bella Zorayda, la qual ya habia mu-
cho que me habia visto; y como las moras
en ninguna manera hacen melindre de mos-
trarse á los Christianos, ni tampoco se es-
quivan (como ya he dicho) no se le dió na-

da de venir adonde su padre conmigo estabas antes luego, quando su padre vió que venia y de espacio, la llamó y mandó que llegase. Demasiada cosa seria decir yo ahora la mucha hermosura, la gentileza, el gallardo y rico adorno con que mi querida Zorayda se mostró á mis ojos: solo diré, que mas perlas pendian de su hermosísimo cuello, orejas y cabellos, que cabellos tenia en la cabeza. En las gargantas de los sus pies, que descubiertas á su usanza traia, tenia dos carcajes (que así se llaman las manillas ó ajorcas de los pies, en morisco) de purísimo oro, con tantos diamantes engastados, que ella me dijo despues que su Padre los estimaba en diez mil doblas, y las que traia en las muñecas de las manos valian otro tanto. Las perlas eran en gran cantidad y muy buenas, porque la mayor gala y bizarría de las Moras es adornarse de ricas perlas y aljofar; y así hay mas perlas y aljofar entre Moros que entre todas las demás naciones; y el Padre de Zorayda tenia fama de tener muchas y de las mejores que en Argel habia, y de tener asimismo mas de doscientos mil escudos españoles, de todo lo qual era Señora esta que ahora lo es mia. Si con todo este adorno podia venir entonces hermosa, ó no, por las reliquias que le han quedado en tantos trabajos se podrá conjeturar qual debia de ser en
las

Las prosperidades ; porque ya se sabe que la hermosura de algunas mugeres tiene dias y sazones , y requiere accidentes para disminuirse ó acrecentarse ; y es natural cosa, que las pasiones del animo la levanten ó bajen , puesto que las mas veces la destruyen. Digo , en fin , que entonces llegó en todo extremo hermosa , ó á lo menos á mi me pareció serlo la mas que hasta entonces habia visto. Y con esto , viendo las obligaciones en que me habia puesto , me parecia que tenia delante de mí una deidad del Cielo, venida á la tierra para mi gusto y para mi remedio. Asi como ella llegó la dijo su padre en su lengua , como yo era cautivo de su amigo Arnaute Mami , y que venia á buscar ensalada. Ella tomó la mano , y en aquella mezcla de lenguas que tengo dicho , me preguntó , si era Caballero , y qué era la causa que no me rescataba ? Yo la respondi : Que ya estaba rescatado , y que en el precio podia echar de ver en lo que mi amo me estimaba pues habia dado por mi mil y quinientos zoltamis. A lo qual ella respondió : En verdad, que si fueras de mi Padre , que yo hiciera que no te diera él por otros dos tantos ; porque vosotros , Christianos , siempre mentis en quanto decís , y os haceis pobres por engañar á los Moros. Bien podria ser eso , Señora,

la

la respondi , mas en verdad , que yo la he tratado con mi amo , y la trato , y la tratarè con quantas personas hay en el mundo. Y quando te vas , dijo Zorayda ? Mañana creo yo , dije , porque està aqui un Bajel de Francia , que se hace mañana á la vela , y pienso irme con él. No es mejor (replicó Zorayda) esperar á que vengan Bajeles de España , y irte con ellos , que no con los de Francia , que no son vuestros amigos ? No , respondi yo , aunque si , como hay nuevas que viene ya un Bajel de España , es verdad , todavia yo le aguardare , puesto que es mas cierto el partirme mañana : porque el deseo que tengo de verme en mi tierra y con las personas que bien quiero , es tanto , que no me dejará esperar otra comodidad , si se tarda , por mejor que sea. Debes de ser sin duda casado en tu tierra , dijo Zorayda , y por eso deseas ir á verte con tu muger. No soy , respondi yo , casado , mas tengo dada la palabra de casarme en llegando allá. Y es hermosa la dama á quien se la diste ? dijo Zorayda. Tan hermosa es , respondi yo , que para encarecerla y decirte la verdad , se parece á ti mucho. De esto se rió muy de veras su padre , y dijo : Gaula , Christiano , que debe de ser muy hermosa , si se parece á mi hija , que es la mas hermosa de todo este Reyno ; si no , mirala bien , y verás como te digo verdad. Servia-

nos

nos de interprete á las mas de estas palabras y razones el padre de Zorayda , como mas ladino , que aunque ella hablaba la bastarda lengua , que como he dicho alli se usa , mas declaraba su intencion por señas que por palabras. Estando en estas y otras muchas razones , llegó un moro corriendo , y dijo á grandes voces , que por las bardas ó paredes del jardin habian saltado quatro Turcos , y andaban cogiendo la fruta aunque no estaba madura. Sobresaltóse el viejo , y lo mismo hizo Zorayda , porque es comun y casi natural el miedo que los Moros á los Turcos tienen, especialmente á los soldados , los quales son tan insolentes , y tienen tanto imperio sobre los moros que á ellos están sujetos , que los tratan peor que si fuesen esclavos suyos. Digo , pues , que dijo su Padre á Zorayda : Hija, retirete á la casa y encierrate , en tanto que yo voy á hablar á estos canes ; y tu , Christiano, busca tus yervas , y vete en buen hora , y llevete Alá con bien á tu tierra. Yo me incliné , y él se fue á buscar los Turcos , dejandome solo con Zorayda, que comenzó á dar muestras de irse adonde su padre la habia mandado ; pero apenas él se encubrió con los arboles del Jardin , quando ella se volvió á mi, llenos los ojos de lagrimas y me dijo : Amexis Christiano , amexi ? Que quiere decir : Vaste, Christiano , vaste ? Yo la respondi : Señora,

si,

si, pero no en ninguna manera sin tí: el primero yuma me aguarda, y no te sobresaltes quando nos veas, que sin duda alguna iremos á tierra de Christianos. Yo la dije esto de manera que ella me entendió muy bien á todas las razones que entre ambos pasaron; y echandome un brazo al cuello, con desmayados pasos comenzó á caminar ácia la casa; y quiso la suerte, que pudiera ser muy mala, si el Cielo no lo ordenara de otra manera, que yendo los dos de la manera y postura que os he contado con un brazo al cuello, su padre, que ya volvia de hacer ir á los Turcos, nos vió de la suerte y manera que ibamos, y nosotros vimos que él nos habia visto; pero Zorayda advertida y discreta, no quiso quitar el brazo de mi cuello, antes se llegó mas á mi, y puso la cabeza sobre mi pecho, doblando un poco las rodillas, dando claras señales y muestras que se desmayaba, y yo ansimismo di á entender que la sostenia contra mi voluntad. Su padre llegó corriendo adonde estabamos, y viendo á su hija de aquella manera, la preguntó que qué tenía? Pero como ella no le respondiese, dijo su padre: Sin duda alguna que con el sobresalto de la entrada de estos canes se ha desmayado; y quitandola el mio, la arrimó á su pecho, y ella dando un suspiro, y aun no enjutos los ojos de lagrimas, volvió á decir:
Ame-

Amexi, Christiano, amexi: Vete, Christiano, vete. A lo que su padre respondió: No importa, hija, que el Christiano no se vaya, que ningun mal te ha hecho, y los Turcos ya sonidos: no te sobresalte cosa alguna, pues ninguna hay que pueda darte pesadumbre, pues como ya te he dicho, los Turcos á mi ruego se volvieron por donde entraron. Ellos, Señor, la sobresaltaron como has dicho, dije yo á su padre: mas pues ella dice que yo me vaya, no la quiero dar pesadumbre; quedate en paz, y con tu licencia volveré, si fuere menester, por yervas á este Jardin, que segun dice mi amo, en ninguno las hay mejores para ensalada, que en él. Por todas las que quisieses podrás volver, respondió Agui-morato, que mi hija no dice esto porque tu ni ninguno de los Christianos la enojaran, sino que por decir que los Turcos se fuesen, dijo que tu te fueses, ó porque ya era hora que buscases tus yervas. Con esto me despedi al punto de entrambos, y ella arrancandosele el alma (al parecer) se fue con su padre, y yo, con achaque de buscar las yervas, rodeé muy bien, y á mi placer todo el Jardin: Miré bien las entradas y salidas, y la fortaleza de la casa, y la comodidad que se podia ofrecer para facilitar todo nuestro negocio. Hecho esto, me vine, y di cuenta de quanto habia pasado al Renegado y á mis compañeros: y
ya

ya no veía la hora de verme gozar sin sobresalto del bien que en la hermosa y bella Zorayda la suerte me ofrecía. En fin, el tiempo se pasó, y se llegó el día y plazo de nosotros tan deseado; y siguiendo todos el orden y parecer que con discreta consideracion y largo discurso muchas veces habíamos dado, tuvimos el buen suceso que deseábamos; porque el viernes que se siguió al día que yo con Zorayda hablé en el Jardín, Morregano, al anochecer, dió fondo con la barca, casi frontero de donde la hermosísima Zorayda estaba. Ya los Christianos que habían de bogar el remo estaban prevenidos y escondidos por diversas partes de todos aquellos alrededores. Todos estaban suspensos y alborotados aguardándome, deseosos ya de investir con el bajel que á los ojos tenían, porque ellos no sabían el concierto del Renegado, sino que pensaban que á fuerza de brazos habían de haber y ganar la libertad, quitando la vida á los Moros que dentro de la barca estaban. Sucedió, pues, que así como yo me mostré y mis compañeros, todos los demás escondidos, que nos vieron, se vinieron llegando á nosotros. Esto era ya á tiempo que la Ciudad estaba cerrada, y por toda aquella campaña ninguna persona parecía. Como estuvimos juntos, dudamos si sería mejor ir primero por Zorayda, ó rendir primero á los Moros vagarinos, que

que bogaban el remo en la barca; y estando en esta duda, llegó á nosotros nuestro Renegado, diciendonos que en qué nos deteníamos, que ya era hora, y que todos sus moros estaban descuidados, y los mas de ellos durmiendo. Dijimosle en lo que reparabamos; y él dijo: Lo que mas importaba era rendir primero el Bajél, que se podia hacer con grandísima facilidad y sin peligro alguno, y que luego podíamos ir por Zorayda. Pareciónos bien á todos lo que decia; y así sin detenernos mas, haciendo él la guía, llegamos al bajel, y saltando él dentro primero, metió mano á un alfange, y dijo en morisco: Ninguno de vosotros se mueva de aquí, si no quiere que le cueste la vida: y á este tiempo habian entrado dentro casi todos los Christianos. Los Moros, que eran de poco animo, viendo hablar de aquella manera á su Arraez, quedaron espantados; y sin ninguno de todos ellos echar mano á las armas, que pocas, ó casi ningunas tenían, se dejaron, sin hablar alguna palabra, maniatar de los Christianos, los quales con mucha presteza lo hicieron, amenazando á los Moros, que si alzaban por alguna via ó manera la voz, que luego al punto los pasarían todos á cuchillo. Hecho ya esto, quedándose en guarda de ellos la mitad de los nuestros, los que quedabamos, haciendo nos asimismo el Renegado la guía, fuimos al

Jardin de Aguimorato , y quiso la buena suerte , que llegando á abrir la puerta , se abrió con tanta facilidad como si cerrada no estuviera , y así con gran quietud y silencio llegamos á la casa sin ser sentidos de nadie. Estaba la bellissima Zorayda aguardandonos á una ventana , y así como sintió gente , preguntó con voz baja , si eramos Nizarani , como si dijera ó preguntara , si eramos Christianos ? Yo la respondi que si , y que bajase. Quando ella me conoció , no se detuvo un punto , porque sin responderme palabra bajó en un instante , abrió la puerta , y mostróse á todos tan hermosa y ricamente vestida , que no lo acierto á encarecer. Luego que yo la vi , la tomé una mano , y la comencé á besar , y el Renegado hizo lo mismo , y mis dos camaradas ; y los demás , que el caso no sabian , hicieron lo que vieron que nosotros haciamos , que no parecia sino que la dabamos las gracias , y la reconociamos por Señora de nuestra libertad. El Renegado la dijo en lengua morisca , si estaba su padre en el Jardin ? Ella respondió que si , y que dormia. Pues será menester despertarle , replicó el Renegado , y llevarnosle con nosotros , y todo aquello que tiene de valor en este hermoso Jardin. No dijo ella , á mi padre no se ha de tocar en ningun modo , y en esta casa no hay otra cosa que lo que yo llevo , que es tanto , que bien ha-

habrá para que todos quedeis ricos y contentos, y esperaos un poco, y lo vereis; y diciendo esto se volvió á entrar, diciendo que muy presto volveria, que nos estuviésemos quedos, sin hacer ningun ruido. Preguntéle al Renegado lo que con ella habia pasado, el qual me lo contó, á quien yo dije que en ninguna cosa se habia de hacer mas de lo que Zorayda quisiese; la qual ya volvia cargada con un cofrecillo lleno de escudos de oro; tantos, que apenas los podia sustentar. Quiso la mala suerte que su padre despertase en el interin, y sintiese el ruido que andaba en el jardin, y asomandose á la ventana, luego conoció que todos los que en él estaban eran Christianos, y dando muchas, grandes y desahoradas voces, comenzó á decir en Arabigo; Christianos, Christianos, ladrones, ladrones, por los quales gritos nos vimos todos puestos en grandisima y temerosa confusion; pero el Renegado, viendo el peligro en que estabamos, y lo mucho que le importaba salir con aquella empresa antes de ser sentido, con grandisima presteza subió donde Aguimorato estaba, y juntamente con él fueron algunos de nosotros, que yo no osé desamparar á Zorayda, que como desmayada se habia dejado caer en mis brazos. En resolucion los que subieron se dieron tan buena maña, que en un momento bajaron con Aguimorato, trayendole

atadas las manos, y puesto un pañizuelo en la boca, que no le dejaba hablar palabra amenazándole, que el hablarla le habia de costar la vida. Quando su hija le vió se cubrió los ojos por no verle, y su padre se quedó espantado, ignorando quan de su voluntad se habia puesto en nuestras manos, mas entonces, siendo mas necesarios los pies, con diligencia y presteza nos pusimos en la barca, que ya los que en ella habian quedado nos esperaban, temerosos de algun mal suceso nuestro. Apenas serian dos horas pasadas de la noche, quando ya estabamos todos en la barca, en la qual se le quitó al padre de Zorayda la atadura de las manos y el paño de la boca; pero tornóle á decir el Renegado, que no hablase palabra, que le quitarian la vida; él como vió allí á su hija, comenzó á suspirar tiernisimamente, y mas quando vió que yo estrechamente la tenia abrazada, y que ella sin defenderse, que jarse, ni esquivarse, se estaba queda; pero con todo esto callaba, porque no pusiesen en efecto las muchas amenazas que el Renegado le hacia. Viendose, pues, Zorayda ya en la barca, y que queriamos dar los remos al agua, y viendo allí á su padre y á los demás Moros que atados estaban, le dijo al Renegado, que me dijese le hiciese merced de soltar aquellos Moros, y dar libertad á su padre, porque antes se arrojaria en la mar, que ver de-

delante de sus ojos, y por causa suya llevar cautivo á un padre, que tanto la habia querido. El Renegado me lo dijo, y yo respondi, que era muy contento; pero él respondió, que no convenia, á causa que si alli los dejaba, apellidarian luego la tierra, y alborotarian la Ciudad, y serian causa que saliesen á buscarlos con algunas fragatas ligeras, y les tomasen la tierra y la mar, de manera, que no pudiesemos escaparnos; que lo que se podria hacer era darles libertad en llegando á la primera tierra de Christianos. En este parecer venimos todos, y Zorayda, á quien se le dió cuenta con las causas que nos movian á no hacer luego lo que queria, tambien se satisfizo; y luego con regocijado silencio, y alegre diligencia, cada uno de nuestros valientes remeros tomó su remo, y comenzamos, encomendandonos á Dios de todo corazon, á navegar la vuelta de las Islas de Mallorca, que es la tierra de Christianos mas cerca; pero á causa de soplar un poco el viento tramontana, y estar la mar algo picada, no fue posible seguir la derrota de Mallorca, y fuenos forzoso dejarnos ir tierra á tierra la vuelta de Orán, no sin mucha pesadumbre nuestra, por no ser descubiertos del lugar de Sargél, que en aquella costa cae sesenta millas de Argél; y asimismo temiamos encontrar por aquel parage alguna galeota de las que or-

dinario venían con mercancia de Tetuan, aunque cada uno por sí, y por todos juntos presumíamos, de que si encontraba galeota de mercancia, como no fuese de las que andaban en corso, que no solo no nos perderíamos, mas que tomaríamos bajél donde con mas seguridad pudiesemos acabar nuestro viage. Iba Zorayda en tanto que se navegaba, puesta la cabeza entre mis manos, por no ver á su padre, y sentia yo que iba llamando á Lela Marien que nos ayudase. Bien habriamos navegado treinta millas, quando nos amaneció, como tres tiros de arcabuz desviados de tierra, toda la qual vimos desierta, y sin nadie que nos descubriese; pero con todo eso nos fuimos á fuerza de brazos entrando un poco en la mar, que ya estaba algo mas sosegada; y habiendo entrado casi dos leguas, dióse orden que se bogase á quarteles, en tanto que comiamos algo, que iba bien proveida la barca, puesto que los que bogaban dijeron que no era aquel tiempo de tomar reposo alguno, que les diesen de comer á los que no bogaban, que ellos no querian soltar los remos de las manos en manera alguna. Hizose asi, y en esto comenzó á soplar un viento largo, que nos obligó á hacer luego vela, y á dejar el remo, y enderezar á Orán, por no ser posible poder hacer otro viage. Todo se hizo con mucha pres-

presteza, y así á la vela navegamos por mas de ocho millas por hora, sin llevar otro temor alguno, sino el de encontrar con bajel, que de corso fuese. Dimos de comer á los Moros vagarinos, y el Renegado les consoló diciendoles como no iban cautivos, que en la primera ocasion les darian libertad. Lo mismo se le dijo al padre de Zorayda, el qual respondió: Qualquiera otra cosa pudiera yo esperar y creer de vuestra liberalidad y buen término (ò Christianos) mas el darme la libertad no me tengais por tan simple, que lo imagine, que nunca os pusisteis vosotros el peligro de quitarmela para volverla tan liberalmente, especialmente sabiendo quien soy yo, y el interese que se os puede seguir de darme, el qual interese, si le quereis poner nombre, desde aqui os ofrezco todo aquello que quisieredes por mi y por esa desdichada hija mia, ó si no por ella sola que es la mayor y mejor parte de mi alma. En diciendo esto comenzó á llorar tan amargamente, que á todos nos movió á compasion, y forzó á Zorayda que le mirase, la qual viendole llorar, así se enterneció, que se levantó de mis pies, y fue á abrazar á su padre, y juntando su rostro con el suyo comenzaron los dos tan tierno llanto, que muchos de los que allí ibamos le acompañabamos en él; pero quando su padre la vió adornada de fiesta, y

con tantas joyas sobre si, la dijo en su lengua: Qué es esto, hija, que ayer al anocheecer, antes que nos sucediese esta terrible desgracia en que nos vemos, te vi con tus ordinarios y caseros vestidos, y ahora sin que hayas tenido tiempo de vestirte, y sin haberte dado alguna nueva alegre de solemnizarla con adornarte, y pulirte, te veo compuesta con los mejores vestidos que yo supe y pude darte quando nos fue la ventura mas favorable? Respondeme á esto, que me tiene mas suspenso y admirado, que la misma desgracia en que me hallo. Todo lo que el Moro decia á su hija nos lo declaraba el Renegado, y ella no le respondia palabra; pero quando el vió á un lado de la barca el cofrecillo donde ella solia tener sus joyas, el qual sabia él bien que le habia dejado en Argél, y no traído-le al jardin, quedó mas confuso, y preguntóle que cómo aquel cofre habia venido á nuestras manos, y qué era lo que venia dentro? A lo qual el Renegado, sin aguardar que Zorayda le respondiese, le dijo: No te canses, Señor, en preguntar á Zorayda tu hija tantas cosas, porque con una que yo te responda, te ratisfacere á todas; y así quiero que sepas que ella es Christiana, y es la que ha sido la lima de nuestras cadenas, y la libertad de nuestro cautiverio: ella va aquí de su voluntad tan contenta, á lo que yo

ima-

imagino, de verse en este estado, como el que sale de las tinieblas á la luz, de la muerte á la vida, y de la pena á la gloria. Es verdad lo que este dice, hija? dijo el Moro. Asi es, respondió Zorayda. Qué en efecto, replicó el viejo, tu eres Christiana y la que ha puesto á su padre en poder de los enemigos? A lo qual respondió Zorayda: La que es Christiana soy yo, pero no la que te ha puesto en este punto, porque nunca mi deseo se estendió á dejarte, ni hacerte mal, sino hacerme á mi bien. Y qué bien es el que te has hecho, hija? Eso, respondió ella, preguntaselo tu á Lela Marien, que ella te lo sabrá decir mejor que no yo. Apenas hubo oido esto el Moro, quando con una increíble presteza se arrojó de cabeza en la mar, donde sin ninguna duda se ahogará si el vestido largo y embarazoso que traia no le entretuviera un poco sobre el agua. Dió voces Zorayda que le sacasen, y así acudimos luego todos, y asiendole de la almalafa le sacamos medio ahogado y sin sentido, de que recibió tanta pena Zorayda, que como si fuera ya muerto, hacia sobre él un tierno y doloroso llanto. Volvimosle boca abajo, volvió mucha agua, tornó en sí al cabo de dos horas, en las quales habiendose trocado el viento nos convino volver ácia tierra, y hacer fuerza de remos, por no envestir en ella; mas quiso nuestra buena suerte que llegasemos á una cala que se hace al lado

do de un pequeño promontorio ò cabo, que de los Moros es llamado el de la Caba Rumia, que en nuestra lengua quiere decir la mala muger Christiana; y es tradicion entre los Moros que en aquel lugar está enterrada la Caba, por quien se perdió España; porque Caba en su lengua quiere decir muger mala; y Rumia Christiana; y aun tienen por mal agüero llegar allí á dar fondo quando la necesidad les fuerza á ello, porque nunca le dan sin ella, puesto que para nosotros no fue abrigo de mala muger, si no Puerto seguro de nuestro remedio segun andaba alterada la mar. Pusimos nuestras centinelas en tierra y no dejamos jamás los remos de la mano, comimos de lo que el Renegado habia proveido, y rogamos á Dios, y á nuestra Señora, de todo nuestro corazon, que nos ayudase y favoreciese para que felizmente diese-
mos fin á tan dichoso principio. Dióse orden, á suplicacion de Zorayda, como echasemos en tierra á su padre y á todos los demás Moros que alli atados venian, porque no le bastaba el animo, ni lo podian sufrir sus blandas entrañas ver delante de sus ojos atado á su padre y aquellos de su tierra presos. Prometimosle de hacerlo así al tiempo de la partida, pues no corria peligro el dejarlos en aquel lugar que era despoblado. No fueron tan vanas nuestras oraciones que no fuesen oidas del Cielo, que en nuestro favor luego volvió el viento tran-
qui-

quilo el mar , convidandonos á que tornase-
mos alegres á proseguir nuestro comenzado via-
ge. Viendo esto , desatamos á los Moros y
uno á uno los pusimos en tierra , de lo que
ellos se quedaron admirados ; pero llegando á
desembarcar al Padre de Zorayda , que ya es-
taba en todo su acuerdo , dijo : Por qué pen-
sais , Christianos , que esta mala hembra huel-
ga de que me deis libertad ? Pensais que es por
piedad que de mi tiene ? No por cietro , sino
que lo hace por el estorvo que le dará mi pre-
sencia quando quiera poner en ejecucion sus
malos deseos ; ni penseis que la ha movido á
mudar Religion entender ella que la vuestra á
la nuestra se aventaja , sino el saber que en
vuestra tierra se usa la deshonestidad mas li-
bremente que en la nuestra ; y volviendose á
Zorayda , teniendole yo y otro Christiano de
entrambos brazos asido , porque algun desa-
tino no hiciese , la dijo : O infame moza y mal
aconsejada muchacha ! adónde vas ciega y des-
atinada en poder de estos perros , naturales
enemigos nuestros ? Maldita sea la hora en que
yo te engendré , y malditos sean los regalos y
deleytes en que te he criado ! Pero viendo yo
que llevaba termino de no acabar tan presto ,
di priesa á ponerle en tierra , y desde alli á vo-
ces prosiguió en sus maldiciones y lamentos ,
rogando á Mahoma rogase á Alá que nos des-
truyese , confundiese y acabase ; y quando por
ha-

habernos hecho á la vela , no pudimos oír sus palabras , vimos sus obras , que eran arrancarse las barbas , mesarse los cabellos , y arrastrarse por el suelo ; mas una vez esforzó la voz de tal manera , que pudimos entender que decia: Vuelve , amada hija , vuelve á tierra , que todo te lo perdono , entrega á esos hombres ese dinero que ya es suyo , y vuelve á consolar á este triste padre tuyo : que en esta desierta arena dejará la vida si tu le dejas. Todo lo qual escuchaba Zorayda , y todo lo sentia y lloraba , y no supo decirle ni responderle palabra , sino: Plega Alá , padre mio , que Lela Marien que ha sido la causa de que yo sea Christiana ella te consuele en tu tristeza. Alá sabe bien que no pude hacer otra cosa de la que he hecho , y que estos Christianos no deben nada á mi voluntad , pues aunque quisiera no venir con ellos , y quedarme en mi casa , me fuera imposible , segun la priesa que me daba mi alma á poner por obra esta que á mi me parece tan buena como tu , padre amado , la juzgas por mala. Esto dijo á tiempo que ni su padre la oia , ni nosotros ya le veiamos ; y asi , consolando á Zorayda atendimos todos á nuestro viage , el qual nos le facilitaba el propio viento de tal manera , que bien tuvimos por cierto de vernos otro dia al amanecer en las riberas de España ; mas como pocas veces , ó nunca viene el bien puro , y sencillo , sin ser acompañado ó se-

guido de algun mal que le turbe ó sobresalte, quiso nuestra ventura, ó quizá las maldiciones que el Moro á su hija habia echado, que siempre se han de temer por qualquiera padre que sean: quiso, digo, que estándó ya engolfados y siendo ya casi pasadas tres horas de la noche, yendo con la vela tendida de alto baja frenillados los remos, porque el prospero viento nos quitaba del trabajo de haberlos menester, con la luz de la luna que claramente resplandecia, vimos cerca de nosotros un bajél redondo que con todas las velas tendidas, llevando un poco á orza el timon, delante de nosotros atravesaba, y esto tan cerca, que nos fue forzoso amaynar por no embestirle, ellos asimismo hicieron fuerza de timon para darnos lugar que pasasemos. Habianse puesto á bordo del bajél á preguntarnos quién eramos, y adónde navegabamos, y de dónde veniamos; pero por preguntarnos esto en lengua Francesa, dijo nuestro Renegado: Ninguno responda, porque estos sin duda son Cosarios Franceses, que hacen á toda ropa. Por este advertimiento ninguno respondió palabra; y habiendo pasado un poco delante que ya el bajél quedaba sotavento, de improviso soltaron dos piezas de Artillería, y á lo que parecia ambas venian con cadenas, porque con una cortaron nuestro arbol por medio, y dieron con él, y con la vela en la mar, y al momento dispararon otra pie-

za vino á dar la bala en mitad de nuestra barca, de modo que la abrió toda sin hacer otro mal alguno; pero como nosotros no vimos ir á fondo comenzamos todas á grandes voces á pedir socorro, y á rogar á los del bajel que nos acogiesen, porque nos anegabamos. Amaynaron entonces, y echando el esquife ó barca á la mar entraron en él hasta doce Franceses bien armados con sus arcabuces y cuerdas encendidas, y así llegaron junto al nuestro, y viendo quan pocos eramos, y como el bajel se hundia nos recogieron, diciendo que por haber usado de la descortesia de no responderles nos habia sucedido aquello. Nuestro Renegado tomó el cofre de las riquezas de Zorayda, y dió con él en la mar, sin que ninguno echase de ver en lo que hacia. En resolucion, todos pasamos con los Franceses, los quales despues de haberse informado de todo aquello que de nosotros saber quisieron, como si fueran nuestros capitales enemigos nos despojaron de todo quanto teniamos, y á Zorayda la quitaron hasta los carcajes que traia en los pies, pero me daba á mi tanta pesadumbre la que á Zorayda daban, como me la daba el temor que tenia de que habian de pasar del quitar de las riquisimas y preciosisimas joyas, al quitar de la joya que mas valia, y ella mas estimaba; pero los deseos de aquella gente no se estienden á mas que al dinero, y de esto jamas se ve har-

ta

ta su codicia ; la qual entonces llegó á tanto, que aun hasta los vestidos de cautivos nos quitaran si de algun provecho les fueran. Hubo parecer entre ellos de que á todos nos arrojasen á la mar envueltos en una vela , porque tenían intencion de tratar en algunos Puertos de España , con nombre de que eran Bretones ; y si nos llevaban vivos serian castigados , siendo descubierto su hurto ; mas el Capitan que era el que habia despojado á mi querida Zorayda , dijo que él se contentaba con la presa que tenía , y que no queria tocar en ningun Puerto de España , sino pasar el Estrecho de Gibraltar de noche , ó como pudiese , é irse á la Rochela , de donde habia salido ; y asi tomaron por acuerdo de darnos el esquife de su Navio y todo lo necesario para la corta navegacion que nos quedaba , como lo hicieron otro dia ya á vista de tierra de España , con la qual vista todas nuestras pesadumbres y pobrezaas se nos olvidaron de todo punto , como si no hubieran pasado por nosotros : tanto es el gusto de alcanzar la libertad perdida. Cerca de medio dia podria ser quando nos echaron en la barca , dandonos dos barriles de agua y algun vizcocho ; y el Capitan movido no sé de qué misericordia , al embarcarse la hermosissima Zorayda la dió hasta quarenta escudos de oro , y no consintió que la quitasen sus soldados estos mismos vestidos que ahora tiene pues-

ros. Entramos en el bajel, dimosle las gracias por el bien que nos hacian, mostrandonos mas agradecidos que quejosos. Ellos se hicieron á lo largo, siguiendo la derrota del Estrecho, nosotros sin mirar á otro norte que á la tierra que se mostraba delante, nos dimos tanta prisa á bogar, que a poner del sol estabamos tan cerca, que bien pudieramos á nuestro parecer llegar antes que fuera muy noche; pero por no parecer en aquella noche la luna, y el Cielo mostrarse obscuro, y por ignorar el parage en que estabamos, no nos pareció cosa segura investir en tierra, como á muchos de nosotros les parecia, diciendo que diesemos en ella aunque fuese en unas peñas y lejos de poblado, porque asi asegurariamos el temor que de razon se debia tener que por alli anduviesen bajeles de Cosatios de Tetuan, los quales anochecian en Berberia, y amanecian en las Costas de España, y hacen de ordinario presa, y se vuelven á dormir á sus casas; pero de los contrarios pareceres el que se tomó fue que unos llegasemos poco á poco, y que si el sosiego del mar lo concediese, desembarcasemos donde pudiesemos. Hizose asi, y poco antes de la media noche seria quando llegamos al pie de una disformidisima y alta montaña, no tan junto al mar que no concediese un poco de espacio para poder desembarcar comodamente; investimos en la arena, salimos todos á tier-

ra y besamos el suelo y con lagrimas de muy alegrisimo contento dimos todos gracias á Dios nuestro Señor por el bien tan incomparable que nos habia hecho en nuestro viage: sacamos de la barca los bastimentos que tenia, tiramosla en tierra y subimos un grandisimo trecho en la montaña, porque aun alli estabamos y aun no podiamos asegurar el pecho, ni acabamos de creer que era tierra de Christianos la que ya nos sostenia. Amaneció mas tarde, á mi parecer, de lo que quisieramos, acabamos de subir toda la montaña por ver si desde alli algun poblado se descubria ó algunas cabañas de pastores; pero aunque mas tendimos la vista, ni poblado, ni persona, ni senda, ni camino descubrimos. Con todo esto determinamos de entrarnos la tierra adentro, pues no podria ser menos sino que presto descubriese quien nos diese noticia de ella, pero lo que á mi mas me fatigaba era el ver ir á pie á Zorayda por aquellas asperezas, que puesto que alguna vez la puse sobre mis hombros mas la cansaba á ella mi cansancio, que la reposaba su reposo, y asi nunca mas quiso que yo aquel trabajo tomase; y con mucha paciencia, y muestras de alegria, llevandola siempre de la mano, poco menos de un quarto de legua, debiamos de haber andado, quando llegó á nuestros oidos el son de una pequeña esquila, señal clara que por alli cerca ha-

habia ganado ; y mirando todos con atencion si alguno parecia , vimos al pie de un alcoraque un Pastor mozo , que con grande reposo , y descuido estaba labrando un palo con un cuchillo : dimos voces , y él alzando la cabeza , se puso ligeramente en pie ; y á lo que despues supimos , los primeros que á la vista se ofrecieron , fueron el Renegado y Zorayda , y como él los vió en habito de Moros , pensó que todos los de la Berberia estaban sobre él , y metiendose con estraña ligereza por el bosque adelante , comenzó á dar los mayores gritos del mundo , diciendo : Moros , Moros hay en la tierra , Moros , Moros , arma , arma. Con estas voces quedamos todos confusos , y no sabiamos qué hacernos ; pero considerando que las voces del Pastor habian de alborotar la tierra , y que la caballeria de la Costa habia de venir luego á ver lo que era , acordamos que el Renegado se desnudase las ropas de Turco , y se vistiese un gilicuelco , ó casaca de cautivo que uno de nosotros le dió luego , aunque se quedó en camisa , y así encomendandonos á Dios ; fuimos por el mismo camino que vimos que el Pastor llevaba , esperando siempre quando habia de dar sobre nosotros la caballeria de la Costa ; y no nos engañó nuestro pensamiento , porque aun no habian pasado dos horas , quando habiendo ya salido de aque-
llas

llas malezas á un llano, descubrimos hasta cincuenta Caballeros, que con gran ligereza, corriendo á media rienda, á nosotros se venian: y así como los vimos nos estuvimos quedos aguardandolos; pero como ellos llegaron, y vieron en lugar de los Moros que buscaban, tanto pobre Christiano cautivo, quedaron confusos, y uno de ellos nos preguntó, si eramos nosotros acaso la ocasion porque un pastor habia apellidado al mar? Si dije yo, y queriendo comenzar á decirle mi suceso, y de donde veniamos, y quien eramos, uno de los Christianos que con nosotros venian conoció al ginete que nos habia hecho la pregunta, y dijo, sin dejarme á mi decir mas palabras: Gracias sean dadas á Dios, Señores, que á tan buena parte nos ha conducido, porque si yo no me engaño, la tierra que pisamos es la de Velez Malaga, si ya los años de mi cautiverio no me han quitado de la memoria el acordarme que vos, Señor, que nos preguntais quien somos, sois Pedro de Bustamante, tio mio. Apenas hubo dicho esto el Christiano cautivo, quando el ginete se arrojó del caballo, y vino á abrazar al mozo, diciendole: Sobrino de mi alma y de mi vida, ya te conozco, y ya te he llorado por muerto yo y mi hermana, tu madre y todos los tuyos, que aun viven, y Dios ha sido servido de darles vida, para que go-

cen el placer de verte: ya sabiamos que estabas en Argel, y por las señales y muestras de tus vestidos y las de todos los de esta compañía, comprendo que habeis tenido milagrosa libertad. Asi es, respondió el mozo, y tiempo nos quedará para contaroslo todo. Luego que los ginetes entendieron que eramos Christianos cautivos se apearon de sus caballos, y cada uno nos convidaba con el suyo para llevarnos á la ciudad de Velez Malarga, que legua y media de alli estaba. Algunos de ellos volvieron á llevar la barca á la ciudad, diciendoles donde la habiamos dejado; otros nos subieron á las ancas, y Zorayda fue en las del caballo del tio del Christiano. Saliónos á recibir todo el pueblo, que ya de algunos que habia adelantado sabian la nueva de nuestra venida. No se admiraban de ver cautivos libres, ni Moros cautivos, porque toda la gente de aquella Costa está hecha á ver á los unos y á los otros; pero admirabanse de la hermosura de Zorayda, la qual en aquel instante y sazón estaba en su punto, así con el cansancio del camino, como con la alegría de verse ya en tierra de Christianos, sin sobresalto de perderse, y esto la habia sacado al rostro tales colores, que sino es que la afición entonces me engañara, osara decir que mas hermosa criatura no habia en el mundo, á lo menos que yo la hubie-

biese visto. Fuimos derechos á la Iglesia á dar gracias á Dios por la merced recibida : y así como en ella entrò Zorayda, dijo, que allí habia rostros que se parecian á los de Lela Marien ; dijimosla que eran imagenes suyas, y como mejor se pudo le diò el Renegado á entender lo que significaban, para que ella las adorase, como si verdaderamente fueran cada una de ellas la misma Lela Marien que la habia hablado: ella, que tenia buen entendimiento, y un natural facil y claro, entendió luego quanto acerca de las imagenes se la dijo. Desde allí nos llevaron y partieron á todos en diferentes casas del pueblo : pero al Renegado, Zorayda y á mi nos llevó el Christiano que vino con nosotros en casa de sus padres, que medianamente eran acomodados de los bienes de la fortuna, y nos regalaron con tanto amor como á su mismo hijo. Seis dias estuvimos en Velez, al cabo de los quales el Renegado, hecha su informacion de quanto le convenia, se fue á la ciudad de Granada á reducirse, por medio de la Santa Inquisicion al gremio santísimo de la Iglesia : los demás Christianos libertados se fueron cada uno donde mejor le pareció ; solos quedamos Zorayda y yo con solos los escudos que la cortesía del Frances le diò á Zorayda, de los quales compré este animal en que ella viene; y sirviendola yo hasta aho-

ra de padre y escudero , y no de esposo , vamos con intencion de ver si mi padre es vivo, ò si alguno de mis hermanos ha tenido mas prospera ventura que la mia : puesto que por haberme hecho el Cielo compañero de Zorayda , me parece que ninguna otra suerte me pudiera venir, por buena que fuera , que mas la estimara. La paciencia con que Zorayda lleva las incomodidades que la pobreza trae consigo, y el deseo que muestra tener de verse ya Christiana , es tanto y tal, que me admira y me mueve á servirla todo el tiempo de mi vida, puesto que el gusto que tengo de verme suyo y de que ella sea mia , me le turba y deshace, no saber si hallaré en mi tierra algun rincón donde recogerla , y si habrán hecho el tiempo y la muerte tal mudanza en la hacienda y vida de mi padre y hermanos , que apenas halle quien me conozcan si ellos me faltan. No tengo mas, Señores, que deciros de mi historia , la qual si es agradable y peregrina , juzguenlo vuestros buenos entendimientos , que de mi sé decir que quisiera haberosla contado mas brevemente, puesto que el temor de enfadaros mas de quatro circunstancias me ha quitado de la lengua.

CAPITULO LXII.

De lo que mas sucedió en la Venta y de otras muchas cosas dignas de saberse.

CALLÓ en diciendo esto el cautivo, á quien Don Fernando dijo: Por cierto, Señor Capitan, el modo con que habeis contado este extraño suceso ha sido tal, que iguala a la novedad y estrañeza del mismo caso. Todo es peregrino y raro y lleno de accidentes, que maravillan y suspenden á quien las oye, y es de tal manera el gusto que hemos recibido en escucharle, que aunque nos hallara el dia de la mañana entretenidos en el mismo cuento, holgaramos que de nuevo se comenzara. Y en diciendo esto, Don Antonio y todos los demás se le ofrecieron con todo lo á ellos posible para servirle, con palabras y razones tan amorosas y tan verdaderas, que el Capitan se tuvo por bien satisfecho de sus voluntades. Especialmente le ofreció Don Fernando que si queria volverse con él que él haria que el Marqués su hermano fuese padrino del bautismo de Zorayda, y que él por su parte le acomodaria de manera, que pudiese entrar en su tierra con la autoridad y cómodo que á su persona se debia. Todo

lo agradeció cortesísimamente el cautivo; pero no quiso acertar ninguno de sus liberales ofrecimientos. En esto llegaba ya la noche, y al cerrar de ella llegó á la Venta un coche, con algunos hombres de á caballo: pidieron posada, á quien la Ventera respondió, que no habia en toda la Venta un palmo desocupado. Pues aunque sea eso, dijo uno de los de á caballo, que habian entrado no ha de faltar para el Señor Oidor que aqui viene. A este nombre se turbó la huespeda, y dijo: Señor, lo que en ello hay, es que no tengo camas; si es que su merced del Señor Oidor la trae, que si debe de traer, entre en buen hora, que yo y mi marido nos saldremos de nuestro aposento, por acomodar á su merced. Sea en buena hora, dijo el escudero; pero á este tiempo ya habia salido del coche un hombre que en el trage mostró luego el oficio y cargo que tenia, porque la ropa luenga con las mangas arrocadas que vestia, mostraron ser Oidor, como su criado habia dicho. Traia de la mano á una doncella, al parecer de hasta diez y seis años, vestida de camino, tan bizarra, tan hermosa y tan gallarda, que á todos puso en admiracion su vista; de suerte, que á no haber visto á Dorotea, á Lusinda y Zorayda, que en la Venta estaban. creyeran que otra tal hermosura como la de esta doncella difícilmente pudiera hallarse.

se. Hallóse D. Quijote al entrar del Oidor y de la doncella; y así como le vió, dijo: Seguramente puede vuestra merced entrar, y esparcirse en este Castillo, que aunque es estrecho y mal acomodado, no hay estrechez, ni incomodidad en el mundo que no de lugar á las armas y á las letras, y mas si las armas y las letras traen por guía y adalid á la fermosura, como la traen las letras de vuestra merced en esta hermosa doncella, á quien deben, no solo abrirse y manifestarse los castillos, sino apartarse los riscos, y dividirse y bajarse las montañas para darle acogida. Entre vuestra merced, digo, en este paraíso, que aqui hallará estrellas y soles que acompañen el cielo que vuestra merced trae consigo. Aqui hallará las armas en su punto, y la hermosura en su extremo. Admirado quedó el Oidor del razonamiento de Don Quijote, á quien se puso á mirar de proposito, y no menos le admiraba su talle, que sus palabras, y sin hallar ningunas cosas que responderle, se tornó á admirar de nuevo, quando vió delante de si á Luscinda, Dorotéa y Zorayda, que á las nuevas de los nuevos huespedes, y á las que la Ventera les habia dado de la hermosura de la doncella, habian venido á verla, y á recibirla; pero Don Fernando, Cardenio y el Cura le hicieron mas llenos y mas cortesanos ofrecimientos. En efecto, el

Señor Oidor entró confuso, así de lo que veía, como de lo que escuchaba: y las hermosas de la Venta dieron la bien llegada á la hermosa doncella. En resolución, bien echó de ver el Oidor que era gente principal toda la que allí estaba; pero el talle, visage, y la postura de Don Quijote le desatinaba: y habiendo pasado entre todos cortesés ofrecimientos, y tanteando la comodidad de la venta, se ordenó lo que antes estaba ordenado, que todas las mugeres se entrasen en el camaranchon ya referido, y que los hombres se quedasen fuera, como en su guarda. Y así fue contento el Oidor que su hija, que era la doncella, se fuese con aquellas Señoras, lo que ella hizo de muy buena gana. Y con parte de la estrecha cama del Ventero, y con la mitad de la que el Oidor traía, se acomodaron aquella noche mejor de lo que pensaban. El cautivo, que desde el punto que vió al Oidor le dió saltos el corazón, y barruntos de que aquel era su hermano, preguntó á uno de los criados que con él venían, ó que cómo se llamaba, y si sabía de qué tierra era? El criado respondió, que se llamaba el Licenciado Juan Perez de Viedma, y que habia oido decir, que era de un lugar de las montañas de Leon. Con esta relacion y con lo que él habia visto se acabó de confirmar de que aquel era su hermano, que habia se-

gui-

guido las letras por consejo de su padre; y alborozado y contento, llamando aparte á Don Fernando, á Cardenio y al Cura, les contó lo que pasaba, certificandoles que aquel Oidor era su hermano. Habiale dicho tambien el criado como iba proveido por Oidor á las Indias en la Audiencia de Mejiço. Supo tambien como aquella doncella era su hija, de cuyo parto habia muerto su madre; y que él habia quedado muy rico con el dote que con la hija se le quedó en casa. Pidióles consejo, qué modo tendria para descubrirse, ó para conocer primero, si despues de descubierta, su hermano, por verle pobre, se afrentaba, ó le recibia con buenas entrañas. Dejeseme á mi el hacer esa experiencia, dijo el Cura; quanto mas que no hay que pensar, sino que vos, Señor Capitan, sereis bien recibido, porque el valor y prudencia que en su buen parecer descubre vuestro hermano, no da indicios de ser arrogante, ni desconocido; ni que no ha de saber poner los casos de la fortuna en su punto. Con todo eso, dijo el Capitan, yo querria, no de improviso, sino por rodeos, darmele á conocer. Ya os digo, respondió el Cura, que yo lo trazaré de modo que todos quedemos satisfechos. Ya en esto estaba aderezada la cena, y todos se sentaron á la mesa, excepto el cautivo y las Señoras, que cenaron de por

si en su aposento. En la mitad de la cenā, dijo el Cura: Del mismo apellido de vuestra merced, Señor Oidor, tuve yo un camarada en Constantinopla, donde estuve cautivo algunos años, el qual camarada era uno de los valientes soldados y Capitanes que habia en toda la Infanteria Española; pero tanto quanto tenia de esforzado y valeroso, tenia de desdichado. Y cómo se llamaba ese Capitan, Señor mio? preguntó el Oidor. Llamabase, respondió el Cura, Ruiperez de Viedma, y era natural de un lugar de las montañas de Leon, el qual me contó un caso que á su padre con sus hermanos le habia sucedido, que á no contarmelo un hombre tan verdadero como él, lo tuviera por consejo de aquellos que las viejas cuentan en el invierno al fuego; porque me dijo que su padre habia dividido su hacienda entre tres hijos que tenia, y les habia dado ciertos consejos mejores que los de Caton. Y se yo decir, que el que él habia escogido de venir á la guerra le habia sucedido tambien, que en pocos años, por su valor y esfuerzo, sin otro brazo, que el de su mucha virtud, subió á ser Capitan de Infanteria, y á verse en camino y predicamento de ser presto Maese de Campo, pero fuele la fortuna contraria, pues donde la pudiera esperar y tener buena, alli la perdió, con perder la libertad en la felicissima jornada,

don-

donde tantos la cobraron, que fue en la batalla de Lepanto. Yo la perdí en la Goleta, y despues, por diferentes sucesos, nos hallamos camaradas en Constantinopla. Desde allí vino á Argél, donde sé que le sucedió uno de los mas estraños casos que en el mundo han sucedido. De aqui fue prosiguiendo el Cura, y con brevedad sucinta contó lo que con Zorayda á su hermano habia sucedido. A todo lo qual estaba tan atento el Oidor, que ninguna vez habia sido tan Oidor como entonces. Solo llegó el Cura al punto de quando los Franceses despojaron á los Christianos que en la barca venian, y la pobreza y necesidad en que su camarada y la hermosa Mora habian quedado, de los quales no habia sabido en qué habian parado, ni si habian llegado á España, ó llevados los Franceses á Francia. Todo lo que el Cura decia estaba escuchando algo desde allí desviado el Capitan, y notaba todos los movimientos que su hermano hacia; el qual viendo que ya el Cura habia llegado al fin de su cuento, dando un grande suspiro, y llenandosele los ojos de agua, dijo: O Señor, si supiesedes las nuevas que me habeis contado, y como me tocan tan en parte, que me es forzoso dar muestras de ello con estas lagrimas, que contra toda mi discrecion y recato me salen por los ojos! Ese Capitan tan valeroso que decis es mi ma-

yo

yor hermano, el qual, como mas fuerte, y de mas altos pensamientos que yo, ni otro hermano menor mio, escogio el honroso y digno ejercicio de la guerra, que fue uno de los tres caminos que nuestro padre nos propuso, segun os dijo vuestro camarada en la conseja, que á vuestro parecer le oiste. Yo seguí el de las letras, en las quales Dios y mi diligencia me han puesto en el grado que me veis. Mi menor hermano está en el Perú, tan rico, que con lo que ha enviado á mi padre y á mi ha satisfecho bien la parte que él se llevó, y aun dado á las manos de mi padre con que poder hartar su liberalidad natural; y yo asimismo he podido con mas decencia y autoridad tratarme en mis estudios, y llegar al puesto en que me veo. Vive aun mi padre, muriendo con el deseo de saber de su hijo mayor, y pide á Dios con continuas oraciones no cierre la muerte sus ojos hasta que él vea con vida á los de su hijo; del qual me maravillo, siendo tan discreto, como en tantos trabajos y aficciones, ó prosperos sucesos, se haya descuidado de dar noticia de sí á su padre; y que si él lo supiera ó alguno de nosotros, no tuviera necesidad de aguardar al milagro de la caña para alcanzar su rescate. Pero de lo que yo ahora me temo es de pensar si aquellos Franceses le habrán dado libertad, ó le habrán muerto, por encu-
brir

brir su hurto; esto todo será que yo prosiga mi viage, no con aquel contento con que le comenzè, sino con toda melancolia y tristeza. Oh buen hermano mio, y quién supiera ahora adonde estabas, que yo te fuera á buscar y á librar de tus trabajos, aunque fuera á costa de los míos! Oh quien llevara nuevas á nuestro viejo padre de que tenias vida, aunque estuvieras en las mazmorras mas escondidas de Berberia, que de allí te sacáran sus riquezas, las de mi hermano y las mías! Oh Zorayda hermosa y liberal, quién pudiera pagar el bien que á un hermano hiciste, quién pudiera hallarse al renacer de tu alma, y á las bodas que tanto gusto á todos nos dieran! Estas y otras semejantes palabras decia el Oidor, lleno de tanta compasion con las nuevas que de su hermano le habian dado, que todos los que le oian le acompañaban en dar muestra del sentimiento que tenia de su lastima. Viendo pues el Cura que tan bien habia salido con su intencion, y con lo que deseaba el Capitan, no quiso tenerlos á todos mas tiempo tristes; y así se levantó de la mesa, y entrando donde estaba Zorayda, la tomó por la mano, y tras ella se vinieron Lusinda, Dorotéa y la hija del Oidor. Estaba esperando el Capitan á ver lo que el Cura queria hacer, que fue que tomandole á él asimismo de la otra mano, con entrambos á dos

dos se fue donde el Oidor y los demás Caballeros estaban , y dijo : Cesen , Señor Oidor, vuestras lagrimas , y colmese vuestro deseo de todo el bien que acertare á desearse , pues teneis delante á vuestro buen hermano , y á vuestra buena cuñada. Este que aqui veis es el Capitan Viedma , y esta la hermosa mora , que tanto bien le hizo ; los Franceses que os dije los pusieron en la estrechez que veis , para que vos mostreis la liberalidad de vuestro buen pecho. Acudiò el Capitan á abrazar á su hermano , y él le puso ambas manos en los pechos , por mirarle algo mas apartado : mas quando le acabó de conocer , le abrazò tan estrechamente , derramando tan tiernas lagrimas de contento , que los mas de los que presentes estaban le hubieron de acompañar en ellas. Las palabras que entrambos hermanos se dijeron , los sentimientos que mostraron , apenas creo que pueden pensarse , quanto mas escribirse. Allí , en breves razones , se dieron cuenta de sus sucesos ; allí mostraron puesta en su punto la buena amistad de dos hermanos ; allí abrazò el Oidor á Zorayda ; allí la ofreciò su hacienda ; allí hizo que la abrazase su hija ; allí la Christiana hermosa , y la Mora hermosísima renovaron las lagrimas de todos ; allí D. Quijote estaba atento sin hablar palabra , considerando estos tan estraños sucesos , atribuyendolos

todos á quimeras de la Andante Caballeria. Allí concertaron que el Capitan y Zorayda se volvieron con su hermano á Sevilla, y avisasen á su padre de su hallazgo y libertad, para que como pudiese viniese á hallarse en las bodas y bautismo de Zorayda, por no le ser al Oidor posible dejar el camino que llevaba, á causa de tener nuevas que de allí á un mes partia la flota de Sevilla á la Nueva España, y fuerale de grande incomodidad perder el viage. En resolucion, todos quedaron contentos y alegres del buen suceso del cautivo; y como ya la noche iba casi en las dos partes de su jornada, acordaron de recogerse y reposar lo que de ella les quedaba. Don Quijote se ofreció á hacer la guarda del Castillo: porque de algun Gigante ú otro mal andante follon no fuesen acometidos codiciosos del gran tesoro de hermosura que en aquel Castillo se encerraba. Agradecieronse los que le conocian, y dieron al Oidor cuenta del humor extraño de Don Quijote, de que no poco gusto recibió. Solo Sancho Panza se desesperaba con la tardanza del recogimiento, y solo él se acomodó mejor que todos, echándose sobre los aparejos de su jumento, que le costaron tan caros como adelante se dirá. Recogidas pues las damas en su estancia, y los demás acomodandose como menos mal pudieron, Don Quijote se salió fuera de la Venta á ha-

hacer la centinela del Castillo, como lo habia prometido. Sucedió pues que faltando poco por venir el Alva, llegó á los oídos de las damas una voz tan entonada y tan buena, que les obligò á que todas le prestasen atento oído, especialmente Dorotéa que despierta estaba, á cuyo lado dormia Doña Clara de Viedma, que así se llamaba la hija del Oidor. Nadie podia imaginar quien era la persona que tambien cantaba, y era una voz sola sin que la acompañase instrumento alguno. Unas veces les parecia que cantaban en el patio, otras en la caba-lleriza; y estando en esta confusion muy aten-tas, llegó á la puerta del aposento Cardenio, y dijo: Quien no duerme, escuche, que oirán una voz de un mozo de mulas, que de tal ma-nera canta, que encanta. Ya lo oimos, Señor, respondió Dorotea; y con esto se fue Cardenio, y poniendo toda la atencion posible, entendió que lo que cantaba era esto.

CAPITULO XLIII.

*De la agradable historia del mozo de mulas,
con otros estraños acaecimientos en la
Venta sucedidos.*



Marinero soy de amor,
Y en su pielago profundo
Navego, sin esperanza
De llegar á puerto alguno.
Siguiendo voy á una estrella,
Que desde lejos descubro,
Mas bella y resplandeciente
Que quantas vió Palinúro.

Yo no sé adonde me guía,
 Y así navego confuso,
 El alma á mirarla atenta,
 Cuidadosa y con descuido.

Recatos impertinentes,
 Honestidad contra el uso,
 Son nubes que me la encubren,
 Quando mas velar procuro.

O clara y luciente estrella,
 En cuya lumbre me apuro!
 Al punto que te me encubras,
 Será de mi muerte el punto.

Llegando el que cantaba á este punto, le pareció á Dorotéa que no sería bien que dejase Clara de oír una tan buena voz, y así moviéndola á una y otra parte, la despertó, diciéndola: Perdoname, niña, que te despierto, pues lo hago porque gustes de oír la mejor voz que quizá habrás oído en toda tu vida. Clara despertó toda soñolienta, y de la primera vez no entendió lo que Dorotéa la decia; y volviendoselo á preguntar, ella se lo volvió á decir, por lo qual estuvo atenta Clara; pero apenas hubo oído dos versos, que el que cantaba iba prosiguiendo, quando la tomó un temblor tan extraño, como si de algun grave accidente de quartana estuviera enferma; y abrazandose estrechamente con Dorotéa, la dijo: Ay Señora de mi alma y de

de mi vida , para qué me despertastes? que el mayor bien que la fortuna me podía hacer por ahora , era tenerme cerrados los ojos y los oídos , para no ver ni oír á ese desdichado musico. Qué es lo que dices , niña? Mira que dicen que el que canta es un mozo de mulas. No es sino Señor de lugares , respondió Clara , y el que él tiene en mi alma , es con tanta seguridad , que si él no quiere dejarle , no le será quitado eternamente. Admirada quedó Dorotéa de las sentidas razones de la muchacha , pareciendole que se aventajaban en mucho á la discrecion que sus pocos años prometian ; y asi la dijo : Hablais de modo , Señora Clara , que no puedo entenderos ; declaraos mas , y decidme qué es lo que decis de alma y de lugares y de este musico , cuya voz tan inquieta os tiene? Pero no me digais nada por ahora , que no quiero perder por acudir á vuestro sobresalto el gusto que recibo de oír al que canta , que me parece que con nuevos versos y nuevo tono torna á su canto. Sea en buen hora , respondió Clara , y por no oírle se tapó con las manos éntrambos oídos , de lo que tambien se admiró Dorotéa , la qual estando atenta á lo que se cantaba , vió que proseguia en esta manera:

Dulce esperanza mia,
 Que rompiendo imposibles y malezas,
 Sigues firme la via
 Que tu misma te finges y aderezas;
 No te desmaye el verte
 A cada paso junto al de tu muerte.

No alcanzan perezosos
 Honrados triunfos, ni victoria alguna,
 Ni pueden ser dichosos
 Los que no contratando á la fortuna,
 Entregan desvalidos
 Al ocio blando todos los sentidos.

Que amor sus glorias venda
 Caras, es gran razon, y es trato justo;
 Pues no hay mas rica prenda,
 Que la que se quilata por su gusto;
 Y es cosa manifesta
 Que no es de estima lo que poco cuesta,

Amarosas porfias
 Tal vez alcanzan imposibles cosas;
 Y ansi, aunque con las mias
 Sigo de amor las mas dificultosas,
 No por eso recelo
 De no alcanzar desde la tierra al Cielo.

Aqui dió fin la voz, y principio á nuevos

sollozos Clara. Todo lo qual encendia el deseo de Dorotéa , que deseaba saber la causa de tan suave canto , y de tan triste lloro ; y así la volvió á preguntar què era lo que la queria decir denantes ? Entonces Clara , temerosa de que Lusinda no la oyese , abrazando estrechamente á Dorotéa , puso su boca tan junto del oido de Dorotéa , que seguramente podia hablar sin ser de otro sentido ; y así la dijo : Este que canta , Señora mia , es un hijo de un Caballero , natural del Reyno de Aragón , Señor de dos lugares , el qual vivia frontero de la casa de mi Padre en la Corte ; y aunque mi Padre tenia las ventanas de su casa con lienzos en el invierno , y zelosias en verano , yo no sè lo que fue , ni lo que no , que este Caballero , que andaba al estudio , movió , ni sè si en la Iglesia ó en otra parte ; finalmente , èl se enamoró de mi , y me lo dió á entender desde las ventanas de su casa ; con tantas señas y con tantas lagrimas , que yo le hube de creer , y aun querer , sin saber lo que me queria : Entre las señas que me hacia , era una de juntarse la una mano con la otra , dandome á entender , que se casaria conmigo ; y aunque yo me holgaría mucho de que así fuera , como sola , y sin madre , no sabia con quien comunicarlo , y así lo dejè estar , sin darle otro favor , sino era , quando estaba mi Padre fuera de casa , y el suyo tambien ,

alzar un poco el lienzo ò la zelosia y dejar-me ver toda ; de lo que él hacia tanta fiesta, que daba señales de volverse loco. Llegóse en esto el tiempo de la partida de mi padre, la qual él supo , y no de mi , pues nunca pude decirselo. Cayó malo, á lo que yo entiendo, de pesadumbre ; y así el dia que nos partimos, nunca pude verle para despedirme de él , siquiera con los ojos ; pero al cabo de dos dias que caminabamos , al entrar de una posada en un lugar , una jornada de aqui , le vi á la puerta de un Meson , puesto en habito de mozo de mulas , tan al natural , que si yo no le trajera retratado en mi alma , fuera imposible conocerle. Conocile , admiréme y alegréme: él me miró á hurto de mi Padre , de quien él siempre se esconde quando atraviesa por delante de mi en los caminos y en las posadas do llegamos ; y como yo sé quien es , y considero que por amor de mi viene á pie, y con tanto trabajo , muerome de pesadumbre , y donde él pone los pies , pongo yo los ojos. No sé con qué intencion viene , ni como ha podido escaparse de su Padre , que le quiere extraordinariamente , porque no tiene otro heredero , y porque él lo merece , como lo verá vuestra merced quando le vea. Y mas le sé decir, que todo aquello que canta lo saca de la cabeza , que he oido decir que es grande estudiante y poeta. Y hay mas, que cada

da vez que le veo y que le oygo cantar, tiemblo toda, y me sobresalto, temerosa de que mi Padre le conozca, y venga en conocimiento de nuestro deseo. En mi vida le he hablado palabra, y con todo eso le quiero de manera, que no he de poder vivir sin él. Esto es, señora mia, todo lo que os puedo decir de este musico, cuya voz tanto os ha contentado, que en sola ella echareis bien de ver que no es mozo de mulas, como decís, sino es Señor de almas, y lugares, como yo os he dicho. No digais mas, Señora Doña Clara, dijo á esta sazón Dorotéa, y esto besandola mil veces. No digais mas, digo y esperad que venga el nuevo día, que yo espero en Dios de encaminar de manera vuestros negocios, que tengan el felice fin que tan honestos principios merecen. Ay, Señora! dijo Doña Clara, qué fin se puede esperar, si su Padre es tan principal y tan rico, que le parecerá que aun yo no puedo ser criada de su hijo, quanto mas Esposa? pues casarme yo á hurto de mi Padre, no lo haré por quanto hay en el mundo. No queria sino que este mozo se volviese y me dejase, quizá con no verle, y con la gran distancia del camino que llevamos, se me aliviaria la pena que ahora llevo, aunque sé decir que este es remedio que imagino me ha de aprovechar bien poco: no sé que diablos ha sido esto, ni por donde se ha entra-

do este amor que le tengo , siendo yo tan muchacha , y él tan muchacho , que en verdad que creo que somos de una edad misma , y que yo no tengo cumplidos diez y seis años , por que el dia de S. Miguel que vendrà , dice mi Padre que los cumpla. No pudo dejar de reirse Dorotèa oyendo quan como niña hablaba Doña Clara , á quien dijo: Reposemos, Señora , lo poco que creo queda de la noche, y amanecerá Dios, y medrarémos , ó mal me andaràn las manos. Sosegaronse con esto , y en toda la Venta se guardaba un grande silencio ; solamente no dormian la hija de la Ventera y Maritornes su criada , las quales , como ya sabian el humor de que pecaba Don Quijote , y que estaba fuera de la Venta armado , y acaballo haciendo la guarda , determinaron las dos de hacerle alguna burla , ó á lo menos de pasar un poco el tiempo oyendole sus disparates.

Es , pues , el caso , que en toda la Venta no habia ventana que saliese al campo , sino un agujero de un pajar , por donde echaban la paja por de fuera. A este agujero se pusieron las dos semidoncellas , y vieron que Don Quijote estaba acaballo recostado sobre su lanzon , dando de quando en quando tan dolientes y profundos suspiros , que parecia que con cada uno se le arrancaba el alma ; y asimismo oyeron que decia con voz blanda,

re-

regalada y amorosa : O mi Señora Dulcinea del Toboso , extremo de toda hermosura , fin y remate de la discrecion , archivo del mejor donayre , deposito de la honestidad ; y ultimamente , idèa de todo lo provechoso , honesto y deleytable que hay en el mundo ! y què farà ahora la tu merced ? Si tendràs por ventura las mientes en tu cautivo Caballero que à tantos peligros , por solo servirte , de su voluntad ha querido ponerse ? Dadme tu nuevas de ella , ó luminaria de las tres caras , quizà con embidia de la suya la estás ahora mirando , que , ò paseandose por alguna galeria de sus sumptuosos Palacios , ó yá puesta de pechos sobre algun balcon , està considerando como , salva su honestidad y grandeza , ha de amansar la tormenta que por ella este mi cuitado corazon padece , què gloria ha de dar á mis penas , que sosiego á mi cuidado , y finalmente , qué vida á mi muerte , y qué premio á mis servicios ? Y tu , sol , que ya debes de estar apriesa ensillando tus caballos por madrugar y salir à ver mi Señora , asi como la veas , suplicote que de mi parte la saludes ; pero guardate , que al verla y saludarla no la des paz en el rostro , que tendrè mas zelos de ti , que tu los tuviste de aquella ligera ingrata que tanto te hizo sudar y correr por los llanos de Tesalia , ó por las riberas de Penéo , que no me acuerdo bien por
dott-

donde corríste entonces zeloso y enamorado. A este punto llegaba entonces D. Quijote en su tan lastimero razonamiento, quando la hija de la Ventera le comenzó á cecear, y á decirle: Señor mio, lleguese acá la vuestra merced, si es servido. A cuya señas y voz volvió D. Quijote la cabeza, y vió á la luz de la luna, que entonces estaba en toda su claridad, como le llamaban, del agujero, que á él le pareció ventana, y aun con rejas doradas, como conviene que las tengan tan ricos Castillos, como èl se imaginaba que era aquella Venta: y luego en el instante se le representó en su loca imaginacion que otra vez como la pasada la doncella fermosa, hija de la Señora de aquel Castillo, vencida de su amor, tornaba á solicitarle, y con este pensamiento, por no mostrarse descortés y desagradecido, volvió las riendas á Rocinante, y se llegó al agujero, y así como vió á las dos mozas, dijo: Lastima os tengo, fermosa Señora de que hayades puesto vuestras amorosas mientes en parte donde no es posible corresponderos conforme merece vuestro gran valor y gentileza, de lo que no debeis dar culpa á este miserable Andante Caballero, á quien tiene amor imposibilitado de poder entregar su voluntad à otra que aquella que en el punto que sus ojos la vieron, la hizo Señora absoluta de su alma. Perdonadme, buena Señora, y recogéos
en

en vuestro aposento , y no queráis , con significarme mas vuestros deseos , que yo me muestre mas desagradecido ; y si del amor que me tienes halláis en mi otra cosa con que satisfaceros , que el mismo amor no sea , perdida mela , que os juro por aquella ausente enemiga dulce mia , de darosla en continente , si bien me pidiesedes una guedeja de los cabellos de Medusa , que eran todos culebras : ò ya los mismos rayos del sol encerrados en una redoma. No es menester nada de eso mi Señora (Señor Caballero) dijo á este punto Maritornes. Pues que ha menester , discreta dueña , vuestra Señora ? respondió D. Quijote. Sola una de vuestras hermosas manos , dijo Maritornes , por poder desahogar con ella el gran deseo que á este agujero la ha traído , tan á peligro de su honor , que si su Señor Padre la hubiera sentido , la menor tajada de ella fuera la oreja. Ya quisiera yo ver eso , respondió D. Quijote ; pero él se guardará bien de eso , si ya no quiere hacer el mas desastrado fin que Padre hizo en el mundo , por haber puesto las manos en los delicados miembros de su enamorada hija. Parecióle á Maritornes que sin duda D. Quijote daría la mano que le habian pedido ; y proponiendo en su pensamiento lo que habia de hacer , se bajó del agujero , y se fue á la caballeriza , donde tomó el cabestro del jumen-

to de Sancho Panza , y con mucha presteza se volvió á su agujero , á tiempo que Don Quijote se habia puesto de pies sobre la silla de Rocinante , por alcanzar á la ventana enrejada , donde se imaginaba estar la referida doncella ; y al darla la mano , dijo : Tomad, Señora , esa mano , ó por mejor decir , ese verdugo de los malhechores del mundo ; tomad esa mano , dijo , á quien no ha tocado otra muger alguna , ni aun la de aquella que tiene entera posesion de todo mi cuerpo. No os la doy para que la beseis , sino para que mireis la contestura de sus nervios , la trabazon de sus musculos , la anchura , y espaciosidad de sus venas , de donde sacareis què tal debe de ser la fuerza del brazo que tal mano tiene. Ahora la veremos dijo Maritornes , y haciendo una lazada corrediza al cabestro , se la hechó á la muñeca , y bajandose del agujero , ató lo que quedaba al cerrojo de la puerta del pajar muy fuertemente. D. Quijote , que sintió la aspereza del cordel en su muñeca : dijo : Mas parece que vuestra merced me ralla , que no que me regala la mano ; no la trateis tan mal , pues ella no tiene la culpa del mal que mi voluntad os hace , ni es bien que en tan poca parte vengueis el todo de vuestro enojo : mirad que quien quiere bien no se venga tan mal ; pero todas estas razones de Don Qui-

Quijote ya no las escuchaba nadie , porque asi como Maritornes le ató , ella y la otra se fueron muertas de risa , y le dejaron asido, de manera , que fue imposible soltase. Estaba , pues , como se ha dicho , de pies sobre Rocinante , metido todo el brazo por el agujero , y atado de la muñeca , y al cerrojo de la puerta , con grandisimo temor y cuidado, que si Rocinante se desviaba á un cabo ó á otro , habia de quedar colgado de el brazo, y asi no osaba hacer movimiento alguno, puesto que de la paciencia, y quietud de Rocinante bien se podia esperar que estaria sin moverse un siglo entero. En resolucion , viendose Don Quijote atado , y que ya las damas se habian ido , se dió á imaginar que todo aquello se hacia por via de encantamiento, como la vez pasada , quando en aquel mismo Castillo le molió aquel Moro encantado del Arriero, maldecia entre si su poca discrecion y discurso , pues habiendo salido tan mal la vez primera de aquel Castillo , se habia aventurado á entrar en él la segunda, siendo advertimiento de Caballeros Andantes, que quando han probado una aventura, y no salido bien con ella , es señal que no está para ellos guardada , sino para otros , y asi no tienen necesidad de probarla segunda vez. Con todo esto tiraba de su brazo , por ver si podia soltarse , mas estaba tan bien asido, que

que todas sus pruebas fueron en vano. Bien es verdad , que tiraba con tiento , porque Rocinante no se moviese ; y aunque él quisiera sentarse y ponerse en la silla , no podia sino estar en pie , ò arrancarse la mano. Allí fue el desear de la espada de Amadis, contra quien no tenia fuerza encantamiento alguno. Allí fue el maldecir de su fortuna: allí fue el exagerar la falta que haria en el mundo su presencia el tiempo que allí estuviese encantado , que sin duda alguna se habia creido que lo estaba , allí el acordarse de nuevo de su querida Dulcinéa del Toboso : allí fue el llamar á su buen escudero Sancho Panza , que sepultado en sueño , y tendido sobre la albarda de su jumento , no se acordaba en aquel instante de la madre que lo habia parido : allí llamó á los sabios Lirgandeo y Alquife , que le ayudasen : allí invocó á su buena amiga Urganda , que le socorriese ; y finalmente , allí le tomó la mañana tan desesperado y confuso , que bramaba como un toro , porque no esperaba èl que con el dia se remediára su cuita, porque la tenia por eterna , teniendose por encantado : y haciale creer esto ver que Rocinante poco ni mucho se movia , y creia que de aquella suerte sin comer ni beber, ni dormir habian de estar él y su caballo, hasta que aquel mal influjo de las estrellas

se pase , ó hasta que otro mas sabió encantador le desencantase ; pero engañose mucho en su creencia , porque apenas comenzó á amanecer quando llegaron á la Venta quatro hombres de acaballo , muy bien puestos y aderezados , con sus escopetas sobre los arzones. Llamaron á la puerta de la venta , que aun estaba cerrada , con grandes golpes ; lo qual visto por D. Quijote , desde donde aun no dejaba de hacer la centinela , con voz arrogante y alta dijo: Caballeros ó Escuderos , ó quien quiera que seais , no teneis para qué llamar á las puertas de este Castillo , que asáz de claro está , que á tales horas , ó los que están dentro duermen , ó no tienen por costumbre de abrirse las fortalezas hasta que el Sol esté tendido por todo el suelo : desviaos á fuera , y esperad que aclare el dia , y entonces veremos si será justo ó no , que os abran. Qué diablos de Fortaleza ó Castillo es este , dijo uno , para obligarnos á guardar esas ceremonias ? Si sois el Ventero , mandad que nos abran , que somos caminantes , que no queremos mas de dar cebada á nuestras cabalgaduras , y pasar adelante porque vamos de priesa. Pareceos , Caballeros , que tengo yo talle de Ventero ? respondió Don Quijote. No sé de qué teneis talle , respondió el otro ; pero sé que de-

decis disparates en llamar Castillo á esta Venta. Castillo es, replicó Don Quijote, y aun de los mejores de toda esta Provincia, y gente tiene dentro que ha tenido cetro en la mano y corona en la cabeza. Mejor fuera al revés, dijo el caminante, el cetro en la cabeza, y la corona en la mano: y será, si á mano viene, que debe de estar dentro alguna compañía de Representantes, de los quales es tener á menudo esas coronas y cetros que decis, porque en una Venta tan pequeña, y adonde se guarda tanto silencio como en esta, no creo yo que se alojan personas dignas de corona y cetro. Sabeis poco del mundo, replicó Don Quijote, pues ignorais los casos que suelen acontecer en la Caballeria Andante. Cansabanse los compañeros, que con el preguntante veian del coloquio que con Don Quijote pasaba; y así tornaron á llamar con grande furia, y fue de modo, que el Ventero despertó, y aun todos quantos en la Venta estaban; y así se levantó á preguntar quien llamaba. Sucedió en este tiempo, que una de las cabalgaduras en que venian los quatro que llamaban se llegó á oler á Rocinante, que melancolico y triste, con las orejas caidas, sostenia sin moverse á su estirado Señor, y como en fin era de carne, aunque parecia de leño, no pudo dejar de

resentirse, y tornar á oler á quien le llegaba á hacer caricias: y así no se hubo movido tanto quanto se desviaron los juntos pies de Don Quijote, y resbalando de la silla cayeran con él en el suelo á no quedar colgado del brazo: cosa que le causó tanto dolor que creyó, ó que la muñeca le cortaban, ó que el brazo se arriancaba, porque él quedó tan cerca del suelo que con los extremos de las puntas de los pies besaba la tierra que era en su perjuicio, porque como sentia lo poco que le faltaba para poner las plantas en la tierra, fatigabase, y estrivabase quanto podia por alcanzar al suelo: bien así como los que están en el tormento de la garrucha puestos á toca no toca que ellos mismos son causa de acrecentar su dolor con el ahinco que ponen en estirarse, engañados de la esperanza que se les representa que con poco mas que estiren, llegarán al suelo.

CAPITULO XLIV.

Donde se prosiguen los inauditos sucesos de la Venta.

EN efecto, fueron tantas las voces que Don Quijote dió, que abriendo de presto las puertas de la Venta, salió el Ventero despavorido á ver quien tales gritos daba, y los que estaban fuera hicieron lo mismo. Maritornes que ya habia despestado á las mismas voces, imaginando lo que podia ser, se fue al pajar y desató sin que nadie lo viese el cabestro que á D. Quijote sostenia, y él dió luego en el suelo á vista del Ventero y de los caminantes que llegando á él, le preguntaron qué tenia que tales voces daba? El sin responder palabra se quitó el cordel de la muñeca, y levantandose en pie subió sobre Rocinante, embrazó su adarga, entró su lanzon, y tomando buena parte del campo, volvió á medio galope diciendo: Qualquiera que dijere que yo he sido con justo titulo encantado, como mi Señora la Princesa Micomicona me dé licencia para ello, yo le desmiento, le reto y desafio á singular batalla. Admirados se quedaron los nuevos caminantes de las palabras de Don Quijote; pero el Ventero les quitó de aquella admiracion, diciendoles que era D. Quijote, y que no ha-
bia

bia que hacer acaso de él, porque estaba fuera de juicio. Preguntaronle al Ventero si acaso habia llegado á aquella Venta un muchacho de hasta edad de quince años, que venia vestido como mozo de mulas, de tales y tales señas, dando las mismas que traia el amante de Doña Clara. El Ventero respondió que habia tanta gente en la Venta que no habia echado de ver en el que preguntaban; pero habiendo visto uno de ellos el coche donde habia venido el Oidor, dijo: Aqui debe de estar sin duda, porque este es el coche que él dicen que sigue; quedese uno de nosotros á la puerta, y entren los demás á buscarle; y aun sería bien que uno de nosotros rodease toda la Venta, porque no se fuese por las bardas de los corrales. Asi se hará respondió uno de ellos, y entrandose los dos dentro, uno se quedó á la puerta y el otro se fue á rodear la Venta: todo lo qual veia el Ventero, y no sabia atinar para que se hacian aquellas diligencias, puesto que bien creyó que buscaban aquel mozo cuyas señas le habian dado. Ya á esta sazón aclaraba el dia, y asi por esto como por el ruido que Don Quijote habia hecho estaban todos despiertos, y se levantaban, especialmente Doña Clara y Dorothea, que la una con el sobresalto de tener tan cerca á su amante, y la otra con el deseo de verle, habian podido dormir bien mal aquella noche. D. Quijote que vió que ninguno de

los quatro caminantes hacian caso de él ni le respondian á su demanda, moria y rabiaba de despecho y saña ; y si él hallára en las Ordenanzas de su Caballeria que licitamente podia el Caballero Andante tomar y emprender otra empresa , habiendo dado su palabra y fé de no ponerse en ninguna hasta acabar la que habia prometido , él envistiera con todos y les hiciera responder mal de su grado ; pero por parecerle no convenirle ni estarle bien comenzar nuevas empresas hasta poner á Micomicóna en su Reyno, hubo de callar y estarse quedo, esperando á ver en qué paraban las diligencias de aquellos caminantes : uno de los quales halló al mancebo que buscaba durmiendo al lado de un mozo de mulas, bien descuidado de que nadie le buscasse, ni menos de que le hallase. El hombre le trabó del brazo, y le dijo : Por cierto, Señor Don Luis, que corresponde bien a quien vos sois el habito que teneis, y que dice bien la cama en que os hallo al regalo con que vuestra Madre os criò. Limpióse el mozo los soñolientos ojos , y mirò despacio al que le tenia asido, y luego conoció que era criado de su Padre, de que recibió tal sobresalto que no acertó ó no pudo hablarle palabra por un buen espacio, y el criado prosiguiò diciendo : Aquí no hay que hacer otra cosa , Señor Don Luis, sino prestar paciencia, y dar la vuelta á casa, si ya vuestra merced no gusta que su Padre y
mi

mi Señora la de al otro mundo, porque no se puede esperar otra cosa de la pena con que queda por vuestra ausencia. Pues cómo supo mi Padre, dijo Don Luis, que yo venia este camino y en este traje? Un Estudiante, respondió el criado, á quien disteis cuenta de vuestros pensamientos fue el que lo descubrió, movido á lastima de las que vió que hacia vuestro Padre al punto que os echó menos; y así despachó á quatro de sus criados en vuestra busca, y todos estamos aquí á vuestro servicio, mas contentos de lo que imaginarse puede por el buen despacho con que tornaremos, llevandos á los ojos que tanto os quieren. Eso será como yo quisiere ó como el Cielo lo ordenare, respondió D. Luis. Qué habeis de querer, ó qué ha de ordenar el Cielo fuera de consentir en volveros, porque no ha de ser posible otra cosa? Todas estas razones que entre los dos pasaban oyó el mozo de mulas junto á quien Don Luis estaba; y levantandose de allí fue á decir lo que pasaba á Don Fernando y á Cardenio á los demás que ya vestido se habian, á los quales dijo, como aquel hombre llamaba de Don á aquel muchacho y las razones que pasaban, y como le queria volver á casa de su Padre, y el mozo no queria; y con esto y con lo que de él sabian de la buena voz que el Cielo le habia dado, vinieron todos en gran deseo de saber mas parti-

curalmente quien era, y aun de ayudarle si alguna fuerza le quisiesen hacer; y así se fueron ácia la parte donde aun estaba hablando y porfiando con su criado. Salia en esto Dorotéa del aposento, y tras ella Doña Clara toda turbada; y llamando Dorotéa á Cardenio aparte le contó en breves razones la historia del Musico y de Doña Clara á quien él tambien dijo lo que pasaba de la venida á buscarle los criados de su padre, y no se lo dijo tan callando que lo dejase de oír Clara, de lo que quedó tan fuera de sí, que si Dorotéa no llegara á tenerla, diera consigo en el suelo. Cardenio dijo á Dorotéa que se volviesen al aposento, que él procuraria poner remedio en todo, y ellas lo hicieron. Ya estaban todos los quatro que venian á buscar á Don Luis dentro de la Venta, y rodeados de él, persuadiendole que luego sin detenerse un punto volviese á consolar á su padre. El respondió que en ninguna manera lo podia hacer hasta dar fin á un negocio en que le iba la vida, la honra y el alma. Apretaronle entonces los criados, diciendole que en ningun modo volverian sin él, y que le llevarian quisiese ò no quisiese. Eso no hareis vosotros, replicó Don Luis, sino es llevandome muerto, aunque de qualquiera manera que me lleveis será llevarme sin vida. Ya á esta sazón habian acudido á la porfia todos los mas que en la Venta estaban, especialmen-

te Cardenio, Don Fernando, sus camaradas, el Oidor, el Cura, el Barbero, y D. Quijote, que ya le pareció que no habia necesidad de guardar mas el Castillo. Cardenio, como aquel que ya sabia la historia del mozo, preguntó á los que llevarle querian que qué les movia á querer llevar contra su voluntad aquel muchacho? Muevenos, respondió uno de los quatro, dar la vida á su padre, que por la ausencia de este Caballero queda á peligro de perderla. A esto dijo Don Luis: No hay para qué se dé cuenta aqui de mis cosas; yo soy libre y volveré si me diere gusto; y si no, ninguno de vosotros me ha de hacer fuerza. Harasela á v. md. la razon, respondió el hombre; y quando ella no bastare con v. md. bastará con nosotros para hacer á lo que venimos y lo que somos obligados. Sepamos que es esto de raiz, dijo á este tiempo el Oidor; pero el hombre que le conoció, como vecino de su casa, respondió: No conoce vuestra merced, Señor Oidor, á este Caballero, que es el hijo de su vecino, el qual se ha ausentado de casa de su padre en el habito tan indecente á su calidad, como vuestra merced puede ver? Miróle entonces el Oidor mas atentamente, y conocióle, y abrazandole, dijo: Que niñerías son estas, Señor Don Luis, ó que causas tan poderosas, que os hayan movido á venir de esta manera y en este trage que dice tan mal con la calidad vuest-

tra? Al mozo se le vinieron las lágrimas á los ojos, y no pudo responder palabra. El Oidor dijo á los quatro que se sosegasen, que todo se haria bien, y tomando por la mano á Don Luis le apartó á una parte, y le preguntó qué venida habia sido aquella? Y en tanto que le hacia estas y otras preguntas, oyeron grandes voces á la puerta de la Venta, y era la causa de ellas que dos huespedes que aquella noche se habian alojado en ella, viendo á toda la gente ocupada en saber lo que los quatro buscaban, habian intentado irse sin pagar lo que debian; mas el Ventero que atendia mas á su negocio que á los agenos, les asió al salir de la puerta, y pidió su paga, y les afeó su mala intencion con tales palabras que les movió á que le respondiesen con los puños; y así le comenzaron á dar tal mano, que el pobre Ventero tuvo necesidad de dar voces y pedir socorro. La Ventera y su hija no vieron á otro mas desocupado para poder socorrerle, que á D. Quijote, á quien la hija de la Ventera dijo: Socorra vuestra merced, Señor Caballero, por la virtud que Dios le dió, á mi pobre Padre que dos malos hombres la están moliendo como á cibera. A lo qual respondió Don Quijote, muy de espacio y con mucha flema: Fermosa doncella no ha lugar por ahora vuestra petición, porque estoy impedido de entremeteme en otra aventura en tanto que no diere

cima á una en que mi palabra me ha puestos
mas lo que yo podré hacer por serviros , es lo
que ahora diré: Corred y decir á vuestro pa-
dre que se entretenga en esa batalla lo mejor
que pudiere, y que no se deje vencer en nin-
gun modo en tanto que yo pido licencia á la
Princesa Micomicona para poder socorrerle en
su cuita que si ella me la da , tened por cier-
to que yo le sacaré de ella. Pecadora de mi,
dijo á esto Maritornes que estaba delante,
primero que vuestra merced alcance esa licen-
cia que dice , estará ya mi Señor en el otro
mundo. Dejadme vos, Señora , que yo alcan-
ce la licencia que digo , respondió Don Qui-
jote que como yo la tenga , poco hará al ca-
so que él esté en el otro mundo , que de allí
le sacaré á pesar del mismo mundo , que lo con-
tradiga , ó por lo menos os daré tal vengan-
za de los que allá le hubieren enviado, que que-
deis mas que medianamente satisfechás ; y sin
decir mas se fue á poner de hinojos ante Do-
rotéa , pidiendola con palabras caballerosas y
andantescas que la su grandeza fuese servida
de darle licencia de acorrer y socorrer al Cas-
tellano de aquel Castillo que estaba puesto en
una grave mengua. La Princesa se la dió de
buen talante, y él luego abrazando su adar-
ga , y poniendo mano á su espada , acudió á la
puerta de la Venta adonde aun todavia traian
los dos huespedes á mal traer al Ventero; pe-

ro así como llegó embrazó y se estuvo quedo aunque Maritornes, y la Ventera le decian que en qué se detenía, que socorriese á su Señor, y marido. Detengome, dijo D. Quijote, porque no me es licito poner mano á la espada contra gente Escuderil; pero llamadme aqui á mi Escudero Sancho, que á él toca y tañe esta defensa y venganza. Esto pasaba en la puerta de la Venta, y en en ella andaban las puñadas y mojicones muy en su punto, todo en daño del Ventero, y en rabia de Maritornes, la Ventera y su hija que desesperaban de ver la cobardia de D. Quijote y de lo mal que lo pasaba su marido, Señor y Padre. Pero dejemosle aqui, que no faltará quien le socorra, ó sino sufra y calle el que se atreve á mas de lo que sus fuerzas le prometen, y volvamos atrás cinquenta pasos á ver que fue lo que D. Luis respondió al Oidor, que le dejamos aparte preguntandole la causa de su venida á pie y de tan vil trage vestidos. A lo qual el mozo, asiendole fuertemente de las manos, como en señal de que algun gran dolor le apretaba el corazon, y derramando lagrimas en grande abundancia, le dijo: Señor mio, yo no se deciros otra cosa, sino que desde el punto que quiso el Cielo, y facilitó nuestra vecindad que yo viesse á mi Señora Doña Clara, hija vuestra y Señora mia, desde aquel instante la hice dueño de mi voluntad; y si la vuestra verdadero Señor

ñor y padre mio, no lo impide, en este mismo dia ha de ser mi Esposa. Por ella dejé la casa de mi padre, y por ella me puse en este trage para seguirla donde quiera que fuese como la saeta al blanco, ó como el marinero al norte. Ella no sabe de mis deseos mas de lo que ha podido entender de algunas veces que desde lejos ha visto llorar mis ojos. Ya, Señor sabeis la riqueza y la nobleza de mis padres, y como yo soy unico heredero: si os parece que estas son partes para que os aventuréis á hacerme en todo venturoso, recibidme luego por vuestro hijo: que si mi padre llevado de otros designios suyos no gustare de este bien que yo supe buscarme, mas fuerza tiene el tiempo para deshacer y mudar las cosas, que las humanas voluntades. Callò en diciendo esto el enamorado mancebo; y el Oidor quedó en oirle suspenso, confuso y admirado, así de haber oido el modo y la discrecion con que Don Luis le habia descubierto su pensamiento, como de verse en un punto, que no sabia el que poder tomar en tan repentino y no esperado negocio; y así no respondió otra cosa, sino que se sosegase por entonces, y entretuviese à sus criados, que por aquel dia no se volviesen, porque se tuviese tiempo para considerar lo que mejor á todos estuviese. Besòle las manos por fuerza Don Luis, y aun se las bañó con lagrimas: cosa que pudiera enternecer un

un corazón de marmol, no solo el del Oidor, que como discreto ya habia conocido quan bien le estaba á su hija aquel matrimonio, puesto que si fuera posible lo quisiera efectuar con voluntad del Padre de Don Luis, el qual sabia que pretender hacer de Titulo á su hijo. Ya á esta sazón estaban en paz los huespedes con el Ventero, pues por persuasión y buenas razones de Don Quijote mas que por amenazas le habian pagado todo lo que él quiso, los criados de Don Luis aguardaban el fin de la plática del Oidor y la resolución de su amo, quando el demonio que no duerme, ordenó que en aquel mismo punto entró en la Venta el Barbero á quien Don Quijote quitó el yelmo de Mambrino, y Sancho Panza los aparejos del Asno, que trocó con los del suyo: el qual Barbero, llevando su Jumento á la caballeriza, vió á Sancho Panza que estaba aderezando no se que de la albarda, y así como la vió la conoció y se atrevió á arremeter á Sancho, diciendo: Ah Don Ladron que aquí os tengo, venga mi vacía y mi albarda, con todos mis aparejos que me robastes: Sancho, que se vió acometer tan de improviso, y oyó los vituperios que le decian, con la una mano asió de la albarda, y con la otra dió un mojicon al Barbero que le bañó los dientes en sangre; pero no por eso le dejó el Barbero la presa que tenia hecha en la albarda, antes alzó

la voz de tal manera , que todos los de la Venta acudieron al ruido y pendencia ; y decia : Aqui del Rey y de la Justicia , que sobre cobrar mi hacienda me quiere matar este ladrón , salteador de caminos. Mentis , respondió Sanchó , que yo no soy salteador de caminos que en buena guerra ganò mi Señor D. Quijote estos despojos. Ya estaba D. Quijote delante con mucho contento de ver quan bien se defendia y ofendia su Escudero , y tuvole desde allí adelante por hombre de pro , y propuso en su corazon de armarle Caballero en la primera ocasion que se le ofreciese , por parecerle que seria en él bien empleada la Orden de la Caballeria. Entre otras cosas que el Barbero decia en el discurso de la pendencia vino á decir : Señores , así esta albarda es mia como la muerte que debo á Dios , y así la conozco como si la hubiera parido , y ahí está mi Asno en el establo que no me dejará mentir , si no , pruebensela , y si no le viniere pinitiparada , yo quedaré por infame ; y hay mas , que el mismo dia que ella se me quitó me quitaron tambien una vacía de azofar nueva que no la habia estrenado que era Señora de un escudo. Aqui no se pudo contener Don Quijote sin responder , y poniendose entre los dos y apartandoles , depositando la albarda en el suelo , que la tuviese de manifesto hasta que la verdad se declarase , dijo : Porque vean
vues-

vuestra mercedes clara y manifiestamente el error en que está este buen Escudero, pues llama vacía á lo que fue, es y será yelmo de Mambrino, el qual se le quitó yo en buena guerra, y me hice señor de él con legitima y licita posesesion; en lo del albarda no me entrometo, que en lo que en ello sabré decir es, que mi Escudero Sancho me pidió licencia para quitar los jaeces del caballo de este vencido cobarde, y con ellos adornar el suyo: yo se la dí, y él los tomó, y de haberse convertido de jaéz en albarda no sabré dar otra razon sino es la ordinaria, que como esas transformaciones se ven en los sucesos de la Caballeria: para confirmacion de lo qual, corre Sancho hijo, y saca aqui el yelmo que este buen hombre dice ser vacía. Par diez, Señor, dijo Sancho, sino tenemos otra prueba de nuestra intencion que la que vuestra merced dice, tan vacía es el yelmo de Mambrino, como el jaéz de este buen hombre albarda. Haz lo que te mando, replicó Don Quijote, que no todas las cosas de este Castillo han de ser guiadas por encantamiento. Sancho fue adonde estaba la vacía ó yelmo de Mambrino, como su amo decia, y la trajo, y asi como Don Quijote la vió, la tomó en las manos, y dijo: Miren vuestras mercedes con qué cara podrá decir este Escudero que esta es vacía, y no el yelmo que yo he dicho; y juro por la Orden
de

de Caballeria que profeso, que este yelmo fue el mismo que yo le quite, sin haber añadido en él ni quitado cosa alguna. En eso no hay duda, dijo à esta sazón Sancho, porque desde que mi Señor le ganó hasta agora no ha hecho con él mas de una batalla, quando libró á los sin ventura encadenados; y si no fuera por este vaci-yelmo no lo pasara entonces muy bien, porque hubo asaz de pedradas en aquel trance.



de los pances á vestras mercedes, Sancho
dijo, dijo el Barbero, de lo que ántes
estaban tales hombres, pues son hoy
que era de es varr rino yelmo? Y dize lo
comento dize, dijo Don Quijote, lo pare yo
con el que yo vi en el castillo de los
la parte que remata mill veces. Y estas
de

[CAPITULO XLV.]

Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino, y de la albarda, y otras aventuras sucedidas, con toda verdad.



QUÉ les parece á vuestras mercedes, Señores, dijo el Barbero, de lo que afirman estos gentiles hombres, pues aun porfian que esta no es vacía sino yelmo? Y quien lo contrario dijere, dijo Don Quijote, le haré yo conocer que miente, si fuere Caballero; y si Escudero que remiente mil veces. Nuestros Bar-

Barbero , que á todo estaba presente , como tenia tan bien conocido el humor de Don Quijote , quiso esforzar su desatino , y llevar adelante la burla , para que todos riesen , y dijo hablando con el otro Barbero : Señor Barbero , ó quien sois , sabed que yo tambien soy de vuestro oficio , y tengo mas ha de veinte años Carta de Examen , y conozco muy bien de todos los instrumentos de la barberia , sin que le falte uno ; y ni mas ni menos fui un tiempo en mi mocedad soldado , y sé tambien que es yelmo y que es morrion y zelada de encaje , y otras cosas tocantes á la milicia , digo , á los generos de armas de los soldados , y digo , salvo mejor parecer , remitiendome siempre al mejor entendimiento , que esta pieza que está aqui delante y que este buen Señor tiene en las manos , no solo no es vacia de Barbero , pero está tan lejos de serlo como está lejos lo blanco de lo negro , y la verdad de la mentira. Tambien digo que este aunque es yelmo , no es yelmo entero. No por cierto , dijo D. Quijote , porque le falta la mitad , que es la Barbera. Asi es , dijo el Cura , que ya habia entendido la intencion de su amigo el Barbero , y lo mismo confirmó Cardenio , Don Fernando y sus camaradas ; y aun el Oidor , si no estuviera tan pensativo con el negocio de Don Luis , ayudara por su parte la burla ; pero las veras de la que pensaba le tenian tan suspenso , que poco ó

nada atendia á aquellos donayres. Valame Dios! dijo á esta sazón el Barbero burlado, qué es posible que tanta gente honrada diga que esta no es vacia, sino yelmo? Cosa parece esta que puede poner en admiracion á toda una Universidad, por discreta que sea: basta, si es que esta vacia es yelmo, tambien debe de ser esta albarda jaéz de caballo, como este Señor ha dicho. A mi albarda me parece, dijo D. Quijote, pero ya he dicho que en eso me no entrometo de que sea albarda ó jaéz. Dijo el Cura, no está en mas de decirlo el Señor Don Quijote, que en estas cosas de la Caballeria todos estos Señores, y yo le damos la ventaja. Por Dios, Señores míos, dijo Don Quijote, que son tantas y tan estrañas las cosas que en este Castillo en dos veces que en él he alojado me han sucedido, que no me atreva á decir afirmativamente ninguna cosa de lo que acerca de lo que en él se contiene se me preguntare, porque imagino que quanto en él se trata es por via de encantamiento: la primera vez me fatigó mucho un Moro encantado que en él hay, y á Sancho no le fue muy bien con otros sus sequaces, y anoche estuve colgado de este brazo casi dos horas, sin saber como ni como no, vine á caer en aquella desgracia. Asi que, ponerme yo agora en cosa de tanta confusion á dar mi parecer, será caer en juicio temerario: en lo que toca á lo que dicen que

que esta es vacia y no yelmo, ya yo tengo respondido; pero en lo de declarar si esa es albarda ó jaez, no me atrevo á dar sentencia definitiva, solo lo dejo al buen parecer de vuestras mercedes, quizá por no ser armados Caballeros, como yo lo soy, no tendrán que ver con vuestras mercedes los encantamientos de este lugar, y tendrán los entendimientos libres, y podrán juzgar de las cosas de este Castillo como ellas son real y verdaderamente, y no como á mi me parecieran. No hay duda, respondió á esto Don Fernando, sino que el Señor Don Quijote ha dicho muy bien hoy, que á nosotros toca la definicion de este caso; y porque vaya con mas fundamento, yo tomaré en secreto los votos de estos Señores, y de lo que resultare daré entera y clara noticia. Para aquellos que la tenian del humor de Don Quijote, era todo esto materia de grandisima risa; pero para los que la ignoraban les parecia el mayor disparate del mundo, especialmente á los quatro criados de Don Luis, y á Don Luis ni mas ni menos, y á otros tres pasajeros que acaso habian llegado á la Venta, que tenian parecer de Quadrilleros, como en efecto lo eran; pero el que mas se desesperaba era el Barbero, cuya vacia alli delante de sus ojos se le habia vuelto en yelmo de Mambrino, y cuya albarda pensaba sin duda alguna que se le habia de volver

en jaéz rico de caballo ; y los unos y los otros se reian de ver como andaba Don Fernando tomando los votos de unos en otros , hablando-los al oido , para que en secreto declarasen si era albarda ó jaéz aquella joya sobre quien tanto habia peleado ; y despues que hubo tomado los votos de aquellos que á Don Quijote conocian , dijo en alta voz : El caso es, buen hombre , que yo ya estoy cansado de tomar tantos pareceres , porque veo que á ninguno pregunto lo que deseo saber , que no me diga que es disparate el decir que esta sea albarda de jumento , sino jaéz de caballo , y aun de caballo castizo , y asi habreis de tener paciencia , porque á vuestro pesar y al de vuestro asno este es jaéz , y no albarda , y vos habeis alegado y probado muy mal de vuestra parte. No la tenga yo en el Cielo , dijo el Sobrebarbero , si todas vuestras mercedes no se engañan , y que así parezca mi anima ante Dios , como eila me parece á mi albarda y no jaéz , pero allá van leyes , &c. y no digo mas : y en verdad que no estoy borracho , que no me he desayunado , si de pecar no. No menos causaban risa las necedades que decia el Barbero , que los disparates de Don Quijote , el qual á esta sazón dijo : Aqui no hay mas que hacer , sino que cada uno tome lo que es suyo , y á quien Dios se la dió , San Pedro se la bendiga. Uno de

de los quatro dijo: Si ya no es que esto sea burla pensada, no me puedo persuadir que hombres de tan buen entendimiento como son ó parecen todos los que aqui estan, se atrevan á decir y afirmar que esta no es vacia: ni aquella albarda; mas como veo que lo afirman, y lo dicen, me doy á entender que no carece de mysterio el porfiar una cosa tan contraria de lo que nos muestra la misma verdad y la misma experiencia; porque voto á tal: y arrojóle redondo, que no me den á mí á entender quantos hoy viven en el mundo al revés de que esta no sea vacia de Barbero, y esta albarda de asno. Bien podria ser de borrica, dijo el Cura. Tanto monta, dijo el criado, que el caso no consiste en eso, sino en si es ó no es albarda, como vuestras mercedes dicen. Oyendo esto uno de los Quadrilleros que habian entrado, y que habia oido la pendencia y question, lleno de colera y de enfado, dijo: Tan albarda es como mi padre, y el que otra cosa ha dicho ó dijere, debe de estar hecho una uba. Mentis, como bellaco villano, respondió Don Quijote, y alzando el lanzon, que nunca le dejaba de las manos, le iba á descargar tal golpe sobre la cabeza, que á no desviarse el Quadrillero, se le dejara alli tendido: el lanzon se hizo pedazos en el suelo, y los demás Quadrilleros que vieron tratar mal á su compañero, alzaron la

voz , pidiendo favor á la Santa Hermandad. El Ventero , que era de la quadrilla, entró al punto por su varilla y por su espada , y se puso al lado de sus compañeros: los criados de Don Luis rodearon á Don Luis , porque con el alboroto no se les fuese. El Barbero viendo la casa revuelta , tornó á asir de su albarda , y lo mismo hizo Sancho. Don Quijote puso mano á su espada , y arremetió á los Quadrilleros. Don Luis daba voces á sus criados , que dejasen á él , y acorriesen á Don Quijote , y á Cardenio , y á Don Fernando , que todos favorecian á Don Quijote. El Cura daba voces, la Ventera gritaba, su hija se afligia, Maritornes lloraba , Dorotea estaba confusa , Luscinda suspensa , y Doña Clara desmayada. El Barbero aporreaba á Sancho , Sancho molia al Barbero : Don Luis , á quien un criado suyo se atrevió á asirle del brazo porque no se fuese , le dió una puñada , que le bañó los dientes en sangre ; el Oidor le detenia , Don Fernando tenia debajo de sus pies á un Quadrillero , midiendole el cuerpo con ellos muy á su sabor. El Ventero tornó á reforzar la voz, pidiendo favor á la Santa Hermandad ; de modo , que toda la Venta era llantos , voces , gritos , confusiones , temores , sobresaltos , desgracias , cuchilladas , mojicones , palos , coces y efusion de sangre ; y en la mitad de este caos , maquina y laberynto de cosas , se le

le representó en la memoria de Don Quijote, que se veía metido de hoz y de coz en la discordia del campo de Agramante; y así dijo con voz que atronaba la Venta: Tenganse todos, todos embaynen, todos se sosieguen, oyganme todos, si todos quieren quedar con vida. A cuya gran voz todos se pararon, y él prosiguió diciendo: No os dije yo, Señores, que este Castillo era encantado, y que alguna region de demonios debe de habitar en él? En confirmacion de lo qual quiero que veáis por vuestros ojos como se ha pasado aqui, y trasladado entre nosotros la discordia del campo de Agramante; mirad como alli se pelea por la espada, aqui por el caballo, acullá por el aguila, acá por el yelmo, y todos peleamos, y todos no nos entendemos: venga, pues, vuestra merced, Señor Oidor, y vuestra merced, Señor Cura, y el uno sirva de Rey Agramante, y el otro de Rey Sobrino, y pongamonos en paz, porque por Dios Todo Poderoso, que es gran bellaqueria que tanta gente principal como aqui estamos se mate por causas tan livianas: los Quadrilleros, que no entendian el frasis de Don Quijote, y se veian malparados de Don Fernando, Cardenio y sus camaradas, no querian sosegarse, el Barbero si, porque en la pendencia tenia deshechas las barbas y la alabarda: Sancho á las mas mi-

nima voz de su Amo obedeció como buen criado ; los quatro criados de Don Luis tambien se estuvieron quedos , viendo quan poco les iba en no estarlo ; solo el Ventero porfiaba que se habian de castigar las insolencias de aquel loco , que á cada paso le albororaba la Venta ; finalmente , el rumor se apaciguó por entonces , la albarda se quedò por jacz hasta el dia del juicio , y la vacia por yelmo , y la Venta por Castillo , en la imaginacion de Don Quijote. Puestos , pues , ya en sosiego , y hechos amigos todos á persuasion del Oidor y del Cura , volvieron los criados de Don Luis á porfiarle que al momento se viniese con ellos ; y en tanto que él con ellos se avenia , el Oidor comunicó con Don Fernando , Cardenio y el Cura , qué debia de hacer en aquel caso , contando-seles con las razones que Don Luis le habia dicho. En fin , fue acordado que Don Fernando dijese á los criados de Don Luis , quien él era , y como era su gusto que Don Luis se fuese con él Andaluçia , donde de su hermano el Marqués seria estimado como el valor de Don Luis merecia ; porque de esta manera se sabia de la intencion de Don Luis , que no volveria por aquella vez á los ojos de su padre , si le hiciesen pedazos. Entendida , pues , de los quatro la calidad de Don Fernando , y la intencion de Don Luis , determi-
na-

naron entre ellos , que los tres se volviesen á contar lo que pasaba á su padre , y el otro se quedase á servir á Don Luis , y á no dejarle hasta que ellos volviesen por él , ó viesen lo que su padre les ordenaba : de esta manera se apaciguó aquella maquina de pependencias de la autoridad de Agramante y prudencia del Rey Sobrino ; pero viendose el enemigo de la concordia , y el emulo de la paz menospreciado y burlado , y el poco fruto que habia grangeado de haberlos puesto á todos en tan confuso laberinto , acordó de probar otra vez la mano , resucitando nuevas pependencias y desasosiegos. Es , pues , el caso , que los Quadrilleros se sosegaron por haber entreoido la calidad de los que con ellos se habian combatido , y retirandose de la pendencia , por parecerles que de qualquiera manera que sucediese , habian de llevar lo peor de la batalla ; pero uno de ellos , que fue el que fue molido y pateado por Don Fernando , le vino á la memoria que entre algunos mandamientos que traia para prender algunos delinquentes traia uno contra Don Quijote , á quien la Santa Hermandad habia mandado prender por la libertad que dió á los Galeotes , y como Sancho con mucha razon habia temido : imaginando , pues , esto , quiso certificarse si las señas que Don Quijote traia venian bien : y sacando del seno un pergami-

no,

no , topó con el que buscaba , y poniéndosele á leer de espacio , porque no era buen lector , á cada palabra que leía ponía los ojos en Don Quijote , y iba cotejando las señas del mandamiento con el rostro de Don Quijote , y halló que sin duda alguna era el que el mandamiento rezaba ; y apenas se hubo certificado , quando recogiendo su pergamino , con la mano izquierda tomó el mandamiento , y con la derecha asió á Don Quijote del cuello fuertemente que no le dejaba alentar , y á grandes voces decía : Favor á la Santa Hermandad , y para que se vea que lo pido de veras , lease este mandamiento , donde se contiene que se prenda este salteador de caminos. Tomó el mandamiento el Cura , y vió como era verdad quanto el Quadrillero decía , y como convenia con las señas de Don Quijote , el qual viendose tratar mal de aquel villano mandrín , puesta la colera en su punto , y crugicndole los huesos de su cuerpo , como mejor pudo le asió al Quadrillero con entrambas manos de la garganta , que á no ser socorrido de sus compañeros , allí dejara la vida , antes que Don Quijote la presa. El ventero , que por fuerza habia de favorecer á los de su oficio , acudió luego á darle favor. La ventera , que vió de nuevo á su marido en pendencia , volvió á alzar la voz , cuyo tenor le llevaron luego Maritornes y su hija , pidiendo favor al

Cie-

Cielo , y á los que alli estaban. Sancho dijo, viendo lo que pasaba : Vive el Señor que es verdad quanto mi Amo dice de los encantos de este Castillo , pues no es posible vivir una hora con quietud en él. Don Fernando despartió al Quadrillero y á Don Quijote , y con gusto de entrambos les desenclavijó las manos , que el uno en el collar del sayo del uno , y el otro en la garganta del otro bien asidas tenian ; pero no por eso cesaban los Quadrilleros de pedir su preso , y que les ayudasen á darsele atado y entregado á toda su voluntad , porque asi convenia al servicio del Rey y de la Santa Hermandad , de cuya parte de nuevo les pedian socorro y favor para hacer aquella prision de aquel robador y salteador de sendas y de carreras. Reíase de oír decir estas razones Don Quijote, y con mucho sosiego dijo: Venid acá , gente soez y mal nacida , salteador de caminos llamais al dar libertad á los encadenados , soltar los presos , acorrer á los miserables , alzar los caidos , remediar los menesterosos ? Ah gente infame , digna por vuestro trabajo y vil entendimiento , que el Cielo no os comunique el valor que se encierra en la Caballeria Andante , ni os dé á entender el pecado é ignorancia en que estais en no reverenciar la sombra , quanto mas la asistencia de qualquier Caballero Andante. Venir acá , ladrones en quadiilla , que no Quadrilleros, saltea-

teadores de caminos con licencia de la Santa Hermandad: decidme, quién fue el ignorante que firmó mandamiento de prision contra un tal Caballero como yo soy? Quién el que ignoró que son esentos de todo judicial fuero los Caballeros Andantes? Y que su ley es su espada, sus fueros, sus brios, sus pragmáticas su voluntad? Quién fue el mentecato, vuelvo á decir, que no sabe que no hay secutoria de Hidalgo con tantas preeminencias, ni esenciones, como la que adquiere el Caballero Andante el dia que se arma Caballero, y se entrega al duro ejercicio de la Caballeria? Qué Caballero Andante pagó pecho, alcavala, chapin de la Reyna, moneda forera, portazgo, ni barca? Qué Sastre le llevó hechura de vestido que le hiciese? Qué Castellano le acogió en su Castillo, que le hiciese pagar el coste? Qué Rey no le sentó á su mesa? Qué Doncella no se le aficionó y se le entregó rendida á todo su talante y voluntad? Y finalmente, qué Caballero Andante ha habido, hay, ni habrá en el mundo, que no tenga brios para dar él solo quatrocientos palos á quatrocientos Quadrilleros que se le pongan delante?

CAPITULO XLVI.

De la notable aventura de los Quadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen Caballero Don Quijote.

EN tanto que Don Quijote esto decia, estaba persuadiendo el Cura á los Quadrilleros, como Don Quijote era falto de juicio, como lo veian por sus obras, y por sus palabras, y que no tenian para que llevar aquel negocio adelante, pues aunque le prendiesen, y llevasen, luego le habian de dejar por loco. A lo que respondió el del mandamiento: Que á él no tocaba juzgar de la locura de Don Quijote, sino hacer lo que por su mayor le era mandado, y que una vez preso, siquiera le soltasen trescientas. Con todo eso, dijo el Cura, por esta vez no le habeis de llevar, ni aun él dejará llevarse, á lo que yo entiendo. En efecto, tanto les supo el Cura decir, y tantas locuras supo Don Quijote hacer, que mas locos fueron que no él los Quadrilleros, si no conocieran la falta de Don Quijote, y así tubieron por bien de apaciguarse, y aun de ser medianeros de hacer las paces entre el Barbero, y Sancho Panza, que todavia asistian con gran rencor á su pendencia. Finalmente, ellos, como
mien-

miembros de justicia , mediaron la causa , y fueron arbitros de ella, de tal modo, que ambas partes quedaron , si no del todo contentas , á lo menos en algo satisfechas ; porque se trocaron las albardas , y no las cinchas , y xaquimas. Y en lo que tocaba á lo del yelmo de Mambriño , el Cura á socapa y sin que Don Quijote lo entendiese, le dió por la vacia ocho reales, y el Barbero le hizo una cedula del recibo y de no llamarse á engaño por entonces ni por siempre jamás, amen. Sosegadas , pues , estas dos pependencias ; que eran las mas principales y de mas tomo , restaba que los criados de D. Luis se contentasen de volver los tres, y que el otro quedase para acompañarle donde Don Fernando le queria llevar : y como ya buena suerte y mejor fortuna, habia comenzado á romper lanzas y á facilitar dificultades en saber de los amantes de la Venta y de los valientes de ella, quiso llevarlo al cabo y dar á todo felice suceso , porque los criados se contentaron de quanto Don Luis queria , de que recibió tanto contento Doña Clara, que ninguno en aquella sazón la mirara al rostro , que no conociera el regocijo de su alma. Zorayda , aunque no entendia bien todos los sucesos que habia visto, se entristecia y alegraba á vulto conforme veia y notaba los semblantes á cada uno , especialmente de su Español, en quien tenia siempre puestos los ojos , y traia colgada el alma.

El Ventero á quien se le pagó por alto la dativa y recompensa que el Cura habia hecho al Barbero , pidió el coste de Don Quijote con el menoscabo de sus cueros y falta de vino, jurando que no saldria de la Venta Rocinante ni el Jumento de Sancho sin que se le pagase primero hasta el ultimo ardite. Todo lo apaciguó el Cura , y lo pagó Don Fernando, puesto que el Oidor de muy buena voluntad habia tambien ofrecido la paga ; y de tal manera quedaron todos en paz y sosiego, que ya no parecia la Venta la discordia del campo de Agramante , como Don Quijote habia dicho , sino la misma paz y quietud del tiempo de Otaviano ; de todo lo qual fue comun opinion que se debian de dar las gracias á la buena intencion y mucha eloquencia del Señor Cura, y á la incomparable liberalidad de D. Fernando. Viendose , pues Don Quijote libre y desembarazado de tantas pependencias , asi de su Escudero como suyas , le pareció que seria bien seguir su comenzado viage , y dar fin á aquella grande aventura para que habia sido llamado y escogido ; y asi con resoluta determinacion se fue á poner de hinojos ante Dorotéa , la qual no le consintió que hablase palabra hasta que se levantase , y él por obedecerla se puso en pie , y la dijo : Es comun probervio , ferosa Señora , que la diligencia es madre de la buena ventura , que en muchas y graves cosas ha

mos-

mostrado la experiencia que la sollicitud del negociante trae á buen fin el pleyto dudoso; pero en ningunas cosas se muestra mas esta verdad que en las de la guerra, donde la celeridad y presteza previene los discursos del enemigo, y alcanza la victoria antes que el contrario se ponga en defensa. Todo esto digo, alta y preciosa Señora, porque me parece que la estada nuestra en este Castillo ya es sin provecho y podria sernos de tanto daño, que lo echamos de ver algun dia; porque quien sabe si por ocultas espías y diligentes habrá sabido ya vuestro enemigo el Gigante de que yo voy á destruirle, y dandole lugar el tiempo de fortificarse en algun inexpugnable Castillo ó Fortaleza, contra quien valiesen poco mis diligencias y la fuerza de mi incansable brazo? Asi que, Señora mia, prevengamos, como tengo dicho, con nuestra diligencia sus designios, y partamos luego á la buena ventura, que no está mas de tenerla vuestra grandeza como desea, de quanto yo tarde de verme con vuestro contrario. Caló y no dijo mas Don Quijote, y esperó con mucho sosiego la respuesta de la hermosa Infanta, la qual con ademan señorial y acomodado al estilo de Don Quijote, le respondió de esta manera: Yo os agradezco, Señor Caballero, el deseo que mostrais tener de favorecerme en mi gran cuita, bien asi como Caballero á quien es anexo y concerniente

te

te el favorecer los huerfanos y menesterosos y quiera el Cielo que el vuestro y mi deseo se cumpla , para que veais que hay agradecidas mugeres en el mundo ; y en lo de mi partida sea luego , que yo no tengo mas voluntad que la vuestra ; disponed vos de mi á toda vuestra guisa y talante , que la que una vez os entregó la defensa de su persona , y puso en vuestras manos la restauracion de sus señorios , no ha de querer ir contra lo que la vuestra prudencia ordenare. A la mano de Dios , dijo D. Quijote , pues asi es que una Señora se me humilla , no quiero yo perder la ocasion de levantarla y ponerla en su heredado trono : la partida sea luego , porque me va poniendo espuelas el deseo y el camino ; lo que suele decirse, que en la tardanza está el peligro ; y pues no ha criado el Cielo ni visto el infierno ninguno que me espante ni acobarde. Ensilla , Sancho , á Rocinante y apareja tu jumento y el palafren de la Reyna , despedamonos del Castellano, y de estos Señores ; y vamos de aqui luego al punto : Sancho , que á todo estaba presente , dijo , meneando la cabeza á una parte y á otra : Ay Señor , Señor , y cómo hay mas mal en el Aldeguela que se suena , con perdon sea dicho de las tocas honradas. Qué mal puede haber en ninguna Aldea ni en todas las Ciudades del mundo , que pueda sonarse en menoscabo mio ? Villano. Si vuestra merced se-

enoja , respondió Sancho , yo callaré , y dejaré de decir lo que soy obligado como buen Escudero , y como deben un buen criado decir á su Señor. Di lo que quisieres replicó Don Quijote , como tus palabras no se encaminen á ponerme miedo , que si tu le tienes , haces como quien eres ; y si yo no le tengo , hago como quien soy. No es eso , pecador soy á Dios , respondió Sancho , sino que yo tengo por cierto y por averiguado que esta Señora que se dice ser Reyna del gran Reyno Micomicón no lo es mas que mi madre , porque á ser lo que ella dice , no se anduviera hociendo con alguno de los que estan en la rueda á vuelta de cabeza y á cada traspuesta. Paróse colorada con las razones de Sancho Dorotea , porque era verdad que su Esposo D. Fernando alguna vez , á hurto de otros ojos , habia cogido con los labios parte del premio que merecian sus deseos ; lo qual habia visto Sancho , y parecidole que aquella desenvoltura mas era de dama cortesana que de Reyna de tan gran Reyno. Y no pudo ni quiso responder palabra á Sancho , sino dejóle proseguir en su platica , y él fue diciendo: Esto digo , Señor , porque si al cabo de habet andado caminos y carreras , y pasado malas noches , y peores dias ha de venir á coger el fruto de nuestros trabajos el que se está holgando en esta Venta , no hay para que darme prisa á que ensille á Rocinante , albarde el jumen-

to, y aderece el palafren, pues será mejor que nos estemos quedos, y cada puta hile, y comamos. O valame Dios, y quan grande que fue el enojo que recibió D. Quijote oyendo las descompuestas palabras de su Escudero! Digo que fue tanto, que con voz atropellada, y tartamuda lengua, lanzando vivo fuego por los ojos, dijo: O bellaco, villano, mal mirado, y descompuesto, é ignorante, infucundo, deslenguado, atrevido, murmurador y maldiciente, tales palabras has osado decir en mi presencia y en la de estas inclitas Señoras? Y tales deshonestidades y atrevimientos osaste poner en tu confusa imaginacion? Vete de mi presencia, monstruo de naturaleza, depositario de mentiras, almario de embustes, silo de bellaquerias, inventor de maldades, publicador de sandeces, enemigo del decoro que se debe á las Reales Personas: vete, no parezcas delante de mi, so pena de mi ira, y diciendo esto, se enarcó las cejas, inchó los carrillos, miró á todas partes, y dió con el pie derecho una grande patada en el suelo, señales todas de la ira que encerraba en sus entrañas. A cuyas palabras y furibundos ademanes quedó Sancho tan encogido y medroso, que se holgara en aquel instante se abriera debajo de sus pies la tierra y le tragára, y no supo que hacerse, sino volver las espaldas, y quitarse de la enojada presencia de su Señor. Pero la dis-

creta Dorotèa , que tan entendido tenia ya el humor de D. Quijote , dijo para templarle la ira : No os despecheis , señor Caballero de la Triste Figura , de las sandeces que vuestro buen Escudero ha dicho , porque quizá no las debe de decir sin ocasion , ni de su buen entendimiento y christiana conciencia se puede sospechar que levante testimonio á nadie ; y asi se ha de creer , sin poner duda en ello , que como en este Castillo , segun vos , señor Caballero , decis , todas las cosas van y suceden por modo de encantamiento , podia ser , dijo , que Sancho hubiese visto por esta diabolica via lo que él dice que vió tan en ofensa de mi honestidad. Por el Omnipotente Dios juro , dijo á esta sazón D. Quijote , que la vuestra grandeza ha dado en el punto , y que alguna mala vision se le puso delante á este pecador de Sancho , que le hizo ver lo que fuera imposible verse de otro modo que por el de encantos no fuera , que sé yo bien de la bondad é inocencia de este desdichado , que no sabe levantar testimonios á nadie. Asi es , y asi será , dijo D. Fernando , por lo qual debe vuestra merced , señor D. Quijote , perdonarle y reducirle al gremio de su gracia : *Sicut erat in principio* , antes que las tales visiones le sacasen de juicio. D. Quijote respondió que él le perdonaba ; y el Cura fue por Sancho , el qual vino muy humilde , y hincandose de rodillas

pidió la mano á su amo , y él se la dió ; y después de habersela dejado besar, le echó la bendición, diciendo : Agora acabarás de conocer, Sancho hijo , ser verdad lo que otras muchas veces te he dicho de que todas las cosas de este Castillo son hechas por via de encantamiento. Asi lo creo yo , dijo Sancho , excepto aquello de la manta , que realmente sucedió por via ordinaria. No lo creas, respondió D. Quijote , que si asi fuera yo te vengára entonces y aun agora ; pero ni entonces ni agora pude ni vi en quien tomar venganza de tu agravio. Desearon saber todos què era aquello de la manta , y el Ventero los contó punto por punto la volateria de Sancho Panza , de que no poco se rieron todos ; y de que no menos se corriera Sancho si de nuevo no le asegurara su Amo que era encantamiento, puesto que jamás llegó la sandez de Sancho á tanto , que creyese no ser verdad pura y averiguada , sin mezcla de engaño alguno , lo de haber sido manteado por personas de carne y hueso , y no por fantasmas soñadas ni imaginadas como su Señor lo creia y afirmaba. Dos dias eran ya pasados los que habia que toda aquella illustre compañía estaba en la Venta ; y pareciendoles que ya era tiempo de partirse , dieron orden para que sin ponerse al trabajo de volver Dorotea y D. Fernando con D. Quijote á su Aldea , con la invencion de la libertad

de la Reyna Micomicona , pudiesen el Cura y el Barbero llevarsele como deseaban , y procurar la cura de su locura en su tierra , y lo que ordenaron fue , que se concertaron con un carretero de bueyes , que acaso acertó á pasar por alli , para que lo llevase en esta forma. Hicieron una como jaula de palos enrejados , capaz que pudiese en ella caber holgadamente D. Quijote ; y luego D. Fernando y sus camaradas , con los criados de D. Luis y los Quadrilleros , juntamente con el Ventero , todos por orden y parecer del Cura , se cubrieron los rostros y disfrazaron , quien de una manera , y quien de otra , de modo que á D. Quijote le pareciese ser otra gente de la que en aquel Castillo habia visto. Hecho esto , con grandisimo silencio se entraron adonde él estaba durmiendo y descansando de las pasadas refriegas. Llegaronse á él , que libre y seguro de tal acontecimiento dormia , y asiendole fuertemente le ataron muy bien las manos y los pies , de modo , que quando él despertó con sobresalto , no pudo menearse ni hacer otra cosa mas que admirarse y suspenderse de ver delante de si tan estraños visages ; y luego dió en la cuenta de lo que su continua y desvariada imaginacion le representaba , y se creyó que todas aquellas figuras eran fantasmas de aquel encantado Castillo , y que sin duda alguna ya estaba encantado , pues no se podia me-

near

near ni defender: todo á punto como habia pensado que sucediera el Cura, trazador de esta maquina. Solo Sancho de todos los presentes estaba en su mismo juicio y en su misma figura, el qual, aunque le faltaba bien poco para tener la misma enfermedad de su amo, no dejó de conocer quien eran todas aquellas contrahechas figuras, mas no osó descoser su boca hasta ver en qué paraba aquel asalto y prision de su amo, el qual tampoco hablaba palabra atendiendo á ver el paradero de su desgracia, que fue trayendo alli la jaula le encerraron dentro, y le clavaron dos maderos tan fuertemente, que no su pudieran romper á dos tirones. Tomaronle luego en hombros, y al salir del aposento se oyó una voz temerosa todo quanto la supo formar el Barbero (no el del albarda sino el otro) que decia: O Caballero de la Triste Figura! no te dé afincamiento la prision en que vas, porque asi conviene para acabar mas presto la aventura en que tu gran esfuerzo te puso, la qual se acabará quando el furibundo Leon manchado, con la blanca paloma Tobosina yogieren en uno, ya despues de humilladas las altas cervices al blando yugo matrimoniesco: de cuyo inaudito consorcio saldrán á luz del Orbe los bravos cachorros que imitarán las rumpantes garras del valeroso padre, y esto será antes que el seguidor de la fugitiva Ninfa haga dos vegadas á la

visita de las lucientes imagenes con su rapido y natural curso. Y tu, ó el mas noble y obediente Escudero que tuvo espada en cinta, barbas en rostro, y olfato en las narices, no te desmaye ni descontente ver llevar asi adelante de tus mismos ojos á la flor de la Caballeria Andante, que presto si al pasmador del mundo le place, te verás tan alto y tan sublimado, que no te conozcas, y no saldrán defraudadas las promesas que te ha fecho tu buen Señor. Y asegurote de parte de la sabia Mentironiana, que tu salario te sea pagado como lo verás por la obra, y sigue las pisadas del valeroso y encantado Caballero, que conviene que vayas donde pareis entrambos; y porque no me es licito decir otra cosa, á Dios quedad, que yo me vuelvo á donde yo me sé. Y al acabar de la profecia alzó la voz de punto, y disminuyóla despues con tan tierno acento, que aun los sabidores de la burla estuvieron por creer que era verdad lo que oian. Quedo D. Quijote consolado con la escuchada profecia, porque luego coligió de todo en todo la significacion de ella, y vió que le prometian el verse ayuntados en santo y debido matrimonio con su querida Dulcinea del Toboso, de cuyo feliz vientre saldrian los cachorros, que eran sus hijos para gloria perpetua de la Mancha. Y creyendo esto bien y firmemente, alzó la voz, y dando un gran suspiro dijo: O tu, quien quiera que seas, que tanto bien me has pronosticado; ruegote que pidas
do

de mi parte al sabio encantador que mis cosas tiene á cargo, que no me deje perecer en esta prision donde agora me llevan, hasta ver cumplidas tan alegres e incomparables promesas como son las que aqui se me han hecho, que como esto sea, tendré por gloria las penas de mi carcel, y por alivio estas cadenas que me ciñen, y no por duro campo de batalla este lecho en que me acuestan, sino por cama blanda y talamo dichoso. Y en lo que toca à la consolacion de Sancho Panza mi Escudero, yo confio de su bondad y buen proceder, que no me dejarà en buena ni en mala suerte; porque quando no suceda por la suya ó por mi corta ventura el poderle yo dar la Insula ú otra cosa equivalente que le tengo prometida por lo menos su salario no podrá perderse, que en mi testamento, que ya está hecho, deyo declarado lo que se le ha de dar, conforme à sus muchos y buenos servicios, sino à la posibilidad mia. Sancho Panza se le inclinò con mucho comedimiento, y le besò entrambas manos, porque la una no pudiera por estar atadas entrambas. Luego tomaron la jaula en hombros aquellas visiones, y la acomodaron en el carro de los bueyes.

CAPITULO XLVII.

Del extraño modo con que fue encantado Don Quijote de la Mancha, con otros famosos sucesos.



Quando D. Quijote se vió de aquella manera enjaulado y encima del carro, dijo: Muchas, y muy graves historias he yo leído de Caballeros Andantes, pero jamás he leído, ni visto, ni oído que á los Caballeros encantados los lleven de esta manera, y con el espacio que prometen estos perezosos y tardios animales, porque siempre los suelen llevar

var por los ayres con estraña ligereza , encerrados en alguna parda y obscura nube , ó en algun carro de fuego , ò ya sobre algun hypogrifo ó otra bestia semejante ; pero que me lleven á mi agora sobre un carro de bueyes , vive Dios que me pone en confusion ; pero quizá la Caballeria y los encantos de estos nuestros tiempos deben de seguir otro camino que siguieron los antiguos. Y tambien podria ser que como yo soy nuevo Caballero en el mundo , y el primero que ha resucitado el ya olvidado egercicio de la Caballeria Aventurera, tambien nuevamente se hayan inventado otros generos de encantamientos , y otros modos de llevar á los encantados. Qué te parece de esto, Sancho, hijo ? No se yo lo que me parece, respondió Sancho , por no ser tan leido como vuestra merced en las Escrituras Andantes ; pero con todo eso osaria afirmar y jurar que estas visiones que por aqui andan no son del todo catholicas. Catholicas mi padre ? respondió D. Quijote , cómo han de ser catholicos , si son todos los demonios que han tomado cuerpos fantasticos para venir á hacer esto, y á ponerme en este estado ? Y si quieres ver esta verdad, tocalos , y palpalos, y verás como no tienen cuerpos sino de ayre, y como no consiste en mas de en la apariencia. Por Dios , Señor ; replicó Sancho, ya yo los he tocado , y este diablo que aqui anda tan solícito es rollizo de carnes

nes, y tiene otra propiedad muy diferente de la que yo he oido decir que tienen los demonios, porque segun se dice todos huelen á piedra de azufre, y otros malos olores; pero este huele á ambar de media legua. Decia esto Sancho por D. Fernando, que como tan Señor debia de oler á lo que Sancho decia. No te maravilles de eso, Sancho amigo, respondió D. Quijote, porque te hago saber que los diablos saben mucho, puesto que traigan olores consigo, ellos no huelen nada, porque son espíritus, y si huelen no pueden oler cosas buenas, sino malas y hediondas; y la razon es, que como ellos, donde quiera que están traen el infierno consigo, y no pueden recibir genero de alivio alguno en sus tormentos; y el buen olor sea cosa que deleyta y contenta no es posible que elios huelan cosa buena; y si á ti te parece que ese demonio que dices huele á ambar, ó tu te engañas, ó él quiere engañarte con hacer que no le tengas por demonio. Todos estos coloquios pasaron entre amo y criado; y temiendo D. Fernando y Cardenio que Sancho no viniese á caer del todo en la cuenta de su invencion, á quien andaba ya muy en los alcances, determinaron de abreviar con la partida, y llamando aparte al Ventero, le ordenaron que ensillase á Rocinante y enalbardase el jumento de Sancho, el qual lo hizo con mucha presteza. Y en esto el Cura se habia con-

cer-

certado con los Quadrilleros que la acompañasen hasta su lugar, dandoles un tanto cada dia. Colgó Cardenio del arzon de la silla de Rocinante, del un cabo la adarga, y del otro la vacia, y por señas mandó á Sancho que subiese en su asno, y tomase de las riendas á Rocinante, y puso á los lados del carro á los dos Quadrilleros con sus escopetas; pero antes que se moviese el carro, salió la Ventera, su hija, y Maritornes á despedirse de D. Quijote, fingiendo que lloraban de dolor de su desgracia, á quien D. Quijote dijo: No lloreis, mis buenas Señoras, que todas estas desdichas son anejas á los que profesan lo que yo profeso; y si estas calamidades no me acontecieran, no me tuviera yo por famoso Caballero Andante; por que á los Caballeros de poco nombre y fama, nunca les suceden semejantes casos, porque no hay en el mundo quien se acuerde de ellos; á los valerosos si, que tienen embidiosos de su virtud y valentia á muchos Principes y á muchos otros Caballeros que procuran por malas vias destruir á los buenos; pero con todo eso la virtud es tan poderosa, que por si sola, á pesar de toda la nigromantica que supo su primer inventor Zoroastes, saldrá vencedora de todo trance, y dará de si luz en el mundo, como la da el Sol en el Cielo. Perdonadme, fermosas damas, si algun desagruiado por descuido mio os he fecho, que de voluntad y á sabiendas jamás le di á nadie:

y rogad á Dios me saque de estas prisiones donde algun mal intencionado encantador me ha puesto , que si de ellas no me veo libre , no se me caeran de la memoria las mercedes que en este Castillo me habedes fecho , para gratificarlas , servir las , y recompensar las como ellas merecen. En tanto que las damas del Castillo esto pasaban con D. Quijote , el Cura y el Barbero se despedian de D. Fernando y sus camaradas , y del Capitan y de su hermano , y de todas aquellas contentas Señoras , especialmente de Dorotea y Luscin-da. Todas se abrazaron , y quedaron de darse noticia de sus sucesos , diciendo D. Fernando al Cura , dónde habia de escribirle , para avisarle en lo que paraba D. Quijote , asegurandole que no habria cosa que mas gusto le diese que saberlo , y que el asimismo le avisaria de todo aquello que viese que podria darle gusto , asi de su casamiento , como del Bautismo de Zorayda , y suceso de D. Luis , y vuelta de Luscin-da á su casa. El Cura ofreció de hacer quanto se le mandaba con toda puntualidad. Tornaron á abrazarse otra vez , y otra vez tornaron á nuevos ofrecimientos. El Ventero se llegó al Cura , y le dió unos papeles , diciendole que los habia hallado en un aforro de la maleta , donde se halló la Novela del Curioso impertinente ; y que pues su dueño no habia vuelto
mas

mas por alli , que se los llevase todos , que pues él no sabia leer , no los queria, El Cura se lo agradeció , y abriendolos luego , vió que al principio de lo escrito decia : *Novela de Rinconete y Cortadillo* , por donde entendió ser alguna Novela , y coligió , que pues la del Curioso Impertinente habia sido buena , que tambien lo seria aquella , pues podria ser fuesen todas de un mismo autor , y así la guardó con presupto de leerla quando tubiese comodidad. Subió á caballo , y tambien su amigo el Barbero con sus antifaces , porque no fuesen luego conocidos de D. Quijote , y pusieronse á caminar tras el carro ; y la orden que llevaba era esta : Iba primero el carro, guiandole su dueño , á los dos lados iban los Quádrilleros como se ha dicho , con sus escopetas ; seguia luego Sancho Panza sobre su asno , llevando de la rienda á Rocinante , detrás de todo esto iban el Cura y el Barbero sobre sus poderosas mulas , cubiertos los rostros como se ha dicho con grave y reposado continente , no caminando mas de lo que permitia el paso tardo de los bueyes. D. Quijote iba sentado en la jaula , las manos atadas, tendidos los pies , y arrimado á las verjas con tanto silencio, y tanta paciencia, como si no fuera hombre de carne, sino estatua de piedra. Y así con aquel espacio y silencio caminaron hasta dos leguas, que llegaron á un valle , donde le pareció al

bue-

bueyero ser lugar acomodado para reposar y dar pasto á los bueyes; y comunicandolo con el Cura, fue de parecer el Barbero que caminasen un poco mas, porque él sabia detrás de un recuesto que cerca de allí se mostraba, habia un valle de mas yerva, y mucho mejor que aquel donde parar querian. Tomóse el parecer del Barbero, y asi tomaron á proseguir su camino. En esto volvió el Cura el rostro, y vió que á sus espaldas venian hasta seis ó siete hombres de á caballo bien puestos y aderezados, de los quales fueron presto alcanzados, porque caminaban, no con la flema y reposo de los bueyes, sino como quien iba sobre mulas de Canonigos y con deseo de llegar presto á sestar á la Venta, que menos de una legua de allí se aparecia. Llegaron los diligentes á los perezosos y saludaronse cortesmente; y uno de los que venian que en resolucion era Canonigo de Toledo, y Señor de los demás que le acompañaban, viendo la concertada procesion del carro, Quadri-lleros, Sancho, Rocinante, Cura y Barbero, y mas á D. Quijote enjaulado y aprisionado, no pudo dejar de preguntar què significaba llevar aquel hombre de aquella manera? Aunque ya se habia dado á entender, viendo las insignias de los Quadrilleros, que debia de ser algun facineroso salteador ú otro delinquente, cuyo castigo tocase á la Santa Hermandad. Uno de los quadrilleros, á quien fue hecha la pregunta

res-

respondió así: Señor, lo que significa ir este Caballero de esta manera, digalo él, porque nosotros no lo sabemos. Oyó Don Quijote la plática, y dijo; Por dicha, vuestras mercedes, Señores Caballeros, son versados y peritos en esto de la Caballería Andante? porque si lo son, comunicaré con ellos mis desgracias, y si no no hay para qué me canse en decirlas. Y en este tiempo habian llegado el Cura y el Barbero, viendo que los caminantes estaban en pláticas con Don Quijote de la Mancha, para responder de modo que no fuese descubierto su artificio. El Canonigo, á lo que Don Quijote dijo respondió: en verdad, hermano, que se mas de libros de Caballerías, que de las Sumulas de Villalpando. Así que, si no está en mas que en esto, seguramente podeis comunicar conmigo lo que quisieredes. A la mano de Dios, replicó Don Quijote. Pues así es, quiero, Señor Caballero, que sepades que yo voy encantado en esta jaula por envidia y fraude de malos encantadores, que la virtud es mas perseguida de los malos, que amada de los buenos. Caballero Andante soy, y no de aquellos de cuyos nombres jamás la fama se acordó para eternizarlos en su memoria, sino de aquellos que á despecho y pesar de la misma envidia y de quantos Magos crió Persia, Bracamanes la India, Ginosofistas la Etiopia, ha de poner su nombre en el Templo de la inmortalidad, para

que sirva de exemplo y dechado en los venideros siglos, donde los Caballeros Andantes vean los pasos que han de seguir, si quisieren llegar á la cumbre y alteza honrosa de las armas. Dice verdad el Señor Don Quijote de la Mancha, dijo á esta sazón el Cura que él va encantado en esta carreta, no por sus culpas y pecados, sino por la mala intencion de aquellos á quien la virtud enfada, y la valentia enoja. Este es, Señor, el Caballero de la Triste Figura, si ya le oisteis nombrar en algun tiempo, cuyas valerosas hazañas y grandes hechos serán escritas en bronces duros y en eternos marmoles, por mas que se canse la envidia en obscurcerlos, y la malicia en ocultarlos. Quando el Canonigo oyó hablar al preso y al libre en semejante estilo, estuvo por hacerse la cruz de admirado, y no podia saber lo que le habia acontecido; y en la misma admiracion cayeron todos los que con él venian. En esto Sancho Panza que se habia acercado á oír la plática, para adobarlo todo, dijo: Ahora, Señores, quieranme bien, ó quieranme mal por lo que dijere; el caso de ello, es, que así va encantado mi Señor Don Quijote, como mi madre; él tiene su entero juicio, él come y bebe, y hace sus necesidades como lo demás hombres, y como las hacia ayer antes que le enjaulasen. Siendo esto así, cómo quieren hacerme á mi entender que va encantado? Pues yo

yo he oido decir a muchas personas que los encantados ni comen, ni duermen, ni hablan; y mi amo, si no le van á la mano, hablará mas que treinta Procuradores; y volviendose á mirar al Cura, prosiguió, diciendo: Ah Señor Cura, Señor Cura, pensaba v. md. que no le conozco, y pensará que yo no lo calo y adivino adonde se encaminan estos nuevos encantamientos? pues sepa que no le conozco, por mas que se encubra el rostro, y sepa que le entiendo, por mas que disimule sus embustes. En fin, donde reyna la envidia, no puede vivir la virtud: ni adonde hay escasez, la liberalidad. Mal haya el diablo que si por su reverencia no fuera, esta fuera ya la hora que mi Señor estuviera casado con la Infanta Micomicona, y yo fuera Conde por lo menos, pues no se podia esperar otra cosa, asi de la bondad de mi Señor el de la Triste Figura, como de la grandeza de mis servicios; pero ya veo que es verdad lo que se dice por ahí que la rueda de la fortuna anda mas lista que una rueda de molino, y que los que ayer estaban en pinganitos, hoy están por el suelo. De mis hijos y de mi muger me pesa, pues quando podian y debian esperar ver entrar á su padre por sus puertas hecho Gobernador ó Visorrey de alguna Insula ó Reyno, le verán entrar hecho mozo de caballos. Todo esto que he dicho, Señor Cura, no es mas de por encarecer á su Paternidad haga conciencia del

mal tratamiento que á mi Señor se le hace, y mire bien no le pida Dios en la otra vida esta prision de mi amo, y se le haga cargo de todos aquellos socorros y bienes que mi Señor D. Quijote deja de hacer en todo este tiempo que está preso. Adobame esos candiles, dijo á este punto el Barbero. Tambien vos, Sancho, sois de la cofradia de vuestro amo? Vive el Señor, que voy viendo que le habeis de tener compañía en la jaula, y que habeis de quedar tan encantado como él, por lo que os toca de su humor y de su Caballeria. En mal punto os empeñastes de sus promesas, y en mala hora se os entrò en los cascos la Insula que tanto deseais. Yo no estoy preñado de nadie, respondiò Sancho, ni soy hombre que me lo dejaria hacer del Rey que fuese, y aunque pobre, soy Christiano viejo, y no debo nada á nadie; y si Insulas deseo, otros desean otras cosas peores, y cada uno es hijo de sus obras, y debajo de ser hombre puedo venir á ser Papa, quanto mas Gobernador de una Insula, y mas pudiendo ganar tantas mi Señor, que le falte á quien darlas. Vuestra md. mire como habla, Señor Barbero, que no es todo hacer barbas, y algo va de Pedro á Pedro: digolo, porque todos nos conocemos, y á mi no se me ha de echar dado falso; y en esto del encantado de mi amo, Dios sabe la verdad, y quedase aqui, porque es peor m near-lo. No quiso responder el Barbero á Sancho,
por

porque no descubriese con sus simplicidades lo que él y el Cura tanto procuraban encubrir. Y por este mismo temor habia el Cura dicho al Canonigo que caminase un poco delante que él le diria el mysterio del enjaulado , con otras cosas que le diesen gusto. Hizolo asi el Canonigo , y adelantóse con sus criados y con él: estuvo atento á todo aquello que decirle quiso de la condicion, vida, y locura y costumbres de Don Quijote, contandole brevemente el principio y causa de su desvario , y todo el progreso de sus sucesos , hasta haberlo puesto en aquella jaula, y el designio que llevaban de llevarle á su tierra , para ver si por algun medio hallaban remedio á su locura. Admiraronse de nuevo los criados y el Canonigo de oir la peregrina historia de Don Quijote ; y en acabandola de oir , dijo : Verdaderamente , Señor Cura , yo hallo por mi cuenta , que son perjudiciales en la Republica estos que llaman libros de Caballerias; y aunque he leído, llevado de un ocioso y falso gusto , casi el principio de todos los mas que hay impresos , jamás me he podido acomodar á leer ninguno del principio al cabo , porque me parece que qual mas , qual menos, todos ellos son una misma cosa , y no tiene mas este que aquel , ni estoto , que el otro ; y segun á mi me parece , este genero de escritura y composicion cae bajo de aquel de las fabulas que llaman Miliesias , que son cuen-

tos disparatados que atienden solamente á deleytar y no enseñar: Al contrario de lo que hacen las fabulas Apologas que deleytan y enseñan juntamente; y puesto que el principal intento de semejantes libros sea de deleytar, no sé yo como puedo conseguirle yendo llenos de tantos y tan desafortados disparates que el deleyte que en el alma se concibe, ha de ser de la hermosura y concordia que ve, ó contempla en las cosas que la vista ó la imaginacion le ponen delante; y toda cosa que tiene en si fealdad y descompostura, no nos puede causar contento alguno. Pues qué hermosura puede haber, ó que proporcion de partes con el todo, y del todo con las partes, en un libro ó fabula, donde un mozo de diez y seis años da una cuchillada á un Gigante como una torre, y le divide en dos mitades, como si fuera de alfeñique? Y qué quando nos quieren pintar una batalla, despues de haber dicho que hay de la parte de los enemigos un millon de competientes, como sea contra ellos el Señor del libro, forzosamente, mal que nos pese, habemos de entender que tal Caballero alcanzó la victoria por solo el valor de su fuerte brazo? Pues qué diremos de la facilidad con que una Reyna ó Emperatriz heredera se conduce en los brazos de un Andante y no conocido Caballero? Que ingenio, sino es el del todo barbaro é inculto, podrá contentarse, leyendo que una

gran

gran torre llena de Caballeros va por la mar adelante, como nave, con prospero viento, y hoy anochece en Lombardia, y mañana amanezca en tierra del Preste Juan de las Indias, ó en otras, que ni las descubrió Toloméo, ni las vió Marco Polo(Y si á esto se me respondiese, que los que tales libros componen, los escriben como cosas de mentira, y que así no están obligados á mirar en delicadezas ni verdades, responderiales yo que tanto la mentira es mejor, quanto mas parece verdadera, y tanto mas agrada, quanto tiene mas de lo dudoso y posible. Han se de casar las fabulas mentirosas con el entendimiento de los que las leyeren, escribiendose de suerte que facilitando los imposibles, allanando las grandezas, suspendiendo los animos, admiren, suspendan, alborocen y entretengan, de modo que anden á un mismo paso la admiracion y alegria juntas; y todas estas cosas no podrá hacer el que huyere de la verisimilitud y de la imitacion, en quien consiste la perfeccion de lo que escribe. No he visto en ningun libro de Caballerias, que haga un cuerpo de fabula entero, con todos sus miembros, de manera que el medio corresponda al principio, y el fin al principio y al medio, sino que los componen con tantos miembros, que mas parece que llevan intencion á formar una quimera ó un monstruo, que á hacer una figura proporcionada. fué de esto,

son en el estilo duros, en las hazañas increíbles, en los amores lascivos, en las cortesías mal mirados, largos en las batallas, necios en las razones, disparatados en los viages; finalmente, agenos de todo discreto artificio, y por esto dignos de ser desterrados de la republica christiana, como á gente inutil. El Cura le estuvo escuchando con grande atencion, y parecióle hombre de buen entendimiento, y que tenia razon en quanto decia; y asi le dijo, que por ser él de su misma opinion, y tener ojeriza á los libros de Caballerias, habia quemado todos los de D. Quijote que eran muchos y contóle el escrutinio que de ellos habia hecho, y los que habia condenado al fuego y dejado con vida, de que no poco se riyó el Canonigo, y dijo que con todo quanto mal habia dicho de tales libros, hallaba en ellos una cosa buena, que era el sugeto que ofrecian para que un buen entendimiento pudiese mostrarse en ellos, porque daban largo y espacioso campo, por donde sin empacho alguno pudiese correr la pluma descubriendo naufragios, tormentas, reencuentros y batallas, pintando un Capitan valeroso, con todas las partes que para ser tal se requieren; mostrandose prudente, previniendo las astucias de sus enemigos, y eloquente orador, persuadiendo ó disuadiendo á sus soldados, maduro en el consejo, presto en lo determinado, tan valiente en el

esperar, como en el acometer. Pintando, ahora un lamentable y tragico suceso, ahora un alegre y no pensando acontecimiento; allí una hermosissima dama, honesta, discreta y recatada; aqui un Caballero Christiano, valiente y comedido; acullá un desafortado barbaro fanfaron; acá un Principe cortés, valeroso y bien mirado, representando bondad y lealtad de vasallos, grandezas y mercedes de Señores; ya puede mostrarse Astrologo, ya Cosmographo excelente, ya musico, ya inteligente en las materias de estado, y tal vez le vendrá ocasion de mostrarse Nigromante, si quisiere. Puede mostrar las astucias de Ulises, la piedad de Eneas, la valentia de Aquiles, las desgracias de Hector, las trayciones de Sinon, la amistad de Euralio, la liberalidad de Alejandro, el valor de Cesar; la clemencia y verdad de Trajano, la fidelidad de Zopiro, la prudencia de Caton; y finalmente todas aquellas acciones que pueden hacer perfecto á un varon illustre, ahora poniendolas en uno solo, ahora dividiendolas en muchos; y siendo esto hecho con apacibilidad de estilo, y con ingeniosa invencion, que tire lo mas que fuere posible á la verdad, sin duda compondrá una tela de varios y hermosos lazos tejida, que despues de acabada, tal perfeccion y hermosura muestre, que consiga el fin mejor que se pretende en los escritos, que es enseñar y deleytar juntamente,

como ya tengo dicho; porque la escritura desatada de estos libros da lugar á que el Autor pueda mostrarse epico, lyrico, tragico, comico, con todas aquellas partes que encierran en si las dulcisimas y agradables ciencias de la Poesia y de la Oratoria, que la Epica tan bien puede escribirse en prosa, como en verso.

CAPITULO XLVIII.

Donde prosigue el Canonigo la materia de los libros de Caballerias, con otras cosas dignas de su ingenio.

ASI como v. m. dice, Señor Canonigo, dijo el Cura, y por esta causa son mas dignos de reprehension los que hasta aqui han compuesto semejantes libros, sin tener advertencia á ningun buen discurso, ni al arte y reglas por donde pudieran guiarse y hacerse famosos en prosa, como lo son en verso los Principes de la Poesia Griega y Latina. Yo á lo menos, replicó el Canonigo, he tenido cierta tentacion de hacer un libro de Caballerias, guardando en él todos los puntos que he significado; y si he de confesar la verdad, tengo escritas mas de cien hojas, y para hacer la experiencia de si correspondian á mi estimacion, las he comunicado con hombres apasio-

nados de esta leyenda, doctos y discretos, y con otros ignorantes que solo atienden al gusto de oír disparates, y de todos he hallado una agradable aprobacion; pero con todo esto no he proseguido adelante, así por parecerme que hago cosa agena de mi profesion, como por ver que es mas el numero de los simples, que de los prudentes; y que puesto que es mejor ser loado de los pocos sabios, que burlado de los muchos necios, no quiero sujetarme al confuso juicio del desvanecido vulgo, á quien por la mayor parte toca leer semejantes libros; pero lo que mas me le quitó de las manos y aun del pensamiento de acabarle, fue un argumento que hice conmigo mismo, sacado de las comedias que ahora se representan, diciendo: Si estas que ahora se usan, así las imaginadas como las de historia, todas ó las mas son conocidos disparates, y cosas que no llevan pies ni cabeza, y con todo eso el vulgo las oye con gusto, y las tiene y las aprueba por buenas, estando tan lejos de serlo; y los Autores que las componen, y los actores que las representan dicen que así han de ser, porque así las quiere el vulgo, y no de otra manera: y que las que llevan traza, y siguen la fabula como el arte pide, no sirven sino para quatro discretos que las entienden, y todos los demas se quedan ayunos de entender su artificio, y que á ellos les está mejor ganar de comer

nier con los muchos que no opinion con los
 pocos: de este modo vendrá á ser un libro,
 al cabo de haberme quemado las cejas por guar-
 dar los preceptos referidos, y vendré á ser Sas-
 tre del Campillo; y aunque algunas veces he
 procurado persuadir á los actores que se en-
 gañan en tener la opinion que tienen, y que
 mas gente traerán, y mas fama cobrarán repre-
 sentando comedias que hagan el arte, que no
 con las disparatadas; y están tan asidos é in-
 corporados en su parecer, que no hay razon
 ni evidencia que de él los saque. Acuerdome
 que un día dije á unos de estos pertinaces: De-
 cidme, no os acordais que ha pocos años que
 representaron en España tres tragedias que
 compuso un famoso Poeta de estos Reynos, las
 quales fueron tales, que admiraron, alegraron
 y suspendieron á todos quantos las oyeron, así
 simples como prudentes, así del vulgo, como
 de los escogidos; y dieron mas dineros á los
 representantes ellas tres solas, que treinta de
 las mejores que despues acá se han hecho? Sin
 duda, respondió el Autor que digo, que debe
 de decir vuestra merced por *la Isabela*, *la Fi-
 lis*, y *la Alejandra*? Por esas digo, repliqué
 yo; y mirad si guardaban bien los preceptos
 del arte, y si por guardarlos dejaron de pare-
 cer lo que eran, y de agradar á todo el mun-
 do? Así que, no está la falta en el vulgo que
 pide disparates, sino en aquellos que no saben

representar otra cosa ; si que no fue disparate *la Ingratitud vengada* , ni le tuvo *la Numancia* , ni se la halló en el de *el Mercader amante* , ni menos en *la Enemiga favorable* , ni en otras algunas que de algunos entendidos Poetas han sido compuestas para fama y renombre suyo , y para ganancia de los que las han representado y otras cosas añadí á estas con que á mi parecer le dejé algo confuso , pero no satisfecho ni convencido para sacarle de su errado pensamiento. En materia ha tocado vuestra merced , Señor Canonigo , dijo á esta sazón el Cura , que ha despertado en mi un antiguo rencor que tengo con las comedias que agora se usan , tal , que iguala al que tengo con los libros de Caballerias ; porque hablando de la comedia , segun le parece á Tulio , es espejo de la vida humana , egemplo de las costumbres , é imagen de la verdad : las que agora se representan son espejos de disparates , egemplos de necedades , e imagenes de lascivia : porque qué mayor disparate puede ser en el sugeto que tratamos , que salir un niño en mantillas en la primera scena del primer acto , y en la segunda salir ya hecho hombre barbado ? Y qué mayor que pintarnos un viejo valiente , y un mozo cobarde , un lacayo rethorico , un page Consejero , un Rey ganapan , y una Princesa fregona ; Qué diré , pues , de la observancia que guardan en los tiempos en que pueden o p-

dian

dian suceder las acciones que representan , sino que he visto comedia, que la primera jornada comenzó en Europa , la segunda en Asia, la tercera se acabó en Africa , y aun si fuera de quatro jornadas , la quarta acabáia en America , y asi se hubiera hecho en todas las quatro partes del mundo. Y si es que la imitacion es lo principal que ha de tener la comedia , cómo es posible que satisfaga á ningun mediano entendimiento , que fingiendo una accion que pasó en tiempo del Rey Pipino , y Carlo Magno , el mismo que en ella hace la persona principal , le atribuyan que fue el Emperador Eraclio que entró con la Cruz en Jerusalén , y el que ganó la Casa Santa , como Godofre de Bullón , habiendo infinitos años de lo uno á lo otro ; y fundandose la comedia sobre cosa fingida , atribuirle verdades de historia, y mezclarle pedazos de otras sucedidas á diferentes personas y tiempos ; y esto no con trazas verosimiles , sino con patentes errores de todo punto inescusables? Y es lo malo que hay ignorantes que digan que esto es lo perfecto , y que lo demás es buscar gullorias. Pues qué si venimos á las comedias divinas , qué de milagros falsos fingen en ellas? qué de cosas apocrifas y mal entendidas , atribuyendo á un Santo los milagros de otro? Y aun en las humanas se atreven á hacer milagros , sin respeto ni consideracion , que parecerles que alli estará bien el tal milagro

gro y apariencia , como ellos llaman , para que gente ignorante se admire y venga á la comedia : que todo esto es en perjuicio de la verdad , y en menoscabo de las historias , y aun en oprobio de los Ingenios Españoles ; porque los extranjeros que con mucha puntualidad guardan las leyes de la comedia , nos tienen por barbaros é ignorantes , viendo los absurdos y disparates de las que hacemos. Y no sería bastante disculpa de esto , decir que el principal intento que las Republicas bien ordenadas tienen , permitiendo que se hagan publicas comedias , es para entretener la comunidad con algun honesta recreacion , y divertir-la á veces de los malos humores que suele engendrar la ociosidad ; y que pues este se consigue con qualquier comedia buena ó mala, no hay para qué poner leyes, ni estrechar á los que las componen y representan á que las hagan como debian hacerse ; pues , como he dicho, con qualquiera se consigue lo que con ellas se pretende ? A lo qual responderia yo que este fin se conseguiria mucho mejor , sin comparacion alguna , con las comedias buenas, que con las no tales , porque de haber oido la comedia artificiosa y bien ordenada saldria el oyente alegre con las burlas , enseñando con las veras, admirado de los sucesos , discreto con las razones , advertido con los embustes , sagaz con los exemplos , airado contra el vicio , y ena-

mo-

morado de la virtud: que todos estos afectos ha de despertar la buena comedia en el animo del que la escuchare, por rustico y torpe que sea. Y de toda imposibilidad es imposible dejar de alegrar y entretener, satisfacer y contentar la comedia que todas estas partes tuviere, mucho mas que aquella que careciere de ellas, como por la mayor parte carecen estas que de ordinario ahora se representan, Y no tienen la culpa de esto los Poetas que las componen, porque algunos hay de ellos que conocen muy bien lo que yerran, y saben estremadamente lo que deben hacer; pero como las comedias se han hecho mercaderia vendible, dicen, y dicen verdad, que los representantes no se las compraran, sino fuesen de aquel jaez; y asi el Poeta procura acomodarse con lo que el representante que le ha de pagar su obra le pide. Y que esto sea verdad, vease por muchas é infinitas comedias que ha compuesto un felicisimo Ingenio de estos Reynos, con tanta gala, con tanto donayre, con tan elegante verso, con tan buenas razones, con tan graves sentencias, y finalmente tan llenas de elocucion y alteza de estilo que tiene lleno el mundo de su fama; y por querer acomodarse al gusto de los representantes, no han llegado todas, como han llegado algunas, al punto de la perfeccion que requieren. Otros las componen tan sin mirar lo que hacen, que

des-

después de presentadas tienen necesidad los recitantes de huirse y ausentarse, temerosos de ser castigados, como lo han sido muchas veces, por haber representado cosas en perjuicio de algunos Reyes, y en deshonor de algunos linages. Y todos estos inconvenientes cesarian, y aun otros muchos mas, que no digo, con que hubiese en la Corte una persona inteligente y discreta que examinase todas las comedias antes que se representasen, no solo aquellas que se hiciesen en la Corte, sino todas las que se quisiesen representar en España: sin la qual aprobacion, sello, y firma, ninguna Justicia en su lugar dejase representar comedia alguna, y de esta manera los comediantes tendrian cuidado de enviar las comedias á la Corte, y con seguridad podrian representarlas, y aquellos que la componen mirarian con mas cuidado y estudio lo que hacian, temerosos de haber de pasar sus obras por el rigoroso examen de quien lo entiende; y de esta manera se harian buenas comedias, y se conseguiria felicisimamente lo que en ellas se pretende, así el entretenimiento del pueblo, como la opinion de los Ingenios de España, el interés y seguridad de los recitantes, y el ahorro del cuidado de castigarlos. Y si se diese cargo á otro, ó á este mismo, que examinase los libros de Caballerias que de nuevo se compusiesen, sin duda podrian salir algunos

con la perfeccion que vuestra merced ha dicho, enriqueciendo nuestra lengua del agradable y precioso tesoro de la eloquencia, dando ocasion que los libros viejos se escureciesen á la luz de los nuevos que saliesen para honesto pasatiempo, no solamente en los ociosos, sino de los mas ocupados, pues no es posible que esté continuo el arco armado, ni la condicion y flaqueza humana se pueda sustentarse sin alguna licita recreacion. A este punto de su coloquio llegaban el Canonigo, y el Cura, quando adelantandose el Barbero, llegó á ellos, y dijo al Cura? Aqui, Señor Licenciado, es el lugar que yo dije que era bueno para que sesteando nosotros, tubiesen los bueyes fresco y abundoso pasto. Asi me lo parece á mi, respondió el Cura; y diciendole al Canonigo lo que pensara hacer, él tambien quiso quedarse con ellos, convidado del sitio de un hermoso valle que á la vista se les ofrecia: y asi para gozar de él como de la conversacion del Cura, de quien ya se iba aficionando, y por saber mas por menudo las hazañas de D. Quijote, mandó á algunos de sus criados que se fuesen á la Venta, que no lejos de allí estaba, y trajesen de ella lo que hubiese de comer para todos, porque él determinaba de sestear en aquel lugar aquella tarde. Al lo qual uno de sus criados respondió: Que el acemila del re-
puesto, que ya debia de estar en la Venta, traia

recado bastante para no obligar á no tomar de la Venta mas que cebada. Pues asi es dijo el Canonigo, llevense allá todas las cabalgaduras y haced volver la acemila. En tanto que esto pasaba, viendo Sancho que podia habiar á su Amo sin la continua asistencia del Cura y el Barbero, que tenia por sospechosos, se llegó á la jaula donde iba su Amo y le dijo: Señor, para descargo de mi conciencia le quiero decir lo que pasa acerca de su encantamiento, y es, que aquestos que vienen aqui encubiertos los rostros son el Cura de nuestro lugar y el Barbero, y imagino han dado esta traza de llevarle de esta manera de pura envidia que tienen como vuestra merced se les adelanta en hacer famosos hechos. Presupuesta, pues, esta verdad, siguese que no va encantado, sino embuido y tonto; para prueba de lo qual le quiero preguntar una cosa, y si me responde, como creo que me ha de responder tocará con la mano este engaño, y verá como no va encantado, sino trastornado el juicio. Preguntala lo que quisieres, hijo Sancho, respondió Don Quijote, que yo te satisfaré y responderé á toda tu voluntad. Y en lo que dices que aquellos que alli van y vienen con nosotros son el Cura y el Barbero; nuestros compatriotas y conocidos, bien podrá ser que parezca que son ellos mismos, pero no que lo sean realmente y en efecto, eso no lo creas en ninguna mane-

ra: lo que has de creer y entender és, que si ellos se les parecen, como dices, debe de ser, que los que me han encantado habran tomado esa esperiencia y semejanza, porque es facil á los encantadores tomar la figura que se les antoja, y habrán tomadola de estos nuestros amigos, para darte á ti ocasion de que pienses lo que pienses, y ponerte en un laberinto de imaginaciones, que no aciertes á salir de él, aunque tubieses la sogá del Teséo; y tambien lo habrán hecho para que yo vacile en mi entendimiento, y no sepa atinar de donde me viene este daño; porque si por una parte tu me dices que me acompañan el Barbero y el Cura de nuestro pueblo, y por otra yo me veo enjaulado; y sé de mi, que fuerzas humanas, como no fueran sobre naturales, no fueran bastantes para enjaularme; que quieres que diga ó piense, sino que la manera de mi encantamiento excede á quantas yo he leído en todas las Historias que tratan de Caballeros Andantes que han sido encantados? Asi que, bien puede darse paz y sosiego en esto de creer que son los que dices, porque así son ellos como yo soy turco. Y en lo que toca á querer preguntarme algo, di, que yo te responderé aunque me preguntes de aqui á mañana. Valame nuestra Señora! respondió Sancho, dando una gran voz; y es posible que sea v. m. tan duro de ceiebro, y tan falto de meo-

meollo, que no eche de ver que es pura verdad la que le digo, y que en esta su prisiou y desgracia tiene mas parte la malicia que el encanto? Pero pues es asi, yo le quiero probar evidentemente como no va encantado. Si no, digame, asi Dios le saque de esta tormenta, y asi se vea en los brazos de mi Señora Dulcinéa quando menos se piense. Acaba de conjurarme, dijo Don Quijote, y pregunta lo que quisieres, que ya te he dicho que te responderé con toda puntualidad. Eso pido, replicó Sancho; y lo que quiero saber es, que me diga sin añadir ni quitar cosa ninguna, sino con toda verdad, como se espera que la han de decir, y la dicen todos aquellos que profesan las armas, como v. m. las profesa, debajo de titulo de Caballeros Andantes. Digo que no mentiré en cosa alguna, respondió D. Quijote, acaba ya de preguntar que en verdad que me cansas con tantas selvas, plegarias y prevenciones, Sancho. Digo, que yo estoy seguro de la bondad y verdad de mi Amo; y asi porque hace al caso á nuestro cuento, pregunto, hablando con acatamiento, si acaso despues que v. m. va enjaulado, y á su parecer encantado en esta jaula, le ha venido gana y voluntad de hacer aguas mayores ó menores, como suele decirse: No entiendo eso de hacer aguas, Sancho, aclarate mas, si quieres que te responda derechamente. Es posible, que no

entienda v. m. de hacer aguas mayores ó menores? Pues en la escuela destetan á los muchachos con ello; pues sepa, que quiere decir, si le ha venido gana de hacer lo que no se escusa. Ya, ya entiendo, Sancho, y muchas veces, y aun ahora la tengo; sacame de este peligro, que no anda todo limpio.

CAPITULO. XLIX.

Donde se trata del discreto coloquio que Sancho Panza tuvo con su Señor Don Quijote.

AH, dijo Sancho, cogido le tengo, esto es lo que yo deseaba saber como al alma y como la vida. Venga acá, Señor, podria negar lo que comunmente suele decirse por ahí quando una persona está de mala voluntad: No se qué tiene fulano, que ni come, ni bebe, ni duerme, ni responde a proposito á lo que le preguntan, que no parece sino que está encantado? De donde se viene á sacar que los que no comen, ni beben, ni duermen, ni hacen las obras naturales que yo digo, estos tales estan encantados; pero no aquellos que tienen la gana que v. m. tiene, y que bebe quando se lo dan, y come quando lo tiene, y responde á todo aquello que le preguntan. Verdad dices, Sancho, respondió
D.

Don Quijote, pero ya te he dicho que hay muchas maneras de encantamientos, y podria ser que con el tiempo se hubiese mudado de unos en otros, y que agora se use que los encantados hagan todo lo que yo hago, aunque antes no lo hacian de manera, que contra el uso de los tiempos no hay que arguir ni de que hacer consecuencias. Yo se, y tengo para mi, que voy encantado, y esto me basta para la seguridad de mi conciencia, que la formaria muy grande, si yo pensase que no estaba encantado, y me dejase estar en esta jaula perezoso y cobarde, defraudando el socorro que podria dar á muchos menesterosos y necesitados que de mi ayuda y amparo deben tener á la hora de ahora precisa y extrema necesidad. Pues con todo eso, replicó Sancho, digo, que para mayor abundancia y satisfaccion seria bien que v. m. probase á salir de esta carcel, que yo me obligo con todo mi poder á facilitarlo, y aun sacarle de ella y probase de nuevo á subir sobre su buen Rocinante, que tambien parece que va encantado, segun va de melancolico y triste; y hecho, esto probasemos otra vez la suerte de buscar mas aventuras, y si no nos sucediese bien, tiempo nos queda para volvernos á la jaula, en la qual prometo, á la ley de buen y leal Escudero, de encerrarme juntamente con v. m., si acaso fuere v. m. tan desdichado.

ó yo tan simple, que no acierte á salir con lo que digo. Yo soy contento de hacer lo que dices, Sancho hermano, replicó D. Quijote; y quando tu veas coyuntura de poner en obra mi libertad, yo te obedeceré en todo y por todo; pero tu Sancho verás como te engañas en el conocimiento de mi desgracia. En estas pláticas se entretuvieron el Caballero Andante, y el mal Andante escudero, hasta que llegaron donde ya apeados los aguardaban el Cura, el Canonigo y el Barbero. Desunció luego los bueyes de la carreta el bueyero, y dejólos andar á sus anchuras por aquel verde y apetecible sitio, cuya frescura convidaba á quererla gozar, no á las personas tan encantadas como D. Quijote, sino á los tan advertidos y discretos como su Escudero, el qual rogó al Cura que permitiese que su Señor saliese por un rato de la jaula, porque si no le dejaban salir, no iria tan limpia aquella prision, como requería la decencia de un tal Caballero como su Amo. Entendióle el Cura, y dijo que de muy buena gana haria lo que le pedia, si no temiera que en viendose su Señor en libertad habia de hacer de las suyas, y irse donde jamás gentes le viesen. Yo le fio de la fuga, respondió Sancho. Y yo y todo, dijo el Canonigo, y mas si él me da la palabra, como Caballero, de no apartarse de nosotros hasta que sea nuestra voluntad. Si doy, res-

pon-

pondió Don Quijote, que todo lo estaba escuchando; quanto mas que el que está encantado como yo no tiene libertad para hacer de su persona lo que quisiere, porque el que le encantò le puede hacer que no se mueva de un lugar en tres siglos, y si hubiere huído le hará volver en volandas; y que pues eso era asi, bien podian soltarle, y mas siendo tan en provecho de todos; y de no soltarle, les protestaba que no podia dejar de fatigarles el olfato, si de ellos no se desviaban. Tomóle la mano el Canonigo, aunque las tenia atadas, y debajo de su buena fe y palabra le desenjaularon, de que él se alegrò infinito y en grande manera de verse fuera de la jaula. Y lo primero que hizo fue estirarse todo el cuerpo, y luego se fue donde estaba Rocinante, dándole dos palmadas en las ancas, dijo: Aun espero en Dios y en su bendita Madre, flor y espejo de los caballos, que presto nos hemos de ver los dos qual deseamos: tu con tu Señor acuestas, y yo encima de ti, ejercitando el oficio para que Dios me echó al mundo. Y diciendo esto D. Quijote, se apartó con Sancho en remota parte, de donde vino mas aliviado, y con mas deseos de poner por obra lo que su Escudero ordenase. Mirabalo el Canonigo, y admirabase de ver la estrañeza de su grande locura, y de que en quanto hablaba y respondia, mostraba tener bonisimo entendimiento;

solamente venia á perder los estrivos, como otras veces se ha dicho, en tratandole de Caballerias; y así movido de compasion, despues de haberse sentado todos en la verde yerva, para esperar el repuesto del Canonigo, le dijo: Es posible Señor Hidalgo, que haya podido tanto con v. m. la amarga y ociosa lectura de los libros de Caballerias, que le hayan vuelto el juicio de modo, que venga á creer que va encantado, con otras cosas de este jaéz, tan lejos de ser verdaderas, como lo está la mentira de la verdad? Y como es posible que haya entendimiento humano que se dé á entender que ha habido en el mundo aquella infinidad de Amadises, y aquella turbamulta de tanto famoso Caballero, tanto Emperador de Trapisonda, tanto Felixmarte de Hircania, tanto Palafrén, tanta Doncella Andante, tantas Sierpes, tantos Endriagos, tantos Gigantes, tantas inauditas Aventuras, tanto genero de encantamientos, tantas batallas, tantos desafortados encuentros, tanta bizarría de trages, tantas Princesas enamoradas, tantos Escuderos Condes, tantos Enanos graciosos, tanto billere, tanto requiebro, tantas mugeres valientes; y finalmente tantos y tan disparatados casos, como los libros de Caballerias contienen? De mí sé decir que quando los leo, en tanto que no pongo la imaginacion en pensar que son todos mentira y liviandad, me dan

dan algun contento ; pero quando caygo en la cuenta de lo que son , doy con el mejor de ellos en la pared ; y aun diera con él en el fuego , si cerca ó presente le tubiera , bien como á mercedores de tal pena , por ser falsos y embusteros , y fuera del trato que pide la comun naturaleza , y como á inventores de nuevas sectas y de nuevo modo de vida , y como á quien da ocasion que el vulgo ignorante venga á creer , y tener por verdaderas tantas necedades como tienen ; y aun tienen tanto atrevimiento , que se atreven á turbar los ingenios de los discretos y bien nacidos hidalgos , como se echa bien de ver por lo que con v. m. han hecho , pues le han traído á terminos , que sea forzoso encerrarle en una jaula , y traerle sobre un carro de bueyes , como quien trae ó lleva algun leon ó algun tigre de lugar en lugar , para ganar con él : dejando que le vean. Ea , Señor Don Quijote , duelase de si mismo y reduzcase al gremio de la discrecion , y sepa usar de la mucha que el Cielo fue servido de darle , empleando el felicisimo talento de su ingenio en otra lectura , que redunde en aprovechamiento de su conciencia , y en aumento de su honra. Y si todavia , llevado de su natural inclinacion , quisiere leer los libros de hazañas y de Caballeria , lea en la Sacra Escritura el de los Jueces , que alli hallará verdades grandiosas , y

he

hechos tan verdaderos , como valientes. Un Viriato tuvo Lusitania ; un Cesar Roma ; un Anibal Cartago : un Alejandro Grecia ; un Conde Fernan Gonzalez Castilla ; un Cid Valencia ; un Gonzalo Fernandez Andalucia ; un Diego Garcia de Paredes Extremadura ; un Garcia Perez de Vargas Xerez ; un Garcilaso Toledo ; un Manuel de Leon Sevilla , cuya leccion de sus valerosos hechos puede entrete-
ner , enseñar , deleytar y admirar á los mas altos ingenios que los leyeren. Esta si será lectura digna del buen entendimiento de v. m. Señor Don Quijote mio , de la qual saldrá erudito en la Historia , enamorado de la virtud , enseñado en la bondad , mejorado en las costumbres ; y valiente sin temeridad , osado sin cobardia ; y todo esto para honra de Dios , provecho suyo y fama de la Mancha , do , segun he sabido , trae v. m. su principio y origen. Atentisimamente estuvo D. Quijote escuchando las razones del Canonigo , y quando vió que ya habia puesto fin á eilas , despues de haberle estado un buen espacio mirando , le dijo : pareceme , Señor , Hidalgo , que la platica de v. m. se ha encaminado á querer darme á entender que no ha habido Cabal-
ros Andantes en el mundo , y que todos los libros de Caballeria son muy falsos , mentiro-
sos , dañadores , é inutiles para la Republica , y que yo he hecho mal en leerlos , y peor en
creer-

creerlos, y mas mal en imitarlos, habiendome puesto á seguir la durisima profesion de la Caballeria Andante que ellos enseñan, negandome que no ha habido en el mundo Amadis, ni de Gaula ni de Grecia, ni todos los otros Caballeros de que las escrituras estan llenas. Todo es al pie de la letra, como v. m. lo va relatando, dijo á esta sazón el Canonigo. A lo qual respondió Don Quijote: Añadió tambien v. m. diciendo que me habian hecho mucho daño tales libros, pues me habian vuelto el juicio, y puestome en una jaula, que me sería mejor hacer la enmienda; y mudar de lectura, leyendo otros mas verdaderos, y que mejor deleytan y enseñan. Asi es, dijo el Canonigo. Pues yo, replicò D. Quijote, hallo por mi cuenta, que el sin juicio y el encantado es v. m., pues se ha puesto á decir tantas blasfemias contra una cosa tan recibida en el mundo, y tenida por tan verdadera, que el que la negase, como v. m. la niega, merecia la misma pena que v. m. dice que da á los libros quando los lee, y le enfadan; porque querer dar á entender á nadie, que Amadis no fue en el mundo, ni todos los otros Caballeros Aventureros, de que están colmadas las Historias, será querer persuadir que el Sol no alumbra, ni el hielo enfria, ni la tierra sustenta; porque qué ingenio puede haber en el mundo que pueda persuadir á otro que fue verdad lo de

de la Infanta Floripes y Gui de Borgoña; y la de Fierabrás con la Puente de Mantible, que sucedió en el tiempo de Carlo Magno, que voto á tal, que es tanta verdad como es ahora de dia? Y si es mentira, tambien lo debe de ser que no hubo Hector, ni Aquiles, ni la guerra de Troya, ni los doce Pares de Francia, ni el Rey Artus de Inglaterra, que anda hasta ahora convertido en cuerbo, y le esperan en su Reyno por momentos. Y tambien se atreverán á decir que es mentirosa la Historin de Guarino Mezquino, y la de la demanda del Santo Girial, y que son apocrifos los amores de D. Tristán, y la Reyna Iseo, como los de Ginebra y Lanzarote, habiendo personas que casi se acuerdan de haber visto á la Dueña Quintañoña, que fue la mejor escanciadora de vino que tuvo la Gran Bretaña: y es esto tan así, que me acuerdo yo que me decia una mi Abuela de parte de mi Padre quando veia alguna Dueña con todas reverendas: Aquella, nieto, se parece á la Dueña Quintañoñas de donde arguyo yo, que la debió de conocer á ella, ó por lo menos debió de alcanzar á ver algun retrato suyo. Pues quién podrá negar no ser verdadera la Historias de Pierres y la linda Magalona, pues aun hasta hoy dia se ven en la Armería de los Reyes la clavija con que volvía el caballo de madera, sobre quien iba el valiente Pierres por los ayres, que es un po-

poco mayor que un timon de carreta, y junto á la clavija está la silla de Babiaca, y en Roncesvalles está el cuerno de Roldan tamaño como una grande viga? De donde se infiere que hubo doce Pares, que hubo Pierres, que hubo Cides y otros Caballeros semejantes, de estos que dicen las gentes, que á sus aventuras van. Si no, digame tambien que no es verdad, que fue Caballero Andante el valiente Lusitano Juan de Merlo, que fue á Borgoña, y se acometió en la Ciudad de Ras con el famoso Señor de Charni, llamado Mosen Pierres, y despues en la Ciudad de Basilea con Mosen Enrique de Remestán, saliendo de entrambas empresas vencedor y lleno de honrosa fama. Y las aventuras y desafios que tambien acabaron en Borgoña los valientes Españoles Pedro Barba y Gutierre Quijada, de cuya alcurnia yo desciendo por linea recta de varon, venciendo á los hijos del Conde de San Polo. Niegueme asimismo que no fue á buscar las aventuras á Alemania D. Fernando de Guevara donde se combatió con Micen Jorge, Caballero de la Casa del Duque de Austria. Digan que fueron burla las justas de Suero de Quiñones del Paso: las empresas de Mosen Luis de Falses contra Don Gonzalo de Guzman Caballero Castellano, con otras muchas hazañas hechas por Caballeros Christianos de estos y de los Reynos estrangeros, tan auten-

ti-

ticas, y verdaderas, que torno á decir que el que las negase careceria de toda razon y buen discurso. Admirado quedó el Canonigo de oír la mezcla que D. Quijote hacia de verdades y mentiras, y de ver la noticia que tenia de todas aquellas cosas tocantes y concernientes á los hechos de su Andante Caballeria, y así respondió: No puedo yo negar, Señor D. Quijote, que no sea verdad algo de lo que v. m. ha dicho especialmente en lo que toca á los Caballeros Andantes Españoles; y asimismo quiero conceder que hubo doce Pares de Francia, pero no quiero creer que hicieron todas aquellas cosas que el Arzobispo Turpin de ellos escribe; porque la verdad de ello es, que fueron Caballeros escogidos por los Reyes de Francia, á quien llamaron Pares, por ser todos iguales en valor, en calidad y en valentia; á lo menos si no lo eran, era razon que lo fuesen; y era como una Religion de las que ahora se usan de Santiago ó de Calatrava, que se presupone que los que la profesan han de ser, ó deben ser Caballeros valerosos, valientes y bien nacidos; y como ahora dicen Caballeros de San Juan ó de Alcantara, decian en aquel tiempo, Caballero de los doce Pares, porque no fueron doce iguales los que para esta Religion Militar se escogieron. En lo de que hubo Cid, no hay duda, ni menos Bernardo del Carpio; pero de que hicieron
las

las hazañas que dicen, creo que la hay muy grande. En el otro de la clavija que v. m. dice del Conde Pierres, y que está junto á la silla de Babiaca en la Armería de los Reyes, confieso mi pecado, que soy tan ignorante ó tan corto de vista, que aunque he visto la silla, no he echado de ver la clavija, y mas siendo tan grande como v. m. ha dicho. Pues allí está, sin duda alguna, replicó D. Quijote, y por mas señas dicen que está metida en una funda de baqueta, porque no se tome de moho. Todo puede ser, respondió el Canonigo; pero por las Ordenes que recibí, que no me acuerdo haberlo visto; mas puesto que conceda que está allí, no por esas me obligó á creer las historias de tantos Amadises, ni las de tanta turbamulta de Caballeros como por ahí nos cuentan; ni es razon que un hombre como v. m., tan honrado y de tan buenas partes, y dotado de tan buen entendimiento, se dé á entender que son verdaderas tantas y tan estrañas locuras como las que están escritas en los disparatados libros de Caballerías.

CAPITULO L.

De las discretas alteraciones que D. Quijote y el Canonigo tuvieron, con otros sucesos.



BUENO está eso, respondió D. Quijote: los libros que están impresos con licencia de los Reyes, y con aprobacion de aquellos á quien se remitieron, y que con gusto general son leídos y celebrados de los grandes y de los chicos, de los pobres, los ricos, y de los letrados é ignorantes, de los plebeyos y Caballeros; y finalmente de todo genero de personas,

de qualquier estado y condicion que sean, habian de ser mentira, y llevando tanta apariencia de verdad, pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar y las hazañas punto por punto, y dia por dia, que el tal Caballero hizo, ó Caballeros hicieron? Calle v. m. no diga tal blasfemia, y creame que le aconsejo en esto lo que debe hacer como discreto, si no, lealos, y verá el gusto que recibe de su leyenda. Si no, dígame, hay mayor contento que ver, como si dijésemos, aqui ahora se muestra delante de nosotros un gran lago de pez hirviendo á borbollones, y que andan nadando y cruzando por él muchas serpientes, culebras y lagartos, y otros muchos generos de animales feroces y espantables, y que del medio del lago sale una voz tristisima, que dice: Tu, Caballero, quien quiera que seas, que el temeroso lago estás mirando, si quieres alcanzar el bien que debajo de estas negras aguas se encubre, muestra el valor de tu fuerte pecho, y arroja te en mitad de su negro y encendido licor, porque si no lo haces, no serás digno de ver las altas maravillas que en si encierran y contienen los siete Castillos de las siete Fadas que debajo de esta negrura yacen; y que apenas el Caballero no ha acabado de oír la temerosa voz, quando sin entrar mas en cuentas consigo, sin ponerse á considerar el peligro á que se pone,

y aun sin despojarse de la pesadumbre de sus fuertes armas, encomendandose á Dios, y á su Señora, se arroja en mitad del bullente lago, y quando no se cata, ni sabe donde ha de parar, se hallaba entre unos floridos campos, con quien los Eliseos no tienen que ver en ninguna cosa? Allí le parece que el cielo es mas transparente, y que el sol luce con claridad mas nueva. Ofrecesele á los ojos una apacible floresta de tan verdes y frondosos arboles compuesta, que alegra á la vista su verdura, y entretiene los oidos del dulce y no aprendido canto de los pequeños infinitos y pintados pajarillos que por los intrincados ramos van cruzando. Aquí descubre un arroyuelo, cuyas frescas aguas, que liquidos cristales parecen, corren sobre menudas arenas y blancas pedrezuelas, que oro cernido y puras perlas semejan. Acullá ve una artificiosa fuente de jaspe variado y de liso marmol compuesta. Acá ve otra á lo brutesco ordenada, adonde las menudas conchas de las almejas, con las torcidas casas blancas y amarillas del caracol, puestas con orden desordenada, mezclados entre ellas pedazos de cristal luciente, y de contrahechas esmeraldas, hacen una variada labor, de manera que el arte, imitando á la naturaleza, parece que allí la vence. Acullá de improviso se le descubre un fuerte castillo ó vistoso alcazar, cuyas murallas son de macizo oro, las almenas de

de diamantes, las puertas de jacintos; finalmente, él es de tan admirable compostura, que en ser la materia de que está formado no menos que de diamantes, de carbunclos, de rubies, de perlas, de oro, y de esmeraldas, es de mas estimacion su hechura. Y hay mas que ver despues de haber visto esto, que ver salir por la puerta del castillo un buen número de doncellas, cuyos galanos y vistosos trages, si yo me pusiese ahora á decirlos como las historias nos los cuentan, sería nunca acabar; y tomar luego la que parecia principal de todas por la mano al atrevido Caballero que se arrojó en el ferviente lago, y llevarle sin hablarle palabra dentro del rico alcazar ó castillo, y hacerle desnudar como su madre le parió, y banarle con templadas aguas, y luego untarle todo con olorosos unguentos, y vestirle una camisa de cendal delgadísimo, toda olorosa y perfumada, y acudir otra doncella, y echarle un manto sobre los hombros, que por lo menos dice que suele valer una ciudad y aun mas. Qué es ver pues quando nos cuentan, que tras todo esto le llevan á otra sala, donde halla puestas las mesas con tanto concierto, que queda suspenso y admirado? qué el verle echar agua á manos, toda de ambar y de olorosas flores destiladas? qué el hacerle sentar sobre una silla de marfil? qué verle servir todas las doncellas, guardando un maravilloso

silencio? qué el traerle tanta diferencia de manjares, tan sabrosamente guisados, que no sabe el apetito á qual deba alargar la mano? Qual será hoy la musica que en tanto que come suena, sin saberse quien la canta, ni adonde suena? Y despues de la comida acabada, y las mesas alzadas, quedarse el Caballero recostado sobre la silla, y quizá mondandose los dientes como es costumbre, entrar a deshora por la puerta de la sala otra mucho mas hermosa doncella que ninguna de las primeras, y sentarse al lado del Caballero, y començar á darle cuenta de qué Castillo es aquel, y de como ella está encantada en él, con otras cosas que suspenden al Caballero, y admiran á los leyentes que van leyendo su historia? No quiero alargarme mas en esto, pues de ello se puede colegir que qualquiera parte que se lea de qualquier historia de Caballero Andante ha de causar gusto y maravilla á qualquiera que la leyere. Y v. m. creame, y como otra vez le he dicho, lea estos libros, y verá como le des-
 rierran la melancolia que tuviere, y le mejoran la condicion, si acaso la tiene mala. De mi se decir, que despues que soy Caballero Andante: soy valiente, comedido, liberal, bien-criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos; y aunque ha tan poco que me vi encerrado en una jaula como loco, piense
 por

por el valor de mi brazo, favoreciendome el Cielo, y no me siendo contraria la fortuna, en pocos dias verme Rey de algun Reyno, adonde pueda mostrar el agradecimiento y liberalidad que mi pecho encierra: que mia fé, Señor, el pobre está inhabilitado de poder mostrar la virtud de la liberalidad con ninguno, aunque en sumo grado la posea. Y el agradecimiento que solo consiste en el deseo; es cosa muerta, como es muerta la fé sin obras. Por esto querria que la fortuna me ofreciese presto alguna ocasion, donde me hiciese Emperador, por mostrar mi pecho, haciendo bien á mis amigos, especialmente á este pobre de Sancho Panza mi escudero, que es el mejor hombre del mundo, y querria darle un Condado que le tengo muchos dias ha prometido, sino que temo, que no há de tener habilidad para gobernar su estado. Casi estas ultimas palabras oyó Sancho á su amo, á quien dijo: Trabaje v. m. Señor D. Quijote, en darme ese Condado, tan prometido de v. m. como de mi esperado, que yo le prometo que no falte á mi habilidad para gobernarle, y quando me faltare, yo he oido decir que hay hombres en el mundo que toman en arrendamiento los Estados de los Señores, y les dan un tanto cada año, y ellos se tienen cuidado del gobierno, y el Señor se está á pierna tendida gozando la renta que le dan, sin curarse de otra cosa; y

asi haré yo , y no reparé en tanto mas quanto , sino que luego me desistiré de todo , y me gozaré mi renta como un Duque , y allá se lo hayan. Eso , hermano Sancho , dijo el Canonigo , entiendese en quanto al gozar la renta , empero al administrar justicia ha de entender el Señor del estado , y aqui entra la habilidad y buen juicio , y principalmente la buena intencion de acertar , que si esta falta en los principios , siempre irán errados los medios y los fines ; y asi suele Dios ayudar al buen deseo del simple , como desfavorecer al malo del discreto. No sé esas filosofias , respondió Sancho Panza , mas solo sé que tan presto tuviese yo el Condado , como sabria regirle , que tanta alma tengo yo como otro , y tanto cuerpo como el que mas , y tan Rey seria yo de mi estado , como cada uno del suyo : y siendolo , haria lo que quisiese , y haciendo lo que quisiese , haria mi gusto , y haciendo mi gusto , estaria contento , y en estando uno contento , no tiene mas que desear , y no teniendo mas que desear , acabóse , y el estado venga , y á Dios , y veamonos , como dijo un ciego á otro. No son malas filosofias esas , como tu dices , Sancho ; pero con todo eso hay mucho que decir sobre esta materia de Condados. A lo qual replicó D. Quijote: Yo no sé que haya mas que decir , solo me guió por el exemplo que me da el grande Amadis de Gaula , que hizo á su es-

cu-

cudero Conde de la Insula Firme ; y así puedo yo , sin escrupulo de conciencia , hacer Conde á Sancho Panza , que es uno de los mejores Escuderos que Caballero Andante ha tenido. Admirado quedó el Canonigo de los concertados disparates que D. Quijote habia dicho, del modo con que habia pintado la aventura del Caballero del Lago , de la impresion que en él habian hecho las pensadas mentiras de los libros que habia leído ; y finalmente le admiraba la necedad de Sancho, que con tanto ahinco deseaba alcanzar el Condado que su amo le habia prometido. Ya en esto volvian los criados del Canonigo que á la Venta habian ido por la acemila del repuesto ; y haciendo mesa de un alhombra , y de la verde yerva del prado , á la sombra de unos arboles se sentaron y comieron allí , porque el bueyero no perdiese la comodidad de aquel sitio , como queda dicho ; y estando comiendo á deshora oyeron un recio estruendo , y un son de esquila , que por entre unas zarzas y espesas matas que allí junto estaban sonaba ; y al mismo instante vieron salir de entre aquellas malezas una hermosa cabra, toda la piel manchada de negro , blanco y pardo. Tras ella venia un cabrero dando la voces y diciendola palabras á su uso , para que se detuviese, ó al rebaño volviese. La fugitiva cabra , temerosa y despavorida se vino á la gente, como á favorecerse de ella , y así se detu-

vo. Llegó el cabrero, y asiendola de los cuernos, como si fuera capáz de discurso y entendimiento la dijo: Ah cerrera, cerrera, manchada, manchada, y como andais vos estos dias de pie cojo. Qué lobos os esperan, hija? No diréis qué es esto, hermosa? Mas qué puede ser sino que sois hembra, y no podeis estar sosegada? que mal haya vuestra condicion y la de todas aquellas á quien imitais, Volved, volved amiga, que sino tan contenta, á lo menos estareis mas segura en vuestro aprisco ó con vuestras compañeras; que si vos que las habeis de guardar y encaminar andais tan sin guia y descaminada, en qué podrán parar ellas? Contento dieron las palabras del cabrero á los que las oyeron, especialmente al Canonigo, que le dijo: Por vida vuestra, hermano, que os sosegueis un poco, y no os acucieis en volver tan presto esta cabra á su rebaño, que pues ella es hembra, como vos decís, ha de seguir su natural distinto por mas que vos os pongais á estorvarlo. Tomad este bocado y bebed una vez, con que templareis la colera, y en tanto descansará la cabra; y el decir esto, y el darle con la punta del cuchillo los lomos de un conejo fiambre, todo fue uno. Tomólo, y agradeciolo el cabrero, bebió, y sosegóse, y luego dijo: No queria que por haber yo hablado con esta alimaña tan en seso, me tuviesen vuestras mercedes por hombre simple, que en verdad
que

que no carecen de misterio las palabras que la dije. Rustico soy, pero no tanto, que no entienda como se ha de tratar con los hombres y con las bestias. Eso creo yo muy bien, dijo el Cura, que ya yo sé de experiencia que los montes crían letrados, y las cabañas de los pastores encierran Filósofos. A lo menos, Señor, replicó el cabrero, acogen hombres escarmentados; y para que creais esta verdad, y la toqueis con la mano, aunque parezca que sin ser rogado me convidó, si no os enfadais de ello, y quereis, Señores, un breve espacio prestarme oydo atento, os contaré una verdad que acredite lo que ese Señor (señalando al Cura) ha dicho, y la mia. A esto, respondió D. Quijote: Por ver que tiene este caso un no sé qué de sombra de aventura de Caballeria, yo por mi parte os oiré, hermano de muy buena gana, y así lo harán todos estos Señores por lo mucho que tienen de discretos, y de ser amigos de curiosas novedades que suspendan, alegren, y entretengan los sentidos, como sin duda pienso que lo ha de hacer vuestro cuento. Comenzad pues amigo, que todos escucharemos. Saco la mia, dijo Sancho, que yo á aquel arroyo me voy con esta empalizada donde pienso hartarme por tres dias, porque he oido decir á mi Señor D. Quijote que el escudero del Caballero Andante ha de comer quando se le ofreciere hasta no poder mas, á

-A-

cau-

causa que se les suele ofrecer entrar acaso por una selva tan intrincada, que no aciertan á salir de ella en seis dias, si el hombre no va har- to, ò bien proveidas las alforjas, alli se podrá quedar como muchas veces se queda hecho car- ne momia. Tu estás en lo cierto, Sancho, dijo D. Quijote; vete donde quisieres, y come lo que pudieres, que yo ya estoy satisfecho, y solo me falta dar al alma su refaccion, como se la daré escuchando el cuento de este buen hombre. Asi las daremos todos á las nuestras, dijo el Canonigo, y luego rogó al cabrero que diese principio á lo que prometido habia. El cabrero dió dos palmadas sobre el lomo á la cabra, que por los cuernos tenia, diciendola: Recuestate junto á mi, manchada, que tiempo nos queda para volver á nuestro apero. Parece que lo entendió la cabra, porque en sentandose su dueño se tendió ella junto á él con mucho sosiego; y mirandole al rostro, daba á entender que estaba atenta á lo que el cabrero iba di- ciendo, el qual comenzò su historia de esta ma- nera.

CAPITULO LI.

Que trata de lo que contó el cabrero á todos los que llevaban á D. Quijote.

TRes leguas de este valle está una Aldea, que aunque pequeña, es de las mas ricas que hay en todos estos contornos, en la qual habia un labrador muy honrado, y tanto que aunque es anejo al ser rico el ser honrado, mas lo era él por la virtud que tenia que por la riqueza que alcanzaba; mas lo que le hacia mas dichoso, segun él decia, era tener una hija de tan estremada hermosura, rara discrecion, donayre y virtud, que el que la conocia y la miraba se admiraba de ver las estremadas partes con que el Cielo y la naturaleza la habian enriquecido. Siendo niña fue hermosa, y siempre fue creciendo en belleza, y en la edad de diez y seis años fue hermosisima. La fama de su belleza se comenzó á estender por todas las circunvecinas aldeas: qué digo yo por todas las circunvecinas no mas, si se estendió á las apartadas ciudades, y aun se entrò por las salas de los Reyes, y por los oidos de todo el genero de gente, que como á cosa rara, ó como á imagen de milagros de todas partes á verla venian. Guardabala su padre y guardabase ella, que no hay candados, guardas, ni cerraduras, que me-
jor

jor guarden á una doncella, que las del recato propio, La riqueza del padre, y la belleza de la hija, movieron á muchos, así del pueblo como forasteros, á que por muger se la pidiesen; mas él, como á quien tocaba disponer de tan rica joya, andaba confuso sin saber determinarse á quien la entregaria de los infinitos que le importunaban; y entre los muchos que tan buen deseo tenían fui yo uno, á quien dieron muchas y grandes esperanzas de buen suceso conocer que el padre conocia quien yo era, el ser natural del mismo pueblo, limpio en sangre, en la edad floreciente, en la hacienda muy rico, y en ingenio no menos acabado. Con todas estas mismas partes la pidió también otro del mismo pueblo, que fue causa de suspender y poner en balanza la voluntad del padre, á quien parecia que con qualquiera de nosotros estaba su hija bien empleada; y por salir de esta confusion, determinó decirselo á Leandra, que así se llama la rica que en miseria me tiene puesto; advirtiéndole, que pues los dos eramos iguales, era bien dejar á la voluntad de su querida hija el escoger á su gusto: cosa digna de imitar de todos los padres que á sus hijos quieren poner en estado. No digo yo que los dejen escoger en cosas ruines y malas, sino que se las propongan buenas, y de las buenas que escojan á su gusto, no sé yo el que tuvo Leandra, solo sé que el padre nos entretuvo á en-

tambos con la poca edad de su hija, y con palabras generales, que ni le obligaban, ni nos desobligaba tampoco. Llamase mi competidor Anselmo y yo Eugenio, porque vayais con noticia de los nombre de las personas que en esta tragedia se contienen, cuyo fin á un está pendiente, pero bien se deja entender que ha de ser desastrado. En esta sazón vino á nuestro pueblo un Vicente de la Rosa, hijo de un pobre labrador del mismo lugar, el qual Vicente venia de las Italias y de otras diversas partes de ser soldado: llevóle de nuestro lugar, siendo muchacho de hasta doce años un Capitán que con su compañía por allí acertó á pasar, y volvió el mozo de allí á otros doce vestido á la soldadesca, pintado con mil colores, lleno de mil dijes de cristal y sutiles cadenas de acero; hoy se ponía una gala, y mañana otra, pero todas fútiles, pintadas, de poco peso y menos tomo. La gente labradora, que de suyo es maliciosa, y dándole el ocio lugar es la misma malicia, lo notó y contó punto por punto sus galas y preseas, y halló que los vestidos eran tres de diferentes colores, con sus ligas y medias; pero él hacia tantos guisados é invenciones de ellos, que si no se los contaran hubiera quien jurara que habia hecho muestra de mas de diez pares de vestidos, y de mas de veinte plumages. Y no parezca impertinencia y demasia esto que de los vestidos

os voy contando, porque ellos hacen una buena parte en esta historia. Sentabase en un poyo que debajo de un gran alamo está en nuestra plaza, y allí nos tenía á todos la boca abierta, pendientes de las hazañas que nos iba contando; no habia tierra en todo el orbe que no hubiese visto, ni batalla donde no se hubiese hallado; habia muerto mas Moros que tiene Marruecos y Tunez, y entrando en mas singulares desafios, segun él decia, que Gante y Luna, Diego Garcia de Paredes y otros mil que nombraba y de todos habia salido con victoria, sin que le hubiesen derramado una sola gota de sangre. Por otra parte mostraba señales de heridas, que aunque no se divisaban nos hacia entender que eran arcabuzeros, dados en diferentes reencuentros y facciones. Finalmente, con una no vista arrogancia llamaba de vos á sus iguales y á los mismos que le conocian, y decia que su padre era su brazo, su linage sus obras, y que debajo de ser soldado al mismo Rey no debía nada. Añadiósele á estas arrogancias ser un poco musico y tocar una guitarra á lo rasgado, de manera que decian algunos que la hacia hablar; pero no pararon aqui sus gracias que tambien las tenia de Poeta; y asi, de cada niñeria que pasaba en el pueblo, componia un romance de legua y media de escritura. Este soldado pues, que aqui he pintado, este Vicente de la Rosa, este bravo, este

galan, este musico, este Poeta fue visto y mirado muchas veces de Leandra desde una ventana de su casa que tenia la vista á la plaza: enamorola el oropél de sus vistosos trages; encantaronla sus romances, que de cada uno que componia daba veinte traslados; llegaron á sus oídos las hazañas que él de si mismo habia referido; y finalmente, que asi el diablo lo debia de tener ordenado, ella se vino á enamorar de él, antes que en él naciese presumpcion de solicitarla; y como en los casos de amor no hay ninguno que con mas facilidad se cumpla que aquel que tiene de su parte el deseo de la dama, con facilidad se concertaron Leandra y Vicente, y primero que alguno de sus muchos pretendientes cayese en la cuenta de su deseo, ya ella le tenia cumplido, habiendo dejado la casa de su querido y amado Padre, (que madre no la tenia) y ausentandose del Aldéa con el soldado que salió con mas triunfo de esta empresa, que de todas las muchas que él se aplicaba: admiró el suceso á toda la Aldéa; y aun á todos los que de él noticia tuvieron. Yo quedé suspenso, Anselmo atonito, el Padre triste, sus Parientes afrentados, solicita la Justicia, los Quadrilleros listos, tomaronse los caminos, y escudriñaronse los bosques y quantos habia, y al cabo de tres dias hallaron á la antojadiza Leandra en una cueva de un monte, desnuda en camisa, sin

muchos dineros y preciosísimas joyas que de su casa habia sacado; volvieronla à la presentel lastimado Padre, preguntaronla su desgracia, confesò sin apremio que Vicente de la Rosa la habia engañado, y debajo de la palabra de ser su Esposo, la persuadió que dejase la casa de su Padre, que él la llevaria á la mas rica y mas vistosa ciudad que havia en todo el universo mundo, que era Napoles, y que ella mal advertida y peor engañada, le habia creído, y robando á su Padre, se le entregó la misma noche que habia faltado, y él la llevó á un aspero monte, y la encerró en aquella cueba donde la habian hallado. Contó tambien como el soldado, sin quitarla su honor, la robó quanto tenia, y la dejó en aquella cueba, y se fue: Suceso, que de nuevo puso en admiracion á todos. Duro se nos hizo de creer la continencia del mozo, pero ella lo afirmó con tantas veras, que fueron parte para que el desconsolado padre se consolase, no haciendo cuenta de las riquezas que le llevaban, pues le habia dejado la hija con la joya, que si una vez se pierde, no deja esperanza de que jamás se cobre. El mismo dia que pareció Leandra, la desapareció su Padre de nuestros ojos, y la llevó á encerrar en un Monasterio de una Villa que está aqui cerca, esperando que el tiempo gaste alguna parte de la mala opinion en que su hija se puso. Los

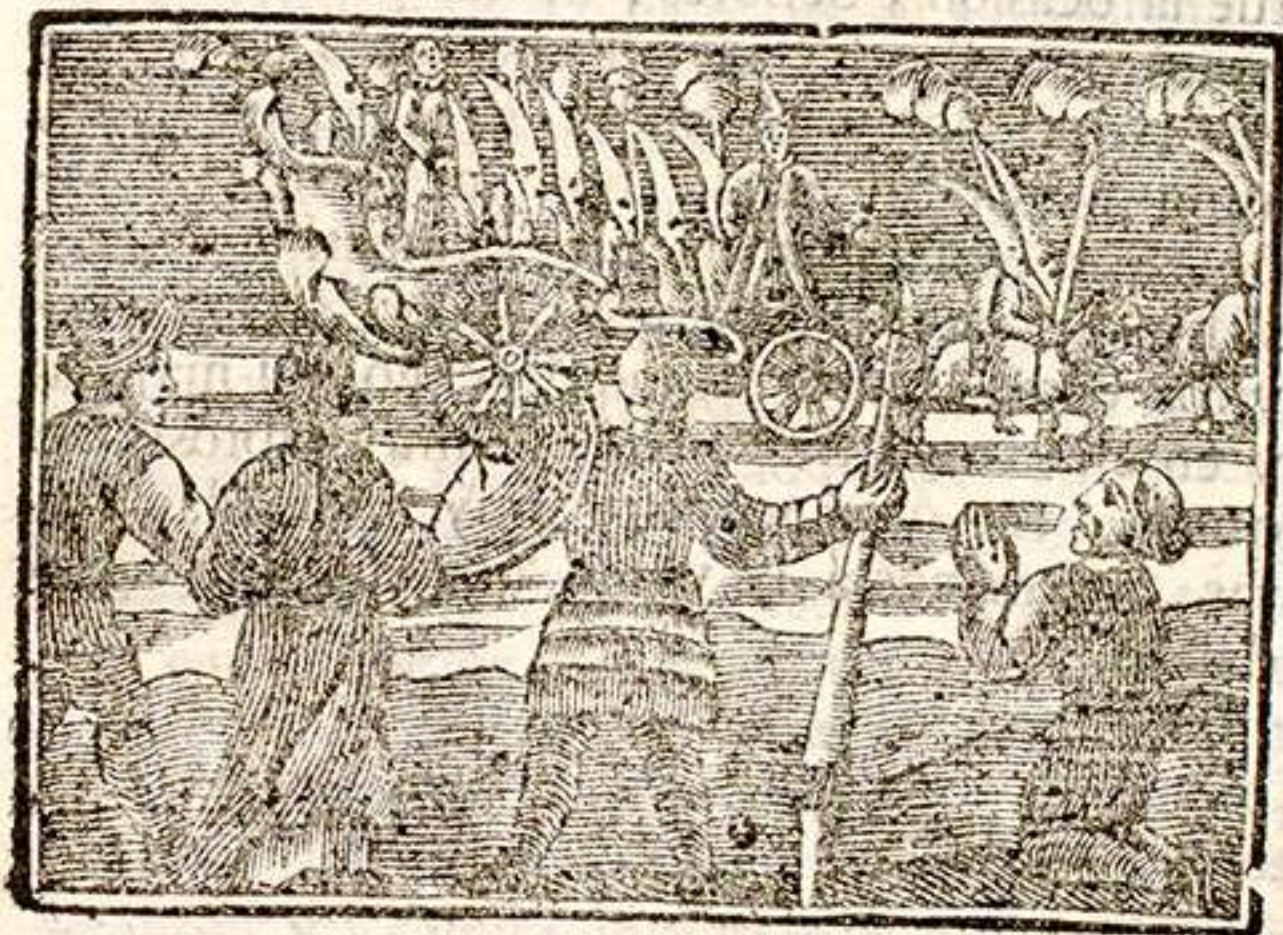
pocos años de Leandra sirvieron de disculpa de su culpa, á lo menos con aquellos, que no les iba algun interés en que ella fuese mala ó buena; pero los que conocian su discrecion y su mucho entendimiento, no atribuyeron á ignorancia su pecado, sino á su desenvoltura y á la natural inclinacion de las mugeres, que por la mayor parte suele ser desatinada y mal compuesta. Encerrada Leandra, quedaron los ojos de Anselmo ciegos, á lo menos sin tener cosa que mirar que contento les diese: los míos en tinieblas, sin luz, que á ninguna cosa de gusto les encaminase. Con la ausencia de Leandra crecia nuestra tristeza, ocupabase nuestra paciencia, maldeciamos las galas del Soldado, y abominabamos del poco recato del Padre de Leandra. Finalmente, Anselmo y yo nos concertamos de dejar el aldéa, y venirnos á este valle, donde él apacentando una gran cantidad de ovejas, suyas propias, y yo un numeroso rebaño de cabras, tambien mías, pasamos la vida entre los arboles, dando vado á nuestras pasiones, ó cantando juntos alabanzas ó vituperios de la hermosa Leandra, ó suspirando solos y á solas, comunicando con el Cielo nuestras querellas. A imitacion nuestra otros muchos de los pretendientes de Leandra se han venido á estos asperos montes, usando el mismo ejercicio nuestro, y son tantos, que parece que este sitio se ha conver-

tido en la pastoral Arcadia, segun está col-
mado de pastores y de apriscos; y no hay par-
te en él donde no se oyga el nombre de la her-
mosa Leandra. Este la maldice y la llama an-
tojadiza, varia y deshonesta: aquel la conde-
na por facil y ligera: tal la absuelve y perdo-
na; y tal la injusticia y vituperas; uno celebra
su hermosura; otro reniega de su condicion; y
en fin, todos la deshonoran, y todos la adoran,
y de todos se estiende á tanto la locura que
hay quien se queje de desdén, sin haberla ja-
más hablado; y aun quien se lamente y sienta
la rabiosa enfermedad de los zelos que ella
jamás dió á nadie; porque, como ya tengo
dicho antes se supo su pecado, que su deseo.
No hay hueco de peña, ni margen de arroyo,
ni sombra de arbol que no esté ocupada de al-
gun pastor que de sus desventuras á los ayres
cuenta: el eco repite el nombre de Leandra
donde quiera que pueda formarse: Leandra,
resuenan los montes: Leandra murmuran los
arroyos; y Leandra nos tiene á todos suspen-
sos y encantados, esperando sin esperanza, y
temiendo sin saber de qué temémos. Entre es-
tos disparatados, el que muestra que menos y
mas juicio tiene, es mi competidor Anselmo,
el qual teniendo otras tantas cosas de que que-
jarse, solo se queja de la ausencia, y al son de
un rabél, que admirablemente toca, con versos,
donde muestra su buen entendimiento, cantan-
do

do se queja. Yo sigo otro camino mas facil, y á mi parecer el mas acertado que es decir: mal de la ligereza de las mugeres, de su inconstancia, de su doble trato, de sus promesas muertas, de su fé rompida; y finalmente, del poco discurso que tienen en saber colocar sus pensamientos é intenciones que tienen. Y esta fue la ocasion, Señores, de las palabras y razones que dije á esta cabra quando aqui llegué, que por ser hembra la tengo en poco, aunque es la mejor de todo mi apero y rebaño. Esta es la historia que prometí contaros; si he sido en contarla prolijo, no seré en servirlos corto. Cerca de aqui tengo mi majada; y en ella tengo fresca leche y muy sabrosísimo queso, con otras varias y muy sazonadas frutas, no menos á la vista, que al gusto agradables.

CAPITULO LI.

*De la pendencia que Don Quijote tuvo con el
Cabrero, con la rara aventura de los discipli-
nantes, á quien dió felice fin á costa
de su sudor.*



General gusto causó el cuento del Cabre-
ro á todos los que escuchado le habian
especialmente le recibió el Canonigo, que con
estraña curiosidad notó la manera con que le
habia contado, tan lejos de parecer rustico
Cabrero, quan cerca de mostrarse discreto Cor-
tesano; y así dijo que habia dicho muy bien
el

el Cura en decir que los montes criaban Le-
trados. Todos se ofrecieron á Eugenio; pero
el que mas se mostró liberal en esto fue D. Qui-
jote, que le dijo: Por cierto, hermano cabrero,
que si yo me hallára posibilitado de poder co-
menzar alguna aventura, que luego luego me
pusiera en camino porque vos la tuvierades bue-
na, que yo sacára del Monasterio (donde sin
duda alguna debe de estar contra su voluntad)
á Leandra, á pesar de la Abadesa y de quantos
quisieran estorvarlo, y os la pusiera en vues-
tras manos pata que hicierades de ella á toda
vuestra voluntad y talante: guardando em-
pero las leyes de Caballeria, que mandan que
á ninguna doncella se la sea fecho desaguizado
alguno, aunque espero en Dios nuestro Señor
que no ha de poder tanto la fuerza de un en-
cantador malicioso, que no pueda mas la de
otro encantador mejor intencionado: y para en-
tonces os prometo mi favor y ayuda, como
me obliga mi profesion, que no es otra, sino de
favorecer á los desvalidos y menesterosos. Mi-
róle el Cabrero, y como vió á D. Quijote de
tan mal pelage y catadura, admiròse, y pre-
guntó al Barbero que cerca de si tenia: Señor,
quien es este hombre, que tal talle tiene, y de
tal manera habla? Quién ha de ser, respondió el
Barbero, sino el famoso D. Quijote de la Man-
cha, desfacedor de agravios, y enderezador de
tuertos, el amparo de las doncellas, el asom-

bro de los Gigantes, el vencedor de las batallas. Eso me semeja, respondió el Cabrero, á lo que se lee en los libros de Caballeros Andantes que hacian todo eso, que de este hombre v. m. dice, puesto que para mi tengo ó que v. m. se burla, ó que este gentil hombre debe tener vacíos los aposentos de la cabeza. Sois un grandísimo bellaco, dijo á esta sazón D. Quijote, y vos sois el vacío y el menguado, que yo estoy mas lleno que jamás lo estuvo la muy hi de puta puta que os parió, y diciendo y hablando, arrebató de un pan que junto á sí tenia, y dió con él al Cabrero en todo el rostro, con tanta furia, que le remachó las narices; mas el Cabrero que no sabia de burlas, viendo con quantas veras le maltrataban, sin tener respecto á la alhombra ni á los manteles, ni á todos aquellos que comiendo estaban, saltó sobre D. Quijote, y asiendole del cuello con entrambas manos, no dudára de ahogarle, si Sancho Panza no llegára en aquel punto, y le asiera por las espaldas y diera con él encima de la mesa, quebrando platos, y rompiendo tazas, y derramando y esparciendo quanto en ella estaba. D. Quijote que se vió libre, acudió á subirse sobre el Cabrero, el qual lleno de sangre el rostro, molido á coces de Sancho, anda buscando á gatas algun cuchillo de la mesa para hacer alguna sangui-nolenta venganza; pero estorvaroncelo el Ca-

nonigo y el Cura; mas el Barbero hizo de suerte que el Cabrero cogió debajo de sí á D. Quijote, sobre el qual llovió tanto numero de mojicones, que del rostro del pobre Caballero llovió tanta sangre como del suyo. Rebentaba de risa el Canonigo y el Cura, saltaban los Quadrilleros de gozo, zuzaban los unos y los otros, como hacen á los perros quando en pendencia están travados: solo Sancho Panza se desesperaba porque no se podia desasir de un criado del Canonigo que le estorbaba que á su amo no ayudase. En resolucion, estando todos en regocijo y fiesta, sino los dos aporreantes que se carpian, oyeron el son de una trompeta, tan triste, que los hizo volver los rostros ácia donde les pareció que sonaba: pero el que mas se alborotó de oirla fue D. Quijote, el qual, aunque estaba debajo del Cabrero harto contra su voluntad y mas que medianamente molido, le dijo: Hermano demonio, que no es posible que no dejes de serlo, pues has tenido valor y fuerzas para sujetar las mias, ruegote que hagamos treguas no mas de por una hora, porque el doloroso son de aquella trompeta que á nuestros oidos llega me parece que á alguna nueva aventura me llama. El Cabrero, que ya estaba cansado de moier y ser molido, le dejó luego, y D. Quijote se puso en pie, volviendo asimismo el rostro adonde el son se oia, y vió á deshora que
por

por un recuesto bajaban muchos hombres vestidos de blanco á modo de disciplinantes. Era el caso que aquel año habian las nubes negado su rocío á la tierra, y por todos los lugares de aquella comarca se hacian procesiones; rogativas y disciplinas, pidiendo á Dios abriese las manos de su misericordia, y les lloviese; y para este efecto la gente de una Aldéa que allí junto estaba venia en procesion á una devota Ermita que en un recuesto de aquel valle habia. D. Quijote, que vió los estraños trages de los disciplinantes, sin pasarle por la memoria las muchas veces que lo debia de haber visto, se imaginó que era cosa de aventura, y que á él solo tocaba, como á Caballero Andante, el acometerla; y confirmóle mas esta imaginacion pensar que una imagen que traian cubierta de luto fuese alguna principal Señora, que llevaban por fuerza aquellos follones y descomedidos malandrines; y como esto le cayó en las mientes, con gran ligereza arremetió á Rocinante que paciendo andaba, quitandole del arzon el freno y el adarga, y en un punto le enfrenó, y pidiendo á Sancho su espada, subió sobre Rocinante, y embrazó su adarga, y dijo en alta voz á todos los que presentes estaban: Ahora, valerosa Compañia, veredes quanto importa que haya en el mundo Caballeros que profesen la Orden de la Andante Caballeria: Agora digo, que veredes en la

li-

libertad de aquella buena Señora que allí va cautiva, si se han de estimar los Caballeros Andantes, y en diciendo esto, apretó los muslos á Rocinante, porque espuelas no las tenia; y á todo galope, porque carrera tirada no se lee en toda esta verdadera historia que jamás la diese Rocinante, ni jamás supo darla, se fue á encontrar con los disciplinantes: bien que fueron el Cura, el Canonigo y Barbero á detenerle, mas no les fue posible, ni menos le detuvieron las voces que Sancho le daba, diciendo: Adonde vá, Señor D. Quijote, qué demonios lleva en el pecho que le incitan á ir contra nuestra Fé Catholica, advierta, mal haya yo, que aquella es procesion de disciplinantes, y que aquella Señora que llevan sobre la peana, es la Imagen benditissima de la Virgen sin mancilla: mire, Señor, lo que hace, que por esta vez se puede decir que no es lo que sabe. Fatigóse en vano Sancho, porque su amo iba tan puesto en llegar á los ensabanados, y en librar á la Señora enlutada, que no oyó palabra, y aunque lo oyera no volviera, si el Rey se lo mandára. Llegó, pues, á la procesion, y paró á Rocinante que ya llevaba deseo de quietarse un poco, con turbada y ronca voz dijo: Vosotros, que quizá por no ser buenos os encubris los rostros, atended y escuchad lo que deciros quiero. Los primeros que se detuvieron fueron los que la Imagen llevaban, y uno de los quatro Clerigos que

cantaban las Letanias, viendo la estraña catadura de D. Quijote, la flaqueza de Rocinante, y otras circunstancias de risa que notó y descubrió D. Quijote, le respondió diciendo: Señor hermano, si nos quiere decir algo, digalo presto, porque se van estos hermanos abriendo las carnes, y no podemos, ni es razon que nos detengamos á oír cosa alguna, si ya no es tan breve, que en dos palabras se diga. En una lo diré, replicó D. Quijote, y es esta: Que luego al punto dejeis libre á esta hermosa Señora, cuyas lagrimas y triste semblante dan claras muestras que la llevais contra su voluntad, y que algun notorio desaguizado la habedes fecho; y yo que nací en el mundo para desfacer semejantes agravios, no consentiré que un solo paso adelante pase, sin darla la deseada y estimada libertad que merece. En estas razones creyeron todos los que las oyeron que D. Quijote debia de ser algun hombre loco: y tornaronse á reír muy de gana, cuya risa fue poner polvora á la colera de D. Quijote, porque sin decir mas palabra, sacando la espada arremetió á las andas, y uno de aquellos que las llevaban, dejando la carga á sus compañeros, salió al encuentro de D. Quijote, enarbolando una horquilla ó baston con que sustentaba las andas en tanto que descansaba, y recibiendo en ella una gran cuchillada que le tiró D. Quijote, con que se la hizo dos partes,

con

con el ultimo tercio que le quedó en la mano dió tal golpe á D. Quijote encima de un hombro por el mismo lado de la espada, que no pudo cubrir el adarga contra villana fuerza, que el pobre D. Quijote vino al suelo muy mal parado, Sancho Panza, que jadeando le iba á los alcances, viendole caido, dió voces á su moledor que no le diese otro palo, porque era un pobre Caballero encantado que no habia hecho mal á nadie en todos los dias de su vida; mas lo que detuvo al villano no fueron las voces de Sancho, sino el ver que D. Quijote no bullia pie ni mano; y así, creyendo que le habia muerto, con priesa se alzó la túnica á la cinta, y dió á huir por la campaña como un gamo. Ya en esto llegaron todos los de la compañía de D. Quijote adonde él estaba, y los de la procesion que los vieron venir corriendo, y con ellos los Quadrilleros con sus ballestas, temieron algun mal suceso, y hicieronse todos un remolino al rededor de la imagen, y alzados los capirotés, empuñando las disciplinas, y los Clerigos los ciriales, esperaban el asalto, con determinacion de defenderse, y aun ofender si pudiesen á sus acometedores; pero la fortuna lo hizo mejor que se pensaba, porque Sancho no hizo otra cosa que arrojase sobre el cuerpo de su Señor, haciendo sobre él el mas doloroso y risueño llanto del mundo, creyendo que estaba muerto. El

Cura fue conocido de otro Cura que en la Pro-
cesion venia, cuyo conocimiento puso en so-
siego el concebido temor de los esquadrones:
El primer Cura dió al segundo en dos ra-
zones cuenta de quien era D. Quijote; y asi él,
como toda la turba de los disciplinantes fue-
ron á ver si estaba muerto el pobre Caballero,
y oyeron que Sancho Panza, con lagrimas en
los ojos, decia: O flor de la Caballeria, que con
solo un garrotazo acabaste la carrera de tus tan-
bien gastados años! O honra de tu linage, ho-
nor y gloria de toda la Mancha, y aun de todo
el mundo, el qual, faltando tu en él, quedará
lleno de malhechores, sin temor de ser casti-
gados de sus malas fechorias! O liberal sobre
todos los Alejandro, pues por solos ocho me-
ses de seryicio me tenias dada la mejor Insula,
que el mar ciñe y rodéa! O humilde con los
soberbios, y arrogante con los humildes, aco-
metedor de peligros, sufridor de afrentas, ena-
morado sin causa, imitador de los buenos, azo-
te de los malos, enemigo de los ruines; en fin,
Caballero Andante, que es todo lo que decirse
puede! Con las voces y gemidos de Sancho re-
vivió D. Quijote, y la primera palabra que dijo:
fue: El que de vos vive ausente, dulcissima Dul-
cinéa, á mayores miserias que estas está suje-
to; ayudame, Sancho amigo, á ponerme sobre
el carro encantado, que no estoy para oprimir
la silla de Rocinante, porque tengo todo este
hom-

hombro hecho pedazos. Eso haré yo de muy buena gana, Señor mio, respondió Sancho, y volvamos á mi aldéa en compañía de estos señores que su bien desean, y allí daremos orden de hacer otra salida, que nos sea de mas provecho y fama. Bien decis, Sancho, respondió D. Quijote, y será gran prudencia dejar pasar el mal influjo de las estrellas que agora corre. El Canonigo, el Cura y Barbero le dijeron que haria muy bien en hacer lo que decia; y asi, habiendo recibido grande gusto de las simplicidades de Sancho Panza, pusieron á D. Quijote en el carro como antes venia. La procesion volvió á ordenarse y proseguir su camino: el Cabrero se despidió de todos; los Quadri-lleros no quisieron pasar adelante, y el Cura les pagó lo que se les debia. El Canonigo pidió al Cura le avisase del suceso de D. Quijote, si sanaba de su locura, ó si proseguia en ella: y con esto tomó licencia para proseguir su viaje. En fin, todos se dividieron y apartaron, quedando solos el Cura, el Barbero, D. Quijote, Panza, y el bueno de Rocinante, que á todo lo que habia visto estaba con tanta impaciencia como su amo. El bueyero unció sus bueyes, y acomodó á D. Quijote sobre un haz de heno, y con su acostumbrada fiema siguió el camino que el Cura quiso, y al cabo de seis dias llegaron á la aldéa de D. Quijote, adonde entraron en la mitad del dia, que acer-

to á ser Domingo, y la gente estaba toda en la plaza, por mitad de la qual atravesó el carro de D. Quijote: acudieron todos á ver lo que en el carro venia, y quando concurrieron á su compatriota, quedaron maravillados, y un muchacho acudio corriendo á dar las nuevas á su ama y á su sobrina, de que su tío y su señor venia flaco y amarillo, y tendido sobre un monton de heno, y sobre un carro de bueyes. Cosa de lastima fue oír los gritos que las dos buenas Señoras alzaron, las bofetadas que se dieron, las maldiciones que de nuevo echaron á los malditos libros de Caballerias; todo lo qual se renovó quando vieron entrar á D. Quijote por sus puertas. A las nuevas de esta venida de D. Quijote acudió la muger de Sancho Panza, que ya habia sabido que habia ido con él sirviendole de escudero; y asi como vió á Sancho, lo primero que le preguntó fue, que si venia bueno el Asno? Sancho respondió que venia mejor que su amo. Gracias sean dadas á Dios, replicó ella, que tanto bien me ha hecho; pero contadme agora, amigo, que bien habeis sacado de vuestras escuderias? Qué saboyana me traes á mí? Qué zapaticos á vuestros hijos? No traygo nada de eso, dijo Sancho, muger mia, aunque traygo otras cosas de mas momento y consideracion. De eso recibo yo mucho gusto, respondió la muger; mostradme esas cosas

sas de mas consideracion y mas momento amigo mio , que las quiero ver , para que me se alegre el corazon que tan triste y descontento ha estado en todos los siglos de vuestra ausencia. En casa os las mostrará , dijo Panza , y por agora estad contenta , que siendo Dios servido de que otra vez salgamos en viaje á buscar aventuras , vos me vereis presto Conde ó Gobernador de alguna gran Insula , y no de las de por ahí , sino la mejor que pueda hallarse. Quieralo asi el Cielo , marido mio , que bien lo habemos menester. Mas decidme , què es eso de Insulas , que no lo entiendo ? No es la miel para la boca del asno , respondió Sancho , á su tiempo lo verás , muger , y aun te admirarás de verte llamar Señora de todos tus vasallos. Qué es lo que dices , Sancho , de señoria , Insulas , y vasallos ? respondió Juana Panza (que asi se llamaba la muger de Sancho , aunque no eran parientes , sino porque se usa en la Mancha tomar las mugeres el apellido de sus maridos) No te acucies , Juana , por saber todo esto tan apriesa , basta , que te digo verdad , y cose la boca. Solo te sabré decir , asi de paso , que no hay cosa mas gustosa en el mundo que ser un hombre honrado Escudero de un Caballero Andante , buscador de aventuras. Bien es verdad que las mas que se hallan no salen tan á gusto como el hombre querria , porque de ciento que se

encuentran , las noventa y nueve suelen salir avisadas y torcidas. Selo yo de experiencia, porque de algunas he salido manteado , y de otras molido ; pero con todo eso es linda cosa esperar los sucesos , atravesando montes , escudriñando selvas , pisando peñas , visitando Castillos , alojando en Ventas á toda discrecion , sin pagar ofrecido sea al diablo el maravedi , Todas estas platicas pasaron entre Sancho Panza , y Juana Panza su muger , en tanto que el ama y sobrina de D. Quijote le recibieron , y le desnudaron , y le tendieron en su antiguo lecho. Mirabalas èl con ojos atravesados , y no acababa de entender en què parte estaba. El Cura encargó á la sobrina tuviese gran cuenta con regalar á su tio , y que estuviesen alerta de que otra vez no se les escapase , contando lo que habia sido menester para traerle á su casa. Aqui alzaron las dos de nuevo los gritos al cielo ; allí se renovaron las maldiciones de los libros de Caballeria ; allí pidieron al cielo que confundiese en el centro del abismo á los autores de tantas mentiras y disparates. Finalmente , ellas quedaron confusas y temerosas de que se habian de ver sin su amo y tio en el mismo punto que tuviese alguna mejoría ; y asi fue como ellas se lo imaginaron. Pero el Autor de esta historia , puesto que con curiosidad y diligencia ha buscado los hechos que D. Quijote hizo en su ter-

tercera salida, no ha podido hallar noticia de ellos, á lo menos por escrituras autenticas; solo la fama ha guardado en las memorias de la Mancha que Don Quijote la tercera vez que salió de su casa fue á Zaragoza, adonde se hallò en unas famosas justas que en aquella Ciudad hicieron, y alli le pasaron cosas dignas de su valor y buen entendimiento. Ni de su fin y acaecimiento pudo alcanzar cosa alguna, ni la alcanzara ni supiera, si la buena suerte no le deparara un antiguo Medico que tenia en su poder una caja de plomo, que segun èl dijo, se habia hallado en los cimientos derribados de una antigua Ermita que se renovaba, en la qual caja se habian hallado unos pergaminos escritos con letras Goticas, pero en versos Castellanos, que contenian muchas de sus hazañas, y daban noticia de la hermosura de Dulcinéa del Toboso, de la figura de Rocinante, de la fidelidad de Sancho Panza, y de la sepultura del mismo D. Quijote, con diferentes epitafios y elogios de su vida y costumbres. Y los que se pudieron leer y sacar en limpio, fueron los que aqui pone el fidedigno Autor de esta nueva y jamás vista historia; el qual Autor no pide á los que la leyeren, en premio del inmenso trabajo que le costó el inquirir y buscar todos los archivos Manchegos, por sacar á luz, sino que le den el mismo credito que suelen dar

los discretos á los Libros de Caballerías que tan validos andan en el mundo, que con esto se tendrá por bien pagado y satisfecho, y se animará á sacar y buscar otras, si no tan verdaderas, á lo menos de tanta invencion y pasatiempo. Las palabras primeras que estaban escritas en el pergamino que se halló en la caja de plomo, eran estas.

LOS ACADEMICOS DE LA ARGAMASILLA,

LUGAR DE LA MANCHA.

en vida y muerte del valeroso

D. QUIJOTE DE LA MANCHA

HOC SCRIPSERUNT.

El Monicongo Academico de la Argamasilla, á
la sepultura de Don Quijote.

EPITAFIO.

El Calvatuerno que adornó á la Mancha
De mas despojos que Jasón de Creta,
El juicio que tuvo la veleta
Aguda donde fuera mejor ancha:
El brazo que su fuerza tanto ensancha,
Que llegó del Catay hasta Gaeta,
La Musa mas horrenda y mas discreta
Que gravó versos en broncinea plancha:
El que á cola dejó los Amadises:
Y en muy poquito á Galaores tuvo,
Estrivando su amor y bizarría:
El que hizo callar los Belianises,
Aquel que en Rocinante errando anduvo,
Yace debajo de esta losa fria.

DEL PANIAGUADO

ACADEMICO DE LA ARGAMASILLA,

in laudem Dulcineæ del Toboso.

SONETO.

Esta que veis de rostro amondongado,
 Alta de pechos, y ademán brioso,
 Es Dulcinéa, Reyna del Toboso,
 De quien fue el gran Quijote aficionado.

Pisó por ella el uno y otro lado

De la gran Sierra negra, y el famoso
 Campo de Montiel, hasta el hervoso
 Llano de Aranjuez, á pie y cansado.

(Culpa de Rocinante) ó dura estrella!

Que esta Manchega Dama, y este invicto
 Andante Caballero en tiernos años:

Ella dejó muriendo de ser bella,

Y él, aunque queda en marmoles escrito,

No pudo huir de amor, iras y engaños.

DEL CAPRICHOSO

discretisimo Academico de la Argamasilla

EN LOOR DE ROCINANTE,

CABALLO DE D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

EN el soberbio tronco diamantino,
Que con sangrientas plantas huella Marte,
(Frenetico) el Manchego su estandarte
Tremola con esfuerzo peregrino.

Cuelga las armas y el acero fino
Con que destroza, asuela, raja y parte,
(Nuevas proezas) pero inventa el arte
Un nuevo estilo al nuevo Paladino.

Y si de su Amadis se precia Gaula,
Por cuyos bravos descendientes Grecia
Triunfó mil veces, y su fama ensancha.
Hoy á Quijote le corona el Aula
De Belona, preside y de él se precia,
mas que Grecia, ni Gaula, la alta Mancha.

Nunca sus glorias el olvido mancha
Pues hasta Rocinante, en ser gallardo,
Excede á Briliadoro y á Bayardo.

DEL CACHIDIABLO

Academico de la Argamasilla

en la sepultura de Don Quijote.

E P I T A F I O.

A Qui yace el Caballero
Bien molido y mal andante
A quien llevó Rocinante
Por uno y otro sendero.
Sancho Panza el majadero
Yace tambien junto á él,
Escudero el mas fiel
Que vió el tratado Escudero.

DEL BURLADOR

ACADEMICO ARGAMASILLESICO

A SANCHO PANZA.

SONETO.

SAncho Panza es aqueste en cuerpo chico;
 Pero grande en valor, milagro extraño,
 Escudero el mas simple, y sin engaño
 Que tuvo el mundo os juro y certifico,
 De ser Conde no estuvo en un tantico
 Si no se conjuraran en su daño
 Insolencias y agravios del tacaño
 Siglo, que aun no perdona á un borrico.
 Sobre él anduvo como perdon se miente,
 Este manso Escudero tras el manso
 Caballo Rocinante y tras su dueño.
 O vanas esperanzas de la gente,
 Cómo pasais con prometer descanso,
 Y al fin pasais en sombra en humo en sueño.

DEL QUITOC

ACADEMICO DE LA ARGAMASILLA,
em la sepultura de Dulcinéa del Toboso:

EPITAFIO.

REposa aqui Dulcinéa,
 Y aunque de carnes rolliza,
 La volvió en Polvo y ceniza
 La muerte espantable y fea.
 Fue de castiza ralea,
 Y tuvo asomos de dama,
 Del gran Quijote fue llama,
 Y fue gloria de su aldea.

Estos fueron los versos que se
 pudieron leer ; los demás , por es-
 tar comida la letra , se entregaron
 á un Academico , para que por
 conjeturas los declarase. Tienese

no-

noticia que lo que ha hecho á
costa de muchas vigili-
as, y que tiene intencion
de sacarlos á luz, con la
esperanza de la tercera
salida de Don Quijote.

*Per si altro cantera con
miglior plectro.*

LAUS DEO.

TA-

T A B L A

de los Capítulos que se contienen
en este tomo segundo.

CAP. 23. De lo que aconteció al famoso
Don Quijote en Sierra-Morena, que
fue una de las mas raras aventuras que
en esta verdadera historia se cuen-
tan, pag. 1.

Cap. 24. Donde se prosigue la aventura
de Sierra-Morena, 19.

Cap. 25. Que trata de las estrañas cosas
que en Sierra-Morena sucedieron al va-
liente Caballero de la Mancha, y de la
imitacion que hizo á la penitencia de
Beltenebros, 34.

Cap. 26. Donde se prosiguen las finezas
que de enamorado hizo Don Quijote en
Sierra-Morena, 60.

Cap. 27. De como salieron con su inten-
cion del Cura y el Barbero, con otras co-
sas dignas de que se cuenten en esta gran-
de historia, 72.

J

LIBRO QUARTO.

- C**AP. 28. Que trata de la nueva y agradable aventura que al Cura y Barbero sucedió en la misma Sierra, 99.
- Cap. 29. Que trata de la discordia de la hermosa Dorotéa, con otras cosas de mucho gusto y pasatiempo, 124.
- Cap. 30. Que trata del gracioso artificio y orden que se tuvo en sacar á nuestro enamorado Caballero de la asperísima penitencia en que se habia puesto, 143.
- Cap. 31. De los sabrosos razonamientos que pasaron entre Don Quijote y Sancho Panza su Escudero, con otros sucesos, 160.
- Cap. 32. Que trata de lo que sucedió en la Venta á toda la quadrilla de Don Quijote de la Mancha, 174.
- Cap. 33. Donde se cuenta la Novela de Curioso Impertinente, 185.
- Cap. 34. Donde se prosigue la Novela de Curioso Impertinente, 216.
- Cap. 35. Donde se da fin á la Novela de Curioso Impertiente, 247.
- Cap. 36. Del encuentro de Cardenio y Dorotéa con Don Fernando, y Luscinda en la Venta, y de los razonamientos que en ella

- L
- ella pasaron, 261.
- Cap. 37. Donde se prosigue la historia de la famosa Infanta Micomicona, con otras graciosas aventuras, 277.
- Cap. 38. Del curioso Discurso que hizo Don Quijote de las armas y las letras, 294.
- Cap. 39. Donde el Cautivo cuenta su vida y sucesos, 301.
- Cap. 40. Donde se prosigue la historia del Cautivo, 315.
- Cap. 41. Donde todavia prosigue el Cautivo su suceso, 334.
- Cap. 42. De lo que mas sucedió en la Venta, y de otras muchas cosas dignas de saberse, 367.
- Cap. 43. De la agradable historia del Mozo de mulas, con otros estraños acaecimientos en la Venta sucedidos, 379.
- Cap. 44. Donde se prosiguen los inauditos sucesos de la Venta, 396.
- Cap. 45. Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda, y otras aventuras sucedidas con toda verdad, 410.
- Cap. 46. De la notable aventura de los Quadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen Caballero Don Quijote,

- te, 423.
- Cap. 47. Del estraño modo con que fue encantado Don Quijote de la Mancha, con otros famosos sucesos, 436.
- Cap. 48. Donde prosigue el Canonigo la materia de los libros de Caballerias, con otras cosas dignas de su ingenio, 452.
- Cap. 49. Donde se trata del discreto coloquio que Sancho Panza tuvo con su señor D. Quijote, 465.
- Cap. 50. De las discretas altercaciones que D. Quijote y el Canonigo tuvieron, con otros sucesos, 476.
- Cap. 51. Que trata de lo que contó el Cabrero á todos los que llevaban á D. Quijote, 487.
- Cap. 52. De la pendencia que Don Quijote tuvo con el Cabrero, con la rara aventura de los Disciplinantes, á quien dió felice fin á costa de su sudor, 499.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

Cap. 47. Del extraño modo con que fue
 encamado Don Quixote de la Mancha
 con otros famosos sucesos. 437.

Cap. 48. Donde prosigue el Canonigo la
 materia de los libros de Caballería, con
 otras cosas dignas de su ingenio. 438.

Cap. 49. Donde se trata del doctor co-
 lopino que sancho Panza tuvo con su
 señor D. Quixote. 439.

Cap. 50. De las diversas alteraciones que
 D. Quixote y el Canonigo tuvieron con
 otros sucesos. 440.

Cap. 51. Que trata de lo que contó el
 doctor a todos los que llevaban a D. Qui-
 xote. 441.

Cap. 52. De la pendencia que Don Qui-
 xote tuvo con el Cabero, con la que
 advierten de los Disciplinantes, á quien
 dió felice fin á cuenta de su autor. 442.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.